



Edición de Jorge Domingo y Roger González

Sentido de la derrota

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Edición de Jorge Domingo y Roger González

Sentido de la derrota

(Selección de textos de escritores españoles exiliados en Cuba)

A Manolo, Maite, Paco, Sònia, Juan R., Sílvia,
José Ramón, Juan E., Carlos, Emilia...
en fin, a los amigos del Grupo GEXEL,
quienes han hecho posible la
publicación de este libro.

-7-

Introducción

El exilio republicano español en Cuba, cuya historia aún está por escribir, apenas ha recibido atención por parte de aquellos que se han dedicado a estudiar las consecuencias de la Guerra Civil en España y su repercusión en Hispanoamérica. Si bien han proliferado las investigaciones acerca de los desterrados que marcharon a México, a Francia o a la Argentina, los que buscaron refugio en tierra cubana, salvo muy contadas excepciones, han quedado al margen de ese recuento y con los años ha ido sentando plaza el erróneo criterio acerca de la irrelevancia del exilio intelectual hispano en la mayor de Las Antillas. Lo más sorprendente, e indignante, es que en muchas ocasiones esa valoración desacertada la hallamos no en textos publicados fuera de la isla, lo que tal vez pudiera tener cierta justificación, sino en ensayos con muy serias aspiraciones que han sido impresos en La Habana. A tal grado ha llegado ese nivel de desinformación que para muchos estudiosos de la historia y de la cultura cubanas el exilio español en esta tierra se limitó a la presencia temporal y poco fecunda de unos cuantos escritores.

En el año 1989 se celebró en San Juan de Puerto Rico un Congreso para conmemorar el cincuentenario del exilio republicano español en la región del Caribe. De las numerosas ponencias que se presentaron al evento, algunas de relevante calidad, sólo una abordó el caso de Cuba y su autor, además de reiterar los equivocados conceptos antes señalados, llegó a reducir inexplicablemente el número de desterrados en esta isla a una cantidad inferior a la centena. De esa forma, por no haberse abordado con profundidad y rigor dicho tema, se desaprovechó una magnífica oportunidad de corregir este criterio erróneo varias

veces repetido y de hacerle justicia a un fenómeno migratorio de carácter político que tuvo notable significación para la cultura cubana.

Ante esta situación cabe preguntarse en primer término cuáles han sido las causas que han provocado esas apreciaciones tan poco objetivas. De acuerdo con nuestro -8- criterio son varias, y la primera, la más importante, ya la señalábamos en líneas anteriores: la ausencia de una investigación seria y detallada acerca del acontecimiento que significó el exilio español en Cuba. A esta razón primordial pueden agregarse otras también elocuentes. El hecho de que a este país no hubiesen arribado barcos cargados de republicanos proscritos por las autoridades franquistas, como ocurrió en el caso de México con el Sinaia, de República Dominicana con el Flanders y de Chile con el Winnipeg, ha dado en creer que el número de estos refugiados llegados a la isla fue irrisorio. En realidad fue considerable, aunque estuviera lejos de alcanzar la cifra total de otras naciones, y la diferencia estriba en que llegaron a suelo cubano en cantidades más reducidas, desde antes de finalizar la Guerra Civil hasta varios años después, en algunos casos procedentes de países vecinos como la República Dominicana.

Por otro lado, y también a diferencia de México, donde los académicos y escritores transterrados lograron agruparse en instituciones docentes o culturales como la Universidad Nacional Autónoma y el Colegio de México, y así ofrecer un aporte intelectual mancomunado, en Cuba los exiliados tuvieron que enfrentarse a circunstancias muy distintas y poco favorables. No pudieron contar con el apoyo planificado y constante del gobierno y se vieron obligados a obtener de modo individual un espacio en la sociedad cubana. Esto propició la atomización de sus esfuerzos, diluidos en un mar de aspiraciones particulares, que ningún proyecto colectivo alcanzó a conjurar plenamente. Como resultado de ese fracaso, para muchos pasó inadvertido el fecundo quehacer de estos inmigrantes políticos. Otros argumentos de igual peso pudieran agregarse también aquí.

Al hacer el análisis de lo que representó el exilio español en Cuba habrá que comenzar por señalar en un inicio la solidaridad demostrada por gran parte del pueblo cubano con la República durante la Guerra Civil. La ayuda brindada al gobierno legítimo de Madrid no se limitó en aquellos días al envío de remesas de tabaco o de dinero, ni a respaldar las consignas republicanas en las concentraciones públicas, sino que incluyó también la organización de un contingente de combatientes voluntarios que marcharon a España a defender con las armas la causa leal. En comparación con el número de habitantes de la isla, este grupo fue uno de los más nutridos que integraron las Brigadas Internacionales.

Numerosas fueron las demostraciones de apoyo al gobierno republicano que tuvieron lugar en Cuba durante aquel período. Testigos de ese respaldo fueron el ministro catalán Marcelino Domingo, el académico Fernando de los Ríos, el líder galleguista Alfonso Rodríguez Castelao y el dirigente de los mineros asturianos Ramón González Peña. Todos ellos, en sus respectivos viajes a La Habana con el fin de recabar solidaridad, lograron reunir a millares de simpatizantes y conocieron de primera mano el fervor antifranquista que prevalecía en la población cubana. Ese -9- sentimiento no desapareció con el triunfo militar del General Franco en 1939; continuó vigente y se acentuó aún más durante los años de la II Guerra Mundial.

No fueron pocos los republicanos españoles que una vez terminada la contienda manifestaron su deseo de buscar protección en Cuba. A esta isla, donde radicaba una colonia hispana sólidamente constituida y con una significativa incidencia en la vida económica y social de la nación, ya habían comenzado a arribar desde los primeros días de la guerra algunos refugiados. De seguro existirían además estrechos vínculos familiares, de amistad o de paisanaje que favoreciesen aquel impulso. Mas las condiciones por las que atravesaba el país no eran favorables para la realización de ese proyecto. Tras una etapa de intensa convulsión política y de aguda crisis económica, cuyo punto más crítico había sido la sangrienta caída del dictador Gerardo Machado en agosto de 1933, Cuba se encaminaba entonces hacia un proceso de normalización, cargada de traumas muy recientes y de agudas contradicciones. La situación de la industria y del comercio era compleja, existía un notable desempleo y también en aquellos momentos retornaban a su patria muchos cubanos que se habían visto obligados a marchar al extranjero ante la violencia política imperante en los años anteriores.

Como resultado de esta difícil circunstancia, el gobierno de Cuba tomó medidas para evitar un multitudinario ingreso de refugiados españoles al país. Y ante esos obstáculos muchos de ellos variaron su rumbo y marcharon a radicarse a otras naciones de Hispanoamérica. Sin embargo, a través de distintos testimonios orales o escritos hemos conocido que aquellas trabas migratorias muchas veces fueron violadas por funcionarios cubanos deseosos de ayudar a los exiliados españoles y algunos de ellos arribaron al país con documentos falsos.

Entre los desterrados que llegaron a Cuba en aquellos momentos se encontraba un considerable número de académicos y profesores de distintas universidades e institutos españoles que, por su compromiso con la causa republicana, no tuvieron otra alternativa que escapar de la represión franquista. Muchos de ellos, como es de suponer, intentaron ingresar en el único centro de enseñanza superior existente en la isla, la Universidad de La Habana, pero se vieron frenados por disposiciones reglamentarias que limitaban la incorporación a sólo los que fuesen ciudadanos cubanos y también, en cierta medida, por la hostilidad de una parte del claustro universitario, temerosa de ser desplazada de sus funciones docentes y movida por celos profesionales. -10- Sobre este punto muy delicado, que ha dado pie al erróneo criterio de que la universidad habanera le cerró el paso a los profesores españoles del exilio, debe recaer la máxima profundidad en el análisis si se desea llevar a cabo una justa valoración del problema. Para lograr esto debemos tomar en consideración primeramente que la Universidad de La Habana, como consecuencia de la agitación política del país y de las demostraciones de rebeldía protagonizadas por el estudiantado, había permanecido clausurada por el gobierno durante casi dos años, hasta el mes de marzo de 1937. Tras una larga espera, los profesores universitarios cubanos habían logrado volver a las aulas. El funcionamiento general de este centro docente retornaba a la normalidad. Y casi coincidiendo con ese momento tan esperado por el claustro es que comienza a ocurrir el arribo a la capital cubana de los académicos españoles. Si se conoce un poco el comportamiento del ser humano y su considerable carga de egoísmo, al margen del nivel educacional obtenido, podrá comprenderse entonces por qué una porción de profesores no recibió con los brazos abiertos a sus colegas exiliados.

Sin embargo, sobre la base de aquellas dificultades no puede afirmarse de modo rotundo que la Universidad de La Habana hubiese estado por completo vedada a su quehacer intelectual. Si bien es cierto que el ingreso al claustro de enseñanza resultó muy difícil y sólo lo alcanzaron al cabo de los años unos pocos, como el hematólogo Gustavo Pittaluga y el economista Julián Alienes Urosa, a muchos se les brindó amplias posibilidades de impartir conferencias, cursos en la Escuela de Verano de la Universidad y ciclos de disertaciones con semanas de duración. La revista de esa institución, notable por la calidad académica de sus textos, les ofreció sus páginas a los profesores exiliados y muchos de ellos le hicieron entrega de sus colaboraciones. En el plano editorial, también es permisible decir que bajo el patrocinio de este centro universitario se imprimieron algunos libros de los transterrados. Por último, queremos agregar que en la sede de la Universidad de La Habana, gracias al acuerdo unánime de los integrantes del Consejo Universitario, que dio su plena aceptación, se llevó a efecto en septiembre de 1943 la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, donde se dieron cita numerosos intelectuales residentes en distintas naciones de Hispanoamérica. Todo esto demuestra que en nada había mermado el respaldo de los cubanos a la causa republicana y que, en realidad, las diferencias entre los académicos nativos e hispanos se limitaron a un solo aspecto.

Como compensación a aquel deplorable suceso ocurrido en la universidad habanera es posible citar la muy distinta actitud asumida por algunas importantes entidades culturales, que abrieron sus puertas a los exiliados y les facilitaron la tribuna necesaria para exponer sus conocimientos, con lo cual le ofrecieron también un valioso servicio a la sociedad. Entre ellas estuvieron la Institución Hispanocubana de Cultura y el Instituto de Altos Estudios de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. En la primera, bajo la dirección del eminente polígrafo Fernando Ortiz, -11- entre otros muchos disertaron los poetas Juan Ramón Jiménez y Manuel Altolaguirre sobre poesía española; la pensadora María Zambrano acerca de la situación de la mujer en los siglos anteriores; el historiador Claudio Sánchez-Albornoz en relación con el pasado de España y el archivero Jenaro Artiles sobre una disciplina apenas estudiada entonces en Cuba: la paleografía. Con respecto a la segunda institución, el Instituto de Altos Estudios, para demostrar su solidaridad con los profesores exiliados baste destacar que, de los diez primeros conferenciantes invitados a usar de la palabra en su sede, cinco eran republicanos españoles: María Zambrano, Joaquín Xirau, José María Ots Capdequí, Vicente Lloréns y Claudio Sánchez-Albornoz.

A pesar de sus nobles intenciones, estas entidades eran insuficientes para proporcionarles a los desterrados un ingreso monetario estable y decoroso, pues no disponían de un capital suficiente para lograrlo. En manos de los gobernantes de la época estuvo la posibilidad de buscarle una solución a este problema y crearles a los académicos exiliados un espacio adecuado y digno donde pudieran desarrollar su labor docente. Sin embargo, nada se hizo en ese sentido y se desaprovechó una excelente oportunidad de enriquecer tanto el sistema educacional cubano como la cultura general del país. Años después, al crearse en Santiago de Cuba la Universidad de Oriente, se dio cabida en su claustro a varios profesores desterrados, como el ensayista Juan Chabás, el pedagogo Herminio Almendros, el jurista José Luis Galbe y el químico Julio López Rendueles; pero ya entonces otros educadores de sólido prestigio se habían marchado de la isla en busca de mejores condiciones. Aquellos que decidieron permanecer en Cuba intentaron por su parte abrirse paso en colaboración

con profesores cubanos, fundaron algunos centros docentes como La Escuela Libre de La Habana, inspirada en la española Institución Libre de Enseñanza, con el fin de proporcionarle a la sociedad cubana un centro docente basado en postulados pedagógicos renovadores. A pesar del esfuerzo derrochado, ninguno de estos proyectos educacionales logró consolidarse y los educadores españoles se vieron en la necesidad de ingresar en colegios particulares, convertirse en maestros privados a domicilio o incorporarse al periodismo escrito o radial.

En suelo cubano estos inmigrantes políticos fundaron distintas organizaciones de carácter cultural o partidista y consolidaron otras ya establecidas con anterioridad por miembros de la colonia hispana de ideales progresistas. También dieron vida a publicaciones periódicas como Nuestra España y La Verónica y, en sentido general, tomaron parte activa en el acontecer cultural y político del país. A diferencia de los contingentes migratorios procedentes de España en décadas anteriores, caracterizados por el bajo nivel educacional de sus miembros, muchos de ellos aldeanos de Galicia o de Asturias, en éste encontramos una elevada preparación intelectual. En sus filas existieron escritores, científicos, abogados, periodistas, arquitectos, historiadores y, en conclusión, profesionales muy bien formados.

-12-

El triunfo revolucionario ocurrido en enero de 1959, que estremeció e hizo variar todas las estructuras de la sociedad cubana, significó el fin de una etapa y el comienzo de otra nueva para el exilio español en la isla. En desacuerdo con las medidas radicales tomadas por el gobierno, un grupo considerable de desterrados decidió emprender por segunda ocasión el camino del éxodo y abandonó el país después de haber permanecido alrededor de veinte años en él. Como respuesta a ese proceder encontramos el caso de otros exiliados que, movidos por las simpatías hacia el sistema comunista implantado en la isla, se trasladan a ella procedentes de otras naciones hispanoamericanas o de la Unión Soviética con el objetivo de participar en la consolidación del proyecto social que habían soñado para su patria. En la historia del exilio republicano español en Cuba también le corresponde un lugar a este último contingente procedente de un tercer país, pues sus miembros no habían perdido la condición de luchadores antifranquistas desterrados.

Al establecerse un balance final del aporte ofrecido a la sociedad cubana por el exilio español, no puede dejar de destacarse que el saldo resultó muy positivo. Sin entrar a comparar los beneficios que prodigó en otras naciones como México, es innegable que en los aspectos literario, artístico, académico, científico, periodístico y pedagógico, entre otros, aquel fenómeno migratorio dejó una huella valiosa en Cuba. Precisar estas ganancias y hacer un estudio de los exiliados más útiles al país constituye hoy para los cubanos el pago de una deuda de gratitud.

Con el fin de ofrecer una muestra de la labor literaria desarrollada en Cuba por los escritores españoles exiliados y patentizar así, de modo concreto, la trascendencia de su actividad creadora, hemos seleccionado varios textos, de diversos autores, pertenecientes a los géneros de poesía, cuento, testimonio y ensayo. Por razones elementales de espacio, nos hemos visto imposibilitados de incluir también otros géneros como novela, teatro y periodismo, que de igual forma fueron cultivados por ellos.

Por motivos de interés temático y para corroborar la condición de emigrantes políticos que estos escritores sustentaban, hemos decidido elegir preferentemente textos que, además de ostentar una calidad literaria, se refieren de algún modo a la Guerra Civil Española o a la experiencia del destierro. No hemos tomado en cuenta para la selección aquellas obras que estos autores publicaron cuando se hallaban fuera del territorio cubano.

Confiamos en que este muestrario contribuya a entender en su justa medida el aporte de los exiliados republicanos españoles a las letras cubanas y al mismo tiempo ofrezca un testimonio más del valor intelectual de aquella España Peregrina llegada a Hispanoamérica como consecuencia de la contienda civil.

JORGE DOMINGO

La Habana, enero de 1998.

-13-

Poesía

Manuel Altolaguirre

Campo arrasado por la guerra

¿Dónde están los recuerdos si has quedado
como un desierto olvido, tú que eras
vergel o bosque, campo de batalla?

Si hay ojos que te vieron, que guardaron
la imagen de tu muerte y tu ruina, 5
derramen su memoria en tus arenas:
sangre, metal y fuego confundidos.

Escenario de muerte condenado
a no gozar futuras primaveras,
al menos reproduce la agonía 10
de tanta juventud sacrificada.

Infantes y jinetes corredores
como nubes de sangre mal heridas,
entre el cielo y la tierra se dividen
para que brille el sol de la victoria. 15

Y ya no están. La luz que defendieron
apenas si ilumina los rescoldos
de un temporal, eterno, destruido.
Muerte, olvido de muerte, sin un árbol,
desierta la llanura, claro el cielo, 20
el sol sin hijos luce como el llanto
y el pecho de la tierra no respira.

Memoria: labra en aire las figuras
de los enardecidos combatientes,
y las antiguas frondas sean rivales 25
de este recuerdo, en tan desierto olvido.

-14-

Última muerte

Pido la última muerte de esta guerra
porque quiero mirarme en su corriente
como un doliente cuerpo macerado,
cual árbol que despojan de sus frutos,
al que arrancan sus ramas 5
y aprovechan el leño de su tronco...

Y si no puedo verme,

si de mí quedan sólo las raíces,
si los pájaros buscan vanamente
el lugar de sus nidos 10
en las tristes ausencias de mis brazos,
entonces, desde el fondo,
con el silencio de una primavera,
brotaré de la tierra como llanto
insinuaciones de verdor y vida. 15

Seré esa multitud de adolescentes,
esa corona de laurel que ciñe
el tronco quebrantado por el hacha.

Multiplicada vida da la muerte.
Múltiples son los rayos de la aurora. 20

Madrid

Horizonte de guerra, cuyas luces,
cuyas auroras repentinas, breves,
cuyas fugaces albas, salvas, fuegos,
multiplican la muerte interminable.

Aquí en Madrid, de noche, solo, triste, 5
mi frente con el frente son sinónimos
y sobre mi mirada, como llanto,
se derriban los héroes, caen hundidos
por el abismo verde de mi cara.

Yo sé que estoy despierto, que estoy solo, 10
que el frente paralelo de mi frente
desdeña mi dolor y me abandona.
Ante el glorioso círculo de fuego
nada puedo evocar, nada ni a nadie.

-15-

No hay recuerdo, placer antes vivido, 15
que pueda rescatar de mi pasado.
No hay ausencia, ni historia, ni esperanza
que con su engaño calme mi agonía.

Aquí en Madrid, delante de la muerte,
mi corazón pequeño guarda oscuro 20
un amor que me duele, que no puedo
ni siquiera mostrarlo en esta noche,
ante el inmenso campo de heroísmo.

Nube temporal, La Habana, Imprenta La Verónica (El Ciervo Herido, 2), 1939.

-16-

José Álvarez-Santullano

XXIV

Son tus gentes, España, guerrilleros
agónicos de fe; tus estudiantes,
tus labradores y tus trajinantes
y tus pastores y tus rastrojeros.

Ese ejército, en fin, con los obreros 5
que hoy del mismo modo que endenantes
han sido, en mancomún, los fabricantes
de Iberia con su espiga y su lucero.

Ellos avanzan, ¡vedlos!, ola humana
para la paz unida, guerreando 10
sin la guerra querer, por infrahumana.

Ellos avanzan, ¡vedlos!, elevando
de Paz Universal y Soberana
la bandera mejor. ¡Vienen cantando!

XXVII

Arma ninguna como tu fiereza,
tu dignidad de antigua Comunera
multiplicada ahora con la obrera
capacidad de lucha y entereza.

Tallada estás, España, en una pieza 5
de honestidad humana tan entera,
que la asesina voluntad artera
vencida quedará por tu nobleza.

Mares y rocas, ríos y montañas
armas podrían ser de las Españas 10
el cuarzo, el pedernal y la traquita.

Mas donde fallen río, monte o roca,
el grito imprecatorio de la boca
indómita explosión será, infinita.

XXXII

Ese mañana sólo una voz tiene
y una sola doctrina, un solo fuero;
que como el agua, hija del nevero,
el alma de sí misma se sostiene.

«Libertad, nada más -la voz previene- 5
con libertad de aire, de lucero,
de río labrantín, de mar viajero
que va a la libertad y de ella viene.»

Este críptico grito, ese aforismo,
dadivosa consigna estremecida, 10
bien claro nos ordena y nos advierte:

España desde el cielo hasta el abismo.
Para todos, España, hasta la vida.
Para todos, España, hasta la muerte.

Y quien quiera perderte, 15
España de lucero, trigo y rosa,
propia muerte ha de hallar, ignominiosa.

Gibraltar (Poema en sonetos), La Habana, Ediciones España Republicana, 1954.

[Fragmento de Poema desesperado (A la muerte de Federico García Lorca)]

¿Quién? ¿Quién te dio la mano aciaga
para el salto último?
¿Quién te acorraló en la esquina
que se pliega para no abrirse jamás?
¿Por qué aquella gitana que te leyó la mano 5
no te dijo que la cerraras a la traición?

Cuentos de romería
bajo el palio morado de lo ignoto.
Tu mirada, frente al negro cero de las pistolas,
bebió el lamento de tus pañuelos 10
de tres picos que te decían ¡adiós!
Techos encalados de consonantes se posaron
sobre tus hombros,
y, Tú, altivo, los consolaste
dándoles el ramo de laurel 15
que un brazo te ofrecía por la ventana
llena de astros de juguete.

¿Qué deseaban los intrusos? El gallo
estaba mudo de traición
y no podía cacarear por vez tercera. 20
Tú eras lo que eras.
Tú guardabas la llama,
Tú guardabas el incienso
y el cofre no se abría sin tu llave.
Tú tenías el secreto, 25
y se iba contigo
sendero adelante con la flor de la copla
encendida en el horizonte.

¡Ay, amigo perdido! ¡Estrofa perdida!
¡Lavanderas de crítica rancia 30
con espuma de pueblo viejo!
¡Ay, siglos extraviados
que, Tú, recogías entre las margaritas de los campos
para deshojarlos entre las orejas de los niños!

¡Ay, mudez de la esfinge! ¡Ay, veneno tumbado 35
al sol en lo alto de la pirámide!

-19-

¡Ay, timón de los rumbos
sobre el azul ridículo de un mar sin alma!
¡Ay, chaquetilla de torero!
¡Ay, faldas de lunares sobre un mosaico 40
manchado de sangre
y bajo la vigilancia de una chistera!
¡Ay, Dios de Dios!

-No hay grillos serrando mi presente-
¡Ay, llanto del hijo y soportal de la esposa! 45
¿Por qué sube así la marea de mi desesperanza?
¿Por qué este abandono de mis lágrimas?
¡Ay, mi ayer, nuestro ayer, naufragado
en una ola sin puerto!

¡Ay, Federico García Lorca, recuerdo ya empinado 50
sobre lo que nunca ha de volver,
deja que queme mi desesperación,
y mi impotencia,
en el lugar de nuestra cita
a la que no asistirás! 55

Fragmento de Poema desesperado (A la muerte de Federico García Lorca), La Habana,
Editorial Ucacía, 1937.

Añoranza

¿Quién sabe de los tristes que se pierden
en el fragor, sin sueño, de la espera?

Algo se quedó atrás: humo de pájaros,
chimenea de grises y gorjeos,

aquella flor de almendro amanecida, 5
la sonrisa de paz sembrada a vuelo,
Dios guarde y la acompaña, en el ocaso.

Algo. ¿Quizá yo mismo? El mar es sabio,
y astuto y viejo, de barbada espuma,
y nos da la limosna de su tránsito 10
para hurtarnos el agua de los ojos.

-Ojos ya sin mirada ni presente,
pozo seco con piedras de pasado.

-20-

Hilar de torres ya sin sangre, muertas,
sin cruz sin horizontes ni plegarias. 15

Y sin embargo... Y sin embargo, es dulce
ir arañando aquí, en el propio pecho;
sentirse soledad, vacío, sombra,
el centro de uno mismo y nada más.

Llegarás aroma gitano 20
con tu cara pintada de caminos
a ver mi mano comida de limosnas.

¿No es así, madre, claustro de virtudes
no es verdad que no importa, si llevamos
el corazón de pie sobre la cumbre 25
del pañuelo que dijo adiós un día?

¡Pasad, pasad, hombres de prisa y lodo,
no entenderéis mi lengua ni mi llanto!
Yo tengo un río que me da su música,
y un pino verde allá en mi tierra amada. 30

Yo también fui feliz. Lo somos todos
algún instante huido de la luna:
hay un color... un beso..., un trino suave...,
una risa mordiendo la manzana...,
un no volver la cabeza hacia atrás... 35

Por eso, hombres de fiesta, sin los nudos del viento
seguid firmes marchando sin insultar mi llaga.
Yo tengo ya bastante con recoger mi lluvia.
¡Madre, amor de tus brazos,
el niño aquel que se extravió en el bosque! 40

Me senté junto a su tronco
a ver si me consolaba.

Todo debiera estar allí: la mano, el hijo,
fresco rocío de la noche pura,
la caricia amansada de milagros, 45
el corazón de miel sobre la mesa.

-21-

Todo debiera estar. Hasta yo mismo
erguido, fuerte, sin temblor, pensando,
hasta dormir el sueño de mi vida,
hasta dormir, dormido en la esperanza. 50

El buen amigo aquel de pan y leche,
silabario de sumas y de amores,
la puerta que entornamos
para que entrara, cauto, aquel lucero.

La pradería, el gallo, el precipicio, 55
el perro melancólico y profundo,
la canción enredada de cortejos,
el libro, por la espera desvelado.

Todo debiera estar y no está nada...
¡Seguid, no preguntéis! Vuestra alegría 60
debe ignorar la dicha de lo amargo,
el volver hacia atrás cuentas y glorias
¡madre mía, tu rezo por mis venas!

Lágrima que vas y vienes
como las olas del mar. 65

Romero sin capilla. Romero sin retorno,
hacia un pueblo con cruces y veredas,
donde espera la ley de las cenizas,
donde afila la daga y duerme el crimen
su asechanza fugada de la selva. 70

¡No volveré! Seré desde este instante
fruto de esta pasión ya sin reflejos,
agarrado al crucero de mí mismo,
agitando el acero de mis posos.

Nadie parió el pecado. Fue la furia; 75
aquella brisa que se alzó del miedo;
el sol, vendido en el mercado lóbrego,
de los avaros por la encrucijada.

¡No volveré! Dejad que en tanto piense
y escarbe en el aroma, levantando 80
este dolor de ser orilla quieta
hacia el mar, un segundo inolvidable.

-22-

¡No volveré!
Aroma que lleva el aire,
Madre, 85
¡aroma que ya se fue!
¡No volveré!

Claustro; poema, La Habana, Editorial Ucacia, 1942, pp. 31-35.

Nápoles

I

Despierta, Tú, despierta.
Despiértate, Tú, Nápoles. He llegado.
Voy a pasar bajo el dintel florido.
Y aquí a tu vera, resto
todo aquel tiempo de mi vida, exhausta, 5
sólo un triste pasar. Un alma errante
a la que sonreían las doncellas.

Despierta, por favor. He tardado mil años
y ahora estoy aquí, no me impacientes.
Enciéndeme tu sol, tu litoral de barcas 10
y avisa a tus mujeres
para que me saluden desde el balcón más alto.
Sus ojos misteriosos matizados
por una grácil brisa milenaria.

Es cumplir un proyecto, ensayar mil figuras, 15
saludar de mil modos al destino
darle cuerda a la vida antes que llegue
por fin la madrugada.

Entrar en ti como yo ahora entro,
como entra la espada en su vagina. 20
Por todas tus ventanas a la vez,
por ninguna,
tapiadas de palomas.

Por las que son y no serán ya nunca,
tumbos de espejo, estrellas de la arena, 25
por las de la tierra y las del cielo,
por las del mar, tapados los oídos.

-23-

Quiero un vaso de vino, y de veneno
y esa puerta de escape que da al ayer remoto.
Llegué hasta aquí, olvidado de mí mismo 30
niño feliz, un sueño aquí en la diestra
y en la siniestra

un globo azul volando nube arriba.

Despierta amor, despierta. Un dios recita
una estatua de mármol solitaria. 35
El río es río, el monte siempre monte,
y yo, tardío Nápoles, penetro
levantando mi voz para decirte:

-Hasta el fin de los siglos.

II

¿Dónde terminas Tú, Nápoles mágico, 40
transparente y eterno: mármol, brisa,
y empiezas Tú, ciudad verde y plebeya
traspasada de coitos y blasfemias?

(Te sueña el litoral. Dos mil cipreses,
cien kilómetros de arena y cien de espuma. 45
Las barcas hacia el Sur. Canto nostálgico
precediendo la estancia de los dioses
en busca de un amor entre las rocas.)

Así de pronto, Tú, Nápoles mío,
ropa puesta a secar sobre las calles, 50
cantas desesperada mientras paso
y voy de ayer al hoy, de fuera a dentro
y del hoy al mañana que no llegó,
como si Tú, escenario de mentiras,
me mirases de pronto los zapatos. 55
Pero no importan estas deducciones,
estas preguntas de ocasión, torcidas.

Yo debo entrar en ti, ser lo que eres,
gritar contigo sobre mi nostalgia.
Dejarme apuñalar en tus portales, 60
descubrir el escudo que no logra
defender a mi pecho de la muerte.

III

¿Cómo es posible este renacimiento, Nápoles,
del amor y del odio mil veces repetidos,
llegados hasta mí del brazo de la muerte 65
con sus caballos negros empenachados por la sombra
de tus calles?

¿Cómo es posible este vagar buscando,
este encontrar amor, encontrar muerte,
volver la espalda y sonreír seguro? 70
No lo sé. Y sin embargo lo he adivinado siempre,
desde mi adolescencia atormentada
pensando en ti como en puerto seguro.

O lo soñé tal vez. Aquella niña
cantaba sus canciones enhebrando 75
un recuerdo de soles y monedas
en tu puerto poblado de chiquillos.

Pero es igual. No importa. Yo presentí tu encanto,
tu fuerza vigorosa, tu nostalgia
de ti misma, tus locuras de seda 80
y de carne marmórea y palpitante.

Y hasta temí llegar, pero no temo
a pesar de esta hora desmañada.
He visto a Fausto y me ofreció su pluma.
Yo le ofrecí mi sangre y he firmado. 85
Ahora me voy en pos de Margarita.

Bernardo Clariana

Cercada soledad

I

1 Tuya sola es la voz, de nadie más ahora
que una niebla de muertos se extiende por los campos,
y los astros señalan bajo un cielo de fuego
nuestro humano destino de infeliz existencia.

Volverán vanamente las primaveras límpidas 5
proclamando en la tierra su perfumado oficio;
nuevamente el estío madurará sus oros
acunando un calor hasta otoño de frutos.

Con pie nevado invierno pisará los sembrados.
Desdeñoso es el paso de su alternado curso 10
ante el dolor humano que tiembla en abandono.
Solitario está el hombre como un planeta inmóvil.

Inútil es el tiempo para tejer olvidos
-otoño de memorias que sus ramas desnuda-
si rinde el corazón sus juveniles sueños 15
la tierra en cambio abonan desengaños lentísimos.

Diferente es la voz que conmueve a los hombres
y no logran palabras expresar nuestro anhelo.

No cabe compartir este recuerdo oscuro
que la sangre estremece, a los ojos invade. 20

No les salva a los hombres ni en su inmediato sino
ese dolor común que organiza a las gentes
hacia una estrella izada por numerosos brazos
o una felicidad que no distingue labios.

Lamentable es el hombre sometido a destierro 25
si no es igual la rosa que ven los mismos ojos
ni la voz se entrecorta ante entrañables nombres.
Únicas son las lágrimas que anegan sus pupilas.

Solitario conduce el pastor sus rebaños
y las puertas se cierran a las nocturnas sombras. 30
Así pasea el hombre su soledad terrestre
conduciendo sus penas por los llanos del pecho.

-26-

Palmas cual tierra muestra, ojos como lagunas
señales son purísimas de su común estirpe;
no niega sus raíces ni el aire compartido 35
que como espacio ramas posible su voz hace.

II

Mas escuchad su duelo: de recuerdos tiernísimos
o indecibles vergüenzas la misteriosa niebla
de su alma se ha formado como un rubor que tiembla
por proferir el nombre de la flor que lo tiñe. 40

Si los ríos se buscan para sumar sus cauces,
agrúndanse las nubes hasta negar sus bordes
y los campos prescinden de sus antiguas lindes,
imposible es que el hombre su soledad comparta.

Pasará solitario por los duros oficios, 45

ciudades como fábricas y puertos cual barandas
por donde asoma el pecho emigrante del hombre
hacia un país que espera su muerte o su derrota.

No pueden las banderas sustituir la luz,
las estrellas no logran mirar como unos ojos 50
ni el grito de las gentes valer por ese nombre
que los seres profieren en medio del delirio.

Hay manos sepultadas cual raíces de cuerpos,
pupilas en lo oscuro llorando inmensamente,
tempranísimo luto por el odio ordenado 55
que vence una bandera que despliega la sangre.

Decisiva es la lucha que exige nuestro nombre
y golpea las sienas con sombríos mandatos;
enclavado está en ella nuestro gran infortunio
turbando hasta la sangre de su soledad clara. 60

Mas volverá la voz a la canción tranquila
y el humano concurso a estimular los campos;
de nuevo las guirnaldas colgarán viejos troncos
y tramará el amor sus disputas más tiernas.

¿Pero está entre nosotros su misterioso nombre? 65
Vivimos en ausencia sin rozar nuestros cuerpos
-27-
perdidos entre gentes que viven su destino:
así pasea el hombre su soledad terrestre.

No comprende la vida esta pena inmutable
ni ese lento sollozo que a los hombres aísla. 70
Tal pasan sus estruendos al borde de los ojos
dejando una amargura indecible y tristísima.

Soneto 17

A la memoria de Gabriela.

Fue en España -¿recuerdas?- de otoñales
visiones el paisaje y de cipreses,
setiembre de Biar entre los meses
de más maduro amor que sus frutales.

Melancólicos días provinciales, 5
horas de paz paciando como reses
la pastura amorosa de las mieses
verdes de juventud y ya mortales.

Rebaño de los días perdidizo,
horas altas, campanas obstinadas: 10
muy alto el tiempo va y honda la pena.

¿Qué fue de nuestro ayer tan huidizo?
-Dolor en pie y almácigas calladas
que fueron antes árbol, miel, colmena.

Las estaciones desoladas

Elegías en la Guerra de España

Primavera

Elegía a unos muchachos muertos

¿No podrá tanto abril devolver a esos cuerpos
de la tierra que oprime sus huesos como ramos
si el tiempo bastó para teñir su sangre
con el fuego que abrasa las venas que recorre? 5

No llegó su deseo en su rubor ardido
a ese punto en que ocurre el oscuro abandono
-28-
que los miembros ahoga de raíces hinchadas
sobre la esposa quieta en el goce rendida.

No la mujer que guarda el sueño de su vientre 10
ni la amante engañosa que la carne impaciente;
no dejan su memoria adolescentes días
sino lutos larguísimos de inconsolables madres.

Empujan a las hierbas y mueven los arroyos
sus enterrados sueños de pastores tiernísimos; 15
ni sus cuerpos murieron como no muere el agua
o la nube aunque ofrezca su lluvia a la sequía.

Más que muertos parecen dormir bajo los campos
este abril que ya anuncia nuestra paz o la muerte.
No vivimos nosotros pensando nuestro sino 20
como no mueren ellos soñando bajo tierra.

Allí están en un tiempo sin principio y sin término
entre ovejas difuntas con los ojos abiertos
junto a un río que pasa su espejo innumerable
de sumergida luna o luminoso llanto. 25

No son con ser tan tristes feísimas sus muertes;
la primavera pasa sin ojos que la miren
dejando entre las hojas un tibio olor a cuerpos
con sudorosas frentes en inocentes juegos.

Vendrá la paz de nuevo; las novias llevarán 30
las desbordadas ánforas al altar de los héroes
cuando las tardes mueran temblando los senderos
una fragante estela de vestidos y cánticos.

Solamente el hogar cerrará su tragedia
cavando su silencio en los ojos hundidos 35
y en ese plato menos de la familiar mesa
que cuenta humanamente el doméstico luto.

En las alcobas viven del dolor más oscuro
apretando sus sombras al costado materno
sin que turben su sueño transcurrido entre insomnios 40
los llantos de las nueras con sus gritos de celo.

Ardiente desnacer. Testimonio poético, La Habana, Ediciones Mirador, 1943.

-29-

Juan Chabás

Árbol de ti nacido

Crece siento profunda y dulcemente
hacia dentro del tronco de mi vida,
una raíz de savia renacida

que en ti tan sólo encuentra tierra y fuente.

¡Oh, qué intenso fluir, qué ser presente 5
el ansia renovada y sin medida
que estalla a cada instante, y sin herida,
me inunda de una sangre más ferviente!

¡Oh, tierra y cielo y flor y rama nueva,
árbol de ti nacido ya en la cumbre 10
del monte de mis días a deshora!

¡Hasta el más alto tallo, sube y lleva
tu savia radical la ardiente lumbre
de este amor mío en rumbo hacia la aurora!

Toro de sangre

Pido a la luz más vida mientras ríos
de oscura angustia, aviso de tu muerte,
cauces de horror para los ojos míos
cavan al alba. ¡Oh, sí, vivir por verte

toro de fuego y alma! Entre los fríos 5
aceros que te hieren, tú, más fuerte
de sangre haciendo luz, fulgor de bríos,
incendia el pecho al que te piense inerte.

Oigo bramar tus iras por las tierras
de robles y nogales y encinares, 10
donde los hombres son arcilla y roca.

¡Oh toro de reyertas y de guerras!

Toro de gloria y cumbres entre mares:
¡oír tu sangre hirviéndome en la boca!

-30-

Canto a mi soledad

Canto a mi soledad, a este silencio
que me envuelve. Y a este arenal de leguas
que ya no tiene cielo, mar, ni prados,
playa, nube y frontera.

El mundo es una exacta 5
geografía concreta
y siento el sitio que sobre él ocupa
mi anhelo de aire y tierra.

Yo sé que día a día me acompañan
con una misma sangre en su bandera 10
millones y millones de hombres y mujeres
que cruzan el planeta
horadando caminos de futuro
y de paz por la tierra.

Me llaman con sus voces y yo les doy la mano 15
y una común promesa
nos enlaza la sangre
y paso y pensamiento nos gobierna.

Y de China hasta España
desde la Unión Soviética 20
a estas tierras de azúcar y palmeras
nos decimos ¡Salud, hermano y camarada!

Pero no es ésta, no es ésta

la compañía que me falta.
Canto mi soledad estrecha, 25
desamparada frente, mano sola,
palabra sin su luz, que nace muerta,
amante en cartulina, patria en mapa
y casa sin la llave de la puerta.

Canto a mi soledad y a este silencio 30
en donde sólo suena
la desolada sombra arrodillada
de mi pena.

Mi pequeño país abandonado
al borde de la arena 35
-31-
nace del mar, temblor de luz y espuma,
y por la primavera
florecido de almendros, o al estío
ebrio de zumos moscateles, sueña
navegar como un ala 40
o hacer del monte esquife y vela
hasta alcanzar la orilla
de donde cazadora desde Grecia
llegó Diana para darle nombre.

Hoy no puedo siquiera 45
evocar la delicia, el dulce tacto
de un membrillo dorado de mi huerta
ni el sosiego y la sombra
del pino o de la higuera.

Mi casa ya no es mía 50
con su abrigada Paz, su llar paterna;
está en ajenas manos
robada planta y planta y piedra y piedra.

¡Oh, malherida España!

¡Oh, malherida España!
¡Te persigue la muerte hora por hora!
Labra surcos de duelo por tus tierras
una espantosa sombra
de horcas y de rejas, 5
mientras la sangre grita y llora
por tus ríos y valles.

Mas las hachas no pueden en tus rocas,
ni doblegan al hombre.
Se pone en pie tu historia 10
como un roble sagrado, y en sus ramas
canta el viento en las hojas
la canción de una mañana
de libertad heroica.

¡Oh, malherida España, desgarrada, 15
despedazada toda, y sin embargo entera;
crujiendo de energía salvadora,
-32-
abrazada a tus hijos,
erguida de pasión entre las horcas
mientras grita tu sangre por los montes 20
y entre los valles llora!

¡Oh, mi España lejana, perseguida
por furias de la muerte hora tras hora;
de cielo y tierra y mar y monte y llano
mis ojos llenos, hacen luz la sombra 25
de este dolor que espera y clama y alza
tu cumbre entre las manos con tu gloria!

Árbol de ti nacido, La Habana, Editorial Lex, 1956.

José Luis Galbe

Antes que en Lídice...

En Cataluña hay un pueblo,
Santa Coloma se llama.
Nombre campesino y dulce
como la miel de la Alcarria.
El escudo de la villa 5
es una paloma blanca.

Manejando terremotos
y huracanes de metralla,
un quintal de dinamita
por cada metro de zanja, 10
baterías de cañones
por cada fusil de España,
y por cada avión nuestro
una escuadrilla alemana;
cambiando el cauce a los ríos, 15
borrando pueblos del mapa,
arrasando veguerías
y allanando las montañas,
invulnerables, cobardes,
asesinando a mansalva 20
en sus orugas de acero
la flor del fascismo avanza.
En Cataluña hay un pueblo:
Santa Coloma se llama.
Allí nadie tiró un tiro, 25
allí nadie plantó cara,
allí no había un soldado,
un fusil ni una alambrada,
sólo los críos curiosos
y las viejas desdentadas 30
y payeses cachazudos
que no se meten en nada.

Los chavales no sabían
quiénes eran los que entraban,
si eran rojos o amarillos, 35
si de Italia o de Alemania.

-34-

Militares que se fueron,
militares que llegaban...
Salieron a ver la tropa
a las puertas de sus casas. 40

Se asomaron garabatos
de senectud a las ventanas
y los hombres cachazudos
se acercaron a la plaza
con una sonrisa humilde 45
y una mano levantada.

Los fascistas empezaron
a saquear las moradas,
el vino de las bodegas
y el dinero de las arcas. 50

El pueblo estaba vacío,
vacío de vida y de alma.

El pueblo se había ido
huyendo de la canalla
hasta el último rincón 55
libre de la sucia baba.

Los legionarios volvieron
con una mueca de rabia,
sin premio para su triunfo,
ni presa para sus garras, 60
sin vino para su sed

ni mozas para sus ansias:
sólo los chicos curiosos
y las viejas desdentadas
y payeses cachazudos 65

que no se meten en nada
¡fracaso de carne inútil
para una busca tan larga!

De pronto con todos ellos
hicieron una redada. 70
Moviéndose con blasfemias
y empujones de culatas
hacia las eras del pueblo
como a un rebaño los sacan.

Los críos llaman sus madres, 75

-35-

las viejas sus nietos llaman
y los payeses medrosos
ya los dos brazos levantan.
Los llevaron a las eras
a trillarlos con metralla. 80
¡Doscientos cincuenta cuerpos
fueron la trágica parva!
Dante y Goya en las alturas
los ojos se desencajan
y Nerón en el Infierno 85
de horror la cara se tapa.

Ni lágrimas ya nos quedan
para la siniestra hazaña,
ni mares de amargo llanto
para llorarla bastaran. 90
Pero ¡grabaos el nombre,
españoles de mi raza,
catalanes silenciosos,
vascos sin miedo y sin patria,
gallegos de pasos lentos 95
y de miradas lejanas,
hombres secos de Aragón
y de Castilla la brava,
andaluces, extremeños,
hidalgos de la Montaña, 100
asturianos, levantinos,
de punta a punta de España!
¡grabaos bien ese nombre
en lo profundo del alma,
en los tuétanos más hondos, 105
en la hiel de las entrañas,
en donde nadie barrunte
que haya memoria de nada,
donde no pueda el olvido
llegar con su esponja blanda, 110
donde se incuban los odios
y se acunan las venganzas!
El escudo de la villa
es una paloma blanca.

-36-

En Cataluña hay un pueblo: 115
¡Santa Coloma se llama

1939.

Canción del vencido

¿Qué temes?
No temo nada,
ni la vida negra, ni la muerte blanca.

¿Qué quieres?
No quiero nada, 5
quisiera un silencio color de malva.

¿Qué piensas?
No pienso en nada...
En una calleja por donde pasaba...

¿Qué esperas? 10
No espero nada...
Que se abra una puerta... que llegue una carta...

¡Piensa! ¡Quiere! ¡Espera!
Todas las mañanas,
con sol o con lluvia, los pájaros cantan. 15

1940.

Malecón

Solo, quieto, callado, frente a la mar tendido,
envuelto en una tenue neblina de recuerdos.
El cielo estaba inglés, monótono y sencillo.
Yo estaba sano, suave, plácido como un muerto.
Dos olas lentas, grandes, grises, de mal domingo 5
sacaban a su olita pequeña de paseo.
El parque columpiaba docenas de negritos.
Silbé, llamando a mi alma, y se acercó un velero.

1941.

El del espejo, La Habana, Cuadernos Unión, ¿1967?, pp. 32-35, 41 y 46.

-37-

Juan Ramón Jiménez

Partida

(Pureza del mar)

Hasta estas puras noches tuyas, mar, no tuvo
el alma mía (sola más que nunca)
aquel afán, un día presentido,
del partir sin razón.

Esta portada 5
de camino que enciende en ti la luna,

con toda la belleza de sus siglos
de castidad, blancura, paz y gracia,
la contajia del ansia de su ausente
movimiento. 10

Hervidero

de almas de azucenas, que una música
celeste fuera haciendo de cristales líquidos
en varas de hialinas cimas de olas,
con una fiel correspondencia de colores 15
a un aromar agudo de delicias
que estasiaran la vida hasta la muerte.

...Majia, deleite, más, entre la sombra
donde arden los brillantes ojos sostenidos,
que la visión de aquel cantado amor 20
leve, sencillo y verdadero,
que no creímos conseguir; tan cierto
que parecía el sueño más distante.

Sí, sí; así era, así empezaba
aquello; de este modo lo veía 25
mi corazón de niño, cuando, abiertos
como rosas, mis ojos,
se alzaban negros desde aquellas torres
cándidas por el iris, de mi sueño,
a la alta claridad de un paraíso. 30

Así era aquel pétalo de cielo,
en el que el alma se encontraba,
igual que en otra ella, única y libre,
-38-

Esto era, esto es, de aquí se iba,
por lisas galerías de infalibles 35
arquitecturas de agua, tierra, fuego y aire,
como esta noche eterna, no sé a dónde,
a la segura luz de unas estrellas.
Así empezaba aquel comienzo sin fin, gana
matinal de mi alma 40
de salir, por su puerta, hacia su ignoto centro.

¡O blancura primera, sólo y siempre

primera!
¡Marmórea realidad de la inconsciente lumbre blanca!
¡Locura de blancura irrepitable! 45
...¡Blancura de esta noche, mar, de luna!

Sitio perpetuo

«Aquel purpúreo monte, que tenía
la formación más viva hacia el ocaso,
desviado secreto de espesura»,
vuelve hacia mí, se instala
ante mi amor, lo mismo 5
que un ser, una inmortal mujer dorada.

¿Él sabe que es bastante,
sabe que lo esperaba yo cantando,
que es deseado para plenitud,
para paz, para gloria? 10

Viajan los lugares, a las horas
propicias. Entrecruzan sin estorbo,
en concesión magnánima de espacio,
sus formas de infinita especie bella,
cada uno a su fe. (Y hacen un mundo 15
nuevo perpetuamente...)

«Este mar plano frente a la pared
blanca al sur neto de la noche ébano,
con la luna acercada en inminencia
de alegre eternidad.» 20

-39-

...Así encontramos,
de súbito, hondas patrias imprevistas,

paraísos profundos de hermosura,
que parecieron de otro modo:
claros ante la luz, distintos, 25
olas bien limitadas, otras,
altos árboles solos, diferentes.

La armonía recóndita
de nuestro estar coincide con la vida.
Y en tales traslaciones, realidades 30
paralelas, bellísimas, del sueño,
dejamos sonriendo nuestra sien
contra la fresca nube,
cuajada momentánea eternidad,
en un pleno descanso transparente, 35
advenimiento firme de imposible.

«Mi galería al único levante,
cielo amarillo y blanco trasluciente,
sobre el pozo primero, entre la adelfa.»

Jeneralife

Nadie más. Abierto todo.
Pero ya nadie faltaba.
No eran mujeres, ni niños,
no eran hombres: eran lágrimas
(¿quién se podría llevar 5
la inmensidad de sus lágrimas?)
que temblaban, que corrían,
arrojándose en el agua.

...Hablan las aguas y lloran
bajo las adelfas blancas; 10
bajo las adelfas rosas
lloran las aguas y cantan,

por el arrayán en flor,
sobre las aguas opacas.

-40-

¡Locura de canto y llanto, 15
de las almas, de las lágrimas!
Entre las cuatro paredes,
penan, cual llamas, las aguas;
las almas hablan y lloran,
las lágrimas olvidadas; 20
las aguas cantan y lloran,
las emparedadas almas.

...¡Por allí la están matando!
¡Por allá se la llevaban!
(Desnuda se la veía.) 25
¡Corred, Corred, que se escapan!
(Y el alma quiere salirse,
mudarse en mano de agua,
acudir a todas partes
con palabra desatada, 30
hacerse lágrima en pena,
en las aguas, con las almas...)
¡Las escaleras arriba!
¡No; la escalera bajaban!
(¡Qué espantosa confusión 35
de aguas, de almas, de lágrimas;
qué amontonamiento pálido
de fugas enajenadas!
¿Y cómo saber qué quieren?
¿Dónde besar? ¿Cómo, alma, 40
almas ni lágrimas ver,
temblorosas en el agua?
¡No se pueden separar;
dejadlas huir, dejadlas!)
...¿Fueron a oler las magnolias, 45
a asomarse por las tapias,
a esconderse en el ciprés,
a hablarle a la fuente baja?

...¡Silencio! que ya no lloran.
¡Escuchad! que ya no hablan. 50
Se ha dormido el agua, y sueña
que la desenlagrimaban;
que las almas que tenía,

-41-

no lágrimas, eran alas;
dulce niña en su jardín, 55
mujer con su rosa grana,
niño que miraba el mundo,
hombre con su desposada...
que cantaba y que reía...
¡Que cantaba y que lloraba 60
con rojos de sol poniente
en las lágrimas más altas
en el más alto llamar
rodar de alma ensangrentada!

¡Caída, tendida, rota 65
el agua celeste y blanca!
¡Con qué desencajamiento
sobre el brazo se levanta!
Habla con más fe a sus sueños,
que se le van de las ansias; 70
parece que se resigna
dándole la mano al alma,
mientras la estrella de entonces,
presencia eterna, la engaña.

Pero se vuelve otra vez 75
del lado de su desgracia;
mete la cara en las manos,
no quiere a nadie ni nada,
y clama para morirse,
y huye sin esperanza. 80
...Hablan las aguas y lloran,
lloran las almas y cantan.
¡O, qué desconsolación
de traída y de llevada;
qué llegarse al rincón último, 85
en repetición sonámbula;
qué darse con la cabeza
en las finales murallas!

(...En agua el alma se pierde,
y el cuerpo baja sin alma; 90
sin llanto el cuerpo se va,

-42-

que lo deja con el agua,
llorando, hablando, cantando

con las almas, con las lágrimas
del laberinto de pena, 95
entre las adelfas blancas,
entre las adelfas rosas
de la tarde parda y plata;
con el arrayán ya negro,
bajo las fuentes cerradas.) 100

A mi alma

Siempre tienes la rama preparada
para la rosa justa; andas alerta
siempre, el oído cálido en la puerta
de tu cuerpo, a la flecha inesperada.

Una onda no pasa de la nada, 5
que no se lleve de tu sombra abierta
la luz mejor. De noche, estás despierta
en tu estrella a la vida desvelada.

Signo indeleble pones en las cosas.
Luego, tomada gloria de las cumbres, 10
revivirás en todo lo que sellas.

Tu rosa será norma de las rosas;
tu oír, de la armonía; de las lumbres
tu pensar; tu velar, de las estrellas.

Pájaro fiel

Cuando el mirlo, en lo verde nuevo, un día
vuelve, y silba su amor, embriagado,
meciendo su inquietud en fresco de oro,
nos abre, negro, con su rojo pico,
carbón vivificado por su ascua, 5
un alma de valores armoniosos
mayor que todo nuestro ser.

-43-

No cabemos, por él, redondos, plenos,
en nuestra fantasía despertada.
(El sol, mayor que el sol, 10
inflama el mar real o imaginario,
que resplandece entre el azul frondor,
mayor que el mar, que el mar.)
Las alturas nos vuelcan sus últimos tesoros,
preferimos la tierra donde estamos, 15
un momento llegamos,
en viento, en ola, en roca, en llama,
al imposible eterno de la vida.

La arquitectura etérea, delante,
con los cuatro elementos sorprendidos, 20
nos abre total, una,
a perspectivas inmanentes,
realidad solitaria de los sueños,
sus embelesadoras galerías.
La flor mejor se eleva a nuestra boca, 25
la nube es de mujer,
la fruta seno nos responde sensual.

Y el mirlo canta, huye por lo verde,
y sube, sale por lo verde, y silba,
recanta por lo verde venteante, 30
libre en la luz y la tersura,
torneado alegremente por el aire,
dueño completo de su placer doble;
entra, vibra silbando, ríe, habla,
canta... Y ensancha con su canto 35
la hora parada de la estación viva,

y nos hace la vida suficiente.

¡Eternidad, hora ensanchada,
paraíso de lustror único, abierto
a nosotros mayores, pensativos, 40
por un ser diminuto que se ensancha!
¡Primavera, absoluta primavera,
cuando el mirlo ejemplar, una mañana,
enloquece de amor entre lo verde!

-44-

El desvelado

¡Mis ojos abiertos!
¡Llebadme a la mar
a ver si me duermo!

Mientras estén lejos,
no se han de cerrar 5
mis ojos abiertos.

Llorarán recuerdos,
hasta hacer un mar
de sangre y veneno;

un mar sin consuelo, 10
que me ha de llevar
al desvelo eterno...

No imitan los besos
ni el dulce cantar
la ola y el viento. 15

¡La ola y el viento!
¡Llevadme a la mar
a ver si me duermo!

Criatura afortunada

Cantando vas, riendo por el agua,
por el aire silbando vas, riendo,
en ronda azul y oro, plata y verde,
dichoso de pasar y repasar
entre el rojo primer brotar de abril, 5
¡forma distinta, de instantáneas
igualdades de luz, vida, color,
con nosotros, orillas inflamadas!

¡Qué alegre eres tú, ser,
con qué alegría universal eterna! 10
¡Rompes feliz el ondear del aire,
bogas contrario el ondular del agua!
¿No tienes que comer ni que dormir?
¿Toda la Primavera es tu lugar?
¿Lo verde todo, lo azul todo, 15
-45-

lo floreciente todo es tuyo?
¡No hay temor en tu gloria:
tu destino es volver, volver, volver,
en ronda plata y verde, azul y oro,
por una eternidad de eternidades! 20

Nos das la mano, en un momento
de afinidad posible, de amor súbito,
de concesión radiante;
y, a tu contacto cálido,
en loca vibración de carne y alma, 25
nos encendemos de armonía,
nos olvidamos, nuevos, de lo mismo,

lucimos, un instante, alegres de oro.
¡Parece que también vamos a ser
perennes como tú, 30
que vamos a volar del mar al monte,
que vamos a saltar del cielo al mar,
que vamos a volver, volver, volver
por una eternidad de eternidades!
¡Y cantamos, reímos por el aire, 35
por el agua reímos y silbamos!

¡Pero tú no te tienes que olvidar,
tú eres presencia casual perpetua,
eres la criatura afortunada,
el májico ser solo, el ser insombre, 40
el adorado por calor y gracia,
el libre, el embriagante robador,
que, en ronda azul y oro, plata y verde,
riendo vas, silbando por el aire,
por el agua cantando va, riendo! 45

Estos poemas se publicaron en Revista Cubana (La Habana), X, 28-30 (octubre-diciembre 1937), pp. 35-51, y se han reproducido en el libro Juan Ramón Jiménez en Cuba, compilación, prólogo y notas de Cintio Vitier, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1981, pp. 82-92.

-46-

Ángel Lázaro

España

¡Qué ganas de pisarte, tierra mía,
de medir con mi paso tu corteza,

de fatigarme sobre ti, y rendido
caer, dormir contigo, oh, tierra, tierra!

Despertar bajo un árbol, dolorido 5
y dichoso a la vez, cual se despierta
de un sueño horrible. Sangre, sangre, sangre,
lúvidos rostros, tumbas, bayonetas...

Despertar dulcemente ¡oh! madre mía,
madre de todos, santa madre nuestra, 10
aquí, en este silencio, en esta anchura
de tu cielo, ya en paz... ¡Cuánta tristeza

habremos de enterrar! Míranos: todos
necesitamos tu piedad inmensa,
todos ahora igualmente desdichados 15
de vernos y de verte... Vieja Iberia,
desangrada, enlutada, seca, erguida
sobre un muerto planeta.

Soledad

Ya estoy más solo, sí, ya voy estando
más solo. No del mar. Sí de sus rondadores.
Cerca y lejos, el mar me está cantando
en esta soledad sus verdades mejores.

Ya estoy más solo, sí; vuelvo a mi pura 5
desnudez, a mi ser, a mi certeza;
vuelvo otra vez a oír la voz segura,
y un ala fresca orea mi cabeza.

Ya estoy conmigo, sí. Mas, todavía

no ha encontrado su punto la armonía 10
del corazón, la soledad su centro.

-47-

Sabré que solo estoy cuando desnuda
y, cual la muerte, en el silencio muda,
la Verdad desde el mar venga a mi encuentro.

Antología poética, La Habana, Imprenta La Verónica, 1940.

Yo bien sé

Yo bien sé que ahora soy igual que un muerto,
miradme bien: un muerto.
Un muerto, sí, pero muy dentro fluye
una música que sólo yo percibo,
y un día se alzaré... Serán mis ojos 5
otra vez los de ayer cuando el paisaje
-su luz pura- los llene nuevamente
Oh, música dormida,
patria dormida, corazón de luto,
qué día aquel el que levante en vilo 10
la losa que te cubre... Mientras tanto,
dejad al muerto, respetad al muerto,
su silencio, su ausencia... Todos somos,
españoles hermanos,
muertos que esperan esa luz de un día, 15
escuchando en sí mismos el mañana.

Terremotos de pueblos

Terremotos de pueblos,
sangre dispersa por la dinamita,
aullidos de barbarie...
Yo volveré a buscar la margarita.

Renunciad. No hay mañana. 5
Por siempre vuestra vida está proscrita.
Lo que fue ya no existe.
Yo volveré a buscar la margarita.

El pastor habrá muerto;
sobre el alcor ya no estará la ermita. 10
Ruina y escombros, luto, soledades...
Yo volveré a buscar la margarita.

-48-

Lo sé: regueros de odios,
charcas negras, osarios... Mas la cita
está en mi corazón a vida o muerte: 15
¡Yo volveré a buscar la margarita!

A don Miguel de Unamuno

Para María Zambrano.

Nunca quisiste a España con amor tranquilo
sino rabiando, padeciendo;
amor a muerte, al borde, siempre al borde

de despeñarte... Forcejeo,
trágico jadear, rebañaduras 5
del corazón, blasfemias, rezos,
dulce panal, enardecida brama,
ardiente extenuación, brasa en los huesos...

Así quisiste a España, hasta que loca
de ti, por ti, sangrando, ardiendo, 10
te mordió, loba, el corazón. Rodasteis
con largo aullido hasta el abismo negro.

Genio de España

Genio de España, contradictorio,
genio de España a contrapelo,
Rodrigo tinto en sangre,
Alonso, liberal, cristiano y bueno;
Teresa, enamorándose a lo humano 5
de lo divino; Segismundo viendo
que soñar es vivir
y que el vivir es sueño;
Celestina, zurciendo en tercerías
los más puros amores sin saberlo; 10
Lazarillo rascándose las liendres
a la vez que el ingenio,
y Quevedo, procaz y deslenguado,
junto al más hondo, apasionado fuego...

-49-

Genio de España 15
que, por aburrimiento,
harto de sí, se lanza a la aventura,
y harta al mundo de asombro en mundos nuevos,
borrando cordilleras,
fundiendo razas y amasando pueblos. 20

Genio de España,
desesperado y cachazudo -extremos-
que, por anticipar, fracasa en Larra
y construye en Galdós a redrotiempo.

Genio de España: 25
Unamuno muriendo
en Salamanca, a manos de sí mismo,
Caín del buen Abel que llevó dentro;
genio de España, García Lorca,
criatura de milagro y privilegio 30
que llevaba a la vida fascinada
tras sí, caído, muerto
entre sus propios cármenes,
del crimen más horrendo...

¡Cuándo te fundirás, genio de España, 35
en un solo destino! ¡Ráete el tuétano
y arrójaló al volcán -crisol de sangre-
a ver si fragua ese español que sueño!

Sangre de España. Elegía de un pueblo, La Habana, Imprenta La Verónica (El Ciervo Herido), 1942.

-50-

Enrique López Alarcón

El ocaso del poeta

El Padre, al hijo pródigo, le apaña

y adereza el mejor de sus corderos,
que hoy atruena un tropel de aventureros
hasta lo más recóndito de España.

Ya no es la pluma un Cristo de la caña 5
vejada, escarnecida, y sin dineros,
que hoy aclaman los públicos iberos
al Jesús del Sermón de la Montaña.

Mas no podemos ofrecerte flores,
que en abril, esplendente primavera, 10
se fueron a formar los tres colores

que esmaltan el cendal de la bandera;
pero... aún le queda al vate la jornada
del poema de España libertada.

Soy español. Madrigales y sonetos, La Habana, Talleres de Editorial Luz-Hilo, 1940, pp.
43-44.

Desterrado español

Hizo el león español con la loba
tálamo ilustre, que Venus recela,
y el balanceo de la carabela
canta el feliz madrigal de la alcoba.

El calafate las quillas resoba 5
y el argonauta descorre la vela...
mientras a España, la ibérica abuela,
nietos le nacen color de caoba.

Si Cuba libre nos da su leyenda,
clava el pendón y levanta tu tienda. 10
¿Dónde encontrar, como hallamos aquí,

yunque y martillo, tambor y trofeo?
¿Dónde el machete de Antonio Maceo?
¿Dónde la estrofa y la fe de Martí?

Martí, (La Habana), año XIII, 176 (15 de febrero de 1942), p. 14.

-51-

Concha Méndez

Debajo de esta noche...

Debajo de esta noche ¿quién camina?
¿quién llevará ese hielo o esa llama?...
Se ha empeñado una luz ¿quién sabe en dónde!
Y el ángel de la fe de nada sirve.
Se inquieta el corazón -no tiene alas- 5
ni el dolor tiene espejos; solamente
un pedestal que quiere sostenerle,
con los ojos vendados como el niño
de ese volar sin rumbo.
Debajo de esta noche, yo lo escucho, 10
-la noche es el silencio que no quema-
un fantasma camina ¿quién lo mueve?
Siento en mi sangre girar el Universo.

Silencio

De piedra siento el silencio
sobre mi cuerpo y mi alma.
No sé qué hacer bajo el peso
de esta losa.
Tendida estoy a la noche 5
-árbol de sombra sin ramas.
Parece el tiempo dormido.
Parece que no soy yo
quien está a solas conmigo.
Tan segura voy que voy 10
perdida en todos los rumbos.
Ni brújula ni timón:
perdida por lo absoluto.
Y perdida llegaré
a los confines del mundo. 15

La noche negra no es negra
cuando se lleva una luz
más fuerte que las tinieblas.

-52-

Me levanté hasta el sueño...

«La vida es ciervo herido
que las flechas le dan alas».

Góngora

Me levanté hasta el sueño. En busca iba
de no sentir la herida que abrasaba.
Las duras flechas del dolor hicieron
brotar en mí el clavel de nueva llaga.

Corriendo al par carrera con el viento 5
y perseguida por amante llama,
la vida es ciervo herido sin remedio
que las flechas le dan veneno y alas.

De distintos puntos...

De distintos puntos que yo no conozco,
oigo que me llaman voces que no entiendo;
y me desespera el no entender nada
y me desanima verlo todo incierto.

A veces pregunto: ¿por qué habré venido 5
a este laberinto de soledades,
del que nunca salgo por más que me esfuerzo,
encontrando sombras... sin hallar a nadie?...

En la misma Patria en donde he nacido,
en la misma casa donde me han criado, 10
todo siempre ha sido a mis largas horas
un buscar continuo entre los extraños...

Y las voces esas... Y los pasos míos,
entre encrucijadas llenas de misterio...
Y las otras vidas pasando a mi lado... 15
viendo en cada rostro los trazos de un miedo...

Nada me importa. Hasta aquí he llegado
importándome todo en demasía.
Ahora, nada me importa, mi postura
es, entre indiferencia y rebeldía. 20

-53-

Lo mejor de mi esencia lo he entregado
tan generosamente y confiada,
que por cederlo así, para mis horas,
apenas si de mí me queda nada.

La Habana, mayo, 1939.

Lluvias enlazadas, La Habana, Imprenta La Verónica (El Ciervo Herido), 1939.

-54- -55-

Cuento

Fernando Alloza Villagrasa

Madame Clay

Las calles de Perpignan estaban cerradas en una densa neblina que destilaba gotas heladas. El frío azotaba cortando el rostro y en aquella noche inclemente, sólo alguno que otro guardia encapotado se encontraba por las calles. ¡Qué tentadores eran los cafés de donde salía un vaho caliente y una luz que parecía agotada después de haber atravesado los visillos y la capa de niebla que empañaba las vidrieras!

Alfonso parose delante de uno de estos cafés y pasaba la mano temblorosa por los cristales. Su aliento, denso, cubría inmediatamente las huellas que sus dedos dejaban en el cristal, pero aún podía ver a través de él el interior del café. Estaba casi desierto; sólo en una mesa jugaban a las cartas dos clientes a quienes acompañaba una mujer. Sin embargo, ¡qué grato debía ser aquel café de divanes tapizados con gruesa pana y donde los clientes tenían abandonados los abrigos por encima de las sillas!

-No pueden negarme que me acurruque en un rincón del diván -pensó resueltamente Alfonso.

No obstante, apenas hubo abierto la puerta se sintió vacilante y le invadió un inexplicable deseo de salir corriendo. Hubiera querido desaparecer de aquella sala, donde tanta luz le hería la vista. Le retuvo una mirada llena de complacencia de la mujer que acompañaba a los jugadores.

-Ya no puedo huir -se dijo.

Avanzó tímidamente por entre las mesas, como si quisiera ocultar tras ellas su desdichada indumentaria. Después de sentarse en un diván, pensó en lo grato que era sentir el calor del café, pero ¡ay!, a la vez qué angustia saberse observado, saber que le estaban viendo el cuello de una camisa que, después de cruzar las puntas, aún le estaba ancho y las mangas de una chaqueta que eran más largas que los brazos... y los zapatos; aquellos zapatos que se abrían apenas movía los pies y que no encontraban un sitio para ocultarlos.

Cuando el camarero se acercó a la mesa de Alfonso, éste sintiose sobrecogido y quiso decirle:

-No, no quiero nada. Pero se le antojó tan grato sorber una taza de café con leche que movió involuntariamente la cabeza para decir:

-Sí...

-¿Qué? -inquirió el camarero.

-Sí, café con leche -respondió Alfonso.

-56-

La señora le miraba insistentemente. Sin duda se aburría siendo testigo de aquella partida mano a mano en que los jugadores alternaban los sorbos de coñac con jugadas que hacían y deshacían en el más obstinado silencio. Alfonso empezó a sentirse menos embarazado: iba olvidando su aspecto de indigente para dejarse ganar por la ternura de los ojos que le acariciaban. Instantáneamente reaccionó para decirse:

-¡Bah! Será piedad y conmisericordia lo que siente esta señora por mí.

Pero como si ella hubiese captado el pensamiento de Alfonso, le miró más dulce, más tiernamente; hasta parecía implorarlo.

-Será la debilidad y el estado de mis nervios lo que me hace ver semejantes cosas -pensó.

Pero se produjo lo más inesperado: levantose la señora para decir algo imperceptible a su marido y se acercó resuelta a la mesa de Alfonso. Le extendió la mano y con una sonrisa llena de amabilidad le preguntó:

-¿Refugiado?

-Efectivamente -respondió él un tanto azorado y tratando de sujetar con la mano izquierda la manga que le impedía estrechar la mano de la señora.

Le dijo que se llamaba Yvonne Clay y le pidió permiso para hacerle compañía. Alfonso levantose muy confundido para ofrecer el diván a la señora Clay y cuando él quiso sentarse en una silla frente a ella, advirtió que le retenía cogiéndole del brazo y le invitaba a tomar asiento a su lado. Se miraban fijamente sin hablarse apenas y cuando Alfonso se repuso un poco de su turbación pensó que era inverosímil lo que estaba ocurriendo. Después por decir algo preguntó:

-¿Es su marido aquel señor?

-Sí -contestó la señora Clay, con un gesto que significaba bien lo inoportuno de la pregunta. Pero luego sonrió amablemente... Mas ¡cuál sería la sorpresa Alfonso al sentir que la mano que tenía apoyada en el diván era apretada por la de señora la Clay! En un momento de serenidad y lucidez mental, Alfonso, que era muy aficionado a leer novelas, pensó:

-¡Ay!, había previsto muchas cosas en esta desdichada aventura que es el exilio, pero jamás pude sospechar que había de verme en los aprietos de Julián Sorel.

El reloj avanzaba lento en aquel café de ambiente absurdo, donde los camareros dormitaban, el propietario contaba y recontaba los fondos de caja y los jugadores persistían, con ejemplar obstinación, en aquella partida silenciosa y en agotar copas de coñac. Alfonso se dejaba apretar la mano entre las de la señora Clay y aceptaba sin impaciencia que el tiempo pasara lento. Al fin y al cabo, cuando abandonara el café tendría que recogerse en el parque municipal o en las orillas del Tech: lugares ambos poco adecuados para pasar una noche de frío despiadado. Por otra parte, no era tan ingrata aquella absurda aventura. La señora Clay tenía indudables encantos; estaba entre los treinta y los treinta y dos años, esa edad en que las mujeres empiezan -57- a saber lo que quieren y se enamoran de verdad, o simplemente, aceptan del amor una parte grata sin dejarse arrebatar por excesos sentimentales.

Era ya muy cerca de las dos, cuando los jugadores, un poco coaccionados por el ir y venir impaciente de los camareros, se disponían a levantar la partida. Alfonso pensó lo embarazoso que le iba a ser explicar que no tenía ni un franco para pagar el café, mas por fortuna el señor Clay, al pagar el coñac que había consumido, indicó al camarero que

cobrara el café de Alfonso. Ya en la calle, sintióse sobrecogido por un temblor que le anunciaba toda la crueldad de la noche que le esperaba. Después que los esposos Clay se despidieron del rival en la partida, acercáronse a Alfonso, para anunciarle que se sentirían muy complacidos en acompañarle al hotel.

-Verá usted... -balbuceó sorprendido Alfonso- ...mi hotel está muy lejos... no se molesten.

El señor Clay volvió a intervenir en los mismos tonos cordiales para recomendarle que pasara la noche en un hotel próximo y, sin darle tiempo a replicar, lo asió amablemente del brazo para decirle:

-Mire, aquí, enfrente, hay un buen hotel y yo soy amigo del propietario.

No hubo lugar a opción. Cuando Alfonso quiso replicar algo, estaban ya atravesando la calle para entrar en un lujoso hotel. El señor Clay adelantose para cambiar unas palabras con el empleado que estaba de servicio, mientras su señora apretando los brazos de Alfonso se despedía:

-Hasta mañana, querido.

Él respondió sin saber a qué atenerse.

-Hasta mañana.

Despidiose después del señor Clay quien, sin necesidad de explicar nada, sólo con la expresión, por cierto muy discreta, llevó al ánimo de Alfonso la seguridad de que nadie le importunaría a la hora de pagar el hotel.

Avanzando por un pasillo de alfombras y acompañado por un empleado que lo conducía a la habitación, pensaba:

-Estos franceses son unos refinados.

Ya en la habitación, sonrió un poco amargamente ante el espejo, al verse con aquella chaqueta de hombreras caídas y mangas largas y con una camisa tan lamentablemente. Fue dejando caer tan raras prendas sobre el suelo alfombrado y empezó a sentirse bajo los efectos agradables de la calefacción y el confort que le ofrecía el lujoso hotel. Aquella cama con mantas de lana y sábanas blancas parecía una quimera.

-Cerca de dos meses -contó Alfonso- hace que no me acuesto en una cama.

Al dejarse caer en ella repasó vagamente todo lo que había ocurrido y se repetía:

-Hasta mañana... ¡Qué sarcasmo! No me verá mañana ni nunca.

Quizás hubiera divagado mucho, pero se sintió dominado por la voluptuosidad -58- que proporciona una cama cómoda a quien lleva dos meses durmiendo en campos de concentración y en las orillas de ríos helados.

* * *

Serían aproximadamente las diez de la mañana cuando unos golpes en la puerta hicieron que Alfonso se despertara sobresaltado.

-¿Qué es esto? -gritó.

Serenose un poco y recordó la inverosímil aventura de la noche anterior. Cuando volvieron a sonar los golpes en la puerta, encogiose de hombros y dijo indiferente:

-Pase.

Entró un camarero que traía un desayuno copioso.

-¿Qué trae?... Si no he pedido nada -exclamó sorprendido Alfonso.

El camarero, firme, aunque amablemente, respondió:

-No importa, es la costumbre del hotel... Perdón, señor -añadió-. Los señores Clay se interesaron por usted si ha pasado bien la noche.

-Sí, muy bien -contestó un poco molesto.

Después se dijo:

-Esto ya es excesivo.

El camarero, que iba recogiendo las desdichadas prendas que estaban tiradas por la habitación, anunció a Alfonso que iba a prepararle el baño.

-Bien, bien -respondió malhumorado.

-¡Oiga! -preguntó bruscamente al camarero-. ¿Quiénes son estos señores Clay?

-Verá usted, señor -respondió lleno de oficiosidad-. Él es uno de los banqueros más importantes de la ciudad, ella es una parisiense que goza de mucho prestigio por su distinción y delicadeza... pero se aburre mucho en Perpignan, su marido está absorbido por los negocios...

-Basta, basta -intervino autoritario Alfonso-, prepáreme el baño.

* * *

-Pues esta señora tan distinguida y delicada no volverá a verme -se decía Alfonso cuando salió del baño.

Se hizo el propósito de desayunar y salir del hotel para no volver más por aquellos contornos. Mas ¡ay!, de nuevo sonaron unos golpes en la puerta y sin dejar el desayuno que tenía entre manos, gritó molesto:

-Pase.

Quien entraba ahora, no era el camarero, era la señora Clay. Inundó la habitación -59- de un perfume fresco y por entre un cuello de pieles apuntaba un rostro radiante de belleza. Desprendiose del abrigo mostrando un talle esbelto y de líneas gratamente sensuales. Sonrió insinuante y con mirada acariciadora se acercó a Alfonso. Cogió entre sus manos la cabeza de él y dejó sentir de cerca el fresco perfume de su piel. Con las manos acariciaba suavemente los desordenados cabellos de Alfonso. Él empezó a no pensar; abandonose simplemente a las ternuras de Yvonne.

* * *

Horas más tarde, paseaba por las orillas del Tech divagando en torno a tan extraños acontecimientos.

-¡Qué mujer! -se decía-. ¡Qué rara mezcla de bestezuela y de aventurera refinada!

Sin embargo, observó que pensaba demasiado en ella. Había algo que le atraía y desde luego no repetía ya lo que horas antes había pensado: «No la veré mañana ni nunca». Por el contrario, la tarde se le hacía interminable calculando el tiempo que le faltaba para volver a verla. Pasó y repasó, por el café, varias veces con la esperanza de encontrarla y vagaba por las calles con la obsesión de descubrirla entre las gentes que iban y venían...

Aquella y otras noches se repitieron las escenas del primer día, pero con un apasionamiento y un calor que crecían precipitadamente. Alfonso vivía la dicha de un paraíso y hacía que su amada sintiera con él toda la intensidad de su pasión.

-Estoy muy enamorado -repetíase a menudo.

Y, efectivamente, lo estaba. Aquella parisiense cuidaba tan delicadamente sus relaciones con Alfonso, que éste nunca tuvo ocasión de sentir las condiciones de inferioridad en que se encontraba. Acaso no lo sintiera, pero la señora Clay sabía muy bien crear ese ambiente y ese tono de igualdad en que se desarrollan los grandes amores...

Mas ¡ay! la dicha es efímera... En uno de sus paseos por las calles de Perpignan, fue sorprendido por los gendarmes y llevado más tarde al campo de concentración de Arrás. No pudo despedirse de Yvonne ni avisarle siquiera de su desgracia.

-Si ella supiera donde estoy, vendría a verme -se decía.

Durante quince días vivió aquella obsesión del alambre espino que se le clavaba en el alma. Conocía la vida en los campos de concentración, pero nunca se le había antojado tan refinadamente cruel como ahora. En las crisis de abatimiento su mirada parecía la de un iluminado.

-Todo es poco si consigo huir, huir para abandonar la cabeza en sus manos y sentir la ternura de sus caricias.

Efectivamente, huyó, al fin. Huyó durante una noche tan inclemente como todas las que se sucedían en aquellos primeros meses de exilio. Pero él corría por la avenida que da acceso a Perpignan, indiferente al frío que le azotaba.

-60-

-Llegar al café y verla... -se decía sintiendo en el pecho toda la plenitud de un hombre feliz-sentirse acariciado por su mirada.

No tardó más de media hora en hacer un recorrido de cuatro kilómetros, por calles mal alumbradas y cerradas en una densa neblina. Al llegar al café sintió que el pecho se le abría de emoción. Con una sonrisa de niño y los ojos radiantes de alegría, abrió precipitadamente la puerta. Sintió como si un bloque de hielo se le pegara a la espalda. Yvonne tenía a su lado otro, que también tenía aspecto de refugiado. Cuando notó la presencia de Alfonso volvió la cabeza indiferente, como si se tratara de un desconocido y sonrió amablemente a su nuevo amigo...

Los jugadores estaban obstinados en su partida sin darse cuenta siquiera de la presencia de Alfonso.

Abandonó el café andando como un autómatas sin pensar ni sentir nada. Ante la vidriera del café tropezó con un joven que estaba pasando la mano por el cristal. El joven se quedó mirando a Alfonso y le preguntó:

-¿Eres refugiado?

Contestó con un movimiento de cabeza sin prestar atención al que le interrogaba. Éste le dijo que también él lo era. Después le explicó que venía muchas noches, para ver en el café a unas gentes que conocía.

-A los señores Clay -aclaró.

-¡...!

-Él es un importante banquero y su esposa una parisiense que se aburre mucho.

-¿Cómo sabes eso? -inquirió vivamente Alfonso.

-Me lo dijo un camarero de ese hotel que hay enfrente... Verás -añadió-. Una noche como ésta, entré en el café y la señora Clay me miraba obstinadamente...

-¡No... no sigas! -le interrumpió suplicante Alfonso.

Carteles. La Habana, año 27, 2 (19 de mayo de 1946), pp. 22-23.

-61-

Luis Amado Blanco

Pepín, El Mulato

Al doctor Raúl Roa, por esa saludable herida martiana que padece agónicamente.

«La fidelidad es el esfuerzo de un alma noble por igualarse a otra más grande que ella».

J. W. Goethe

I

No sé cómo llegó al pueblo. Jamás pude averiguarlo. En realidad, hasta ahora que lo pienso, que lo repienso una y otra vez, que lo contemplo con los ojos de la lejanía en el tiempo y la distancia, nunca me preocupó la extraña circunstancia de aquel zapatero cubano, mulato por más señas, metido a vivir en Avilés, el pueblo asturiano de infancia, empapado de lluvia fina, dormido melancólicamente al lado de la larga espada de su noble ría como una estatua yacente; con sus soportales nublados por el eco redondo de las almadreñas; con su acerado humorismo detrás del cual se escuchaba la tristeza de una vida sin vida, siempre igual, como las nubes grises.

Pensándolo bien, no tenía por qué extrañarme. Cuando abrí los ojos a la existencia, cuando comencé a darme cuenta de lo que me rodeaba, estaba ya allí, para mí, al menos, desde siempre, dándole al martillo y a la lezna en el pequeño portal de la casa fronteriza; igual que las niñas jugando al corro en los atardeceres de primavera; que los señorones, graves y presuntuosos, que paseaban las calles una y otra vez sobrecogidos por sus propias largas peroratas; que las piedras y los escudos de las casas; que las boticas, con sus misteriosos pomos de porcelana donde se guardaban amargos extractos de salud; que las tiendas de ultramarinos, con sus geométricas pilas de redondas latas y sus sacos medio abiertos para

que las manos de las amas de casa pudieran acariciar, sabiamente, los pálidos garbanzos de Castilla.

Todo en su sitio, y Pepín, El Mulato, en el suyo. Todos cumpliendo con su obligación de componer aquella maravillosa estampa primera de mis ojos niños preñados de asombro y rotos de contornos precisos.

Además, el caso, bien mirado, no tenía nada de extraordinario. Desde que despertaba hasta que me dormía estaba oyendo hablar de Cuba. La mitad de los hombres del pueblo habían estado allá; la mitad de los jóvenes se preparaban para dar el salto. Por las noches de verano, cuando el horizonte se ensanchaba un poco y la brisa conservaba, un tanto, el color amarillo del sol, los mozos pasaban cantando, a tres voces, las últimas dulces habaneras llegadas de la Perla querida; los ceniceros estaban llenos del gris residuo de los tabacos, cuya procedencia garantizaba un bello anillo de papel, en oro y sangre, dejado caer, bien visible, como si no importara. Todos los años, durante tres y cuatro semanas, mi madre trabajaba, afanosamente, dirigiendo el -62- embalaje de grandes cajas llenas de chorizos, morcillas, habas y jamones, destinadas a cruzar el océano, y todos los años, igualmente, mi padre se pasaba tres y cuatro días, en mangas de camisa, el chaleco desabrochado, martillo y cincel en ristre, abriendo, con los ojos encendidos de sensual regusto, otras grandes cajas repletas de la dulcísima y morena azúcar de caña, del verdiseco y arriñonado café, de la olorosa y pegadiza guayaba veteada de temblorosa jalea. No podía extrañarme. No había manera de que me preocupara lo más mínimo, el encajamiento asturiano de aquel zapatero remendón de ojos picarescos, tez cetrina, y jotas melladas. Estaba allí por la misma razón que las canciones y las preocupaciones cubanas; que las cartas, que madres y esposas esperaban anhelantes todos los meses; que las luces de juventud que se encendían en las pupilas de los ancianos, cada vez que recordaban los bailes de Tacón o las excursiones a Puentes Grandes.

Estaba allí, desde siempre, en su sitio, y eso era todo. Dale que le das al cuero y la aguja, al martillo y a los clavos. Un par y otro par de zapatos; un día y otro día.

Si hubiera tenido otro oficio se hubiera muerto de hambre, porque no iba nunca a misa, y además, era republicano; pero como era zapatero, y todos los zapateros de España estaban, por aquel entonces, dejados de la mano de Dios, como no tenían remedio, lo mejor del pueblo le mandaba a arreglar sus botas; y no sólo por mediación de las sirvientas, sino en mano de las mismas señoras, quién sabe si enternecidas por su malicioso mirar y por sus palabras corteses.

-Usted manda, mi señora. No faltaba más. Siempre dispuesto a servirla.

Cuando el caso merecía la pena, las acompañaba hasta la puerta y hasta se quedaba en el umbral viéndolas alejarse, los párpados entornados, las manos bajo el largo delantal de hule. Luego, al volver a su pequeña banqueta, tras la diminuta mesita, golpeaba más fuerte, cosía más aprisa, se tragaba ciertas interjecciones que no era conveniente brotaran de sus labios, gordos y sensuales, tras los que escondía un fuerte teclado de blancos dientes como para una salvaje sinfonía de amor. Con las cocineras y doncellas de las mansiones clientes, ocurría de manera bien distinta. Eran ellas las que no querían irse y se sentaban largos ratos

en las bajas sillitas, como para un corro de enanos, mientras él, cumpliendo con su oficio, la boca llena de tachuelas, el martillo machacando sus varoniles intenciones, las miraba de hito en hito advirtiéndolas picarescamente:

-¡Siempre lo mismo! Eva, como en el paraíso, mostrándole la manzana al pobre Adán. Pero ten en cuenta que yo no soy tan inexperto. Un día cualquiera...

Reían. Yo no sé en qué paraban aquellas jaranas. Era demasiado niño par a darme cuenta. Sólo ahora, atando cabos por acá y por acullá, puedo reconstruir lo que estoy contando. El caso es que jamás dio un escándalo, ni se le vio borracho, ni se le supo jugador. Un hombre cabal, serio, honrado. El primero en abrir su reducido establecimiento, el último en abandonarlo, golpea que te golpea, sin irritarse nunca, en todo tiempo sonriente, como si una alegría interna le brotase del alma. Sin embargo, -63- era un sentimental de lágrima propicia y limosna pronta, a pesar de su estrechez. Los pobres del pueblo, al ir o al volver de su turno peticionario en la puerta románica del templo de San Francisco -arrullado por el fuerte correr de sus seis caños, con pétreos mascarones, donde bebían los aldeanos y abrevaban sus bestias- sabían dónde conseguir una moneda más. A veces, refunfuñaba, pero la mano no seguía a la protesta. Revolvía el cajoncito lateral de la mesa:

-¡Como si yo fuera rico! ¡Como si no tuviera que pasarme aquí de sol a sol para poder vivir malamente!

Luego daba un suspiro, una larga puntada más, y retornaba a la faena que sólo interrumpía al mediodía, cuando sus tres pequeñas, mulatas como él, regresaban de la Escuela Pública. Porque era viudo. Yo no alcancé a conocer a su mujer, una apretada escultura de canela con la que había arribado al pueblo, pero un día, por casualidad, oí contar a mi padre la triste historia. Parece que se querían de verdad, con locura, pero a la mulata no le sentaba corporal ni espiritualmente aquel clima, como un frío puñal de agua hasta la médula de los huesos. A veces se ponía a llorar tras los cristales empañados de orbayo, añorando el sol, la bienaventuranza de su patria lejana, y al regalarle la tercera hija se fue para siempre no se sabe si del parto o de melancolía, con miedo en la entraña a quedarse prisionera entre aquellos montes con el sordo canto de un mar eternamente embravecido como una amenaza para aquel que osara aventurarse.

-Ahora sí que no tengo escape -le decía Pepín a mi padre-. ¿Cómo dejarla sola, sin familiares, sin una flor ni un pensamiento sobre su tumba? Además, aquí a mis hijas no se las señala ni se las desprecia. Son hijas de un zapatero remendón, pero nada más. ¡Yo trabajaré para ellas!

¡Y vaya si trabajaba, si las atendía! Una vieja vecina les preparaba la comida, pero todo lo demás se lo hacía él en funciones de padre y madre en una sola pieza. Escogerles los vestidos de colores chillones; peinarlas según esa cuadrada geometría de tablero de ajedrez rematado por las trenzas, con grandes lazos, extrañas mariposas disonantes; tomarles la lección, saber por dónde andaban. Poco a poco, fue aprendiendo de nuevo a sonreír en la mirada ingenua de sus pequeñuelas, que se criaban sanas y felices; a mirar la vida de frente, a resignarse, por lo menos resignarse a no volver nunca a su Habana querida cuyo recuerdo

le mordía el corazón, sobre todo cuando las pandillas de jóvenes pasaban delante de su casa con las dulces y distantes canciones en las armoniosas gargantas.

-¿Oyó usted la noche pasada? ¡Qué bien cantaban! ¡Parecía que andaba uno por Jesús del Monte!

Algunos ricos indianos, formaban en el atardecer su tertulia en la pequeña zapatería. Se sentaban en las sillas bajas y comenzaban a hablar de lo mismo: de la zafra, del mal gobierno republicano de la Isla; del descuido de España por haber perdido aquella joya; de aquellas maravillosas mujeres de sus buenos tiempos. Los nombres -64- de los patricios cubanos y de los generalotes, se barajaban una y otra vez. Ya habían transcurrido muchos años de todo aquello, pero eso no importaba. Se repetían las consabidas historias queriendo meterse dentro de ellas, a ver si era posible incorporarse de nuevo a la juventud perdida.

Mi padre, por imposición tácita de Pepín, El Mulato, era algo así como el presidente de la reunión. Para él había una silla alta que nadie se atrevía a ocupar, y sus palabras tenían siempre la aprobación entusiasta del remendón correligionario, orgulloso de poder contar con tan importante apoyo. Porque mi padre había estado siempre de parte de los mambises; porque era como él, republicano en el caso de España; y porque sólo en las grandes solemnidades se dignaba ir a misa; no por devoción, sino por acompañar a mi madre. Cuando en el fragor de las acaloradas discusiones, mi padre, rubio y fornido, señalaba los desastres pasados como prueba de incapacidad de las clases reaccionarias de la Península y recordaba párrafos de Pi y Margall, inflamados de solemne oratoria y clara visión política, Pepín se le quedaba mirando como a un Dios a quien tuviera que agradecerle algo más que la vida.

-Así se habla, así se habla. Así habló Martí, aquel genio que ustedes nunca supieron comprender.

Martí, José Martí, era en él algo más que una devoción. Una pasión consciente, forjada en largas horas de lectura, quemándose los ojos, mientras sus hijas dormían y el cuerpo le pedía el necesario descanso. Porque leía sin reposo, todos los días, pasase lo que pasase. Un miembro de la tertulia, don Esteban, El Silencioso, apodado así porque jamás hacía otra cosa que escuchar sin opinar nunca, siempre enfundado en un escrupuloso traje carmelita de magnífico paño inglés, largo saco ribeteado de esterilla, bombín del mismo tono y una soberbia colección de admirables bastones, le prestaba libros, principalmente sobre historia, filosofía y ciencias sociales.

Puedo confesar, sin rubor y aun sin irreverencia, que la primera vez que oí nombrar a Schopenhauer, Gustavo Lebón, Mantegaza, Menéndez y Pelayo, Varona, fue en boca de Pepín, El Mulato, por mil motivos ilustre zapatero remendón de mi pueblo. Lo hacía sin pedantería, sin resabios, como la cosa más natural del mundo, como se habla de ilustres amigos a los que se reverencia y cuyas sabias enseñanzas es necesario aplicar para un mejor entendimiento entre los hombres.

Una tarde, allá por mis diecinueve años, la víspera de tomar el tren que debía conducirme a Madrid para comenzar mis estudios universitarios, me llamó, al salir de casa, con un gesto

misterioso. Ya había muerto mi padre, y aquella tertulia «histórica», como él humorísticamente la denominaba, había sido deshecha por la inexorable ley de la vida y de la muerte. Llovía. Era por el otoño: el mes de septiembre. Los árboles, con las arrogantes hojas del corto verano ya mustias y pardas sobre las raíces, pedían al cielo clemencia por su trágica desnudez, y el pueblo entero iba dejándose amortajar, por aquel largo y desolado viento de los días interminables, perdidas -65- una vez más las tardes de sol propicias para las reuniones y las romerías traspasadas de gaita, sidra y amores rezagados.

-Quisiera hablar con usted. Cuando salga, después de la cena, tenga la bondad de subir a mi bohardilla. Yo le estaré esperando.

Me extrañó el tono misterioso, la extraña localización de la cita, la absoluta solemnidad de sus palabras. Diariamente, al ir o al volver de la cercana Biblioteca popular, donde yo despachaba a mis anchas los afanes literarios, entraba un rato a charlar con él. Muchas veces, casi siempre, estábamos solos. ¿Qué era lo que quería decirme, así, tan privadamente, en la intimidad de su hogar, al que jamás nadie había tenido acceso? Debo confesar que hasta tuve miedo. Un miedo absurdo, lo reconozco, pero miedo de que algo insólito y misterioso pudiera caer sobre mi juventud aplastándola inexorablemente. Subí, hasta el cuarto piso, casi temblando, parándome en cada descansillo para coger resuello y aparentar una fría calma al llegar a la puerta. Dos golpes suaves, y:

-¡Adelante!

Estaba entornada. La empujé. Era una habitación larga y estrecha, vacía de muebles, con una bombilla de pantalla verde alumbrando escasamente el recinto. Al fondo, una ventana: tres sillas en el centro, y sobre una de ellas, una desvencijada maleta abierta, repleta de periódicos, viejos libros y libretas de apuntes.

Se puso de pie y con aquella su melosa cortesía, hizo que me sentara. Se quitó los lentes de plata con cristales redondos, el mandil de trabajo que aún tenía puesto. Extrajo de la maleta unos diarios amarillentos y un libro pequeño; volvió a cerrarla cuidadosamente pasando los pestillos, y me miró tan honrada y paternalmente, que se desvanecieron mis temores. Sus palabras no parecían de él, de un zapatero remendón, roído de años y trabajos:

-Mire, yo quise mucho a su padre y, por lo tanto a usted, a quien he visto crecer semana a semana. Se ve que va para escritor. Sus poesías, sus artículos, que leo en el periódico del pueblo, lo dicen claramente. Ahora, de pronto, quizás demasiado pronto, va a enfrentarse con el revuelto mundo de la capital, y yo quisiera hacerle un regalo. Figúrese usted, ¡Pepín, El Mulato, haciéndole un regalo! Pero no importa. Materialmente no vale nada, pero espiritualmente vale mucho, por el cariño con que se lo ofrezco, y por lo que encierra. Es un ejemplar de los Versos Sencillos de José Martí, y cinco periódicos -dos de Caracas y tres de Buenos Aires- donde están publicados artículos suyos. Los guardé escondidos muchos años, porque hubo un tiempo en el que poseer estas joyas era peligroso. Su padre era el único que conocía mi secreto. Y ahora se los ofrezco para que se dé cuenta de lo que es América y de lo que fue su proceso libertador. A Martí, estoy seguro que sólo lo conoce de oídas, que no ha leído nada de él. Se le olvida, en España, injustamente. Pero día vendrá en

que suceda todo lo contrario. Léalo con calma y reedítelo. Si viviera, estaría ahora ayudando a libertar al pueblo español de la tiranía de los Borbones.

-66-

Aquella noche no pude dormir. La pasé, entera, leyendo lo que me había entregado, y por vez primera en mi vida, mordido de largas preocupaciones que no me han dejado nunca.

Al levantarme con el alba para tomar el ferrocarril, tenía los ojos hinchados no sé si por el desvelo o por la crisis. América no era ya para mí aquel país cálido y somnoliento que se había metido por mí al compás de las rítmicas «habaneras», y con el gusto delicioso del dulce de guayaba. Había algo más, mucho más, infinitamente más, profundo y altanero como el tajo del machete. No sé. Los brazos de mi madre tenían una patética ternura al abrazarme, y las maletas pesaban endemoniadamente al bajar las escaleras. Hacía frío. Yo tenía mucho frío por lo menos. Las calles solitarias. Una larga pincelada gris manchaba todo el pueblo. Pepín, El Mulato, me decía humildemente adiós, detrás de los cristales de su noble y singular zapatería.

II

Cuando regresaba de vacaciones por el verano, iba a verlo. Me sentaba en la silla que antes ocupara mi padre y charlábamos largo rato. De esto, de lo otro, de lo de más allá, casi siempre de política. Seguía estando en todo, pero cada vez más en Cuba. Como si al traspasar los umbrales de la vejez, la patria lejana tirara de él como un imán patético.

-¡Si yo pudiera ver de nuevo todo aquello! Con un mes de estancia me conformaría. Pero el viaje es muy largo y los pobres no ganamos para esos lujos. Ahora, con las hijas casadas, puedo ahorrar algunas pesetillas, pero no las suficientes. Además, a mi mujer, allá arriba en el camposanto, no le gustaría que me fuese.

Sonreía melancólicamente. Vivía solo. Solo con la visita periódica de los nietos, que le mecían el alma como una hamaca. Pero solo, acaso sesenta años, el pasudo cabello casi blanco, el mismo pulso para el martillo y la lezna, los mismos ojillos vivaces tras los lentes con armadura de plata.

Cuando llegó la guerra civil, hacía ya dos veranos que no lo visitaba. Ardores de la poderosa juventud que nos llevan por otros senderos haciéndonos olvidar, injustamente, aquellas figuras que de una u otra manera nos abrigaron de niños. Sonaba el cañón tras los montes, y de cuando en cuando, corría entre las nubes un aeroplano sembrando el pánico en las aldeas y ciudades. Por fortuna casi siempre seguía de largo. Era por los primeros días, y todo se arreglaba con inocentes reconocimientos. Por las carreteras pasaba la terrible tristeza de los aldeanos evadidos de sus lugares ante el peligro de la lucha, con sus vacas indiferentes y sus carros de yerba cargados con sus pobres enseres. Daba ganas de llorar y a veces levantábamos la vista al cielo en busca de una razón para aquel desatino; pero el cielo no contestaba: plúmbeo o azul, daba lo mismo. Mudo, ausente, como el decorado sin respuestas para la agonía de los actores del espantoso drama.

Un día, al atardecer, volvía en automóvil del frente galaico, en compañía de -67- otros periodistas, cuando nos llamó la atención un numeroso grupo de obreros sentados al borde de la carretera. Cincuenta, sesenta, fumando sus cigarrillos de espera sobre los montones de grava, en las cunetas, a la orilla verde de los prados. El sol se había puesto solemne tras las agrestes montañas, y una luz dura y tornasolada iba durmiéndose por lo alto abriéndole cielo a las primeras estrellas. Paramos en seco. Uno de nosotros se asomó por la ventanilla.

-¿Por quién esperan?

-Por nadie -contestó uno-. Hemos formado una milicia y esperamos el paso de un camión de armas para seguir al frente. Por las buenas o por las malas, tendrán que entregárnoslas.

Nos apeamos para convencerles de que todo aquello era un perfecto desatino, pero fue inútil, mejor dicho, contraproducente. Comenzó el recelo, las miradas de odio, los puños apretados...

-Señoritos de mierda...

Yo, por fortuna, no me preocupaba de lo que acontecía a mi alrededor, aturdido por una increíble aparición, allá al final de la fila. Sentado y también absorto, con la cabeza entre las manos, estaba Pepín, El Mulato, vestido de domingo, los zapatos bien lustrados, una sortija de oro que no le había visto nunca en su mano izquierda, en un feroz contraste con el turbio desaliño de sus compañeros.

-Pepín, ¿qué hace usted aquí entre estos hombres?

Levantó la vista y se puso de pie, ligero, extendiéndome las dos manos.

-Ya sé, ya sé, pero no me riña. Sería inútil. Ya sé que soy viejo, que nunca manejé un arma, y que por lo tanto puedo ayudar muy poco. Pero puedo morir y eso es bastante. Figúrese usted, morir. He vivido por algo: por mis hijas. Y ahora que ellas ya no me necesitan, tengo la oportunidad de dar la vida por mi causa de siempre, buena o mala, pero la mía. Todos mis muchos años allá encerrado, prisionero sin aire ni horizonte, dándole golpes a las suelas y sueña que te sueña, sin poder realizar ninguna esperanza. Ahora, por suerte, es diferente. El campo abierto, el sol, la lucha... Ya he cumplido con el cotidiano y monótono deber, y ahora quiero cumplir con el hermoso deber de unos días. Un solo tiro. Y como Martí, hacia la gloria, aunque nadie inscriba mi nombre en ninguna placa de mármol. Un abrazo y ni una sola palabra, se lo ruego.

Me apretaba fuerte, fuerte, como se aprieta a un hijo. Los ojos llenos de lágrimas, pero firme y seguro como una palmera.

-Siempre dije «¡hasta luego!», pero ahora debo decirle adiós. Y cuídese, que es usted muy joven.

Sin fuerzas, sin razones, di la vuelta y me metí de rondón en el auto como un signo de marcha. Rugió el motor cuesta arriba, levantando largas y densas nubes de polvo. Los compañeros discutían violentamente. Que si esto, que si lo otro.

-¿Por qué callas? -me dijo uno-. ¿Has visto un fantasma?

-68-

Lo miré fijo, violento, para que no insistiera.

-No he visto un fantasma. Nunca veo fantasmas, tú lo sabes muy bien. Pero hay cosas que no debían suceder jamás y sin embargo están sucediendo.

* * *

Tres días después, visitando el mismo frente, me llamaron al improvisado hospitalillo de avanzada, bajo un hórreo mordido de metralla.

-Aquí hay un muerto en cuyas ropas encontramos un papel rogando le avisáramos a usted en caso necesario. Lo firma «Pepín, El Mulato».

Era él, tendido en la sucia camilla con el solo tiro imaginado en mitad de la frente. Una sonrisa feliz en la boca gordezuela y sabia. El amigo que me había preguntado en el automóvil, estaba tras de mí con el rostro tenso, las manos caídas, la voz grave:

-¿Era el fantasma?

-Sí -le respondí casi llorando-. Es el cadáver de un gran hombre. El cadáver de toda mi niñez, y de mi adolescencia. ¿Entiendes ahora?

Doña Velorio (Nueve cuentos y una nivola), La Habana, Dirección de Publicaciones, Universidad Central de Las Villas, 1960. pp. 51-66.

-69-

Juan Chabás

Amanecer

Había en el cielo unas estrellas agudas, que parecían sonar como campanillas de plata cuando resplandecían temblando. Álamos altos, escuetos, aguzaban su ramaje fino contra la profunda transparencia comba del cielo. La brisa meneaba un poco las ramas más delgadas y las hojillas leves.

Al lado de esos álamos, a las tres en punto de la madrugada, cuatro hombres arrebujados en mantas y zamarros, con las chicas boinas negras hasta las orejas, permanecían quietos y en silencio. A las tres precisamente era la cita.

Hacía más de media hora que estaban allí, frotándose las manos, golpeando la escarcha del prado con los pies, para que no se les entumeciesen. Llevaban a la espalda sendos zurroneos bien cargados, que no se atrevían a dejar en el suelo por si tomaban humedad.

Al fin, uno de ellos preguntó:

-¿Tú crees que vengan? Ha pasado ya más de media hora...

-No creas que tanto. Es que el tiempo, de noche y en el campo, con frío, sueño y hambre, se hace muy largo. Mayormente, cuando no hay más reloj para medirlo que el propio pulso de la sangre en las sienas. No te impacientes. Vendrán seguro.

Pedro dijo estas palabras con pausada firmeza, mirando a sus tres compañeros. Era un mozo labrador, que conocía bien el campo y medía certeramente a los hombres por su coraje.

-A veces, el rumor de las hojas de los álamos parece que es de gente que camina -observó otro.

Y replicó zumbón, con cierto deje agrio, un tercero:

-A ver si es miedo...

-¿Miedo? Mira, Manuel: no sé si alguna vez he tenido miedo; pero te juro por mi madre que esta madrugada no lo tengo. Cuando uno sabe bien lo que hace y por qué lo hace, el miedo se le vuelve a uno corazón y le empuja la sangre... Y no pienses en el miedo de los demás, no vaya a ser que el tuyo asome la oreja...

Replicó el Manuel:

-Bueno; mejor es no hablar de tonterías. Si estamos aquí, es que no tenemos miedo o nos lo sabemos guardar.

Cerca de los álamos pasaba el río. No se oía casi el rumor de la corriente. Iba el agua silenciosa y viajera bajo la sombra del puente de piedra, un viejo puente de cinco arcos, del tiempo de los romanos. Poco más lejos, las varillas de hierro de otro puente, metálico, sobre el cual pasaba la vía del tren, se cruzaban como fantásticos sarmientos. La luz débil del farolillo rojo, al oscilar con la brisa, movía y rizaba sobre el río la sombra de los hierros.

En este paraje, cruce de la carretera y del ferrocarril, se celebraban siempre las verbenas y romerías del pueblo. Había cerca una ermita, milagrera y humilde. Para los cuatro hombres que esperaban allí, el paisaje tenía recuerdos de una cintura flexible para bailar, de unos ojos encendidos de promesas, o de un caliente temblor de palabras y de labios, relampagueantes de risas o húmedos de caricias furtivas.

Pero también, junto a aquellos puentes, en aquel trozo del prado, que llamaban la chopera o la ermita, habían pasado otras cosas durante los últimos años. Los recuerdos felices ya no eran más que ecos de vida frente a esas cosas; se habían tornado ásperos y amargos. Allí, en aquel prado, habían llevado a morir a muchos hombres de las aldeas del alrededor. Los cuerpos aparecieron a veces en el río.

Allí, una mañana, bajo un sol caliente de agosto, fue Pedro en busca de su padre. Hacía ya más de seis años y aún se le anudaba la garganta cuando pisaba aquella tierra. Lo había encontrado al lado de unos fresnos, hinchado bajo la camisa destrozada y sucia, con los pies en el fango, deshechas las botas, y los pantalones de paño negro, ásperos y manchados de sangre y barro. Casi no pudo reconocerle; tenía el rostro desfigurado por una herida ancha en un carrillo y un agujero en la frente. Los labios blancos y abultados, llenos de tierra y lombrices; el pelo y la piel, con cárdenos coágulos de sangre podrida.

A pesar de lo oscuro de la noche, pudiera precisar el sitio exacto donde estaba enterrado. Porque él mismo, a solas, bajo el sol quemante del mediodía de agosto, con su azadón de labranza abrió una fosa en aquella pradera, a la orilla del río, y en ella guardó a su padre. Sin caja ni nada. Sólo entre broza de jarales, juncos y fresnos secos, para que la tierra no le cayese sobre el mismo cuerpo.

El padre también se llamaba Pedro: Pedro Sanabria Olmedo. De toda la familia sólo quedaba la madre, Dolores, y una hermana, Lola, que desde hacía unos meses era viuda. El hermano mayor, Juan, había muerto de una herida en el pecho, en Monte Arruit, siendo soldado de zapadores. Pedro tenía entonces dos años.

«¡Que te tuerces, Perico!» «No le tires tanto del ronzal al rocín, y empuja con fuerza la esteva...», le parecía volver a oír esas palabras. Desde los nueve años tuvo que salir al campo con su padre, a cavar y labrar, porque con un jornal no había bastante para la casa.

Al principio, de bien poco valía su ayuda. El rocín, y los terrones desmoronándose, y la entraña dura de la tierra, podían más que él. Se le iba de las manos el viejo arado romano. El padre siempre tenía que estar gritándole: «¡Que te tuerces!...» ¡La gran lección, tener que abrir bien derecho un surco! «Todo en la vida has de aprender a hacerlo como los surcos; hacia adelante y sin torcerte», le decía el padre.

Bien podía predicarlo; porque él no se había jamás doblegado a nadie. Una vez que el cacique del pueblo le pidió el voto contestó: «Mire, don Abilio, usted puede pedirme mi sudor, y mi trabajo; pero el voto es el pensar de uno, y mi pensar no me lo puede pedir nadie, ni yo lo doy, ni lo vendo...» Si alguien le avisaba de que tan -71- resueltas razones

no conviene tenerlas con los poderosos, solía afirmar castellanamente: «Nadie es más que nadie».

En la soledad impaciente y fría del amanecer, al lado de sus tres compañeros, en silencio, Pedro recordaba estas cosas y le parecía ver a su padre. ¡Aquellos días, cuando de la mano de la madre, iba a verle a la cárcel del pueblo, donde estaba detenido por haber organizado el Sindicato de Trabajadores de la Tierra! ¡No podría olvidar nunca cómo sacaba los brazos entre las rejas del calabozo, lo cogía entre sus manazas, y le frotaba la barba áspera, sin afeitar, por las mejillas! Y aquella otra mañana de abril, en que asomado al balcón de piedra del Ayuntamiento, con una bandera republicana en la mano, habló a todos los que estaban en la plaza. «Comienza una nueva vida para España y para sus labradores», dijo.

El 18 de julio, se llevaron preso al padre, junto a todos los concejales del Ayuntamiento. Decían que a la cárcel de Valladolid. Al cabo de unas semanas, alguien murmuró que lo había visto en la del pueblo. Pedro fue a informarse al cuartel de la Guardia Civil. El teniente del puesto le contestó con muy malos modos: «Yo no sé dónde está. Y tú, recuerda aquello de que de tal palo tal astilla, porque si sales a tu padre, puede no irte muy bien». ¿Pues a quién iba a parecerse él? Al salir del cuartel, la voz del padre le gritaba dentro de su propia sangre: «Eh, Perico: adelante y recto; no te tuerzas...»

Habían pasado seis años de todo aquello. Más de dos, saliendo al amanecer al campo, solo, con el rocín y el arado, el azadón al hombro, para labrar y cavar hasta que se ponía el sol. Al entrar y salir del pueblo, una pareja de la Guardia Civil le pedía un papel que le dieron en la comandancia y le registraba. Después, cuando cumplió los diecinueve, le movilizaron y vistieron con la ropa militar. Pasó dos meses en un campo de instrucción, cerca de Salamanca. Luego lo llevaron a Teruel, a un regimiento de infantería, que estaba de reserva, reorganizándose después de las batallas de Cataluña. Cuando iba a entrar en fuego por el frente de Extremadura, disolvieron el regimiento. Aún anduvo seis meses más de cuartel en cuartel y al fin le llevaron a prestar servicio de guarnición en un campo de castigo, cerca de Oviedo. Hasta que se enfermó, y lo condujeron a un hospital militar, en León. De noche, en la sombra fría del largo claustro del convento transformado en hospital, veía a su padre y oía dentro de sus propias sienes, golpeándole, las sílabas de las palabras inolvidables: «¡Hacia adelante y sin torcerte!» Estuvo ocho semanas enfermo. Al darle de alta, lo licenciaron y lo enviaron al pueblo. Volvió a labrar y a cavar. De sol a sol. Ya no tenían tierra propia. La madre y la hermana cosían a jornal... Después, hambre, registros de la policía, y...

-¿Crees que no serán ya las tres? -dijo súbitamente Manuel, interrumpiendo los recuerdos de Pedro.

Se frotó él la frente con la mano, miró al cielo, y como si en las estrellas hubiese leído exactamente la hora, contestó:

-72-

-Ya no faltará mucho, pero es preciso esperar todavía un poco. En las noches muy despejadas y frías, como ésta, se oye desde aquí la campana del reloj del Ayuntamiento... Yo la he oído otras veces...

Todos volvieron a guardar silencio. Pedro, apoyando los codos sobre las rodillas, descansaba la cabeza entre las manos.

-¿Sueño? -le preguntó uno de los cuatro.

-No.

-Es que esta tierra tiene para Pedro muchos recuerdos, ¿no es verdad? - replicó Manuel.

-Sí; los tiene para todos. Pero no parecen recuerdos; todo le duele a uno como si aún estuviese pasando.

-Así es...: como si estuviese pasando. Todos los días sigue pasando...

-Por eso estamos aquí -dijo Pedro, entre dientes-. No es para llorar ni para quejarnos...

Era la tercera vez que aquellos cuatro hombres se reunían de noche en el campo. Pedro, aunque de menos edad, como había hecho la instrucción militar, sabía manejar las armas, y además tenía temple de organizador, era el jefe. Su corazón estaba lleno de odio a los asesinos de su padre. Él no los conocía personalmente: no hubiera podido decir que era el hijo de don Abilio, el cacique; o Agustín Ibáñez, el dueño usurero del molino de trigo; o Santiago Peláez, el antiguo alcalde monárquico; o don Práxedes León, el notario joven, que hacía siete años había venido de Madrid, y organizó con algunos señoritos del pueblo una escuadra de Falange. Sabía que eran todos ellos, o, como decía él mismo, uno cualquiera de su mala sangre. Y habían asesinado al padre no sólo porque era labrador, sino porque había organizado a los braceros del campo, y desde entonces hubo que pagar más jornal, y sólo se trabajaba seis horas y don Santiago Peláez no podía vender al precio que le daba la gana arados y azadas, porque los trabajadores de la tierra habían creado una cooperativa sindical. Y porque don Abilio tuvo que repartir ochenta hanegadas de sementera y a otros ricos del pueblo también les expropiaron parcelas para dárselas a los braceros que nunca habían poseído ni el más chico pegujal. Por eso habían asesinado antes que a nadie a Pedro Sanabria y Olmedo. ¿Quiénes? Ellos. Los amos.

Y habían pasado seis años, y allí estaba otro Pedro Sanabria. Un día en que todo se iba acabando en su casa y él estaba sin trabajo y lo que ganaban cosiendo su hermana y su madre no alcanzaba para comer, Pedro había decidido ir a Rioseco para vender el rocín en la feria.

Allí encontró a dos paisanos que faltaban hacía tiempo del pueblo. Hablaron. Al principio, a Pedro se le antojaba muy difícil hacer lo que ellos pretendían.

-¿Y si no crees que se puedan encontrar tres o cuatro hombres dispuestos, no tendrías tú valor, tú solo, para venir con nosotros? No pareces hijo de Pedro Sanabria y Olmedo.

Y volvió al pueblo y los encontró. Llegaron a juntarse seis. Ahora quedaban cuatro. A uno, Miguel del Río, le habían condenado a treinta años; le acusaron de incendiar dos tanques de gasolina del Ejército a la entrada del pueblo. Por más que le torturaron no consiguieron saber quiénes iban con él. A otro le dispararon un tiro por la espalda. Fueron a registrarle la casa, donde vivía solo con su padre, un viejo albañil paralítico. Alguien había denunciado que allí se copiaban hojas subversivas que andaban por el pueblo. Y sí que era verdad. Se copiaban las hojas, y además el viejo albañil y su hijo preparaban cartuchos y granadas que los otros llevaban a los guerrilleros de la comarca. Nadie supo nunca cómo llegaban a aquella casa pólvora y plomo. El pasado diciembre, una noche, padre e hijo sintieron que se detenían unos caballos a la puerta. Atrancaron bien, y el hijo puso el papel y la munición en el pajar. Cuando oyó las voces de la Guardia Civil, prendió fuego a la paja y saltó por una ventana, a la corraliza. Al derribar la puerta, los guardias sólo hallaron al viejo. Pero empezó a estallar la munición entre las llamas. El mozo había huido por las bardas del corral. Siguieron sus huellas. Estaba el camino nevado, y las pisadas se marcaban hondas y se veían claras con la luna. Debieron de tirarle cuando estaba ya a más de trescientos metros. Pero eran buenos cazadores de hombres. Al día siguiente colgaron el cadáver de la puerta de la casa socarrada. Se llamaba Gonzalo Muñoz Serrano. Tenía treinta años. Pertenecía al Partido Comunista y era en el pueblo el jefe del movimiento de resistencia. Desde su muerte, lo fue Pedro.

Hacía cada vez más frío. Del río llegaba un viento ligero, que ponía temblor de agujillas de escarcha en las hojas de los álamos. El rumor de la brisa en los árboles y en la hierba del prado, agudizaba aún más la sensación de silencio. Era como si todo el paisaje, el trébol, la ermita, el agua del río, los álamos, contuviesen el aliento. El de los cuatro hombres, en medio de la oscuridad, se diluía en el aire como humo de cigarrillos.

En esa quietud silenciosa y helada del paisaje, que hacía más solitaria la profundidad de la noche, se oyó redonda, clara y lejana, la voz de bronce de la campana del reloj del Ayuntamiento. Las tres en punto. Hubo un instante de pausa, en que la hora pareció matizar la sombra, acelerar el centelleo de las estrellas; y los corazones de los cuatro hombres latieron, después de contener la respiración para oír mejor, como si trataran de poner sus vidas con la hora que acababa de sonar. Al instante, ciertas, más limpias, se volvieron a oír las tres campanadas.

-El tren pasa a las tres y media -dijo Pedro, levantándose y frotándose las manos-. Esperaremos todavía unos minutos y, si nuestros amigos no llegan, empezaremos nosotros el trabajo.

-Bueno -asintió Manuel-; cuando tú lo mandes.

-Tú subirás conmigo al puente, por la escalera que hay a la derecha. Vosotros dos, por el centro, donde está el pilar de mampostería. Cebareis el boquete que se cavó el otro día. Después, cada cual, como pueda, corre hasta aquí. Y los tres me -74- esperan, si no hay novedad. Porque yo me quedaré más cerca, con el contacto del detonador en la mano, para dispararlo cuando vaya a pasar el tren.

-Está bien.

El asfalto de la carretera brilla, con la escarcha, como un río. Cuatro miradas se clavan en él. Por allí han de verse las sombras de los que lleguen. De pronto, a Manuel le parece oír un rumor.

-¿Habéis oído? -pregunta, señalando hacia el cruce de la carretera y el camino vecinal, a unos quince metros de la ribera.

-Sí. Parecen pasos. Pero no se ve nada -replica otro.

-Tiraos al suelo y observad. Tomad las pistolas en la mano. Si yo no lo mando, no dispara nadie.

Los cuatro labradores se tienden sobre la yerba, como Pedro manda. En sus pechos hay un poco de anhelo. No esperan a los amigos por allí. ¿Les habrán vigilado? ¿Estarán vigilados y guardados los puentes?

Alguien, cerca, silba. ¿Alguien? ¿No es un cuclillo, una lechuza? Es un silbido como un bisbiseo. Se repite tres veces. La señal.

Pedro se vuelve hacia sus compañeros:

-Creo que son ellos. No moverse. Que ya no se oiga el aliento de nadie.

Cautelosamente, Pedro contesta: tres toses fuertes. Desde allá han de responder con tres silbidos. Suenan los silbidos.

Pedro avanza hasta un metro de la cuneta.

Cruzan la carretera diez hombres. Sus siluetas se recortan sobre la oscuridad de la noche con violenta negrura. Van embozados en mantas oscuras y llevan boinas hundidas hasta el cerviguillo. A algunos, la manta se les empina picuda, sobre un hombro, como una jiba violenta: es el cañón del fusil. Al llegar al centro de la carretera se tienden sobre el asfalto. Sólo uno de ellos permanece en pie y avanza. Con voz áspera y honda, pregunta casi susurrando: «Sanabria?»

-Soy yo -contesta Pedro, que pregunta a su vez-: ¿Ramón?

-Ramón Soto.

Soto. ¡Qué bien! Respira profundamente y deja caer su brazo derecho cuya mano, con el índice sobre el gatillo, sostenía la pistola. Necesitaba oír ese Soto, después del nombre pronunciado por él. Porque quien tenía que responderle no se llamaba Ramón, ni Soto. En la negrura de la noche, para la cita, erizada de riesgos, ese nombre era la identificación convenida.

¡Ramón Soto! ¡Cómo lo llevaban todos en el corazón! Era el nombre de una muchacha de dieciocho años, guerrillera, que había pasado por varón durante dos meses, sin que nadie descubriese que era mujer. Hasta que la hirieron de muerte en un combate con fuerzas de la Guardia Civil, mientras cubría la retirada a otros compañeros.

Pedro avanza al encuentro del recién llegado, quien le pregunta echándole a la cara un vaho de palabras cortas:

-75-

-¿Cuántos sois? ¿Habéis podido traerlo todo?

-Somos cinco. Dos bajas, en estos días, en el pueblo. Pero lo traemos todo. La dinamita, los fulminantes, la mecha.

-Bien. ¿Están hechos los taladros en la mampostería?

-Sí.

-¿No ha habido ninguna novedad? ¿Desde cuándo estáis aquí?

-Llegamos a eso de las dos. Ninguna novedad.

-Bien. Cuatro hombres de los que vienen conmigo, se quedarán aquí, vigilando el camino por si sucede algo. Los tuyos, con los zurriones cargados, vendrán con nosotros dos hasta el puente. Dos arriba, en la vía. Los otros dos, treparán hasta los taladros de mampostería, para cebarlos. Los demás compañeros defenderán el puente mientras trabajamos. Tienen fusiles y granadas de mano. Vamos ya. No hay tiempo que perder. Tenemos veinte minutos para todo.

Pedro sólo conocía de oídas a este jefe de la guerrilla de la montaña. Sabía que le llamaban Lope de Brozas y que había peleado en Asturias. Era alto, delgado, con unos ojos pequeños que le brillaban acerbamente grises en la noche. Hablaba sin gestos, abriendo apenas los labios, y con ligeros y bruscos movimientos de cabeza, puntuaba enérgicamente cada extremo de su orden. A Pedro le gustó ese mandar rápido, concreto, de jefe seguro de sí mismo y transmitió la orden a sus tres compañeros.

Apenas tardaron quince minutos en terminar el trabajo. Faltaban tres más para el paso del tren, si éste no llevaba retraso. Ya era todo más sencillo. Cuando se oyera la locomotora, más allá del cruce de la vía y la carretera, prenderían las mechas, y saldrían corriendo, hacia el punto convenido para reunirse. Sólo Pedro tenía que permanecer sobre la vía, a quince metros del puente, para conectar las bombas colocadas en los raíles en el mismo instante en que el tren fuera a cruzarlo. Había medido ya la distancia exacta del salto que había de dar hasta un álamo que cruzaba su tronco alto y flexible desde el río hasta la altura del pretil de hierro. Por él se deslizaría a la pradera, para retirarse con los demás. Cuando la explosión terminara, observarían desde su escondite el resultado. Era necesario, si todo salía bien, acercarse otra vez al puente y reconocer los restos del tren para recoger lo que fuera útil para la guerrilla: armas si las había, víveres, dinero. Cuanto llevaban esos trenes que

robando al hambre del pueblo su cargamento lo llevaban fuera para los nazis. En los vagones iban pintados unos carteles que decían «Sobrante de España».

Cuando Pedro quedó solo en la vía, puso el oído sobre el raíl. El frío del hierro le dolió en la mejilla y en la oreja. Era como una herida ardiente. La grava de la vía le hacía daño en su cuerpo flaco, y la escarcha, confitada sobre las guijas, le clavaba cristalillos en las manos. Aún no se percibía nada.

Redondo, con retumbo de ecos, rodó por el campo el tañido largo de la campana del pueblo: las tres y media. El tren llevaba más de diez minutos de retraso. Pedro acercaba de cuando en cuando los dedos a los contactos de las bombas, medía imaginativamente -76- los movimientos que había de hacer para que todo resultase exacto y perfecto. Volvía a escuchar.

Cuando al fin percibió sobre los raíles la cercanía del tren, el corazón empezó a latirle aceleradamente. Clavó los ojos y tendió el oído hacia el itinerario oscuro.

Ya se oía el tren. Aún no se veía su luz, porque la ocultaba una larga curva del valle; pero crecía la trepitación; ya resonaba y vibraba la armadura de hierro.

A Pedro le estallaba el ansia de la espera. Le parecía que ningún tren había caminado tan lentamente nunca. El ver de pronto la luz blanca del farol piloto de la locomotora y los farolillos rojos de los topes, casi le hizo gritar. De repente sintió que el tren se precipitaba con máxima velocidad; que no le daría tiempo a apretar los botones del detonador. Oía el jadeo de la locomotora, resoplando como una enorme fiera desbocada contra él. Avanzaba lanzando crepitantes chispas por las fauces de la caldera. Tras los ojos rojos y relucientes, todo el cuerpo crujiente de aquella bestia de fuego y hierro era negro y compacto, y crecía agigantándose, mientras escupía relámpagos de ira incendiado. Silbó desgarradamente, horadando toda la noche, clavando en el silencio y la oscuridad un largo aullido que llegó hasta el horizonte rasgándolo. Cuando los dedos de Pedro iban a oprimir los detonadores, a pocos metros de la entrada del puente, como si aquel silbo aullante hubiese desgarrado a la misma locomotora, frenó su carrera y se detuvo.

Pedro apretaba el cuerpo contra la tierra y las piedras. Hubiese querido ser de piedra él mismo, y enterrarse entre los guijarros. La locomotora estaba a sesenta metros de él. ¿Habrían parado para reconocer la vía? Fijaba los ojos en la máquina. El resplandor del faro le deslumbraba un poco y no podía ver si alguien bajaba del tren para reconocer el puente. Mas sobre el haz de luz se destacó de súbito la doble silueta de dos bultos humanos. Crecen, se recortan, avanzan; tienen al fin contorno preciso una pareja de la Guardia Civil. Avanzaban abriéndose hacia las barandas. El pavón de los fusiles y el charol de los tricornios brillaban a la luz de la locomotora. Caminaban lentamente. A medida que se acercaban, a Pedro le costaba mayor esfuerzo seguirles con la mirada. Había de volver la cabeza, apretándola más contra el suelo, y temía hacer sonar las piedras. Cuando ya estuvieron muy cerca, no alcanzó a ver de ellos más arriba del pecho. Pensó qué podría hacer si llegaban hasta él y le descubrían. ¿Volaría el puente aunque el tren no hubiese entrado? Volar el puente, sí, y huir. La pareja volaría también. ¿O dispararía antes? (¿Y sus compañeros? ¿Y si había más Guardia Civil en el tren y organizaban una batida en torno?

¿Podrían con todos? Sentía la tortura de hallarse aislado de sus compañeros. Pensó que tampoco él podría disparar ni huir, si esperaba hasta el último instante, hasta que la pareja estuviese casi a su lado y le descubriera. Temió caer muerto, despedazado, sobre aquella misma tierra que cubría a su padre. De pronto, la luz de una linterna eléctrica pasó por su rostro y le cegó los ojos. ¿Le habrían visto? Fue sólo un instante. Le pareció quedar ciego.

-77-

Cuando pudo mirar de nuevo serenamente, vio a un guardia civil acercarse al farol rojo. Lo tomó en la mano. Lo alzó, y, bajándolo de nuevo a la altura del pecho, lo meció lentamente, dos veces. Puso otra vez el farol sobre el escámo de hierro de la baranda. El otro guardia civil se unió a su pareja y regresaron al tren. Resopló la locomotora. Pedro expiró una gran bocanada de aliento contenido. Tras un silbido el tren se puso en marcha, lenta y solemnemente. «Cuando la locomotora tenga la mitad del furgón sobre el puente» -se dijo Pedro, midiendo el instante preciso de oprimir el botón del contacto. Fijó los ojos en aquel lugar exacto y los volvió luego hasta el tren. Quería por última vez cerciorarse de todas las distancias, medir cada segundo, cada milímetro. Vio la sombra de los guardias civiles caminar despacio hacia el convoy. El tren avanzaba muy pausado. Seguramente ellos lo esperaban para tomarlo en marcha. Pensó que aquella lentitud le obligaría a esperar un poco para disparar su máquina; otra vez sus ojos se clavaron en el hierro del puente visado como referencia exacta. Desde que la locomotora llegara hasta allí hasta que estallara la explosión todo el tren estaría sobre el puente.

-¡Ya!

Pedro cayó de bruces sobre la hierba helada que crecía próxima a la soca del álamo. Silbaban como obuses las astillas y los pedazos de hierro de la vía y de los vagones, y como salvas artilleras los estampidos de algunos cartuchos de dinamita que explotaban sueltos, con retraso. Todo el campo parecía reventar de ruido y los montes lejanos devolvían hasta el río los ecos de los estampidos, como si se desgajaran sobre el agua rebotando en todo el valle.

Cuando Pedro se reunió con sus compañeros en el lugar exacto de la cita, la cabeza se le aturdía con pesadumbre dolorosa, el aire le hacía daño en el pecho y sobre los labios le escocía un sabor ácido y áspero.

Al cesar las explosiones, se acercaron al puente. Dos pilares de mampostería y gran parte de la estructura férrea habían quedado destrozados. La locomotora iba hundiéndose en el río, pero se mantenía en parte empotrada contra los escombros de los pilares empinándose. Pitaba estridentemente un escape de vapor, gemido de todo el tren destrozado. ¿Habrían podido salvarse el maquinista y los fogoneros? Sobre el puente, rotos, volcados, quedaban algunos vagones; en el interior de uno de ellos se veía arder una luz semiapagada. De pronto se oyeron mugidos violentos, lacerantes: unos toros habían quedado aplastados en un vagón jaula y los hierros retorcido se les clavaban en el cuerpo. Por las varillas chorreaba un hilo de sangre oscura, que brillaba como agua turbia en la tiniebla.

Cuando Pedro y Lope se aproximaban a los restos del tren, el relámpago de un disparo fulguró entre los escombros. Oyeron el silbido de la bala a la altura de sus cabezas. Se

tiraron ambos al suelo. Vieron moverse dos bultos entre los restos de un vagón destrozado. Continuaban disparando desde allí. Avanzaron un poco, arrastrándose -78- y, fijando bien la puntería, dispararon a su vez. Contestaron desde el otro extremo del puente. Tiraban con fusil automático y con pistola.

-Hay que terminar inmediatamente con esto -dijo Lope-. Estamos a ocho kilómetros del primer puesto de Guardia Civil, y pueden llegar fuerzas ahora mismo. Reúne a todos los nuestros aquí cerca. Que avancen pegándose a la tierra. Dejas a dos centinelas en la carretera. Date prisa.

Cesaron un momento los disparos. Oyéronse algunos quejidos, voces de socorro, blasfemias. Y otra vez tiros. Lope calculaba las fuerzas del enemigo. Le era muy difícil precisarlas. ¿Eran numerosos y tiraban para hostigarles y obligarles a combatir? ¿Eran sólo diez o doce? ¡Ah, si fuera así, acabarían con ellos y podrían luego recoger el botín del tren! De lo contrario habría que retirarse, combatiendo para despejar el camino hacia el monte, y reunirse con el grueso de la guerrilla.

Ya se agrupaban los compañeros en el alud de la vía, a ocho o diez metros de allí. Lo avisaba Pedro, otra vez al lado de Lope, quien le murmuró al oído las preguntas que se estaba haciendo a solas.

-No creo que sean muchos. Pero... habría un medio de saberlo. ¿Tienes una linterna? - sugirió Pedro Sanabria.

-Sí. ¿Los vas a contar a la luz de la linterna? -le replicó Lope irónico.

-No. Podemos colocarla, como señal, a nuestra derecha, a unos cuantos metros.

Desde los escombros del tren seguían disparando espaciadamente...

-¿Y qué? -preguntó Lope.

-Desde aquí, les gritamos que se dirijan hacia la linterna con los brazos en alto, y que si no lo hacen, vamos a cazarlos a todos. Si no se rinden y continúan tirando, lanzamos unas bombas de mano. Por el fuego de su respuesta podremos saber si son muchos o no. Entonces, tú decides.

-Bueno. Yo mismo voy a poner la linterna. A lo mejor me la apagan de un tiro.

-Ponla en el suelo, que es más difícil que la acierten.

Desde enfrente dispararon hacia la luz. El silbido de las balas era un relampagueante foete que hería el mismo aire que respiraba Lope. Pero no la alcanzó ningún tiro. Pudo regresar al lado de Pedro para gritar, silabeando:

-¡Si no quieren que les cacemos a todos, vayan con los brazos en alto hacia la luz!
¡Ríndanse!

Hubo un instante de silencio. El eco lento y distante prolongaba las palabras de Lope, a través del estupor del campo. Y de repente rumores de voces, gritos que alborotaron la sombra entre los vagones destrozados. Sonaron dos disparos de pistola, cuyas balas no cruzaron el aire hacia los guerrilleros.

-¡Vayan inmediatamente hacia la luz o tendremos que usar nuestra dinamita y granadas de mano! -rugió Pedro rabioso, levantando el grito sobre el vocerío.

-79-

Un agudo mosquito fugacísimo e invisible le chilló silbándole al oído. La bala había cruzado esta vez tan cerca, que Lope preguntó:

-¿Te han herido?

-No. Calla. Escuchemos. Parece que se disputan. Y no tiran como antes...

-Ve junto a nuestros compañeros -ordenó Lope-; si esa gentuza no se rinde, mandas fuego. Espera sólo lo que tardas en contar hasta cien.

...Setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco...

Hacia la linterna comenzaron a deslizarse fantasmales sombras que manoteaban el aire con los brazos en alto.

Interjecciones, llantos, gritos de queja y miedo. Lope no podía contar las sombras. La noche las borraba, las fundía, y más que contorno o bulto eran oscura y larga humareda, agigantada y movediza, que crecía y se apelonaba en torno a la linterna.

Oculto entre matorrales Lope volvió a gritar:

-¿Están ya todos ahí?

Varias voces exclamaron que sí.

-¡Que nadie se mueva! ¡Los brazos en alto!

Como un anillo, los guerrilleros rodearon el grupo de sombras. Permanecieron un instante inmóviles y silenciosos. Frente a ellos, un anheloso murmullo de susurros. Detrás, del lado del tren, nada. Al fin, Lope mandó:

-En pie, compañeros. No dejéis de apuntar con vuestros fusiles. ¡Al primero que se mueva, fuego!

Pistola en mano, al frente del cerco, Pedro y Lope hicieron desfilar ante ellos, uno por uno, a todos los prisioneros. Dos guerrilleros los registraban, a la luz de la linterna. Entre cuatro guardia civiles, cinco soldados y un teniente de infantería, había paisanos, mujeres y

hombres. A los guerrilleros les arañaba la rabia el pecho: ¡llevar viajeros en trenes que transportaban materiales de guerra hacia la frontera!

Lope hizo desarmar a los militares y los guerrilleros les ataron luego las manos a la espalda con fuerte nudo de sogas.

-¿Cuántos soldados había en el tren? -preguntó Pedro.

-Veinte -contestó uno de ellos.

-¿Y los otros quince?

-Después de la explosión sólo he visto a cuatro. Uno herido, medio muerto en la vía. Los otros habrán caído al río o se habrán escapado por el campo.

-¿Y guardias civiles, cuántos venían?

-Seis parejas.

-Aquí hay dos. ¿Las otras...?

-A tres guardias los vi caer, no sé si heridos o muertos. Los otros, no sé. Tres huyeron por el campo, cuanto al teniente que venía al mando de ellos lo mató de un tiro un viajero porque no permitía que nos rindiésemos.

-80-

Cortó súbitamente el interrogatorio la voz de un guerrillero:

-¡Alto! ¡Arriba los brazos! -En la sombra, se recortaba a pocos metros el contorno negro de una flaca figura de hombre:

-No puedo levantar los brazos -respondió-. Estoy esposado.

Era cierto. Al acercarse, un poco inclinado, respirando ansiosamente, Pedro pudo verle la carne de las muñecas, sangrantes entre los hierros que las apretaban. Bajo una manta parda, el uniforme gris de presidiario. La voz, ronca de angustia y de noche, le temblaba un poco al hablar:

-Me llamo Álvarez Quintana del Bierzo. Teniente de la 46 Brigada mixta del Ejército de la República. Me trasladaban desde Carabanchel a Santoña. Estoy condenado a treinta años de cárcel. Ayúdame a quitarme las esposas. Lleva cuidado que hacen mucho daño.

Había terminado el registro. Cuatro guerrilleros quedaron custodiando a los militares maniatados y a los viajeros. Pedro y Lope, con Álvarez Quintana y los demás, reconocían los restos del tren. En el furgón de correos, entre astillas y hierros retorcidos, hallaron varios sobres intactos de valores declarados. A pocos pasos, yacían tres guardias civiles,

muerdos: les cogieron los fusiles y las pistolas, con la munición de las cartucheras. Entre pedazos de vagón y raíles, más allá, vieron mutilados por la explosión, algunos cadáveres todavía sangrantes. Y en un vagón de primera, volcado pero casi intacto, con el escudo de la Guardia Civil sobre el cuero incrustado, un maletín. Al abrirlo apareció un grueso fajo de billetes de mil pesetas, entre dos botellas de coñac y enseres de aseo.

-¡Buen maletín! -exclamó Pedro mostrándolo a sus compañeros-. ¿Dónde estará el dueño?

Tendido bajo otro vagón, vientre a tierra, reptileaba un cuerpo grueso, envuelto en capote negro y grana de jefe de la Guardia Civil. A la luz de una lamparilla eléctrica, señalándole con el cañón de su revólver, Pedro lo identificaba:

-¡Mirad qué pieza! Por las estrellas del capote. coronel de la Guardia Civil. ¡Salga de ahí y póngase en pie! ¡Manos arriba!

Al alzar los brazos, al coronel se le cayó el capote. Tenía un rostro viscoso y linfático, enmemecido por una sotabarba colgante. A la luz de la linterna, con los brazos en alto y el uniforme todo sucio de barro, carbonilla y hollín, se tambaleaba. Tiritaba de frío. Cuando fueron a atarle las manos, quiso engallarse.

-¿Qué van a hacer conmigo? -tenía la voz bronca y borracha.

-Desarmarle -replicó Pedro, mientras le quitaba el revólver del tahalí-. Y atarte las manos como a un asesino vulgar, que es lo que eres. Eso por ahora. Y le cogió los brazos altos doblándoselos por la cintura contra la espalda. Tenía un aspecto estúpido de pelele. Aún quiso protestar y balbució:

-¡Soy coronel!

-¡Qué coronel ni que...! ¡En marcha! -Y apretándole el cañón de la pistola -81- contra la espalda, le hizo caminar delante de ellos. Al guardia civil le temblaba al andar, rebasándole la tirilla, el cogote apoplético.

Ya reunidos todos los guerrilleros, ante los supervivientes de la voladura y los militares capturados, en aquella oscuridad fría y densa, Lope alzó la voz con estas palabras:

-«¡Compañeros, guerrilleros de la República! Podemos estar orgullosos de este combate. Nosotros no quisiéramos destruir, ni matar. Pero la destrucción y la muerte fascistas nos obligan a utilizar estas armas!

¡Os habéis cubierto de gloria! Nuestro destacamento ha cumplido con honor la misión que se le había encomendado. A cuantos han contribuido con su esfuerzo y su valor al éxito de esta hazaña, yo les felicito y les saludo en este compañero -y extendió el brazo sobre el hombro de Pedro- que ha sabido ser digno de la memoria de su padre, un campesino luchador asesinado por los fascistas, enterrado en esta misma pradera, bajo ese mismo puente. Saludo también al teniente del Ejército de la República Álvarez Quintana, libertado

por nosotros. Como a él, libertaremos con nuestra lucha a todos nuestros presos y a nuestro pueblo.

Hemos impedido que llegue a los nazis un cargamento más de armas y víveres.

Hemos conseguido más armas para nuestra lucha. Estos fusiles y estas pistolas iban a ser empleados contra España y contra nuestros hermanos de otros pueblos. Desde hoy, estarán al servicio de la República, de la libertad. Prometemos usarlas con honra, hasta acabar con Franco y la Falange.

Los pasajeros del tren que se encuentran aquí nada tienen que temer. Dentro de unos instantes quedarán libres. Si antes no habían visto guerrilleros ya saben lo que son: somos hombres honrados, que combatimos por la libertad de España. Los militares serán conducidos a nuestro Cuartel General como prisioneros, y juzgados: ¡Muera Franco! ¡Viva el Ejército guerrillero español! ¡Viva la República!»

La emoción apretaba las gargantas de todos. En el silencio ancho y conmovido la voz de Lope quedó resonando como si fuese la de toda aquella tierra, oscura y fría, bajo la noche: tierra de horizonte distante y entraña profunda y fuerte.

Vendaron los ojos a los prisioneros. Los paisanos quedaron agrupados bajo la vigilancia de cinco guerrilleros que los dejarían en libertad tan pronto como los otros camaradas se hubieran alejado del lugar. Ya habían emprendido el regreso al Cuartel General.

Iban por un sendero que clareaba en la negrura como un reguero de agua amarillenta. Caminaban lentamente. Delante, Lope y Pedro. Quiso decir éste unas palabras y sintió que tenía la garganta seca y oprimida. Con el cansancio le subía a ella toda la pena cruelísima de aquel vivir de fieras hostigadas.

Se iba levantando un airecillo madrugadero que venía de las montañas, y el prado olía a trébol, a tierra con rocío, a musgo. Pero a la fragancia fresca, que Pedro conocía tanto, se mezclaba el olor de pólvora.

-82-

A poco Lope, mirando a Pedro, se detuvo un instante:

-¿Tú sigues?

Aunque era la primera vez que caminaba al lado de aquellos compañeros y no conociera anteriormente a Lope, su compañía no le causaba extrañeza. Iba con ellos por aquel camino, como se va a la labranza o se regresa al pueblo por la carretera, al lado de los demás braceros. Es la compañía del mismo trabajo. Y ese trabajo no era nuevo para él. No conocía la vida de las guerrillas en el monte, ni su campamento en la serranía. Pero él, con sus compañeros, en la villa, era también un guerrillero. Trabajaba para los del monte y por lo mismo que ellos. Y ahora, terminado el combate de la noche, caminaba al lado de Lope, y no se había preguntado si volvía al pueblo o subía hasta la montaña, ya para quedarse allí, con todos ellos. Como Pedro no respondiera, Lope prosiguió:

-Me doy cuenta del sacrificio que supone trabajar así en un pueblo y de la audacia que necesitáis tener. ¿Crees tú que podrás seguir trabajando allá? ¿Qué piensas hacer?

Oía estas preguntas como un eco de las que él mismo se estaba haciendo, después de aquellas dos primeras palabras de su camarada: «¿Tú sigues?»

Cuando salió de pueblo, sí pensaba volver. Llegaría con los demás al prado de la ermita, colocarían el explosivo en el puente y antes de que estallaran los cartuchos y las bombas, volvería a casa. Él conocía los atajos y los senderos más extraviados de todo aquel campo y, en el pueblo, un callejón del arrabal donde estaba su casa y en el cual no había centinelas. Por allí, saltando una barda, entraría sin ser visto. Si después de la explosión registraban el pueblo, ya le encontrarían a él en la cama.

Pero todo había cambiado. Como habían permanecido en el puente durante la voladura y se había prolongado el combate con las fuerzas que escoltaban el tren, el estruendo haría ya más de media hora que se habría oído en el pueblo. Ya la Guardia Civil del cuartelillo estaría seguramente movilizada. Todo lo pensaba Pedro en silencio.

-¿Qué cuentas hacer? -replicó Lope.

-Lo que tú mandes. Tú tienes más experiencia...

-Lo que yo mande, no. Te pregunto qué piensas hacer y si crees que todavía puedes ser útil en el pueblo, sin correr el riesgo de que te detengan inmediatamente...

-Yo había pensado volver: pero ahora me parece que será muy difícil seguir trabajando sin que me descubran. Creo que es mejor que suba con vosotros y me quede allá arriba.

-¿Y tus compañeros?

-Les dije que vinieran con los demás camaradas y que decidiríamos juntos cómo volver al pueblo.

-¿Tú crees que a ellos les sería más fácil que a ti seguir trabajando en él?

-A dos, Antonio y Manuel, no. Pero al más joven, a Andrés, creo que sí. Me parece que hasta ahora no sospechan de él ni le vigilan. Toda su familia es muy de la -83- Iglesia. El padre, que murió hace un año, era monárquico, y dueño de la herrería del pueblo. Siempre había votado con don Abilio.

-¿Y él? ¿Qué oficio tiene? ¿Cómo es que está con nosotros?

-Sigue con la herrería. Está con nosotros, sobre todo por odio a los fascistas y principalmente a la Falange. Tenía en Rioseco una novia...

Lope comenzó a andar de nuevo. Resbalaba sordo y lento el paso silencioso de los guerrilleros. A Pedro le parecía más honda la noche y más desierto el campo. Allí, en aquella soledad, sentía la presencia de su padre, humanizada en la quietud oscura del valle, como si todo el aire se llenara de su vida y de su muerte. Pedro comprendía que el odio podía ser santo, sagrado. Prosiguió:

-El padre de la novia era socialista. Lo fusilaron junto a quince republicanos más al principio de la insurrección, en el 36. Hicieron que los familiares de las víctimas presenciaran la ejecución. La muchacha se salió de la fila y se abrazó al padre. No hubo fuerzas que la arrancaran de él. Ni los ruegos del mismo padre. La gente se amotinaba, chillaba de horror ante aquella escena. El oficial, impaciente y rabioso, mandó fuego de repente y padre e hija cayeron juntos, acribillados por las mismas balas.

-Deberías hablar con ese compañero. Puede ser muy útil en el pueblo. Los demás, ¿tienen confianza en él?

-Tanta como yo. Se la ha ganado.

-Pues si tú no vuelves...

-Sí, voy a volver. Iré, daré un beso a mi madre y antes de que sea día claro saldré para juntarme a vosotros.

-Eso me parece mal. Si vas a volver, no vayas. Es correr un riesgo demasiado grande. Él puede decirle a tu madre lo que quieras.

-Serán ahora las cuatro y media. No amanece hasta las siete menos cuarto. Atajando y con prisa, a las seis puedo estar de vuelta. Sé esconderme bien por esos caminos.

-A casi todos los que descubre la policía los encuentra bien escondidos.

Ya habían pasado la ermita. Era el punto de reunión con los demás compañeros, los que habían quedado como centinelas de los viajeros sobrevivientes. Les esperaron. A Lope le sorprendía no haber oído aún algún rumor de fuerzas destacadas para perseguirles desde los pueblos vecinos. Y estaba impaciente por partir. Antes del amanecer quería llegar a lo más bronco de la sierra, cerca del cuartel general. Delante seguían avanzando los camaradas que conducían a los prisioneros que, con los ojos vendados, tropezaban torpemente al andar.

Parados allí, el frío les penetraba los huesos a Lope y a Pedro. Era un frío húmedo, y la niebla del río, que comenzaba a dormirse en el valle, lo apretaba sobre la piel, como compresas de algodón mojado. Lope sacó del maletín una botella de coñac, bebió un trago y la ofreció a Pedro.

-84-

-¿Tu madre vive completamente sola?

-Con una hermana mía, viuda.

-¿No tiene para vivir otra cosa que tu trabajo?

-Casi nada más. A veces gana ella alguna peseta cosiendo.

-Te voy a dar algún dinero para que se lo envíes con el muchacho de la novia.

-No quiero dinero. No creo que en mi pueblo, si yo falto, dejen morir a mi madre sin ayudarla. Ese dinero, y todo, para allá arriba.

-Mira, ya están ahí -interrumpió Lope oyendo llegar a los camaradas-. Diles a los que quieran volver al pueblo que se guarden y trabajen...

-Voy a ir yo mismo... -resolvió súbitamente Pedro.

-Te digo otra vez que si es para volver me parece mal.

-¿Cómo no voy a volver? Antes de que sea día claro ya estaré de regreso, a algunas leguas de aquí, camino de la montaña...

Los ojos de Pedro se volvieron al cielo mientras hablaba. La niebla no le dejaba ver las estrellas:

-¿Tú llevas reloj? -preguntó.

-Sí.

Dando una chupada fuerte a un amargo cigarrillo de hojas secas, leyó Lope al resplandor de la lumbre la hora exacta:

-Van a dar las cuatro y media.

Cuando se esparció bronco y redondo el eco del reloj del Concejo más próximo -una sola campanada opaca, borrosa con la niebla- Pedro, apresurando el paso, ya caminaba solo hacia su pueblo.

* * *

La proximidad del amanecer iba penetrando con lívida claridad el aire oscuro de la noche. Cuando Rosario abrió la puerta del corral, el vientecillo del valle, buido y sutil, le dolió, estremeciéndola, en el rostro y las manos. Llevaba en éstas un odrecillo para ordeñar leche y un candil de aceite. La llama se había puesto amarilla y con el viento el pábilo chisporroteaba extinguiéndose casi y desprendía un aliento pegajoso de sebo.

Refunfuñó Rosario: «¡Tener que echarle sebo al candil!» Y soplándole la llamita amarillenta lo dejó en el suelo y entró en la cuadra.

¡Poner los pies en aquel corral! Ya por el alba no despertaban los gallos para llamar al sol. Los suyos habían sido de los más madrugadores del pueblo y con su cacareo incitaban al alboroto a todo el averío del arrabal. Ahora sólo le quedaban dos gallinas, dos cluecas conservadas por si alguna vez podían incubar una puesta. La ausencia del rocín había amontonado sobre el pesebre telarañas espesas y polvorientas. En un rincón, la cabra, rumiando, con la testa bañuda hacia el suelo, ponía dos -85- puntos brillosos y dorados en la oscuridad del corral: miraba hacia Rosario, que iba a sacarle un poco de leche para tenerla caliente cuando regresara el hijo.

¡Cómo tardaba! Ella le había oído salir cuando apenas serían las dos. Oyó crujir bajo los pasos de Pedro las tablas de madera de los peldaños. Le sintió bajar de puntillas, y cómo se detenía un instante a la puerta del cuarto, para escuchar si ella dormía.

Rosario se estuvo muy quieta para no turbarle. Sabía que a esas horas Pedro no salía al campo para la labranza; recordaba que por la noche, después de cenar, su hijo tenía el mirar grave y estaba silencioso y cerrado en sí mismo. Cuando volvió a oír los pasos y el gemir de la puerta de la calle cerrada sigilosamente, suspiró entre sus labios: «¡Suerte, hijo!» Ya no pudo dormir. Se le alucinaba la vigilia de conjeturas que le desvelaban el cansancio y le arreaban el corazón. Y como una sombra que abre a cada instante obsesionada la puerta de un pasadizo de ensueños, veía a su hijo caminar por la montaña, hacia el cuartel de las guerrillas.

Cuando resonó el eco lejano de la explosión, como un trueno inmenso de tormenta entre montañas, como un derrumbe de peñascos, Rosario se sobresaltó y vistiéndose después de prisa, pegó el oído a la ventana. Le pareció oír algún disparo lejano. Después el silencio iba alargando las horas, que redondas como grandes sombras, se cobijaban en su cuarto, cada vez que sonaban graves y lentas, en el reloj del Concejo, o con timbrada ternura de campana aguda, en el de la iglesia. Por la rendija de la ventana los ojos impacientes de Rosario veían la primera claridad del alba.

Después de ordeñada la leche, mientras la calentaba al rescoldo de unos troncos que ardían en la llar, Rosario miraba el viejo reloj que había sobre la alacena. Si Pedro, como ella imaginaba, había ido hasta el puente del ferrocarril, y todo había salido bien, debería estar ya de vuelta. Porque desde que ella oyó el estruendo distante habían pasado dos horas. Atajando y a buen paso no se tardaba más de una. ¿Habría pasado algo?

Con los ojos chicos, oscuros y hondos; los labios delgados, pálidos y sumidos; quemada por el sol la piel del rostro enjuto, finamente ovalado, la cabeza ya canosa, enmarcada por un pañuelo negro atado con lazo de picos bajo la barbilla aguda, Rosario tenía una tristeza recogida y severa. El dolor le ponía un asombro inmóvil en toda la figura. Estaba sentada y quieta, con los brazos cruzados sobre el regazo, como si ya no hubiera de moverse nunca, como si ella, el alba, el silencio, todas las cosas fueran a permanecer inmutables hasta una hora desconocida y esperada, en la que todo volvería a nacer o se quedaría para siempre sin aliento, sorprendido por la muerte, como si Dios diese a todo una dura eternidad de piedra. Ella sentía ya su dolor como algo que dentro de su cuerpo se fuese convirtiendo en roca, apretada y seca. Dolor sin voz y sin lágrimas, con los ojos abiertos y la casa cerrada: así era su vida.

Se iban ahogando las estrellas en el primer resplandor del alba; iba creciendo el amanecer. Ya por los cristales barnizados de escarcha se biselaba la luz ajeno del -86- día naciente. La cal blanca de la pared del zaguán lividecía con matices suaves de marfil casi traslúcido. La oscuridad de la noche iba disolviéndose en esa claridad de la aurora como una nube compacta y negra de tempestad, que se va desvaneciendo entre grises más tenues de otras nubes suaves, cuando el cielo se abre después de la lluvia. ¡Lentos amaneceres de Castilla, larga espera del alba, entre el sueño azul oscuro de los montes y la niebla de ópalo de los ríos, que se vuelve transparencia malva y esplendor rosado sobre la tierra, hasta que el día nace elevándose con la hoguera súbita del sol!

Aún era de leche y aún la luz, cuando gimió sobre las bisagras la puerta del corral. Rosario volvió la cabeza y antes que sus ojos le vieran, ya la voz de su hijo le sorprendía:

-¡Soy yo, madre!

Él, en pie y entero. Vivo ante ella. Rosario se yergue, y los brazos extendidos y abiertos hacen casi vuelo sus pasos hacia el hijo. Se estrechan ambos en silencio. Cuando Pedro, después de besar a su madre, se deja caer rendido en una silla junto a la lumbre, ella, en pie, le contempla abrazándole todavía con los ojos. Por primera vez desde hace años siente que se le humedecen, que se le van a llenar de lágrimas. Y los aprieta para no llorar. ¿Cómo iba a ponerse a llorar delante de aquel hijo?

Pedro miraba a su madre, tan dolorida, tan serena y tan fuerte, con tan hermosa dignidad por todo el rostro, con tal firmeza en el busto silencioso, y sentía, de pronto, que erguida, bañada de luz del alba, con el resplandor leve del fuego de la lla en los ojos, era como toda la tierra de Castilla, y se le fundía el cariño de su madre y el de la tierra para consuelo de su cansancio y aliento de su valentía.

-Siéntate, madre. Tenemos que hablar.

-He calentado leche para ti. Toma un tazón, que te hará bien.

-¿No ha venido nadie?

-Nadie. El mismo silencio de ahora, toda la noche. ¿Voló el puente, verdad?

-Sí. Volamos el puente, madre. ¿Oíste?

-¿Todo salió bien, hijo?

-Todo, sí. ¿Tú conoces a Andrés, verdad?

-¿El de la herrería?

-Ése. De los cinco que hemos ido al puente de la ermita él es el único que se quedará en el pueblo. Los demás no tendríamos aquí vida segura ni trabajo posible... Si alguna vez

necesitas algo, mándaselo decir. Él no conviene que venga por la casa... El mismo Andrés cuidará de que no te falte lo necesario para sostenerte...

A todo asentía la madre inclinando la cabeza y sin decir palabra. El hijo calla. Están los dos sentados frente a frente, junto al fuego, rodeados de silencio. De cuando en cuando, se oye toser a Dolores. Por la ventana del zaguán entra una claridad más azul a cada instante. De la madre al hijo, de éste a Rosario, van y vuelven fijas miradas que se quedan mudas, quietas, fundidas con el gran silencio de la casa y de -87- todo el pueblo. No dicen nada. Están. La presencia de sus dos vidas late en la quietud con que se observan, mirándose para siempre, con la misma ansiedad del riesgo presentido.

-¿No quieres ver antes a tu hermana? -pregunta de pronto Rosario, rompiendo el silencio.

-No, madre. No la despiertes. Tú le dices, luego.

-Te vas allá arriba, al monte con los nuestros, ¿verdad?

-Sí.

Los dos escuchan en silencio, lentas, claras, hondas, como si cayeran sonoras en un lago, las seis campanadas del reloj del Concejo. Las remedan enseguida las horas agudas de la torre de la iglesia.

En la lejanía del pueblo, se replican, ahondados por el silencio, el cacarear de un gallo y un ladrido obstinado. Cerca de la casa suenan con disimulo femenino dos viejas toses ancianas; casi como su eco se oye el susurro de los pies que se arrastran sobre las losas de la acera. Son dos beatas vecinas que hace medio siglo, todas las mañanas, a la misma hora, con la misma tosecita, van a la misa de alba. Cuando ya no se percibe el rumor de sus pasos. Pedro ruega a su madre.

-Mira si nadie ronda la calle, tras el comal, madre.

Y ella va lentamente hasta la puerta. Escucha unos instantes: y como no oye nada, abre un poco el postigo. Anda con tanto esmero de secreto, que ni su hijo oye sus pasos por el corral.

-No veo a nadie, hijo. Es como todas las mañanas. Parece que el pueblo se ha quedado solo.

-Sí. El pueblo se va quedando solo...

Rosario se aprieta los ojos con el dorso de las manos. Pedro se levanta, se abrocha la pelliza, deja la manta sobre la silla. Desde que murió su padre, colgada de una alcayata de madera, está en el zaguán la capa de pardo paño recio y el sombrero negro de fieltro que él llevaba. Los ojos de Pedro detienen allí un instante la mirada. Luego los vuelve a la madre:

-¿Te sabría mal, madre...?

-No, hijo. ¡Ni a él le sabría mal tampoco!

Si no se le viera el rostro más joven, con aquellas prendas, cualquiera diría que era Pedro Sanabria Olmedo. Rosario le mira lentamente: igual que el padre, hace treinta años.

-Si alguien preguntara por mí, madre, di siempre lo mismo: que esta mañana a las seis salí para Rioseco...

-Saliste para Rioseco, y no sé cuándo has de volver. Todas las horas te estoy esperando, como si fueras a llegar. Y pasa un día y otro... saliste para Rioseco una madrugada... cuando todo el pueblo dormía aún... Pero yo sé que has de volver. Cuando haya un día de amanecer más claro... Suerte, hijo mío.

-88-

En un abrazo fuerte y largo, madre e hijo estrechan juntamente su pena y su esperanza.

Rosario ha cerrado cuidadosamente el postigo del corral. Los pasos de Pedro en la calle, que en ninguna oreja suenan, ella los oye con el corazón. Ya los estará escuchando toda su vida. Lentamente cruza el corral, cierra la puerta del zaguán, se sienta al lado de la lumbre, en la misma silla donde su hijo ha dejado la manta y la boina. En el piso alto, la hija tose. Rosario cierra violentamente los puños, mira con fijeza al fuego, y con los dientes apretados, solloza. Sobre el reflejo rojo de la llama en el rostro, un claro rayo de amanecer, desde la ventana, ilumina la nieve de sus canas bajo el pañuelo negro de la cabeza.

Después de un largo rato, Rosario se levanta y se dirige a la escalera. Va a llevarle leche a Dolores, que sigue tosiendo allá arriba. «Todo tiene que ser así», piensa Rosario. «Hasta terminar con esta maldad. ¿Qué otra cosa podía hacer él, por su padre y por mí? Y ahora...»

En su pensamiento hubo una brevísima pausa, como si quisiera fijar bien clara la imagen de todos los días, uno tras otro, de soledad y de espera. Y se dijo apenas con voz, plantada en la mitad de la escalera, irguiendo el cuerpo todo lo que podía:

-¡Ahora, soy la madre de un guerrillero!

Ya se doraba de luz el día. Por la calle, se oyó cruzar un rebaño de ovejas. Era uno de los rebaños de don Abilio. La voz del zagal cantaba:

Ya se van los pastores,
ya se van marchando;
más de cuatro zagalas
quedan llorando.

Rosario recordó la canción: ¡la había cantado ella misma tantas veces, de moza! Y la había oído luego a sus hijos, y a los mozos del pueblo, en las ferias y romerías. Pero ahora se

llenaba de nuevo sentido para ella. Y subiendo los últimos peldaños de la escalera, mientras se alejaba en la calle la canción, ella se decía bajito la copla siguiente:

Lucerito que alumbras
los guerrilleros;
dale luz a mi Pedro
que es uno de ellos.

Pasaron varios meses antes de que Rosario tuviera noticias de su hijo. Ni los interrogatorios de la policía, ni las habladurías de las gentes del lugar, ni la pobreza, eran tan dolientes como la incertidumbre y el silencio que llenaba los días. Los primeros fueron los de mayor angustia; porque así que crecía la mañana, todo el pueblo se llenó de comentarios sobre la voladura del tren, y hasta llevaron al hospital del -89- municipio algunos heridos, y la Guardia Civil y algunos policías llegados de fuera comenzaron a hacer investigaciones. A Rosario la tuvieron varias horas presa e incomunicada; ella temía que hubieran seguido a Pedro y que lo hubieran matado por el camino. Cuando al cabo de algunas semanas volvieron a martirizarla interrogándole por el paradero de su hijo, se sintió aliviada; si le buscaban, es que no habían dado con él. Habría podido llegar hasta el monte, y reunirse con sus camaradas.

Al fin supo de Pedro. Estaba bien. Había sido en tantas ocasiones tan ejemplar por la valentía y la prudencia, que ya era jefe de un destacamento de las guerrillas. No le llamaban Pedro, sus compañeros. Tenía un nombre que le habían puesto y que había ido creciendo para él hasta hacerse muy suyo, en la comunidad de combate en la cual había ingresado. Todo se lo contaba a Rosario una mujer de unos treinta años, que llegó al pueblo una mañana vendiendo cintas, hilo para coser, agujas y peines. La mercadería le servía sólo de disfraz. Hacía apenas una semana que había visto a Pedro. Rosario aborbotonaba las preguntas. Sí; estaba grueso, y fuerte, y tenía una hermosa barba negra. Y de una cinta doblada dentro de una caja, sacó aquella mujer un papel y se lo entregó a Rosario, para que lo leyera y lo rompiera luego. Un papel de su propio hijo, sí. Con su letra. Lo leyó hasta tres veces seguidas. Y lo rompió luego -¡con cuánta pena!- y quemó los trozos en la lumbre de la chimenea. «Ten valor y esperanza», le decían aquellos papelillos que ardían. «Adelante y recto, como decía padre, ¿recuerdas?»

Tres días después, en un combate sostenido por las guerrillas con la Guardia Civil, después de un asalto a la prisión de una aldea próxima, murió peleando Rodrigo de Arazona.

Rosario aún no sabe que Pedro Sanabria, allá en la montaña, se llamaba con ese nombre. Ha leído en los periódicos que la Guardia Civil ha conseguido matar a uno de los jefes más peligrosos de una partida. Ya hay una doble leyenda en torno a Rodrigo Arazona. La leyenda popular del héroe Arazona. La leyenda fascista del bandido. Rosario piensa que un día su hijo será tan famoso como Arazona. Los corazones de todos los españoles harán palpar sobre los labios las sílabas de ese nombre: Pedro Sanabria. Pero su hijo vencerá a la muerte. Volverá del monte un día de amanecer claro. Hacia adentro y sin voz, Rosario ruega por su hijo:

Lucerito que alumbras
los guerrilleros;
dale luz a mi Pedro
que es uno de ellos.

Fábula y vida, Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, 1955, pp. 119-160.

-90-

José Luis Galbe

Pitú; cuento de perros y pastores

-¡Déjalo estar! ¿No ves que es pequeño? ¡Ven, Pitú!

Un perrillo greñado y desarticulado, que parecía como si tuviese muchas patas y las moviese todas a un tiempo, se refugió junto a su dueño, perseguido por un mastín enorme, que gruñía sin ganas, obedeciendo al suyo.

-¡Te he dicho que lo dejes! ¡Si le desgarras la piel te parto la cabeza!

Se incorporaron, expectantes, los otros pastores, que dormitaban al sol; lentes astrosas y cetrinas, a media barba, con largos pelajes flequeantes como pelucas de teatro sobre los cuellos mugrientos de las zamarras acuchilladas, con restos sólo ya del tejido primitivo.

-¡Pícalo! ¡Pícalo!

El dueño de Pitú, sin esperar más, rodó sobre el mastín del otro un pedrusco enorme que se aceleró ladera abajo y el can, temerariamente bravo, se tiró a morderlo.

Le alcanzó el proyectil en los lomos y huyó cuesta abajo, tullido y tembloroso, volviéndose a mirar atrás muchas veces, con aire de reproche, como si los aullidos trémulos tuvieran algún otro sentido más oculto y hondo que el de la queja física, mientras Pitú se iba acercando en son de paz, compasivo y solidario aunque prudente.

Se olieron los congéneres y en tanto el grande, ceñudo y torvo, buscaba cama donde curarse al sol las moraduras, el pequeño, rabiñoso y amistoso, lo rodeaba brincándole el homenaje de sus carantoñas.

Pero los dueños, en cambio, se habían encrespado, iracundos.

-¿Sabes que el que le tira al perro le tira al amo?

Se irguieron los dos y cruzando la pradera se buscaron frente a frente, y empuñaron las navajas, pringadas aún del sebo con que rebañaban los corriscos.

Los demás seguían medio tumbados en las peñas sobre sus mantas raídas y callaban, impasiblemente neutrales, pero debió herir los ojos de alguno el reflejo de los aceros porque aconsejó una voz llana, sin alarma ni chillido:

-¡No os clavéis, que os perdéis!

Los dos rivales, obedientes, se desarmaron en el acto, pero siguieron buscándose convencidos de que habían entablado una lucha ineludible y obligatoria, y rodaron por entre cardos, enganchados a toda presión de sus brazos robustos, sin pensar aún en los golpes, preocupados sólo de agarrotarse bien y de paralizarse mutuamente las iniciativas acometedoras.

A poco se oyó un grito agudo y el grupo se deshizo. El vencido gemía en el suelo chorreando sangre por la media oreja que le quedaba, y el vencedor, sangrienta también la boca, escupió con asco su trofeo.

-91-

Se acercaron los testigos del duelo bárbaro y acudieron al herido proponiéndole recetas patriarcales: nieve, barro, lirios machacados, lana de cordero con leche de cabra...

Otros buscaban la oreja mordida por entre la chafada hierba del palenque, pero Pitú, más vigilante y cazador, les había ganado la vez y ya se relamía los hocicos.

Se les ocurrió, al verle, un remedio viejo:

-¡Ponerle el can, que le relama la herida!

Y mientras el perrillo remediaba un instante, con sangre de su dueño y defensor su hambre perpetua, el agresor, impaciente porque la hemorragia se atajase, daba vueltas en torno al herido y le decía frases de disculpa, consolándolo, como antes había consolado Pitú al mastín molido por el peñazo.

-Me ahogabas. Pero no te hubiera querido hacer tanto...

Alguien avisó, desde una peña más alta.

-¡El amo viene! ¡Y los rurales!

Se descompuso, angustiado, el vencedor y se acercó más a su víctima, entablándose un diálogo rapidísimo:

-¿Lo dirás?

-¡Lo diré!

-¡Te doy cinco duros!

-¡Veinte!

-¡Diez!

-Bueno.

-¿Lo habéis oído?

Se volvió a percatarse bien de quiénes habían sido testigos de la composición. Pero ya se iban todos, cada cual con su perro, por las laderas arriba, camino de sus majadas.

Él también escapó a todo correr, temeroso de que el amo le sorprendiera fuera de su puesto. Pero aún se volvió a tirarle al otro un pañuelo infecto, sin lavar, desde el extremo remoto, trape de llevar requesones y ranas que se aplicó al herido sobre la viva llaga.

Se quedó el valle en paz y, apagados los ruidos de la contienda, se hizo en las praderas inmensas un silencio hondo e imponente, pero lleno de zumbidos y salpicado de vibraciones y de agudos metálicos de los cencerros que, por el vacío diáfano de los ámbitos, se lanzaba de roca en roca su son que el eco repetía y desmenuzaba, y a cada segundo de aquel inefable minuto de calma, aunque se multiplicaba y crecía el esquileo, los oídos llegaban a escuchar el silencio, igual que ven los ojos los corpúsculos luminosos de la nada en la borrachera de sol de los mediodías, cuando sobre los picachos grises, en el cielo de cromo, de tan violento azul que parece disolver químicamente las blancas vedijas de las nubes, giran las águilas, como astros, en órbitas inmutables y magníficas.

-92-

Crujían las límpidas charcas, hirvientes de ranas enormes. Un vértigo de hélices de grillos escandalizaba las microscópicas selvas de margaritas y las lagartijas, sobre las piedras calvas, salían de su voluptuosidad inmóvil y se disparaban como flechas a sus grietas cavernosas cuando alguna serpiente invisible movía la hojarasca abrasada.

Mientras se alzaba la sinfonía discordante y armoniosa diríase que se pudiera sentir cómo se iban soldando los átomos impalpables de los estratos geológicos y cómo caían, uno tras otro, los instantes inexorables y fugaces de la eternidad, pero en cuanto cualquier incidente -una voz, un silbido, el ladrido de un perro que allí tenía el mismo valor humano que el grito de un pastor- rompía el encanto, todo el valle expectante quedaba pendiente del rumor

insólito, avizorando todos los caminos, oteando, en busca del protagonista, todos los horizontes cortados del anfiteatro gigantesco.

Ahora escuchaban todos los pastores, desde las lejanas cañadas, el trote del caballo del amo, el golpe cóncavo de las patas en las zonas firmes del camino y el chasquido de las herraduras en las piedras sueltas de los atajos, pero hasta que creyeron que estaba suficientemente cerca para que el darse por enterados no hiciera aparecer menoscabada su atención vigilante a los rebaños, no empezaron a descolgarse otra vez por las barrancas empinadas.

Hombres rudos, de las crestas agrestes, que no hacían nunca sino verlo todo, contemplar horas y horas el verde ondular de las hierbas como inmóviles marinos de los prados, llenos los ojos de avidez, atentos hasta al lento paso de la procesión de las nubes, fingían no haber visto aún al amo, como para adularlo con su distracción de buenos guardianes abstraídos con la misma marrullería resabiada de los escribientes de oficina que siguen trabajando cuando entra el jefe como si no se hubieran dado cuenta de su llegada, absortos en el garrapateo.

Llegó el jinete temido, al que los rurales daban escolta casi a remolque de la cola de la bestia, con los fusiles al hombro y en las manos unas varas antirreglamentarias que les daban aires de espoliques lujosísimos de personaje tan prominente.

Debía ser la cabalgadura de mucha confianza pues la traía sin bocado, serreta ni otro freno que una sogá al morro, pero acudieron todos a sujetársela como si trajera un bicho fogoso y guito de dañadas intenciones.

Desmontó con mucho aparato, echando a un lado las dos piernas y escurriéndose luego muy despacio como si el hacerse más viejo aún le revistiera de mayor importancia.

El animal, gordo y lustroso, que llevaba un aparejo ancho como un sillón, cargadísimo de mantas de colorines, alforjas abultadas, cordajes y correas, empezó a buscar con avidez los cogollos de los cardos y a despuntarlos hábilmente, con la cuidadosa minuciosidad de quien librase a unas rosas de sus espinas. Su cuello, sujeto por el pretal, se tendía difícilmente y resopló dos o tres veces con gran indignación -93- del jinete, que, sin saludar siquiera, empezó a dar órdenes con voz apremiante e irritada para que le quitasen al punto los arreos.

Pitú se había acercado confiadamente y saltaba alrededor del caballo, meneando la cola y procurando besarle el morro con gran contento del agasajado, que lo miraba amistosamente con sus ojazos tiernos, húmedos y enormes.

-¡Anda fuera, perro del diablo!

Le quiso sacudir el recién llegado un puntapié en premio de sus zalemas, pero quedó en rozadura gracias a su ligereza en escurrir el bulto.

-¡Parece tonto! ¡Siempre está moneando y dando brincos!

Y el pastor de la oreja cortada, que a mordiscos lo había antes defendido, ahora lo alejó más con una pedrada cruel, sin perdón posible, disculpando sólo lo rastrero del gesto la miseria de su servil condición.

El amo, que ya había revistado de lejos todas las majadas, arrugando el entrecejo para alargar más su mirada de ave de presa, dio la orden de concentrar los rebaños.

-¡ Volverlos todos, que hay que contarlos!

Y mientras se organizaba rápidamente la movilización de los blancos ejércitos se puso a comer con la pareja jamón y sardinas.

Pitú, osado y contumaz, se había acercado, con la pretensión de chuparse el aceite, pero esta vez fue un zagal el que lo sacó a patadas, quitándole el despojo y sorbiendo con deleite el sucio y espeso líquido, sin miedo a cortarse los labios con el borde afilado de la lata.

Cada pastor hablaba con sus perros en un agreste idioma de silbidos y el valle se poblaba de ladridos agudos e imperiosos, contestados en coro trémulo por gran balar de protesta resignada. Corrían los canes infatigables en torno a las puntas del ganado y se acarrazaban a las patas de las ovejas reacias, que se apretujaban a cuña entre sus compañeras, acuciadas por la amenaza de los dientes crueles, mientras la suave y certera pedrea de los rabadanes recortaba en ondulantes perfiles la masa, cada vez más espesa y compacta, de corderos que acababan por lanzarse a todo correr cuesta abajo, pasando sobre los repliegues y vallecillos de los riachuelos y los altibajos de las colinas como blancas olas de espuma viva y sonora, salpicada la lechosa suntuosidad de la lana por el argentino concierto de las esquilas, que escuchaba el amo con delectación visible como si fuese ya las propias monedas lo que en los oídos le sonase.

Y cuando ya llegaban las primeras reses y se vio que no podía durar el disimulo ni un minuto más, el mayoral, vacilante y miedoso, indefiniblemente atravesados los ojos, que parecían mirar al suelo con vergüenza de la confesión y se resolvían oblicuos a observar su efecto, anunció el gravísimo suceso:

-Pues a los de Campo Llano les faltan tres...

El amo dio un soplido nasal que quizá quiso ser sonrisa sarcástica de hombre escéptico que comprueba lo que ya sabía y se volvió, sin hablar, a los rurales que, -94- sentados en una peña y libres ya de su bélica impedimenta, secaban con sus pañuelos el forro amarillento de sus tricornios charolados.

Se formaron los pastores en dos filas haciendo una calle cada vez más estrecha que, al final, dejaba sólo hueco para un par de reses, y a la salida del embudo se plantó el amo con su gayata de feria y el mayoral provisto de una vara y un cuchillo.

Los perros y los zagales cercaban a los borregos haciéndolos entrar en el pasadizo temeroso, donde se apelonaban y se empujaban asustados queriendo llegar todos a un tiempo a la lejana abertura, pero los de la doble fila los contenían y disgregaban a estacazo

limpio, ordenando el desfile, casi ahilándolos de uno en uno, para que pudieran contarse bien.

Balaban todos desesperadamente sospechando cosas mucho peores que las que iban a hacerles y dando cabriolas inverosímiles galopaban alocados de alegría cuando salvaban el freno final del último garrote.

A veces no bastaban los palos de todos para contenerlos y pasaba algún grupo de cuatro o cinco a un tiempo, pero el amo movía nerviosamente el índice señalando a cada res y concentrando su atención en poderoso esfuerzo lograba no perder la difícil cuenta del río vivo y galopante, innumerable, continuo y vertiginoso.

Menguaban los rebaños a la entrada de la rústica máquina humana y crecían a la salida con el mismo mecanismo sencillo y maravilloso de los relojes de arena. A cada cincuenta que pasaban el amo daba un grito inarticulado y el mayoral silencioso hacía en la corteza de la vara una muesca profunda con su cuchillo cabritero y cuando acababan de pasar los de cada majada, sin fiar nada a la memoria, pintaba con la vara en el barro del suelo la cifra de la última cincuentena incompleta. Después se contaban las rayas del palo, se sumaba la cifra del suelo y miraban en un cuadernito mugriento si había o no conformidad con las viejas anotaciones.

Los de Campo Llano se contaron los últimos y se hizo la cuenta con mucha cachaza para mayor seguridad, entre la expectación general y el ir y venir azogado de los rabadanes. El mayoral había hundido su cuchillo en el palo catorce veces y había trazado un tres y un siete en el barro del suelo. En el cuadernito infalible decía «Campo Llano 740» y el amo anunció como nueva la noticia de todos sabida:

-¡Faltan tres! ¿Cómo es eso?

Se adelantó el pastor con la cabeza baja, hundida la barba hirsuta sobre la sucia pechera de la camisa, y balbuceó una disculpa falsa:

-Se nos despeñaron en la Forqueta.

-¿Y cómo no los bajasteis?

-Como eran tres y sólo estaba yo y el zagal...

Empezó a mirarlos, de hito en hito y a menear la cabeza, conteniendo la rabia.

-¿Dónde están las pieles?

Las trajeron enseguida y vieron todos enseguida que aquellos rectos desgarrones y aquel torpe artificial arranque de guedejas no podía ser obra de las dentelladas de las rocas.

Los rurales, con empaque solemne y estirado de jueces y aire atento y suficiente de peritos, se consultaron con la mirada, como buscando en la solidaridad mutua la tranquilidad de la conciencia, puestos en el trance difícil de la decisión inapelable, y el de mayor autoridad miró lentamente a los inculpados y dictaminó, seco y rotundo:

-¡Mentira!

Empezaron un interrogatorio minucioso, en busca de contradicciones. Cuando le llegó el turno al pastor herido, que se tapaba la oreja con el pañuelo, manchado de sangre, surgió, incidental, la pregunta correspondiente:

-Me he caído yo mismo -explicó torpemente, bien visible la falsedad con la redundancia, pero no le pidieron mejores explicaciones. Allí andaban sólo tras de tres corderos.

Nadie decía nada ni daba pisa alguna, pero el rural más viejo se volvió, de pronto, a los sospechosos, contundente y seguro, como si alguien acabase de delatarlos.

-¿De modo que los matasteis vosotros?

El más ingenuo cayó en la trampa y confesó lloroso:

-Sí, señor... El día de Santiago... Bebimos algo y nos los comimos...

Se esponjó el rural y sonrió, indulgente, suavizada su anterior dureza por la satisfacción de su éxito. Y le preguntó al amo la cuantía del perjuicio.

Cuando la precisó, volvió a consultarse la pareja.

-¡Los habremos de bajar al juzgado!

Suplicaban los reos:

-¡Le pagaremos con trabajo!

Les contestó insultante, para apabullarlos más ante los otros, en un rudo y difuso afán de ejemplaridad:

-¡A mí no me trabajan ladrones!

Recogieron sus sacos de mísero equipaje, unas pieles viejas, unos tapabocas deshilachados y una sartén y, aunque iban cara al calor de la zona baja, se pusieron las chaquetas que no habían usado en las heladas cimas.

El amo dio las últimas órdenes.

-¡A ver! ¡Uno de Trascantal y otro de Peñablanca que se pasen a Campo Llano! ¡Y ojo todos que ya habéis visto!

Nadie contestó ni los que se llevaban hablaron tampoco. Se despidieron con un gesto abatido de las cabezas y sólo uno, más osado, les consoló con unas palmadas en el hombro:

-No apuraros que no os podrán hacer gran cosa...

Y todos miraron con asombro al optimista, que quedó para siempre como modelo de audacia suprema.

Echaron a andar antes que nadie los detenidos, con los sacos al hombro, pero los paró con un siseo el rural jefe, que sacaba ya de la cartera una cadena dorada.

-96-

Uno de ellos protestó tímidamente.

-¡Yo no tengo «derecho» a ir atao!

Mostraba en la errada inversión de los conceptos o en la identificación ingenua y conmovedora de las ideas de derecho y deber toda la pureza definitiva de su trágica ignorancia.

-¡Yo no tengo «derecho» a ir atao!

Y se revolvió violento en un fuerte forcejeo.

El rural lo atrancó fuerte retorciéndole las muñecas y amenazando:

-¡Te va a apretar más ahora!

Pitú de pronto empezó a ladrar furiosamente avanzándose, entre temeroso y heroico, sobre las polainas del guardia.

-¡Quieto, chucho! -y le tiró una patada terrible.

Pero Pitú no se estaba quieto. Buscó un momento lugar y dirección de ataque y con un salto se agarró a la pantorrilla del guardia. El rural, mordido, le dio un culatazo en la cabeza y Pitú salió huyendo en línea recta con un aullido agudo y lastimero. El rural, herido, iracundo, se echó el fusil a la cara y disparó.

Pitú se calló, dio unos saltos desesperados y se plegó muerto junto a una roca, como un perro de trapo.

El rural viejo, sin hablar palabra, vendó a su compañero y después les aflojó a los pastores la cadena.

-¿Os aprieta así?

Nadie contestó y todos se volvieron a echar a andar hacia abajo, sin que nadie lo ordenase, con una impaciencia nerviosa.

Se fue la caravana camino abajo y volvió a caer sobre el valle un silencio absoluto.

Las montañas sombrías se envolvían ya en la palidez malva del crepúsculo. Moría la tarde irisando las cimas con sus suavidades violáceas. Se encendían los primeros luceros y tras el picacho más alto, envuelto en nubes, asomaba la frialdad de la luna.

Ya no se oían los esquilos de las ovejas, que dormitaban ya.

En la última vuelta del camino se volvió el amo hacia atrás y echó una gran mirada circular sobre el ancho paisaje.

Quizás se despedía de sus riquezas y dominios desde la puerta última del valle.

Pero también pudo ser que le hiciera volverse la mirada blanca y muerta de Pitú y los ojos de los que se quedaban, que le siguieron obsesos e impotentes hasta que se perdió en el confín del horizonte bajo el sortilegio silencioso de los pastores libres que mandaban su maldición sobre el grupo dramático de los pastores presos...

Carteles, La Habana, año 22, 32 (10 de agosto de 1941), pp. 58-59.

-97-

José Ramón González-Regueral Valdés

¿Dónde está el Tín?

Don Anselmo era grande, canoso y solterón. Además, tenía un gato. Era un gato corriente, un gato sin raza, como don Anselmo. Los dos -él y el Tín- vivían en una habitación alquilada, en casa de unas viejas viudas, en la calle de Juan Alonso. Él trabajaba en la Compañía del Gas, en las oficinas. Le gustaban los niños. También tenía un gran bigote de guías negrísimas, apuntando arriba, con orgullo. Y el vozarrón.

Cuando estalló la rebelión, don Anselmo no se metió en nada. Era un hombre ecuánime, equilibrado y sereno. No era como otros, que andaban por allí exhibiendo sus fusiles y sus cartucheras. Él decía que lo más importante era la fábrica de gas. Que si faltaba el gas, la cosa se iba a poner fea. Y que había que evitar a toda costa que cañoneasen el gasógeno.

-Si le dan un cañonazo al gasógeno, vuela todo el pueblo.

La oficina de don Anselmo estaba al lado del gasógeno. Cuando regresaba a casa, después de las cinco, corría enseguida al baño, se cambiaba de ropa y salía a la esquina, recién peinado. Decía que la ropa de trabajo apestaba a gas. Y eso no le gustaba.

El gato lo seguía, por la acera, hasta la esquina. Don Anselmo se sentaba en el contén, y saludaba a la gente que pasaba.

-Adiós, don Anselmo... Buenas tardes.

Él contestaba con un gesto de la mano. Con la otra acariciaba al gato, acurrucado sobre sus piernas dobladas.

-¿Usted no va al frente, don Anselmo...? Usted es de la Confederación, que lo vimos en la manifestación, cuando las elecciones...

-Sí; pero yo estoy viejo. Ir vosotros. Yo me quedaré cuidando el gasógeno... Vosotros, allá... y yo acá... Cuidar bien que no le vayan a dar un cañonazo, que yo cuidaré que no falte el gas en las fábricas...

El gato ronroneaba.

La niña se acercó, medio temerosa. Tendría apenas dos años, los ojos negrísimos y el pelo lacio, muy peinado en flequillo, como los japonesitos. Don Anselmo le sonrió, y ella le contestó la sonrisa.

-¿Cómo te llamas, guapita?

-Cuqui...

-¿Cuqui, nada más?

-Cuqui Sabelita...

Don Anselmo saboreó aquel nombre de niña en una sonrisa ancha, y lo repitió con un vozarrón tenue, tierno:

-Cuqui... Isabelita...

-98-

Ella le respondió estirando un índice pequeñín en dirección a la cola del gato:

-¡Miyáu!...

-¿Te gusta el gatín, Cuqui?

-¡Miyáu!...

-Gato, gatín... Se llama Tín -le dio vuelta al gato, para que la niña contemplara la cabeza hermosa y bigotuda del felino.

-¡Tín! -dijo la niña con una sonrisa de dientecitos blanquísimos como granos de arroz. Y le echó mano a una oreja. El gato cerró los ojos, complacido, sin dejar de ronronear.

-¡Tín... Tín! -repitió la niña.

Entonces pasó lo que pasó. El grupo de milicianos estaba parado en el portal, con las armas al descuido. El hombre pasó corriendo, entre ellos, sin rozar siquiera a ninguno. Después fueron las voces y los gritos. Había una mujer en el balcón, gritando:

-¡Asesinos!

Don Anselmo no se movió. Apretó a la niña contra sí, inclinándose sobre ella y sobre el gato. La niña reía y el gato había dejado de ronronear. El camión arrancó como una exhalación, detrás del hombre. Los milicianos se desparramaron por la calle, corriendo detrás del fugitivo. Allá, en la otra esquina, sonaron tres disparos. La gente se arremolinó. La mujer del balcón seguía gritando.

Y la niña acariciaba al Tín. Su carita blanca y rosada estaba iluminada con una sonrisa radiante. Don Anselmo sonreía también, pero su mano temblaba. El camión venía dando marcha atrás. Sobre la caja del camión, tres o cuatro milicianos empujaban un bulto de ropa y sangre. En la esquina, el camión maniobró a la altura de don Anselmo, la niña y el gato. Y don Anselmo puso su mano temblorosa sobre los ojos de la niña, disimulando el gesto con una frase:

-¿Dónde está el Tín?

La niña sacudió la cabeza, siempre sonriendo, y le metió un dedo en el ojo al gato, que se sobresaltó erizado.

-¿Tá... Tín?

La niña reía encantada con el nuevo juego. Se tapaba los ojos y preguntaba:

-¿Tá... Tín?

El camión ya había desaparecido, en dirección al muro de la playa, con los milicianos y el cadáver ensangrentado. En la esquina, hombres y mujeres hacían comentarios, señalando arriba, al balcón. La mujer había dejado de gritar.

La tarde se había puesto repentinamente gris, y allá lejos tableteaban las ametralladoras y tosián secamente los estampidos de los morteros. Hacía días que la guerra civil tronaba. La

población se acostumbraba, poco a poco, y aprendía a seguir su vida al compás de la muerte.

Don Anselmo, por fin, se levantó. Dejó ir al gato, y tomó a la niña de la mano.

-99-

-Vamos, monina.

Por la acera venía, corriendo, una mujer. Don Anselmo la reconoció enseguida. Era la madre de la niña. Don Anselmo alzó a la criatura en sus fuertes brazos de hombre maduro, y se la entregó:

-No se preocupe, vecina. La nena no vio nada. Estaba jugando con el gato... y conmigo.

La niña se volvió hacia don Anselmo, sobre el hombro de la madre, y le preguntó:

-¿Tá... Tín?

Don Anselmo era feliz y le contestó a la niña como se contesta muchas veces a los niños, repitiéndoles la pregunta, para que sepan que hemos comprendido:

-¿Dónde está el Tín, Cuquina? ¿Dónde está el Tín? ¿Vamos a buscarlo?

La madre se alejaba, apretando a la niña contra el pecho, en un revolotear de bata floreada sin nada más debajo.

* * *

Aquella noche hubo calma. Parecía una noche de paz, como otra cualquiera, mucho tiempo atrás. Del mar venía una brisa templada y un chapoteo satisfecho. Arriba, en el tercer piso, una muchacha de quince años peinaba su larga trenza y cantaba. Contra el marco de luz de la ventana, su figura esbelta, con los brazos en alto, era una visión de verano.

A pesar del mes de agosto, los dos milicianos que fumaban en el portal llevaban camisetas gruesas bajo los monos azules de obreros. Eran mineros de la cuenca carbonera, que habían llegado con uno de los trenes de Oviedo, antes de la traición de Aranda.

-Querían llevarnos a León... querían meternos en otro tren, para coparnos en la plaza de toros, como a los de Grado...

-Sí, pero bien hizo Víctor en negarse. Él sabía que el general Aranda era fascista, y que nada más estaba esperando el momento...

-¿Por qué no lo mataron, entonces?

-No se sabía.

-¡No se sabía, no se sabía! Yo, por sí o por no, hubiera fusilado a todos los militares, de sargento para arriba...

-No se sabía. Había que tener en cuenta a los leales...

-No hay leales, entre los del ejército... En cuanto uno mira para otro lado, se pasan a los facciosos... Igual que los gallegos...

-No hables mal de los gallegos, que tu padre era gallego.

-¡Bah!... No era como los otros gallegos... Él nunca tuvo morriña... Y además, a lo mejor no era mi padre... después de todo.

-100-

-De todos modos, no hables mal de los gallegos...

-Tengo que hablar mal de ellos... ¿Qué pasó con la Columna Gallega?... ¿Eh, qué pasó?... Pues que se llevaron más de quinientos fusiles al frente de Grado, y se pasaron a los facciosos...

-Tenían morriña.

-Sí; tenían morriña... y cagalera... mucha cagalera...

-Allá los fusilaron a casi todos... más de la mitad, por lo menos.

-¡Bah!... Se exagera mucho... No habrán fusilado a tantos... Y, si los fusilaron, bueno, bien fusilados están...

Don Anselmo callaba. Los miraba fumar con sus manos enormes y callosas, agarrando los cigarrillos minúsculos como si fueran alfileres para no pincharse con la punta de fuego. Aspiraban las bocanadas con todo el pecho enorme, y soltaban el humo junto con las palabras de la conversación.

-Dicen que ahora viene el comunismo libertario.

-¿Qué es eso?

-Bueno... el... el comunismo libertario... Todos somos iguales... y libres.

-¿Todos iguales?

-Todos iguales... Nadie es mejor que nadie.

-¿Entonces yo soy igual que los fascistas?

-¡No, burro!... El comunismo libertario no es para los fascistas. Ellos son enemigos de la libertad. Los matamos en la guerra, y fusilamos a los que queden, después. Ellos no entran en la cuenta. Además va a haber repartos de tierras. A cada cual, su pedazo de tierra, para que la trabaje.

El otro chupó la última bocanada de su cigarrillo, y se rió para adentro, como si algo le hiciese mucha gracia.

-Cómo me voy a reír -dijo- si te toca en el reparto un pedazo de tierra que yo sé.

-¿Cómo, un pedazo de tierra?

-Sí... ¿No dices que van a repartirla?

-Eso mismo. Pero...

-Bueno, pues me voy a reír, si te toca el pedazo donde está la mina La Bernarda...

-¿Por qué?

-Habrá que verte a ti solo, picando carbón en La Bernarda.

-No seas burro, hombre. Las minas y las fábricas serán para los obreros. Para todos.

-¿No será para uno, como ahora?

-No. Ahora el dueño de la mina es un señorito que nunca se manchó la cara de negro, ni vio explotar el grisú... Ése tampoco entra en lo del comunismo libertario.

-101-

-¿Cómo sabes que no entra? ¿Tú lo viste?

-No; no lo vi. Pero no entra.

-¡Bah, rapaz! Cuando aparezca con la Guardia Civil y los papeles...

-Cuando digo que eres burro, eres burro, hombre. ¿Tú crees que, después de todo esto, va a quedar un guardia civil?

-¿Ah, no?

-¡Claro que no, hombre! Hay que matarlos a todos.

-Pues dicen que hay guardias civiles leales.

-¿Quién lo dice?

-No sé... Dicen.

-Hay que ver quién dice eso. Porque un guardia civil leal debe ser tan leal como el general Aranda, que ya viste lo leal que fue, engañando a los mineros y metiéndolos en un tren para que los mataran a todos en León, en la plaza de toros. ¡Iban a darle las armas en León, y se las dieron por el cañón de la ametralladora!

-¡Bien bobos que fueron!... ¡Bobos y burros, como tú dices!... ¡Hubieran hecho caso de lo que dijo Víctor, y aquí estarían!

-Sí; aquí estarían...

-Aquí estaría Luisín, que acababa de casarse, y la mujer todavía no sabe nada que lo mataron. ¡Qué burro, Luisín! No quiso hacerme caso y montó en el otro tren, por ir a León, porque la mujer era leonesa. ¡Total, si ella estaba en Oviedo, no sé qué iba a buscar Luisín a León!

-A lo mejor no lo mataron.

-¡Bah, bah! En León los mataron a todos... No quedó ni uno. ¿No se lo oíste contar ayer al prisionero que venía de La Escandalera?

-Sí, pero... a lo mejor... en la guerra nunca se sabe.

-En la guerra, no... Pero en la guerra civil, sí. Y ésta es una guerra civil.

Don Anselmo, por fin, habló. Dijo:

-Tienes razón, hombre. Ésta es una guerra civil. La peor de las guerras. Y en esta guerra se sabe todo. Porque no somos gente extraña, la que se mata. Todos nos conocemos. Somos hermanos contra hermanos.

El gato se metió en la casa, por la puerta entreabierta. Los hombres callaron otra vez. Por la calle pasó una camioneta.

-¡Una camioneta!

-Déjala pasar. ¿Qué le ibas a hacer?

-Hay que controlar.

-Ya no hay nada que controlar. Son los nuestros. Todo Gijón es de los nuestros, ya.

-Y Oviedo, de los de ellos.

-Hasta que lo tomemos.

-¿Cuándo lo tomamos?

-102-

No respondió. O, mejor dicho, respondió con un encogimiento de hombros. No le importaba. El otro volvió a hacer girar la conversación sobre el tema del comunismo libertario:

-Yo creía que el comunismo libertario era algo así como que todo iba a ser de todos...

-Eso mismo, hombre -dijo don Anselmo, con voz redonda y reposada de hombre con bigote negro-. Todo será de todos. No habrá propiedad. Cada cual tendrá lo que desee, de acuerdo con sus necesidades.

El más joven de los milicianos se sonrió, echándose hacia atrás la boina mugrienta.

-Eso me conviene -dijo con un rebrillo pícaro en la mirada-. Voy a tener todas las mozas que quiera, sin tener que cuidarme del cura.

-¡Bastante te importó a ti siempre el cura!

-A mí, no. Pero a ellas, sí. Luego iban a confesarse, y les daba vergüenza -dijo el joven. Luego, volviéndose a don Anselmo-: Se podrá tener todas las mozas que uno quiera ¿no?

-Eso, según. El amor libre requiere el consentimiento de ambos.

-¿Cómo de ambos?

-Sí, hombre. No basta con que ella te guste a ti. Tienes que gustarle tú a ella.

-¿Aunque esté casada ya?

-No habrá casamientos. El amor libre significa que el matrimonio no existe. Los hombres y las mujeres podrán amarse sin trabas sociales.

El viejo se adelantó, rascándose los pocos cabellos entrecanos que le quedaban, y preguntó:

-Dígame una cosa, paisano... ¿Y los que ya estamos casados?

-Bueno... Eso también depende. Si quieren seguir viviendo juntos, nadie se lo va a impedir. En el momento que dejen de quererse, se separan y ya.

-¿Se divorcian?

-No. El divorcio ya existe, desde que se proclamó la República. Con el comunismo libertario, no hace falta casarse ni divorciarse. Los que se quieren, se quieren, y ya está. Los que no se quieren, buenos días y también está.

-No me convence -dijo el viejo.

-¿Cómo que no te convence? -exclamó el más joven, subrayando la pregunta con un golpe seco de la culata del fusil en las baldosas del piso.

-Digo que no me convence, y no me convence, porque no me da la gana.

Don Anselmo sonreía.

-¿Entonces?

-Entonces, nada. Que va haber que contar conmigo para todo eso. Al que se acerque a mi mujer, le descerrajo un tiro como que hay Dios...

-¿Que hay Dios dijo hombre? -preguntó don Anselmo.

-103-

-Bueno..., es un decir.

-Entonces, ¿tú no estás con el comunismo libertario?

-Yo estoy con lo que haya que estar. Pero así, no.

-No te gusta el amor libre, ¿eh?

-A mí, sí me gustaría. Pero que no me toquen la mujer ni los críos, porque la armo.

La vocecita pequeña de la niña se escuchó al fondo del portal, junto a la escalera:

-¿Tá... Tín?

La niña venía chupándose el índice y recogiendo la faldita en un gesto que ya era fina coquetería femenina. Los dos mineros, fascinados por la presencia de la criatura, se pusieron en cuclillas. El más joven dejó el fusil en tierra, y extendió los brazos, diciendo:

-Ven aquí, preciosa... ven conmigo.

Pero la niña estaba ya agarrada al pantalón de don Anselmo.

-¿Tá... Tín?

-¿Dónde está el Tín?... ¿Dónde estará el Tín?... Traerme al Tín, dondequiera que esté... traérmelo vivo o muerto... -y el vozarrón de don Anselmo tenía una ternura nueva.

-¿Es suya? -preguntó el miliciano viejo.

-No. Es de una vecina. Somos amigos... por el gato.

-¡Ah! -dijo el hombre, como si hubiera entendido.

El más joven se levantó, estirando los brazos en un despliegue de musculatura y sudor.

-Primera mujer que me falla -dijo-. Habrá que esperar a que sea mayor.

El gato vino corriendo. Como animal instintivamente celoso, había adivinado la presencia de un afecto cerca de su amo, y llegaba para compartirlo. La niña, al sentirlo en sus piernecitas, se sobresaltó con nerviosa alegría:

-¡Tín!... ¡Tín!... -y palmoteó hasta caerse de culo.

La madre llegó hasta la puerta entornada, con un taconeo firme. Al abrir la hoja, se detuvo en el umbral. La presencia de los hombres en el portal la cohibió un poco.

-Vamos, Cuquina... Es hora de dormir.

La niña se levantó, obediente, y corrió hacia su madre. Los hombres murmuraron un buenas noches casi impersonal, que la mujer no contestó. El gato seguía en el suelo, enroscándose sobre un zapato de don Anselmo. Cuando la madre se inclinaba para alzar a la niña, don Anselmo hizo lo mismo con el gato. Entonces vio que la mujer se había puesto zapatos con tacones. Y que iba vestida de negro.

-¿Va a salir, doña Marina?

-Sí. Voy a ver a... a la señora de la esquina.

-¿Tá... Tín? -dijo la niña.

-¿La conocía, doña Marina?

-104-

-A ella, sí. Al hijo, no.

-Claro... Ella no tiene la culpa, la pobre.

-Claro -dijo la mujer-. Ella no tiene la culpa.

Y con un buenas noches que los envolvió a todos, penetró en la casa.

-¿Quién es? -preguntó el viejo.

-Es doña Marina, la Madrileña.

-¿De Madrid?

-No. Es de aquí. Pero vive en Madrid con el marido, que es profesor. Cuando estalló la revolución, él se quedó allá y ella aquí. Había venido a pasar el verano a la playa con los pequeños.

-¿Y el marido?

-No sabe nada. Estaba en Madrid. ¡Cualquiera sabe!

El más joven se había quedado repentinamente serio. Se hizo un silencio. Los ojos del gato brillaron en la oscuridad, cuando don Anselmo encendió una cerilla y chupó el cigarrillo.

-¡Qué piernas! -exclamó el joven miliciano.

-Sí -dijo el viejo-. Es por los zapatos. Los zapatos así hacen la pierna más... más...

Y acompañó la frase incompleta con un gesto descriptivo.

-El ingeniero de la mina -dijo el joven- iba a la casa de mujeres de la Felguera, y siempre hacía que la que entraba con él se acostase sin quitarse los zapatos.

-Son cosas -dijo el viejo.

-Sí; son cosas -remachó don Anselmo.

El viejo hizo la pregunta:

-¿Y por qué va de luto?

Don Anselmo lo pensó un poco, antes de responder.

-Va a darle el pésame a una vecina, por el hijo que le mataron.

-¿En el frente? -dijo el joven.

-No. Aquí, en la calle. Esta tarde.

-¿Un fascista? -preguntó el joven, extrañado.

-Era pistolero de la patronal de la fábrica de aceros. Había tenido sus más y sus menos; y dicen que había matado a un sindicalista. Pero no era falangista.

-¡Ah! -dijo el joven.

-Son cosas -dijo el viejo-. Ahora la madre paga por él.

-Sí -dijo don Anselmo-. Ahora la madre paga por él.

Se hizo otro silencio. La puerta de la casa se abrió, y doña Marina salió envolviéndose en una toquilla de punto de lana negra. Los hombres se hicieron a un lado, todos al mismo lado, para dejarle paso. Ella dijo un buenas noches frío, distante. Ellos correspondieron con un buenas noches apresurado, comprensivo, identificativo. Ella lo entendió y, ya en la acera, se volvió a los milicianos, y dijo:

-105-

-Si necesitan algo, pídanlo en la casa. Es de ustedes... Ahora están haciendo chocolate. No les vendrá mal. Indíqueles usted, don Anselmo.

Los dos milicianos, conmovidos allá en su ingenuidad, apenas acertaron a balbucir sus muchas gracias. El más viejo, sin embargo, salió hasta el umbral, y le dijo a la espalda de la mujer:

-Muchas gracias, señora.

Luego, volviéndose hacia el interior del portal, dijo:

-Una señora... Se ve que es una señora... Y las señoras así, las habrá siempre, con comunismo libertario y sin comunismo libertario. Es una señora, tan señora como La Pasionaria.

Don Anselmo rompió el nuevo silencio, con una pregunta directa al viejo miliciano:

-¿Cuánto ganabas tú, allá en la mina?

-¿Yo?... Depende... Los picadores de mina trabajamos a destajo. Nunca nos faltaba dinero para la casa y para los vicios... Tenía día de cinco y hasta seis duros... Los picadores de mina somos los obreros mejor pagados de España -añadió, no sin orgullo.

-¿Y tú? -preguntó don Anselmo al joven.

-¿Yo?... Lo mismo. También soy picador de mina... Era picador de mina.

-Y ahora estáis luchando por el comunismo libertario...

El más viejo se rascó la cabeza. Luego dijo:

-Bueno. No sé. Lo único cierto es que las cosas andaban mal. Y, la verdad, yo me aburría allá, en la mina. Yo creo que fui a la guerra por aburrimiento... y porque las cosas andaban mal.

-¿Aunque tú ganaras tus cinco duros diarios?

-Aunque yo ganara los cinco duros diarios.

-¿Y si perdiéramos la guerra? ¿Qué harías?

El viejo volvió a rascarse la cabeza.

-Eso no me preocupa. Si no ganamos la guerra, a mí me van a matar de todas maneras. Tenemos que ganar la guerra.

-Es verdad -dijo don Anselmo-. Tenemos que ganarla.

-O morir todos -dijo el más joven con reconcentrada decisión.

-O morir todos -dijo don Anselmo-. Morir todos, cada cual en su puesto.

Desde el interior de la casa vino una de las viudas. Toda ella estaba impregnada de olor a chocolate. Les dijo algo, en un chachareo de gallina gorda, y los hombres entraron a tomar lo que les ofrecían. Entraron con esa sumisión de hombres grandes, un poco avergonzados de presentarse así, en casa ajena, con el fusil en la mano.

* * *

-106-

Habían pasado los meses, y las cosas habían cambiado mucho. El derrumbe de los frentes del Norte parecía ya un hecho. Las columnas nacionalistas avanzaban desde Bilbao en ola incontenible, apoyadas por tanques y aviación. Los cañones de Oviedo ya no tronaban desde meses antes. La última ofensiva había fracasado, y desde Galicia le habían metido refuerzos a la capital asturiana. Pronto se escucharía el cañoneo ronco de las piezas alemanas en dirección a Santander.

El esposo de doña Marina había logrado hacer contacto con ella, al fin, después de catorce meses. Sus cartas habían llegado en los barcos de aprovisionamiento que entraban en el puerto de El Musel. El profesor era ahora comisario de batallón, y andaba por Albacete en cosas del Estado Mayor republicano, con las Brigadas Internacionales.

Don Anselmo se levantó sombrío aquel día. Se bañó completamente, y se puso su traje nuevo. Eran las nueve y media, pasadas, cuando se sentó a desayunar. Lentamente fue desmigajando su pan de maíz en el amplio tazón de leche con cascarilla de cacao.

-¿No hay trabajo hoy, don Anselmo?

Doña Marina estaba allí, comentando con las viudas la última carta del esposo.

-No, doña Marina. Ya no hay nada que hacer en la fábrica de gas. Despidieron a todo el mundo... a todos los que quedaban. Unos van al frente, y otros vamos a servicios especiales en el muelle... Hay que descargar barcos con armas, que llegarán mañana... dicen que llegarán mañana.

-¿Entonces, la fábrica de gas?...

-Está cerrada. Ya no se necesita gas para la industria. No hay industria. La que no está bombardeada, también cerró. El gasógeno era un peligro... Si lo bombardeaban volaba el pueblo...

-¿Y usted cree que llegarán las armas, don Anselmo?

-No sé, doña Marina. No sé si llegarán a tiempo.

Don Anselmo se levantó, y se metió de nuevo en su habitación.

La viuda con tipo de gallina gorda se acercó a doña Marina, con una cháchara seria:

-Yo creo que don Anselmo está tocado -e hizo el gesto de la locura-. Esta mañana dijo que no piensa evacuar a Francia. Pero luego dijo que no verá las tropas fascistas entrando en Gijón.

Doña Marina se quedó un momento en suspenso, pero luego habló como sacudiendo un mal pensamiento:

-¡Bah!... Será que piensa meterse en el cuarto para no verlos entrar. Él no tiene nada que temer. No se metió nunca en nada. Sólo su trabajo.

El caso de doña Marina era distinto. Aquella misma tarde tenía que ir al muelle, para hablar con el capitán de un barco que estaba esperando la salida. Ella, y los niños, iban a ser evacuados por Francia, con destino a Valencia. Ya tenían el salvoconducto firmado por el Consejo de Asturias y León.

-107-

-No por nosotros... Pero con el marido comisario... y fundador de un partido de izquierdas en tiempo de la monarquía...

La niña entró en la cocina. Venía del pasillo.

-¿Tá... Tín?

La madre sonrió, iluminada por la presencia de la niñita.

-¿Dónde está el Tín, Cuquina?... ¿Dónde está el Tín? ¡Tráemelo vivo o muerto, Cuquina!... -y, dándole una cariñosa nalgadita-: ¡Anda, ve a buscarme al Tín!...

Pasaron unos minutos, conversando junto a la cocina. La leche hirvió sobre el fogón, y la actividad que el fenómeno despertó en las viudas sirvió de pretexto para que doña Marina se despidiera.

-No me acompañen, que conozco el camino.

Pero sólo llegó hasta la puerta de la habitación de don Anselmo. La luz estaba encendida. La niña, sentada en el suelo, acariciaba al gato. Don Anselmo había muerto ya. Se había tendido en la cama, después de quitarse la chaqueta, ahora colgada del respaldo de una silla. Se había arremangado la blanquísima camisa, y se había cortado las venas de ambos brazos.

El charco de sangre casi llegaba a los pies de la niña. Y la niña lo miraba, fascinada, mientras acariciaba al gato.

Doña Marina no gritó. No dijo nada. Simplemente, tomó a la niña en sus brazos y, obligándola a volver la cara con un beso, la sacó de la habitación.

Volvió a la cocina, desnudada. Las dos viudas se le quedaron mirando con sorpresa.

La niña, preguntó:

-¿Tá... Tín?

Don Anselmo sabía que aquellas armas no llegarían nunca.

La noche ancha, La Habana, Ediciones La Tertulia, 1960, pp. 38-55.

-108-

Lino Novás Calvo

La primera lección

Había llovido sin cesar todo el día, toda la semana, todo el mes. Llovía a todas horas con una lenta persistencia, sin nervio y sin viento. El camino de la fuente era el cauce por el que bajaba el agua de las veigas altas, después de haber lavado el lugar. A la misma fuente hubo que hacerle un contén circular para protegerla de la riada. Las eras estaban encharcadas; los labradores salían de ellas, al atardecer, arrastrando sus pies entre la tierra empapada. Luego, cuando escampara el tiempo y volviera a verse el sol, siquiera brevemente, habría que bajar a la falda del coto, al fondo de la cañada, con cestos en la mano, y volver a subir a la parte alta de la tierra llevada por las lluvias. Paciendo en fila, por los cómbaros venían unas vaquitas flacas y ateridas, y del monte raído y comunal bajaban, a la noche, otros de aquellos animales pobres, esqueléticos, que criaban gusanos entre piel y carne.

El lugar tenía siete casas, todas en línea, todas de piedra en bruto, sin pintura y sin cristales. El tiempo se había llevado la argamasa y algunas paredes parecían combadas, sosteniéndose como en equilibrio. Ninguna tenía más de un piso, y la última -la de abajo- era la más pobre y miserable de todas. Delante de cada una había un montón de estiércol y a su lado una especie de alberca recogía el xurro, formado por el agua de lluvia pasada por él. Al cerrar la noche los vecinos comenzaron a llegar de distintas direcciones; las mujeres vestían sayas y mantelos de lana gruesa, tejidos en casa. Los hombres arrastraban zuecos con pie de madera y caña de cuero. Todos chorreaban y se movían trabajosamente a lo largo de las congostras, cansino del lugar. Dos viejos traían caballejos cojos y amarrados del ronزال. Se pararon delante de la casa de abajo y una mujer joven, pero gastada, como un árbol achaparrado, salió a recibirlos. Dentro se encendía un candil de luz brillante.

-Pasen a enjugarse -dijo la mujer-. Pasen. Padre no ha llegado todavía. Y metan los caballos ahí, en la corte.

Los dos hombres traían monteras de lana en las cabezas; eran, evidentemente, todavía de un plano más alto de la montaña. Emitieron unos gruñidos, pasaron los caballejos a la cuadra única y de allí entraron en la cocina. En el lar ardía un tronco de navidad. El agua caía con un sonido de yemas sobre el losado, menuda, persistente y densa. La mujer cruzó la cocina con un candil entre las manos y una canada bajo el brazo; resurgió a poco con la canada en una mano y el candil en la otra.

-109-

-Ni una taza entre todas -dijo como para sí misma, rezongando-. El tiempo les come las ubres.

Llevó la canada a la alacena y se detuvo, su saya de picote todavía chorreando, la cabeza ceñida con un pañuelo negro.

-Se les secan las ubres y se les agua la sangre. Ya ni para el tiro sirven esas dos que nos quedan. Y la que dan es aguada, sin nata. Como si el temporal se la hubiera llevado, como se lleva la nata de la tierra. Esta primavera no habrá más que grama en las eras, y la grama es la lombriz del hambre.

Los dos hombres de las monteras se habían sentado en dos poyos junto al tronco de navidad, con las ropas mojadas encima. Al calor humeaban, ellos mismos, como dos troncos acabados de arrastrar del monte. Miraron a la mujer, que se quedó de pie, empinando el vientre, delante de ellos. Eran ambos de mediana edad.

-¿Qué tal están por allá arriba? -preguntó la mujer.

Uno bajó los ojos, el otro habló lentamente:

-Allá, comiendo lo que no hay. Madre está en cama desde hace un mes. Ahora se le han cruzado las llagas del brazo izquierdo a la pierna derecha.

Calló un instante. El otro alzó los ojos:

-Ustedes, por lo menos, todavía tienen con qué adobar. Veo que han matado puerco y todo.

Volvió a mirar un pernil colgado de la chimenea y se pasó la lengua por los labios.

La mujer fingió una voz de lloro.

-¡Ay, adobar viche! Eso es lo que nos ha dejado el postor. Vino, se llevó la cebada y los dos lechones, y nos ha pagado con eso. Es cuanto nos queda, y las dos vacas viejas, que las nuevas se las ha llevado también.

-El pequeño mandará con qué comprar otros, cuando gane. Ellos al menos tienen quien mandar a la América.

La mujer se encaró con el hombre; era el mayor de los dos, y tenía una expresión aviesa de codicia.

-El pequeño no es nuestro. Padre y yo lo hemos criado hasta la edad que tiene, pero ahora que comienza a trabajar su madre nos lo quita y lo manda fuera. El Señor quiera que no lo coja la soberbia y no le salga malo. Es demasiado pequeño para ir por esos mundos, aunque lo lleve el Bernaldo.

El abuelo y el nieto aparecieron en la puerta. El primero venía delante, con un brazo de leña al hombro. La tiró detrás del tronco y se sacudió como una bestia mojada. Era un hombre rudo, todo vestido de pivote, de más de setenta años. Profundas arrugas le cruzaban la cara en varios sentidos, y caminaba algo encorvado, con el cuello rígido por el reuma. Detrás de él se adelantó el nieto: tendría unos ocho años, cuando más, y vestía exactamente como el abuelo, salvo que venía descalzo y con los pantalones vueltos por encima de la rodilla. Sus ojos redondos se fijaron fascinados -110- en el fuego. Luego subió al lar y se enroscó en la ceniza, sobre la piedra caliente. El abuelo dio las buenas noches y se sentó también junto al fuego, mientras la mujer, su hija soltera, ponía un gran pote de verduras engrasadas a cocer.

-Conque éste es el americano -se burló el más viejo de los visitantes-. No lo había visto desde el bautizo. En comparación es bastante grande.

El otro, que era su hijo, rió la gracia, estimulado su humor por el calor del fuego. Pero el abuelo comenzó a cabecear, adormecido por los vapores del fuego y de su propia ropa humeante. La mujer volvió a detenerse ante ellos y replicó:

-Sí, éste es. Valiente americano. No ha cumplido aún los ocho años. Todo por la codicia de la madre o por su mala entraña. Con tal de no dejárnoslo para que trabaje lo manda por esos mundos. Y el Bernaldo tan bueno como ella. Llevarlo a esa edad, cuando todavía no sabe una letra.

-Diz que los que van de pequeños luego se adaptan mejor y aprenden el país -dijo el primo forastero.

-Sí, cuando no se olvidan por completo. Mira el Doscaos. Se fue y nunca más se supo de él. Ni de madre ni de nadie se acordó. Y eso que era mayor que éste.

El nieto siguió abstraído, mirando al fuego, y todavía temblando. De pronto dio la vuelta sobre los calcañares y corrió a la puerta. En ese momento apareció la madre, con la máquina de coser en la cabeza y un paño negro sobre los hombros, toda chorreando. El nieto comenzó a dar salticos delante de ella. Ella miró a los forasteros, que eran su primo y su tío, y dio las buenas noches, pero evitó tropezar con la mirada de su hermana. Seguidamente, el niño la siguió al cuarto del fondo, a través de la cuadra. El cuarto era más bien una cabaña, adherida a la casa y con techo vegetal de xestas. Por el piso de tierra corría el agua. La madre sacó de la faltriquera un pedazo de pan negro con queso y se lo dio al nieto. Éste comenzó a comerlo ávidamente. La mujer se quitó toda la ropa, menos la camisa de estopa larga. Se quedó de espaldas al niño, que siguió comiendo en silencio. La mujer había encendido un candil de luz brillante; ahora lo apagó para quitarse la camisa; cuando lo volvió a encender tenía puesta una saya de bayeta amarilla y una chaqueta de bayeta roja. La mujer se sentó entonces a la máquina, puso otro pedazo de pan y queso en la tabla y comenzó a comer y a coser al mismo tiempo. El niño terminó su bocado y se quedó mirando lo que a la madre le faltaba por comer. Ella le quitó otro pellizco con los dientes y le dio el resto. El niño se lo llevó a la boca con las dos manos. Luego corrió de nuevo a través de la cuadra en busca del fuego. La madre volvió la mirada por encima del hombro y comenzó a llorar en silencio, mientras cosía, dando a la máquina con una mano y dirigiendo la costura con la otra.

Cuando el niño llegó a la cocina la tía había retirado del fuego el cocimiento. Lo sirvió en tazas de barro y de madera a los dos forasteros. El abuelo despertó y comenzó a comer, todavía amodorrado, con su ancha culler de bidueira. Los forasteros levantaron en alto las culleres de buxo, buido y dorado a la luz de la brasa, y -111- comenzaron a comer ritualmente, alzando las cucharas con un floreo, hundiéndolas en las grandes cuncas y llevando regodeadamente a la boca las berzas y las patatas adobadas. El niño rechazó el caldo. La tía sacó de la alacena una taza de barro en que había un poco de pasta de harina, y le echó un poco de leche por encima. El nieto bebía con la cuchara la superficie bebió la leche que nadaba sobre la pasta; raspó luego con la cuchara impregnada y devolvió el resto a la tía.

-Así, condenado, así -dijo la tía-. Mala muerte te mate. Comiendo la leche y dejando las papas. Ya aprenderás a comer por el mundo. Y Dios quiera que no te falte, y me perdone.

La mujer volvió a rascar en el fondo del pote, repartiendo las últimas berzas. Los tres hombres extendieron sus tazas a la vez sobre el resplandor de las brasas, con los ojos apuntando al cazo. La mujer sirvió equitativamente. Luego los tres rebañaron el fondo de las tazas de barro y de pradio, y las dejaron a los pies, sobre la piedra del hogar. La mujer las recogió y se fue con ellas hasta el lavadero, rezongando.

-Ahora vendrán los vecinos a ver si hay zonchos y calentarse a la leña ajena. Quisieran que cada día hubiera en la casa de otro un muerto o uno que se va, para llenarse y calentarse con lo ajeno. Pero van a encontrar roña.

Trajo una taza de agua y mojó el tronco y las ramas que el calor había secado. Volvió por otra, y roció la gran brasa, que reaccionó agrietándose y despidiendo brotes de humo. Los dos parientes se restregaron los ojos, llorosos del vapor. El abuelo se había acurrucado a un extremo del lar, con las rodillas entre los brazos, y roncaba con la boca entreabierta. El niño corrió de nuevo adonde estaba la madre.

-¿María no come con los demás? -preguntó ahora el primo.

La otra cabeceó:

-Cada uno come lo suyo. Ella tiene su oficio y gana bastante para sí. Ahora han subido a tres perras chicas cada día, y tiene bastante que hacer en toda la parroquia. Con los suyos, no se lleva; ni con padre, ni conmigo, ni con los otros, salvo ese gandul de Raúl Bernaldo, que ahora se lleva su hijo. Niño se fue él también a las Américas, y mira lo que ha valido a los suyos. Viene ahora, se está un mes disparando tiros, deshojando pradios y castaños, y se vuelve a ir llevándose al pequeño y sin dejar nada. Con él se lleva ella, porque espera que luego la mande llamar también a las Américas. ¡Cada uno tira para sí!

Alguien llamó a la puerta con fuertes golpes. Manuela corrió a abrir, quitando la gran tranca y dejando paso a una figura increíble. Era un hombre flaco, alto y encorvado de hombros, con largos bigotes blancos y lacios. Vestía un traje de dril sucio y raído, con cuello de celuloide abierto, semejante a una corteza de árbol seco. En la cabeza traía un sombrero de pajilla y por debajo de él se le salían largas y veteadas guedejas grises. El hombre caminaba arrimado a un bastón tallado, y se quedaba al hacerlo por más abajo de la cadera. Al hablar lo hizo en castellano, con una voz forzada y sonora.

-112-

-Ey, ¿dónde está el Habanero? Que vengo a despedirlo. Así se deberían ir todos, antes de crecer, a que los desasnasen por allá. El Raúl hace bien en llevarlo. A niños y grandes se los deberían llevar de esta tierra.

Dio un golpe con el bastón sobre la artesa y añadió:

-¡Eh, ama! Aquí está Verdeal. No habla el viento ni rebuzna un asno. He dicho que vengo a ver esa rabuja que se va. Yo tengo que instruirle.

Manuela se volvió desde el lavadero y le indicó el camino del cuarto del fondo. Verdeal se fijó en los dos hombres junto a la candela y los apuntó con el bastón:

-¿Quiénes son éstos? Montuno sobre montuno. Cuanto más se sube, más lana cría el hombre. Lana y musgo y grama y piojos. ¿Dónde dices que anda el rabuja?

Los montunos miraron de reojo al viejo indiano, que se fue, rígidamente, en busca del que se iba. Poco después aparecieron, uno a uno, los demás vecinos. Algunas mujeres traían banquetas en la mano y ruelas en las cinturas. Todos se acomodaron en torno a la gran brasa, cuyo resplandor hacía hervir la sangre en sus mejillas. El abuelo había quedado en la

sombra, a la espalda de todos, y algunas parejas de jóvenes, macho y hembra, se arrullaban y manoseaban fuera del alcance de la luz. Rosa, la Pregonera, llegó la última, toda chorreando, pero sofocada. Era una mujer de grandes ojos claros y boca todavía sensual, pero de una edad superior al sexo:

-Tío Manuel... tío Manuel -repitió-. Vengo del lado del Serrón de la Bouza. La noche me ha cogido allá. Corra, tío Manuel. Su yegua se ha caído por el barranco.

La mujer venía toda mojada y con el pelo desgreñado, goteándole sobre la cara. El abuelo se levantó de su rincón herido por los gritos de la Pregonera, y sin decir nada se echó afuera con una agilidad superior a sus años. Le siguió la hija, con los brazos en alto, gritando a los cielos. Les siguieron dos hombres del lugar, en calidad de voluntarios, pero los parientes del monte no se movieron de junto al fuego. Las mujeres se apretaron más en torno a la brasa, haciendo girar más rápidamente los husos y murmurando entre ellas. Tío Verdeal cruzó de nuevo la cocina hablando en voz alta y dando grandes golpes en derredor con el bastón.

-Llorando, llorando. Todo en esta tierra es lagrimeo y pelambre. Llorando porque se le va el hijo, cuando debería cantar. Cada uno que se va debería ser una fiesta en este lugar. Yo, rey, los mandaría salir a todos, hasta que no quedaran más que los sordos y los reumáticos. Mandaba acá una compañía de fusileros y me los llevaba a todos por delante.

Y volvió a apuntar con el bastón, blandiéndolo, hacia los de la montaña. Luego salió al monte, en medio de la lluvia, que seguía cayendo sin cesar.

La Pregonera hizo una gira por las otras casas, donde todavía quedaban algunos viejos en pie, y a oscuras, aprovechando el calor restante en la piedra del hogar, les anunció la desgracia de los de la casa de abajo. La Gayada, su único animal caballar, se había despeñado. No había nada que hacer por ella: se había reventado contra -113- un cuchillo de roca al caer. Pero esto había ocurrido aquella misma tarde, y podía aprovecharse la carne. En esta región la carne de caballo no se comía nunca. Los caballos eran muy escasos y sólo se utilizaban para el transporte de carga; rara vez para el transporte del hombre. Eran como un animal sagrado, auxiliar del humano y tan inteligente como él. Corrían leyendas de la inteligencia de los caballos, y cuando uno moría o se despeñaba era motivo de grandes llantos. Era tanto como el valor del mismo, su significación. Pero los Meitin habían sufrido últimamente una serie de desgracias que los ponían fuera de toda costumbre.

Padre e hija cruzaron, uno tras otra, la tiniebla de la veiga, la tierra paramal de queirogas, a tientas con sus pies. A medio camino el viejo se detuvo, como si hubiera descubierto algo en el aire que se sentía venir de la cresta del serrijón. Se volvió a la hija y le dijo:

-Vuelve a casa, mujer, y trae el cuchillo grande.

La mujer se detuvo. Por entonces había cesado de llorar, y se quedó tiritando bajo la lluvia, sin contestar. En eso llegaron los otros dos vecinos, y a poco, de nuevo, la Pregonera, corriendo. El abuelo se dirigió a ella antes que nada:

-Rosa, ¿tú viste mi yegua caer?

-No, tío Manuel; la vi caída debajo de la roca de Toribio.

-¿Entonces estaba muerta?

-Eso creo, tío Manuel. No se movía y tenía las tripas de fuera. Tuve que apalear a mi can para impedir que fuera a comer a ellas.

-¿Qué le vamos a hacer ahora? -dijo uno de los vecinos-. Su nieto se va esta noche. Y por la mañana, al amanecer, habrá tiempo de quitarle la piel.

El viejo apretó el puño invisible contra el cielo:

-Le quitaré la piel y se la pondré de mortaja a esa bruja.

Se volvió sobre sus pasos, encabezando la marcha de vuelta. La lluvia seguía cayendo, menuda y densa, sin ruido y sin nervio. Los otros siguieron al viejo a través del páramo, en dirección al lugar. Todos sabían a quién se refería el abuelo. No era a su hija María, la renegada, que ahora le quitaba el nieto. Tanto mejor, que se lo llevaran. Dentro de poco no habría un bocado que llevarse a la boca. No habría ganado, y la propia tierra, trabajada a medias, dejaría de producir. Meses antes La Gayada había dado una patada a una de las hermanas marondas que vivían en la primera casa -seis hermanas solteras y ninguna con hijos: por tanto, marondas. Se le había formado una llaga en forma de herradura que jamás había curado. La mujer pronunció terribles maldiciones contra los de la casa de abajo, a lo cual unieron sus voces y voluntades todas las hermanas. Y en el curso de medio año las desgracias se habían venido amontonando. Ésta era la última.

Cuando llegaron a casa el nieto se había puesto su traje de pana, recién terminado de coser por la madre. Ésta salió a ver a los vecinos, dio las buenas noches y se retiró de nuevo, no pudiendo contener el lloro. El abuelo, su hija y los que le acompañaban -114- entraron y se quedaron en la sombra, en silencio. Se hizo un silencio en todos los presentes: no se sentía más que el rumor de las hélices de los husos al girar. A poco, del fondo de tiniebla surgió de nuevo Manuela con una canada de agua y comenzó a rociar la leña y los pedazos de tronco, a los que el calor había secado y consumía con demasiada rapidez. Se levantó una humareda chimenea arriba, atascándose y volviendo a bajar e inundando todo el local. Algunos comenzaron a toser en breves explosiones de fatiga. El niño permanecía también en el fondo, donde no llegaba la luz, como temeroso, por primera vez, de estar cometiendo un pecado. Sabía que aquella gente estaba allí por él; por primera vez sintió que las atenciones de los otros se fijaban especialmente en él, y que era él, y no la familia ni la comunidad, quien tenía que soportarlo.

-¿Dónde anda el Habanero? -preguntó una mujer, para romper aquel silencio. Todos sabían que el pensamiento no estaba ahora en el niño que se llevaban, sino en la yegua que se había ido-. Que lo veamos ahora, para compararlo cuando vuelva.

-¡Ay! Volver tardan en volver -dijo una vieja-. Nacen, cuestan trabajo a criar, y cuando despuntan remontan el vuelo. Se van con ganas, pero volver vuelven tarde o nunca.

Todos callaron. Todos sabían que aquella mujer había tenido un hijo que se fuera y más nunca volviera ni había escrito. Dos o tres sabían que tal hijo estaba muerto; pero se lo ocultaban, y ella seguía arrastrando aquella pena y esperanza.

-Sí. Para uno o dos que vuelven con anillos y leontinas, una docena se quedan allá, el Señor sabe cómo, y otra docena vuelven enfermos y quebrados para siempre.

Al oír esto, una figura escuálida, de piel blanca y rizada, se levantó de entre el grupo y se hundió en la sombra. Los otros lo siguieron con la vista, notando su espalda encorvada al desaparecer fuera del resplandor. Las otras mujeres dirigieron una mirada de reproche a la que había hablado. Aquel era, precisamente, uno de los enfermos que habían vuelto, y a los cuales ninguna moza se daría jamás.

-Tienen que irse -intervino otra mujer-. De lo contrario no habría dónde meterlos ni qué hacer con ellos. Cubrirían la tierra como los conejos y no quedaría nada. Además, ¿qué han de hacer aquí? Yo misma me iría a servir, como tantas, si tuviera quien me llamara. Miren la de Labrada: lleva tres años fuera y ya le ha mandado para desempeñar dos vacas.

-Pero éste es el más pequeño de todos. Ninguno se ha ido todavía a su edad. Menos mal que lo lleva el Bernaldo.

-¡Bueno es ése! -replicó otra mujer-. Un gandul de siete suelas. No sé cómo María deja ir su hijo con él.

Por varios minutos el Bernaldo había escuchado desde la sombra. Ahora dio un paso adelante. Su tipo desdecía en aquel ambiente. Vestía traje de pana entero, estilo cazador, y llevaba aún la escopeta al hombro con el cañón para abajo. Sus ojos -115- redondos y penetrantes asomaban debajo de unas carnosidades que le daban un aspecto de malo que desdecía su sonrisa franca y burlona.

-Gracias, tía Jacinta -dijo el indiano nuevo-. Ahora yo le voy a contar el cuento del curro.

Rió y tomó acomodo al lado de la mujer. Le echó el brazo por encima del hombro y la atrajo con burlona amabilidad hacia sí.

-Déjame, demonio, déjame -dijo la mujer, una viuda de unos cincuenta años-. Y no me cuentes más ese cuento asqueroso. Lo que dije lo repito. Los hombres como tú traen demonios dentro. Bien lo dijo el señor cura.

-Vamos, Jacinta, no ofender a don Generoso. Un párrago que ha hecho tantos favores...

Del grupo brotó una carcajada. Le siguieron otras. El indiano se levantó, rechazado por Jacinta, y se fue también riendo.

-É o demo. O demo é- quedó rezongando Jacinta.

El indiano cruzó la cuadra y entró en el apéndice de la costurera. El niño se sentaba a su lado, en una banqueta, mirando distraídamente a la rueda. La mujer saludó al hermano y volvió a bajar los ojos, fijos en la costura. El niño miró también al tío y bajó la vista. La mujer terminó de coser el refuerzo de una camisa, se levantó, reunió todas las prendas y comenzó a colocarlas cuidadosamente en un saco.

-Dos mudas. No le he podido hacer más. Todo está tan caro. Y con el pasaje y demás me he quedado sin un céntimo.

La mujer miró al hermano con ojos suplicantes:

-Por Dios, Bernaldo, procura que no sea un perdido, como todo el mundo dice que eres tú. Procura que sea un hombre de bien, que no haga mal a nadie.

El indiano sonrió cínicamente:

-Y tú, ¿qué crees de mí? Tú no crees, desde luego, que yo sea una mala persona. En cuanto a que tu hijo no haga mal a nadie, yo tengo mis ideas. De aquí no mandan más que hombres buenos... y tontos. Les cortan las uñas y les arrancan los dientes; los castran y los amansan; y luego los mandan a que se defiendan entre los lobos. Por eso me quiero llevar yo a éste antes de que crezca. No te ocupes por él. Saldrá lo que salga. Yo me ocuparé de él.

La mujer terminó de colocar la ropa en el saquito. El tío se quedó de espaldas a ella mirando a la noche por la puerta abierta. El niño corrió a esconderse en el interior de la cuadra.

-Lo dejo ir porque no quiero que se aprovechen más de él, ni el viejo ni ella. Me han hecho todo el daño que han podido, y si no me han comido el alma fue porque me defendí. Ahora, cada uno a lo suyo. Que se queden con la casa y con lo demás; no quiero ni verles la cara.

El niño asomó de nuevo. La madre lo vio de reojo y continuó en voz alta. El indiano miraba a la noche, distraído.

-116-

-Le harían a él lo que me han hecho a mí. Hacerlo trabajar como una bestia y comerle todo lo suyo. Mira la edad que tiene, y ya lleva tres años trabajando, alindando las vacas. Por eso no querían dejarlo ir. Querían que yo trabajase para ellos, y cuando vieron que no, que yo aprendía a coser y me las valía por mi cuenta, me hicieron todo el daño posible. Por ellos pasó lo que pasó. Por ellos se fue el padre de mi hijo y me dejó abandonada y lo demás. Entonces no se cansaron de hablar mal de mí, como si yo no fuera su hija y su hermana.

El niño volvió a desaparecer, y el tío dio la vuelta, abstraído en algún pensamiento. La mujer quedó sola, rezongando, girando en torno a su máquina, las lágrimas resbalaron por sus grandes pómulos.

Uno a uno, los visitantes se fueron levantando de junto al fuego, y se despidieron del abuelo y de su hija. Luego buscaron al niño, pero éste se hallaba escondido en alguna parte. Por primera vez se mostraba tímido, y con un irresistible deseo de huir, de esconderse, y de evitar los flujos de sentimiento, verdadero o convencional. Cuando todos los vecinos se hubieron ido, quedaron solos, junto al fuego, los dos parientes primeros, el abuelo y su hija soltera. Los dos forasteros dormían uno contra el otro, sus ropas secas y encostradas pegadas al cuerpo. El abuelo permanecía con los ojos fijos en la brasa, inmóvil como un ídolo de palo, el cuchillo todavía a su lado. La hija soltera se sentó en una pequeña rodaja de tronco, literalmente con el nido de fuego entre las piernas, mirando distraídamente el hueco del horno, detrás de la piedra del hogar. Uno de los parientes dormidos -el joven- abrió disimuladamente un ojo y miró al sexo de la mujer, que exponía al calor. Alguien llamó a la puerta con fuertes golpes.

-Eh, de la casa. Que vaya pronto el Habanero. Lo están esperando en casa de Portovelho.

Tras esta voz se sintieron unos pasos largos sobre el camino encharcado. La tía se puso de pie y encendió el candil. A su luz, apareció la figura del Habanero, con su traje de pana largo, sus zapatos con suela de pradio y su gorra de picote, hecha en casa. En aquel traje de hombre parecía todavía más diminuto: como un muñeco aldeano, vestido para una fiesta. Sus grandes ojos tristes resaltaban, redondos, en una cara sin más relieve, colorada y huida como una manzana pequeña. El abuelo se puso en pie. El nieto se quedó junto a él, mirando a la tía, que se movía sin rumbo y sin propósito por la cocina, conteniendo las lágrimas. El nieto daba al abuelo por la cadera. El viejo lo miró fijamente, como si hasta entonces no se hubiera fijado en él.

-Pobre criatura. No alza más que medio palmo de la tierra. Y así te manda esa desalmada de mi hija a las Américas -dio una vuelta apretando los puños, y dijo para sí-: la codicia la come. Nació así y no tiene la culpa. Igual que su madre, igual que todos los hijos de su madre, en paz descansen.

La hija soltera se encontró de frente con él, y dijo:

-117-

-Calle, padre; calle ahora. Que el cativo nos va a coger odio, por ella. Va a creer lo que la madre le dice.

El niño estaba detrás de la tía, y esperó un rato, espiando desde la oscuridad. Corrió entonces adonde estaba la madre; ésta quiso abrazarlo, pero él tenía el pensamiento en otra cosa, y se esquivó. La madre lo miró sorprendida.

-¿Qué te pasa? Ah, tú también... También tú empiezas a... -se dejó caer en la cama, con las manos delante de la cara, llorando a gritos.

El niño corrió de nuevo a la cocina, y halló al abuelo y a la tía sentados al borde de la piedra del hogar. La tía trató de atraerse al niño, cogiéndolo por un brazo, pero él esquivó también su mano, y desapareció de nuevo. La tía murmuró.

-¿Usted ve, padre? ¿Usted ve cómo escapa? Eso es por lo que te dice su madre. Él cree que nosotros la hemos hecho mal, que somos malos para ella. Y como ella le trae garridos, el niño la quiere más que a nosotros.

El niño se había quedado espiando desde la oscuridad, y asomó su carita redonda y colorada. Allá en el fondo se oían los lamentos de la costurera. Encima continuaba sonando la lluvia. Alguien dio con las botas en el umbral.

-Eh, María, manda pronto a tu hijo, que lo están esperando -dijo un viejo, apareciendo en el marco de la puerta-. ¿Aún no ha venido su tío? Por ese gandul todavía van a perder el carro de Milhomes, y quién sabe si el barco. El carro de Milhomes sale al amanecer y no espera.

El viejo volvió a perderse a lo largo de la congostra. La madre oyó su voz, y comenzó a llamar por el hermano indiano. Éste reapareció por la puerta principal; Por la parte de afuera se sentía el resoplar de un caballo. El abuelo abrió los ojos hacia el hijo, con sorpresa y temor.

-¿Qué caballo es ése? ¿De dónde lo has sacado?

El hijo sonrió con ironía.

-Nada, viejo; no se ocupe. Es cosa mía. A usted le hará falta comprar otra yegua, y yo le voy a mandar con qué. Lleve usted al pequeño a Portovelho. Que vaya con los otros hasta las Pontes. Yo los encontraré allí.

El abuelo iba a replicar, pero el hijo había desaparecido. El abuelo se quedó un instante fijo, en medio del local; luego cogió al niño por la mano y dijo:

-Vamos.

Cruzó la cuadra, entró en la cabaña donde lloraba la costurera. Ésta se levantó, conteniendo el llanto, con una mirada de cólera hacia su padre por atreverse a pisar su cabaña, pero el viejo traía sus propios ojos encendidos, y ella se quedó inmovilizada.

-A ver el saco -ordenó el viejo-. Yo lo llevaré hasta Portovelho. Tu hermano irá después.

Todavía la mujer no supo qué actitud tomar. El viejo salió tras él, congostra abajo. A poco, el niño salió de entre las ramas y siguió al abuelo por el camino, bajo -118- la lluvia. Los dos siguieron andando, hasta ganar la falda de la loma, y comenzaron a subir, por el camino de pezuña. El abuelo se detuvo de pronto:

-El paraguas de tu tío. Se le ha quedado en casa. ¿Te atreves a volver por él?

El niño se quedó callado. El abuelo palpó en derredor, con su bastón.

-¿Estás ahí? ¿Por qué no contestas?

Sin contestar, el niño volvió sobre sus pasos. El abuelo se quedó clavado en el camino, a mitad de la cuesta, oteando sobre la hondonada, parche más negro en la noche de lluvia. Como un tronco viejo, el abuelo esperó sin moverse, clavado en la tierra, sintiendo correr el agua por encima de sus zuecos.

El niño se acercó furtivamente a la casa. Dentro se habían apagado todas las luces. Entró calladamente por la parte posterior, y al atravesar la cabaña, sintió a la madre sollozando en la oscuridad. Pasó de puntillas, casi rozando con ella, atravesó la cuadra y penetró en la cocina. Sobre la piedra del hogar roncaban los parientes, y detrás del banco, en la cama de paja, se sentía respirar a la tía. De vez en cuando, cesaba de respirar, y luego lo hacía en un largo suspiro. El niño se acercó a la vera de la cama, y se quedó escuchando. De ningún lado podía venir la claridad. No había brasa encendida, ni luna, ni estrellas en el cielo. Sin embargo, la tía se incorporó de pronto, de un salto, y emitió un grito. El niño se agachó, buscó el paraguas arrimado detrás de la puerta y salió a escape. Cruzó la cuadra, y, al pasar por la cabaña, tropezó con la madre. Ésta giró en redondo, con una exclamación. El niño continuó, a galope, a través de los pastos.

Abuelo y nieto siguieron juntos, bajo el paraguas del tío indiano, hasta la encrucijada donde, en la taberna, esperaba el grupo que se iba. Allí se separaron. Los que se iban siguieron camino arriba, cantando, bajo la lluvia, al amanecer. Detrás de ellos iba el nieto, como un niño perdido, con su saquito al hombro.

La luna nona y otros cuentos, Buenos Aires, Ediciones Nuevo Romance, 1942, pp. 191-209.

-119-

Antonio Ortega Fernández

La huida

Era una riada silenciosa de hombres derrotados. Salían de la noche. Caminaban hacia la noche. Olían a pólvora y a sudor. De vez en cuando un automóvil con los faros apagados, se abría camino trabajosamente entre las filas negras y silenciosas de los que huían. Sonaban lejos los trallazos de los fusiles entre cuyo griterío se abría, de pronto, la explosión de una bomba de mano como un bostezo. Los depósitos de petróleo continuaban ardiendo furiosamente y se oía el poderoso respirar de las llamas. Desde las casas, en un doloroso silencio, las mujeres los veían pasar. Zas, zas, zas... sonaban las duras botas sobre el asfalto. Lloraba un niño entre las sombras. Una mujer chilló un nombre de varón. Cada cuarto de

hora los cañones de Torres vomitaban sus graves disparos. (¿A quién tiraban?) Los hombres huían. Brillaba, como entre gasas, una luna enorme y amarilla.

Los barquitos se alejaban de la costa en plena desbandada. Afuera les esperaba el Cervera y una serie de bous armados. Volvieron a tronar los cañones del quince y medio, de Torres. El hombre de la boina grande se volvió a su compañero, el hombre de la boina pequeña, y le tendió una botella de coñac.

-¿Quieres?

-Bueno.

Hacía dos días que apenas se comía. Estaba lleno de polvo y olía, como todos ellos, a pólvora y sudor. Le dolía la axila derecha, que estaba morada de cardenales. ¡Quince días disparando el fusil! Era como un sueño terrible: una marcha sin descanso en la obscuridad. (Por el día escondido entre los maizales.) Pasando ríos con agua al cuello. (En el Sella mataron a Primitivo, desde la otra orilla.) Abriéndose camino a tiro limpio. (Una viejecita lloraba desconsoladamente en la cuneta de la carretera ante el cuerpo despatarrado de un hombre. Al verlos pasar, levantó los ojos del muerto. «¡Cobardes!... ¡Maricas!...» Uno de los hombres que huía preguntó: «¿Un nieto, abuela?» «¡Mi hijo! ¡Me lo mataron esos perros!» Calló la vieja mirando al muerto. Luego añadió: «¡Iros!, ¡os matarán a vosotros también! ¡Pobres! Al mío me lo cazaron desde aquel maizal». Esto no tenía ninguna importancia. Pero Quintín estaba seguro de no poder olvidarlo jamás.) Eran como fieras perseguidas. Los moros lo sabían y los dejaban pasar sin tratar de hacerles frente. Los requetés eran más brutos y más valientes y muchos de ellos pagaron con su vida esta incompreensión.

-¡Quema! -dijo Quintín, el hombre de la boina pequeña, a su compañero al tiempo de devolverle la botella. El hombre de la boina grande, la cara larga y el cráneo chiquito preguntó:

-¿Tú eres asturiano?

-Sí, de Candás, ¿y tú?

-Guipuzcoano, de Pasajes.

-120-

-Mal os portasteis los vascos desde que cayó Vasconia -le dijo Quintín encolerizándose de pronto.

-Yo soy vasco y aquí estoy contigo -dijo llanamente el guipuzcoano.

Hablaban en voz baja mientras caminaban en las sombras. Zas, zas, zas, zas... hacían los duros zapatones.

-Si nos coge el Cervera estamos dados -dijo el de la boina pequeñita-. Pero si tenemos la suerte de tropezamos con un bou...

-¿Tú eres marino, pues?

-No; señorito tan sólo.

Y rió en silencio el hombre de la boinita. Pero el otro vio su gesto y sus dientes largos y amarillos, como los de los caballos de la plaza de toros, y creyó que se estaba burlando de él y aserió su rostro.

-Estudiante de Medicina -aclaró el asturiano dejando de sonreír para tranquilizar a su compañero-. Estudiaba cuarto año en Valladolid.

-Yo soy marino -confió el hombre de la cara larga-, piloto del Aratza Mendi. Estuve en Irún. No teníamos municiones. Los franceses nos veían pelear desde la otra orilla. ¡Qué íbamos a hacer! En Pasajes vivía mi madre. La llevé a Bilbao. Luego volví a Pasajes y quemé la casa, nuestra casa. Maté a las tres vacas que teníamos. Se les pone la pistola en la oreja... ¡Qué fácilmente mueren unos animales tan grandes! Me daban lástima sus ojos enormes, tristes y cariñosos; yo mismo las había ordeñado muchas veces. Pero no eran horas de sentimentalismos. Sin embargo me llevé el canario. Era una vida pequeñita... ¡Tenía un miedo a los bombardeos!... Luego lo solté, cuando cayó Archanda. Pero no le hice ningún favor; estaba acostumbrado a vivir entre rejas.

Divagaba. Tal vez él, también, tuviera miedo.

De unos herbazales, a la derecha de la carretera, venía un fuerte olor a pescado podrido. Los campesinos abonaban sus tierras con cabezas y tripas de bonito. En las sombras agitaban sus flacos y largos tallos los gamones. Soplaban un aromado vahaje del mar. A la izquierda, donde por la mañana había caído una incendiaria, humeaban todavía unas cádavas. Latía un terrible silencio debajo de las pisadas de los hombres que huían. Por encima de los hombres que huían brillaba una enorme luna amarilla, redonda e indiferente. Ahora tronó la batería del quince y medio de Torres. Zas, zas, zas, zas... España marchaba de España.

* * *

José García desembarcó en Ribadesella el 24 de agosto de 1937. Lo trajo un barco inglés de los que venían a llevarse heridos, mujeres y niños. («¿Para qué se llevarán a los seres inútiles?», había pensado José García entonces. «¡Que se lleven a los milicianos de 18 a 30 años!») Pero se llevaban a mujeres, niños y heridos. -121- «Sentimentalismos. Somos unos perfectos imbéciles. Sentimentales hasta las lágrimas. Crueles hasta la sangre derramada. Siempre sin medida: desproporcionados, excesivos y sin tener una exacta noción del tamaño de las cosas ni de la importancia de los acontecimientos.»)

José García venía de New York y traía consigo dos baúles y cuatro maletas. Hacía treinta y cinco años que se había marchado de España en busca de fortuna y retomaba ahora a su pueblo en la hora de la derrota y de la muerte. Venía a participar en la agonía de Asturias.

Desde que comenzó la guerra de España una extraña inquietud se había apoderado de José García. Él vivía retirado en una casita de Brooklyn, de su propiedad, gastando pacíficamente su vida y ordenando los intereses de un capitalito que había logrado amasar a lo largo de su existencia laboriosa. No había tenido tiempo de casarse o acaso estuvo esperando siempre por algo que nunca llegó. Cuando quiso darse cuenta ya había cumplido los 50 años de edad y era demasiado tarde para iniciar una vida distinta, aunque temprano para acabar con dignidad con la suya propia, la que hasta entonces había llevado. ¿Para qué complicarse la vida a estas alturas...? Por otra parte era casi seguro que él no pudiera amoldarse a la vida hogareña y convivir con una compañera... No le resultó difícil convencerse. Compró aquella casita en uno de los arrabales de Brooklyn y en el retalito de jardín que se extendía ante la puerta de entrada plantó y trató de aclimatar un manzano que creció siempre desmedrado y raquítico. Todos los inviernos hacía propósito de retornar al año siguiente a Asturias. Pero llegado el momento difería siempre su decisión. Nadie lo esperaba al otro lado del Atlántico. Los viejos se habían muerto hacía tiempo. Sus hermanos habían hecho sus vidas y vivían allá, hundidos en sus problemas -el servicio militar del último hijo, la cosecha de escanda, la vaca enferma. Por otra parte sus afectos, sus amigos, las mujeres que él había querido, su casa -su manzanito raquítico- estaban aquí en América. La tierra nativa tiraba de él con esas fuerzas oscuras del recuerdo sublimado por la espera. Pero estaba bien enraizado aquí. Era toda su vida, menos aquella parcela borrosa del recuerdo, la que había tenido lugar aquí. Cuando se inclinaba sobre su pasado, todo lo tangible, todo lo real, todo lo de carne y hueso de su existencia, estaba allí, a la vuelta de sí mismo, hablando en inglés. Allá, muy lejos, en la otra orilla de un enorme y frío océano, quedaba una porción de su vida de la que sólo recordaba esas cosas imprecisas de los sentidos, que son las que más difícilmente se olvidan: el olor a mar de las mañanas de niebla y viento, el aroma amarillo y dulce de las mimosas en flor, la vaharada de animal en celo de la tierra después de la lluvia... En sus pupilas habían quedado acuñadas -como viva medalla- aquellos desgarrados eucaliptos de junto a su casa, aquella playa solitaria sobre la cual volcaba su furia un mar siempre irritado, grisáceo e infinito; aquellas verdes colinas onduladas sobre las que encendían sus farolitos los castaños, debajo de los cuales crecían los helechos y las orquídeas... Como en los fonógrafos de las caracolas -con -122- su único disco donde bosteza el mar- así en sus oídos, cuando se hacía el silencio a su alrededor, cantaba siempre aquel paisaje húmedo y brumoso con un fondo de gaita, una gaita desafinada y gritona. Y por todo esto -por sólo esto- ¿iba a volver allá? («Suspirarás por la tierra -que es lo que menos se olvida...») ¡Si él no se acordaba de casi nada de su tierra...! Pero suspiraba por aquella tierra que no conseguía olvidar.

Un día no lo pensó más (allá en España ardía la guerra), vendió todas sus pertenencias y arregló todos sus papeles (morían niños y se derrumbaban las ciudades) y luego tomó un barco cualquiera que lo condujo a La Palisse (pensaba en las mimosas en flor y en los niños muertos). Desembarcó en Ribadesella el día 24 de agosto de 1937. Traía consigo dos baúles y cuatro maletas. Y un hermoso corazón en el pecho.

* * *

En un rincón del puerto, al pie mismo de la alta y abrupta campa de Torres, estaba el Císcar hundido. Hacía diecisiete días que los aviones fascistas lo estaban bombardeando y al fin acertaron con él. Un impacto directo. Se hundió como un vaporcito de hojalata. Se le distinguía, a través del agua, reposando en el fondo del muelle. Al borde mismo del mar, un marinero de la escuadra miraba al navío hundido y lloraba. No estaba borracho. Lloraba de verdad.

-¡Ay, Císcar..., Císcar... qué mala suerte has tenido! -gemía en voz baja el marinero.

Daba pena aquel dolor del hombre -tan pequeñito- por la máquina tan grande.

No había luz alguna. La luna tan sólo, allá en el cielo; grande, redonda y amarilla. Se hablaba en voz baja. La gente embarcaba silenciosamente en los barcos. Varios de ellos habían levado anclas y se les veía, sin luces, navegando a toda máquina, puerto afuera, sobre la calima que esmerilaba el horizonte. El Cervera pastoreaba una manada de bous auxiliares con nombres celestes que trataban de impedir la huida. El resplandor de un fogonazo iluminó las llambrias de Torres. En altamar, varios cruceros británicos y franceses, asistían, como espectadores imparciales, al espectáculo; indiferentes y helados, como la luna amarilla que iluminaba la escena.

-¿Quieres? -dijo Ibarlucea tendiendo la botella a su compañero.

-Bueno.

Bebió.

-Todavía quema -dijo limpiándose los morros.

Un regimiento de vascos salió del túnel dirigiéndose a un barco. Una mujer, al borde del agua, gritaba dirigiéndose a las sombras:

-¿Y vas a dejarme aquí sola con el niño?

-123-

El buque desatracaba lentamente. Un hombre saltó tratando de alcanzarlo. Cayó al agua. Nadó un rato, braceó un rato... Chilló. Luego desapareció en el mar.

-¡Nos han dejado solos! -suspiró el marino vasco.

-No recuerdo ahora quién dijo que en la desgracia estamos siempre solos -le respondió el estudiante de Medicina como hablando de otra cosa.

Los muelles estaban llenos de cráteres producidos por las bombas. Un hombre llegó con su automóvil hasta la orilla del malecón. Desembragó. Se apeó y empujó la máquina hasta que se precipitó en el mar. Pasaron varios heridos en unas camillas con sus caras verdosas -los ojos hundidos- que olían a yodoformo y a ropa mojada.

-¡Heridos!... ¡Paso a los heridos!... -susurraban los camilleros como si el enemigo pudiera oírles de hablar en voz alta.

Pasó un carabinero con un fusil al hombro y la maleta en la mano, como buscando algo. Era un hombre viejo, de largos bigotes y cara noble y triste de perro de caza. Decía tercamente, agachando la voz:

-¡Manolín!... ¡Manolín!...

Como buscando a alguien en la noche, a alguien que se hubiera extraviado irreparablemente y al que no había de encontrar nunca más.

Quintín se volvió a su compañero.

-Ya es hora de buscar barco, ¿no crees?

-Vamos allá, pues.

Caminaron a lo largo del dique sin encontrar ningún barco atracado. Ya todos habían levado anclas. Era la una de la noche. De la orilla se alejaba un bou calmosamente; las calderas aún no habían cogido presión. De pronto se oyó una voz fuerte y autoritaria que ordenaba airada:

-Hay aquí un herido, ¿oís? Un viejo. Un tiro en la barriga. Vino desde América a luchar con nosotros. ¡Atracad!

Nadie le respondió. El hombre de la voz airada corrió a lo largo del muelle barbotando blasfemias. De pronto se paró, clavándose sobre sus piernas abiertas. Se echó a la cadera la pistola ametralladora.

-¡Voy a disparar! -gritó-. A la una...

Silencio. Se oían unas voces lejanas. Más lejos -muy lejos aún- crepitaba la fusilería.

-...a las dos...

Se recortaba macizo, pesado -sobre sus pies-, siguiendo al barco que huía, con un torero movimiento de la cadera.

-...tres.

Tatatata, tatatata, habló en su morse convincente la ametralladora. El bou frenó su marcha. Luego dio máquina atrás.

-¡Animal, vas a matar a alguien! -gritó una voz desde el mar.

-124-

-¡Atracad! Hay un herido -dijo reposadamente el hombre de la pistola ametralladora.

Y a continuación soltó una sarta de blasfemias, encolerizándose de nuevo. El barco - cuarenta toneladas- se acercaba despacio al muelle, de través, como un caballo que no se deja montar. El hombre de la Pistola corrió adonde había dejado a su compañero herido.

-¡Ánimo, don José! Ya estamos más cerca de Nueva York.

Luego con una voz fastidiosa, normal, dijo a Quintín e Ibarlucea, que se acercabán:

-¡Eh, compañeros; echadme una mano!

* * *

José García desembarcó en Ribadesella el 24 de agosto de 1937. En el muelle le esperaba una sola persona a la cual el viajero reconoció nada más al verla.

-¡Eh, Quilo!

-¿Qué hay, tío?

Nada más.

* * *

José García comprendió de pronto que había llegado tarde a algo que no tenía remedio, y que le era imposible arrepentirse de su decisión. Pero, claro, todo eso no llegó a decírselo a sí mismo; le escocía ilocalizablemente en algún lugar de su cuerpo.

Se sentía como avergonzado de algo y lleno de pena. Estaba indignado y lleno de pena. Tenía la sensación de haber caído en una trampa y esto le irritaba y le llenaba de pena. Veía allá lejos a José García con sus dos baúles y sus cuatro maletas... Era eso lo que le daba pena, una pena asfixiante; como si él fuera otro y ese otro viera, allí a lo lejos, al pobrecito de José García con sus maletas y baúles. Se miró por dentro, lealmente. No, no estaba arrepentido de nada. Sólo lleno de pena. Todo el pasado se le coaguló de pronto en una pregunta imbécil que no llegó a hacerse. Ahora se sentía irresoluto, indeciso, tartamudo...; le costaba trabajo decidirse a la acción; como las aves migratorias, tardaba en abrir sus alas al vuelo. Pero una vez decidido sabía llevar sus proyectos hasta sus últimas consecuencias. Él sabía que no había de fallarse a sí mismo en aquellas circunstancias. No, no estaba arrepentido de nada. Lleno de pena tan sólo.

Toda la mañana y la tarde las pasó arreglando diversos asuntos. Luego se fue al hotel. Desde la ventana de su cuarto divisaba el parque del pueblo: una plaza con un templete para la banda de música y unas cuantas acacias estratégicamente distribuidas sobre el asfalto.

-125-

Se puso a escribir una carta. Sí, a Stevens; a Jimmy Stevens, de Brooklyn, su amigo de toda su vida. Stevens: pelirrojo, huesudo, volteriano y un verdadero corazón de oro.

(«Dear Stevens...»)

Había comenzado a llover. Finas gotas tibias bajaban del cielo en sombras. Allá lejos se oía el poderoso resoplar del mar. De la ría venía un sucio olor a fango.

(«...he llegado por fin... Esto no tiene salvación. Están solos y nadie les hace caso. Pero no me arrepiento de haber venido. Aquí comencé y aquí voy a terminar. Me quedan unos días de vida maravillosos. Voy a arder en la alta hoguera de España. No podría hacer otra cosa aunque quisiera, que no quiero. Tú sabes que quemé mis naves. Todos los bienes que tenía ahí los mandé aquí para atizar esta fogata que ha de incendiar a todo el mundo. ¡Pero Stevens, si es que esta gente tiene razón! Y cuando se tiene razón nada vale, nada si no es esa razón. Cuando todo esto sea recuerdo, sólo tú te acordarás de mí. Sólo tú, y acaso Betsy: la loca y rubia Betsy... Pero me estoy poniendo insoportablemente sentimental. Jiminy, ¡tengo tantas cosas que decirte! Y tengo que decírtelas, viejo; porque mi sacrificio... -bueno, borra eso de sacrificio-, porque mi decisión tiene un motivo noble. Por ejemplo, no hace veinticuatro horas que llegué y ya presencié un bombardeo. Es el espectáculo más vil que puedes imaginarte. Bien, yo presencié un bombardeo y desde entonces creo que hay que exterminar a esas gentes, ¿comprendes? Tú sabes que yo era incapaz de matar una mosca. Hoy creo que hay que matar a esa gente que vuela en los aviones. Como sea, pero hay que acabar con ellos. Recurriendo a sus mismos procedimientos incluso...»)

En la noria del parque daban vueltas, tercamente, unos cuantos paraguas graves y luctuosos. Sonaban unas almadreñas sobre las baldosas de la acera. En la estación del ferrocarril pitaba una locomotora escandalosamente.

(«...es necesario que alguien sepa... Pero, ¡qué vanidad! Aquí todos creen que están haciendo algo ancho y alto. Pero no, no es eso. Temo otra cosa; temo a esas personas para las cuales el león siempre tiene razón. Yo sé que el que gana es el que escribe la historia. Y sería terrible que todo este dolor de España fuera luego a ser calibrado por los diplomáticos extranjeros y narrado por la Guardia Civil en un informe lleno de indiferencia y de gerundios. Stevens, ¡tengo tantas cosas que decirte...! Esta gente está llena de razón, pero les mandáis botes de leche condensada y vagas declaraciones de solidaridad. Ellos pagan las armas en oro y por adelantado. Pero vosotros les enviáis, gratis, vitaminas contra la pelagra y litros de vacuna antitífica. ¡Qué falsa filantropía! -si lo filantrópico, ahora, es mandar aviones y trilita. ¡Qué estúpida delicadeza de sentimientos humanitarios! -si lo humanitario en estos momentos es la dinamita y el ácido nicotínico. ¿Qué hacéis ahí, en los sindicatos, que no declararéis una huelga general para obligar a vuestro gobierno a que cumpla sus obligaciones internacionales? La hoguera de España, Stevens, ha de extenderse a todo el mundo. No hace falta mucha imaginación para anticiparlo. Hace falta tan sólo - 126- no ser bobo ni terco ni sectario. Hace falta, sobre todo, no tener miedo. Stevens, yo quería decirte...»)

Cesó de pronto de llover y el viento roló al oeste. El oeste es un viento tenaz, monótono, grande y húmedo. Las montañas cambian a veces el rumbo del contraliso y en

determinadas localidades este viento tibio y lleno de agua, que sopla del suroeste, parece venir de unos grados más arriba de la rosa, pero al catador de vientos esto no le engaña. Cada viento tiene su olor propio, inconfundible; su matiz, su humedad, su manera de ser. Saber esto podía ser muy importante.

Ahora navegaban gordas nubes bajas por el cielo oscuro. Pero al día siguiente se caería este viento, y a las diez en punto de la mañana, el noreste -el alisio fresco y seco, que limpia el cielo de nubes pintándolo de azul- volvería a soplar hasta que llegara la noche. Esto significaba que desde bien temprano vendrían los aviones enemigos. Saber esto tenía mucha importancia en aquellos momentos.

(«...sólo encontré a Quilo, Aquilino. Es el hijo segundo de mi hermano Fernando. Todos los demás de mi familia quedaron en campo faccioso. Quilo logró escapar a través de las montañas. Me dijo que le mataron a dos hermanos y que su padre está encarcelado. De los demás no sé nada. Quilo me escribió a Nueva York, como sabes. Cuando supo la fecha de mi llegada pidió permiso en su brigada y vino a recibirme. Lo reconocí al instante. No por las fotografías que tenía de él, pues eran todas de cuando pequeño. Le conocí por algo impreciso y familiar: los ojos secos y duros de Fernando y míos, la nariz de Elvira, su madre; esa manera decidida y torpe de andar de todos nosotros... '¡Quilo!', le grité. Era él. Es un excelente muchacho. Algo tímido, retraído y receloso. Tiene esa sensatez y esa gravedad que da el trato con la tierra; la convivencia con el árbol y la bestia bajo el sol y las estrellas, y esa serenidad -resignación ante lo que no puede evitarse- que se adquiere en la lucha con las fuerzas naturales, ciegas e indiferentes: el pedrusco, la sequía, la inundación. Un excelente muchacho que sabe por qué está peleando. Me emocioné como un chiquillo. Me miraban sus ojos secos y duros en el fondo de los cuales una lucecita cordial y comprensiva me dijo: 'Está usted muy bien, tío. Se parece usted mucho a mi padre'. Y luego, como si se le hubiera olvidado algo, añadió, en voz baja: 'Ha hecho usted muy bien en venir. Eso es lo que hacen los hombres. Estoy orgulloso de usted, tío'. Pero al instante sus ojos duros me hicieron comprender que estaba avergonzado -arrepentido- de lo que acababa de decir. Un buen muchacho...»)

Dieron las diez de la noche. El pueblecito en sombras se arrebujó ahora en el silencio. En el parque lucía un solitario farol que proyectaba unas sombras monstruosas en colaboración con el tinglado en donde tocaba la banda de música. Nadie en la calle. Se había caído el viento; en el cielo, entre las nubes que pasaban rápidamente, temblaban algunas estrellas.

(«...hasta febrero no florecerán las mimosas. Yo ya te he hablado muchas veces de las mimosas, Stevens. Yo recordaba aquel mar de mimosas con sus redondas florecillas -127- amarillas que olían dulce y tímidamente. Las veía desde las colinas del Infanzón... Todavía no habían florecido los manzanos. Las primeras rosas desnudaban sus apretados capullos. Hacía frío y el cielo estaba alto y azul... Pero hasta febrero no llegará nada de esto. Ahora es verano y las cosas no huelen. Yo había pensado en recordar todo el pasado asomado sobre las mimosas del Infanzón... El oído y el olfato son los sentidos que mejor recuerdan. Una canción, un perfume... y detrás de ellos el pasado vivo, intacto, como entonces... Ahora comprendo lo que ata el pasado lejano, lo que liga la tierra... Ver mis ojos en los ojos de Aquilino... Andar buscando por el mundo el olor de las mimosas. ¡Pero este dolor de ahora, este dolor de saber que todo esto está irremediadamente perdido!...»)

La calle se ha llenado de un rítmico rumor de pisadas que se acercan en la oscuridad. Es un batallón de soldados de ingenieros que se dirige al frente. Son hombres de edad madura: mineros de Samá y La Felguera, marinos de Gijón y Avilés, con sus picos y palas al hombro. Que se alejan en la oscuridad.

(«...Stevens, yo tengo muchas cosas que decirte.»)

* * *

Si en aquel robledal estaba el enemigo, las tropas del capitán Cenero no podrían evacuar por la falda norte de la loma pues serían abatidos de flanco. Era necesario salvar lo que había en aquel bosquecillo. El sargento Ficiello se prestó a realizar la descubierta acompañado de otro hombre.

-Desígnalo tú -dijo el capitán Cenero.

Y Ficiello escogió a Aquilino para que te acompañara. Y con Aquilino vino don José, su tío, que se negó a separarse en todo momento de su sobrino.

Siguieron el flaco cauce de un arroyuelo. A la mitad del camino, entre los cimeros de la loma y el robledal, el riachuelo salía de entre los ablanos y cruzaba unos prados llenos de matas de juncos. Ficiello y sus compañeros tuvieron que dar un rodeo, como de media legua, hasta encontrar de nuevo una zona regularmente protegida por la vegetación. Para el éxito de su misión era preciso que no les vieran, pues entonces no era difícil averiguar sus intenciones. Luego, al retornar por la noche, sería cosa más fácil.

El sargento Ficiello conocía perfectamente el lugar. Llegaron felizmente al valle. Le sangraban las manos de abrirse paso entre las cotollas y las zarzamoras. Serían las once de la mañana. Se oía lejano el fragor de la artillería. Durante su viaje habían oído el crepitar de la fusilería a ratos. Sin duda había fracasado el asalto fascista y estaban hablando de nuevo a los defensores de la loma. Así era, porque poco después vieron pasar las «pavas» sobre ellos. Contaron dieciocho. No volaban muy altas.

Tuvieron que caminar por una calleja, durante un largo trecho, en contra de los -128- deseos de Ficiello. Pero por allí las sebes les protegían y valía más encontrarse inesperadamente con una patrulla fascista que exponerse a ser vistos por los vigías enemigos. Poco después se encontraron con un maizal cuyas hojas amarilleaban. Ficiello siguió la dirección del sol, tomando como punto de referencia a unos altos y desgarrados eucaliptos, y se metió con sus compañeros por entre los maíces. Todos padecían de sed pues no habían traído agua, contando con encontrarla por el camino. Alrededor de ellos se abría un raro silencio, roto por los estallidos de las cañas resecas ante sus pasos. Los maíces agitaban loca y calladamente sus sombreritos de pluma. Don José se retrasó y sus compañeros lo esperaron. «Por aquí, míster», dijo Ficiello respetuosamente.

El viejo estaba cansado. Abatieron unos maíces y se sentaron en el suelo. Callaron. Arriba brillaba el sol grave y ardiente. Soplaban una brisa fresca que ya comenzaba a oler a otoño. Don José dijo suavemente, con una especie de sonrisa en los labios, como recordando algo:

-Cuando yo era joven, al volver de las romerías nos metíamos entre los maizales con las mozas. Decía un refrán entonces: «Si les fuyes de maíz falasen cuantas que se casaron non se casasen...».

Y calló, siempre sonriendo. Luego escupió como si estuviera asomado sobre un río. La sonrisa fue apagándose dulcemente, poco a poco, en sus facciones. Aquilino encendió un cigarro.

-¡Apaga ese pito! No me gusta... -dijo el sargento Ficiello.

Aquilino escondió el cigarro. Se hizo más espeso el silencio. No silencio, ese rumor constante del mar que es como el silencio. Subía la marea de la brisa entre los maíces. De pronto el sargento Ficiello oyó un ruido extraño entre aquel silencio rumoroso.

-¡Callaros! ¡Apaga ese pito!

Montó la pistola ametralladora y aplicó el oído al suelo. Otra vez el silencio. Eran aprensiones suyas. No se veía más allá de dos metros a la redonda. Rápidamente Ficiello se solivió sobre los codos. Miraba como si estuviera a oscuras bajo sol: como si estuviera oyendo. Nuevamente volvieron a agitarse con violencia los tallos de los maíces. La brisa los estremecía más suavemente. Ahora sí que no le cabía ninguna duda: alguien se abría paso, cautelosamente, entre las plantas, Ficiello trató de localizar exactamente el sitio de donde venía el ruido. De pronto, a tres pasos de él, hacia la izquierda, se entreabrieron los maíces, como las persianas de una barbería, y ante Ficiello apareció un rostro lleno de asombro. Era un muchacho. Llevaba una boina roja caída sobre los ojos asustados. Sólo había asombro en su rostro lampiño. Trató de echarse el fusil a la cara. Pero don José se le adelantó. (El miedo se adelanta siempre.) Ficiello sintió el disparo en la oreja; se agachó rápidamente. Sólo había asombro en su rostro lampiño. Trató de echarse el fusil a la cara. Pero don José se le adelantó. (El miedo se adelanta siempre.) Ficiello sintió el disparo en la oreja; se agachó rápidamente. Sólo había asombro en la cara del otro, quemada por el sol. No tuvo tiempo de cambiar su gesto. El requeté cayó al suelo blandamente, como si se posara. (Se le habían aflojado las charnelas -129- de las rodillas.) Al doblarse sobre sí mismo arrastró consigo unos maíces a los que trató de asirse. (Es fácil matar a un hombre.) Entre las cañas alguien echó a correr alocadamente.

-¡Quieto, bruto! -gritó Ficiello.

Pero fue tarde. Aquilino había prendido un cartucho de dinamita con el cigarrillo que tenía encendido y lo había arrojado allá lejos. Se tiraron al suelo. Un huracán pasó sobre sus cabezas. Volaban los tallos y las mazorcas de maíz por encima de ellos. Después volvió el silencio. La dinamita les escocía en los ojos y en la garganta. A una indicación de Ficiello volvieron a agazaparse contra el suelo. ¡Qué unidos se sentían los tres! Como si los tres estuvieran solos sobre el haz de la tierra. Don José estaba pálido y temblaba.

-¿Lo maté?

Él quería que no hubiera sucedido aquello.

-Él iba a matarnos a nosotros -dijo Ficiello con voz descolorida-. No se preocupe, don José. ¡Qué puede importarle un muerto más a España!... Sí; debe de estar muerto.

-¡Era un muchacho, Ficiello! Un muchacho como tú, como Aquilino... Pero tuve miedo y... disparé. Es malo el tener miedo. ¡Es tan fácil apretar el gatillo! Yo no sabía...

Estaba demasiado nervioso. Miraba a sus compañeros con los ojos inocentes y asustados en los que brillaba la angustia. Le temblaba un párpado vertiginosamente. Sus labios se le habían puesto morados. Aquilino tendió en silencio a su tío una cantimplora, llena de un desconocido líquido al que denominaban «saltaparapetos». Don José bebió un trago. Parte del líquido le corrió por la barba. Se respingó.

-¡Vámonos! -rogó pobremente.

Se arrastraron durante unos metros caminando a gatas. Luego se pusieron de pie y echaron a andar despacio, procurando mover lo menos posible las cañas entre las cuales avanzaban. El robledal que tenían que reconocer, según los cálculos de Ficiello, no estaba lejos.

Llevarían recorridos unos veinte metros del sitio donde calló el requeté, cuando don José tropezó en algo y se vino al suelo. Inmediatamente comenzó a tartamudear una ametralladora entre los maizales. Desde algún lugar de aquella masa verde que los cegaba, disparaban sobre ellos -sobre el ruido de ellos- segando los tallos de las cañas. Caían las inflorescencias de los maíces como gachas cazadas en pleno vuelo. Ficiello se echó al suelo, rápidamente, detrás de don José. Éste se había lastimado en la barbilla y estaba allí, apretado contra el suelo, sangrando, en silencio y alebrado. Un poco más lejos, Ficiello vio un brazo de Aquilino. Al principio no le llamó la atención aquel brazo; luego le extrañó la inmovilidad de la mano. Era una mano grande, cuadrada, velluda y... quieta. Eso, quieta; como agarrando algo, pero cerrándose sobre nada. Ficiello se arrastró hasta aquella mano. Seguía sonando de -130- vez en cuando la ametralladora disparando, disparando a ciegas. La mano estaba hincada en la tierra.

-¡Aquilino!... ¡Quilo!... -llamó suave, cariñosamente el sargento Ficiello (él tan rudo).

Nadie le respondió. Los dedos de aquella mano se cerraban sobre un puñado de tierra. Se llegó hasta él. Estaba caído de costado. Ficiello trató de levantarle la cabeza. Un líquido caliente, como una meada, mojó su mano. La bala le había entrado por detrás de la oreja. No debió de enterarse de que lo mataban. Volvió donde don José.

-¿Qué le pasa?

(Todo él temblaba y esperaba).

-No, nada... -dijo Ficiello tratando de sonreír, mientras limpiaba su mano en el bolsillo del pantalón-. Viene ahí detrás. Vámonos nosotros. Es necesario salir de esta cárcel verde cuanto antes. Antes de que tengan tiempo de cercar el maizal. ¡Aprisa, don José! Y procure meter el menor ruido posible. ¡Así, a gatas!

Más de dos horas pasaron perdidos en aquel lago de verdura. Hubo un momento en que Ficiello creyó haber llegado al límite de la desesperación y pensó en chillar con todas sus fuerzas para que la ametralladora acabara con ellos. Pero la ametralladora, ahora, estaba silenciosa. Era excesiva aquella tensión; demasiado intensa y demasiado larga. De pronto don José se paró en seco y sus narices ventearon el aire. Sus ojos se llenaron de alegría, como si hubiera olvidado por completo al requeté. Se acercó a Ficiello y le dijo al oído:

-¿No hueles?... Huele a madreSelva. ¡Se acabó el maldito maizal!

Ficiello estaba tan nervioso que no comprendió esta lógica observación y miró a don José temiendo que éste se hubiera vuelto loco.

-¡Sí, bobo! -bisbiseó don José-. Las madreSelvas crecen en las sebes, no entre los maíces. Eso prueba que estamos cerca de una caleya, de algún camino...

Ficiello siguió a su compañero. Poco después clareaban las cañas. A través de ellas se veía un camino. Salieron a él con toda clase de precauciones. Nadie. Sin duda la gente con quien se tirotearon no era mucha y realizaban, como ellos, una descubierta. Esto llenó a Ficiello de confianza respecto al éxito de su misión. A unos trescientos metros de donde se encontraban comenzaba el robledal que tenían que reconocer. Tardaron tres horas en recorrerlo. No, allí no había nadie. Comenzaba a atardecer. Iniciaron la vuelta. Ficiello evitó pasar por el maizal donde habían caído Aquilino y el requeté. Ante la muda interrogación de don José, dijo:

-Quilo debe haber dado la vuelta de acuerdo con las instrucciones que le di. Le dije que como no estuviéramos aquí para las cinco, volviera solo donde Cernero. ¡Ánimo, don José, que la vuelta es más fácil!

En los ojos de don José había lágrimas vivas.

Caminaron en silencio.

-131-

El 28 de marzo de 1938 Rodrigo Candamín llegó tarde a la oficina. Como siempre. Pero hoy tenía un motivo: estaba enfermo, muy enfermo. Le dolía mucho la cabeza y sentía una dolorosa opresión sobre el hígado. Tenía los ojos hinchados y la boca saburrosa. No se había afeitado y esto colaboraba en su incomodidad fisiológica.

Sobre su mesa de trabajo había un montón de cartas. En la pared, el inevitable retrato del Caudillo con su sonrisa giocondesca. Enfrente de él, la espalda y la nuca de Martínez, siempre inclinado sobre su tarea. He aquí en lo que había parado Rodrigo Candamín, camisa vieja; en lector de cartas; cartas que no le interesaban lo más mínimo y que no

estaban dirigidas a él. («¡Pero qué pocas cosas interesantes tienen que decirse los hombres!») No, él no era un ser humano, era cualquier cosa menos un hombre. Era una máquina. Eso, una máquina. Pero no; mejor aún, un número. Exactamente, un número: el cuarenta y siete. Nada de Rodrigo Candamín y Nuño de Pefalta, sino el cuarenta y siete, el censor de correspondencia número cuarenta y siete. Un número que leía cartas y cartas y que tornaba notas en una libreta cuando encontraba algo sospechoso en sus lecturas, algo que pudiera atentar contra la seguridad del Estado. (Esto le concedía cierta importancia.) A esto se reducía su participación heroica en la edificación del Imperio. (Sentía hervir, dentro de sí, como una dedalada de risa.)

Caía un fino orbayo del cielo gris y bajo. Oía a ropa mojada y a viento de mar. Por debajo de estos olores corría, tímido y débil, otro olor. Un perfume suave, amarillo y triste. Pequeñito y tenso. Aquel aroma impreciso desasosegaba a Rodrigo Candamín.

El día anterior -27 de marzo de 1938- había sido la fiesta para la Falange local, y Rodrigo Candamín había celebrado con sus compañeros de centuria aquella gloriosa efemérides. La oportuna celebración de tal suceso limitose a la patriótica ingestión de mariscos y sidra, feliz acontecimiento terminado alegremente en un prostíbulo a base de cerveza y mujeres. Cerveza ligera y mujeres ligeras. (La Puri tenía unos pechos grandes y caídos, y un rostro colmado de facciones vulgares, hinchadas y estúpidas. Pero era simpática, graciosa y dinámica.) Bebieron. Hubo un momento en que todo se le olvidó. (Hasta el rostro amarillo, flaco y aristocrático de María Jesús.) Recordaba éste o aquel detalle como saliendo de la niebla. Luego, la niebla. Más tarde, al despertar: la pirosis, la cefalalgia, la incomodidad hepática y los ojos hinchados... Ahora, aquel montón de cartas. Era perfectamente desgraciado. Vivía en un mundo indiferente e injusto. Seiscientas pesetas de sueldo al mes. Al atardecer tenía que llevar a María Jesús al cine (María Jesús, catorce años de noviazgo; una señorita flaca, larga, aristocrática y peluda). Odiaba a María Jesús.

Comenzó su tedioso trabajo de todos los días. No podía remediarlo -en el fondo de él quedaba todavía un poco de dignidad-, le molestaba aquello de abrir cartas que no iban dirigidas a él. Por otra parte aquellas cartas decían siempre lo mismo: «Pelayo está ahora donde tu abuelo Máximo...» (¡Claro, el abuelo Máximo -132- estaba muerto! Era una torpe manera de burlar la censura para comunicar a alguien que -Pelayo- estaba muerto. Al principio esto le había indignado. Más tarde hasta dejaba pasar estas cartas.) «Pedro tendrá que estar en un sanatorio por mucho tiempo, según dicen los médicos. Acaso por toda la vida...» (¡Clarísimo!, cadena perpetua. Pero lo dejaba pasar. Él, también, era perfectamente desgraciado). Así durante horas y horas. (Odiaba a María Jesús -tan flaca, tan peluda, tan aristocrática- y te molestaba el hígado.) Perfectamente desgraciado.

Ahora pegó un salto en la silla. ¿Qué era esto? Miró la dirección del sobre: «Mr. James Stevens. -1556, 55 St, Brooklyn, N.Y., USA». ¡Era la carta de un auténtico rojo! ¡Y el muy... descarado ponía su dirección en el reverso del sobre! Tomó apresuradamente unas notas en su libreta. Volvió a leer la carta. Era una larga carta en la que un hombre contaba su vida a otro hombre que vivía al otro lado del mar. Una carta lisa, llena de humana emoción que no había sabido manifestarse. Detrás de aquellas líneas apretadas se traslucía un hondo dolor, un dolor infinito... Pero la carta era fría y, a veces, ampulosa, y apenas si

llegaba a dejar entrever toda la pena con que se había escrito aquella carta, toda la emoción que había guiado aquella mano al escribir aquellas líneas.

Candamín miró la fecha de la carta. Los matasellos eran del 26, de agosto del año anterior; todavía no había sido liberada Asturias. La carta no había podido salir rumbo a su destino entonces y, después de siete meses de estar en cualquier sitio, había ido a parar como correspondencia no censurada a la mesa de Rodrigo Candamín. De Rodrigo Candamín, un hombre inútil y aburrido, señorito provinciano venido a menos, rencoroso y estólido, negador y fanático, que tenía una novia flaca, aristocrática y peluda que se llamaba María Jesús, una lesión en el hígado y seiscientas pesetas de sueldo. Es decir, el censor 47.

Llovía sin prisas. Caía una fina lluvia, como tamizada de las nubes bajas y grises. A través de la ventana entreabierta se colaba el viento que olía suavemente a flores. («Yo recordaba aquel mar de mimosas, con sus redondas florecillas amarillas, que olían dulce y tímidamente. Yo ya te he hablado muchas veces de las mimosas, Stevens. ¡Pues claro, olía a mimosas! En todo el valle de Cabueñes se habían encendido las mimosas.») A Candamín le agradaba aquel olor. Había algo cálido y fúnebre en aquel perfume, como había algo fúnebre y frío en el aroma metálico de los crisantemos otoñales. Fúnebre; eso era, fúnebre. A veces olía a sí mismo y... ¡olía a muerto! («Estás muerto, Rodrigo Candamín, es esta España que huele a muerto» ¿Por qué estaba siempre esperando la segunda vuelta?... No podía olvidar a aquellos dos hombres que había matado, en frío, en los primeros días de la revuelta. Junto a las tapias del cementerio. Uno de ellos gritaba desafortadamente y lloraba pidiendo que no lo matasen. Pero al que nunca olvidaría era al otro. El otro murió sin decir palabra. Sin decir palabra y con una sonrisa de infinito desprecio en los labios delgados y fruncidos. Con una extraña sonrisa en los ojillos burlones...)

-133-

Rodrigo Candamín se sentía perfectamente desgraciado. («Entonces era por los días, y estábamos todos tan excitados... Luego no lo hice más.») Abrió su libreta y tachó algo en ella. Por la ventana entreabierta se colaba el fino olor de la lluvia, perfumado por el aroma de las mimosas distantes («...con sus redondas flores amarillas...»). Suspiró. (La Puri era como de goma y por la boca le afloraba el esqueleto, aquella cosa fría y blanca del esqueleto que armaba aquella goma tibia de la carne que no era ni siquiera vicio: sino res, res de gancho de carnicería...) El hígado le pesaba blandamente, allá lejos. El recuerdo de María Jesús le recorrió la espalda; tendría que llevarla al cine, y aquella misma tarde en que se sentía tan desgraciado... Llenó su pecho de aire. («Sonreía allá en el suelo, despatarrado y ridículo...») Olía a mimosas. Rompió la carta en menudos pedacitos. Ahora se sentía menos desgraciado y hasta el hígado le pesaba menos.

Por eso Stevens -Jimmy Stevens, de Brooklyn- nunca supo de José García.

El Joven Sebastián -40 toneladas, 14 nudos, 85 pasajeros forzosos- desatracó lenta, trabajosamente del muelle. Al herido le recostaron sobre un rollo de cuerdas sobre el que tiraron una brazada de redes. Quintín se inclinó sobre el moribundo. Un tiro en la barriga. La herida apenas si era un ojalito cárdeno. Le alumbraba Ibarlucea con una linterna sorda. Lo habían vendado toscamente con un jirón de sábana. Casi no había sangrado. No tenía orificio de salida. La bala, sin duda, se le había incrustado en el hígado. Pero la hemorragia

no debía ser muy grande por cuanto don José todavía estaba vivo. Quintín llevó aparte al sargento Ficiello.

-¿Cuándo lo hirieron? -preguntó.

-Ayer por la mañana, en Villaviciosa. Una bala perdida... Nos habíamos atracado de sidra, como cerdos... ¡Él, no; él es un santo! Desde que le mataron al sobrino y él mató al requeté no hacía otra cosa que llorar, cuando no le veíamos. Comenzamos a subir la Grandarrasa... Llevábamos cerca de un mes peleando sin descanso. El viejo no podía consigo. Me decía a cada instante: «Déjame, soy una carga para ti. Además yo no quiero marchar de esta tierra». Pero yo no podía dejarle allí. Es bueno y noble. ¿No sabe? Vendió todo lo que tenía allá, en América, para enviárselo al Gobierno, y vino a pelear con nosotros.

Silencio. Luego, de pronto, chilló:

-¡Todo esto es sucio e injusto!

Apretándose las manos una contra otra soltó una rotunda blasfemia.

Pasaron unos minutos. Siguió hablando:

-Lo cazaron estúpidamente. Salimos tarde del pueblo. Estábamos borrachos... ¡Qué quiere, aquello era para volverse loco! Lo estábamos. Él no se separó de mí. Desde que llegó con Aquilino a la compañía del capitán Cenero, intimó conmigo. Bueno, pues salimos de Grandarrasa. Era una mañana azul, tranquila... Se oía algún que otro disparo suelto y lejano. De pronto una bala... Yo no sé de dónde vino. -134- Silbó cerca. Don José se había puesto pálido y me miraba con ojos asustados. Se tocaba el pecho. De pronto descubrió que la herida era más abajo. Se miró horrorizado las manos de sangre. «Creo que me dieron», dijo pobrememente. Se desabrochó el pantalón. Estaba asustado y trataba de sonreír. Lo tumbé en la cuneta de la carretera y examiné su herida. Era un agujero como un culo de pollo... Alguien que huía me dio este trozo de sábana. Le vendé como pude. «¿Podrá caminar, don José», le pregunté. «Creo que sí, viejo», me dijo. «¿Le duele?» «Creo que sí, también, muchacho», me respondió tratando de sonreír.

Esto fue a las siete de la mañana de hoy... digo de ayer... Anduvimos como unos tres kilómetros. Pero él apenas si podía caminar a pesar de que yo le ayudaba sujetándolo por debajo de las axilas. Iba poniéndose cenizo. «¿Duele, don José?» «Es tolerable, muchacho», me dijo. Y se desmayó. Yo no podía abandonar a aquel hombre en aquellas circunstancias. Una hora después logré acomodarle en un carro de refugiados; una carreta llena de sartenes, colchones, manzanas, atados de ropa y niños asustados. Al pie del carro, una mujeruca flaca y aterrada arreaba el caballín del Suevo que tiraba del armatoste. Detrás, iba atada una vaca sumisa y melancólica. ¿A dónde iría aquella mujeruca con todo aquel impedimento? Ni ella misma lo sabía. Huía tan sólo. Unas catorce horas después llegamos a Gijón.

-¿Le hizo alguna cura?

-No, no tuve tiempo. Nadie se la hubiera podido hacer tampoco. Como le dije, a eso de las diez de la noche llegamos a Gijón. Llegando ya a la ciudad, el caballín del Sueve se echó en el suelo y se negó a continuar tirando el carro. Allí dejé a la mujer con todos sus trastos. Tardé tres horas en llegar de Gijón a aquí. Tuve que traerlo cargado casi todo el tiempo. A ratos perdía el conocimiento...

Callaron. El Joven Sebastián había salido a alta mar. Brillaba en el cielo una luna redonda y amarilla. Los buques que huían navegaban sin luces. Allá lejos ardían los tanques de petróleo furiosamente.

-¡Eh tú; vira! -gritaron al que iba en el puente-. Vas a pasar por ojo a una motora.

Una lanchita salió arreando de entre las sombras y se perdió rápidamente entre la calima. Se apagaban y se encendían los reflectores del Cervera en la lejanía. El sargento Ficiello se volvió hacia su compañero y le preguntó con voz que quería ser indiferente:

-Sanará, ¿no?

-Está agonizando -respondió Quintín-. La bala debe de haberle producido una hemorragia interna no muy grande, pero... Le quedan unas horas de vida. Tengo aquí algo de morfina y la jeringa de inyecciones. Cuando menos no sufrirá.

Los ojos de Ficiello estaban arrasados de lágrimas.

-Coño, yo no lloré en toda la guerra y ahora... ¡Me...!

Y blasfemó sucitamente.

-135-

Se acercaron adonde estaba el herido.

-Duerme -dijo en voz baja un miliciano que estaba asomado sobre la agonía de don José.

Quintín comprobó que dormía y aprovechó la oportunidad para ponerle una inyección de morfina.

Un coronel de intendencia que iba en el bou había reunido a su alrededor a unos veinte o treinta hombres y, tratando de organizar la defensa del barquito, les hablaba:

-Podemos ser atacados por el Cervera y entonces todo estará perdido. Pero el Cervera no podrá detener a todos los barcos que están saliendo de El Musel. Es probable que nos aborde algún bou; pero en ese caso, si tenemos serenidad y decisión, podremos defendernos perfectamente. En cubierta debe haber la menor cantidad posible de hombres a cargo de las ametralladoras y escondidos entre las redes y las cuerdas. Los demás estarán preparados a salir a cubierta tan pronto toque la sirena del barco. Es preciso que los buques enemigos no utilicen el cañoncito que montan a proa. Si nos mandan detenernos obedeceremos hasta que

nos aborden. En ese momento vale más utilizar las bombas de mano y la dinamita. ¿Habéis comprendido?

El coronel de Intendencia -pelo cano, ojos duros, abultado abdomen- subía al puente donde ya se encontraba Ibarlucea. De las máquinas se hizo cargo un teniente de Milicias que había sido fogonero en los Altos Hornos de la Fábrica de Mieres. A don José lo subieron a la cabina del patrón, donde había dos literas. En la de arriba iba otro herido. En la de abajo colocaron a don José.

Ibarlucea puso proa a occidente.

-¿Va usted a meternos en boca del lobo? -preguntó el coronel alarmado.

-Al contrario. Todos tratarán de salvarse poniendo rumbo a Francia directamente. Por ahí, a la fuerza, tiene que haber más vigilancia. Vamos a hacer que vamos en dirección contraria. Por lo demás no tenga usted miedo que me equivoque: de aquí a Gran Sol conozco todas las playas del Atlántico, pues navegué en una pareja antes de hacer cabotaje.

El bou, las luces apagadas, navegaba calmosamente, con una desesperante lentitud, mientras trataba de levantar presión en sus calderas. A unos ochenta metros de distancia les cruzó otro barquito de pesca que venía desalado. Alguien les advirtió con megáfono desde la oscuridad.

-¡Barcos enemigos por poniente! ¡Cuidado, compañeros: vais de hocico contra ellos!

Allá a lo lejos los reflectores del Cervera palpaban las sombras. Cuando descubría un fugitivo lo paralizaba con sus antenas de luz. Inmediatamente, despachaba para allá a un bou a hacerse cargo de la presa.

Ibarlucea cambió el rumbo del navío. Estaba a la altura de Perlora y puso proa al noroeste. De pronto, en las sombras, se espesó otra sombra larga y alta. ¿Un barco -136- de guerra?... Por el tamaño, un crucero. Esperaron el ataque. De pronto encendió todas las luces. Parecía un trasatlántico. No disparé. Probablemente era un crucero inglés. El Joven Sebastián, que iba enfilado hacia él, dio una brusca virada. Cuantas veces trató el bou de poner rumbo a oeste, el barco enemigo se le puso en su camino. Unas horas después, inesperadamente, dio vuelta y desapareció a toda velocidad entre las sombras lechosas de la amanecida.

Navegaron durante todo el día hacia el norte. Luego Ibarlucea puso proa al este. El barco remoloneaba. Encontraron varias parejas de pesca que huían de ellos en cuanto los divisaban. Trataron de parar a varios de aquellos barquitos franceses para que les vendieran algo de pescado y agua, pues no llevaban víveres y los tanques estaban menos que mediados. Pero no se dejaban dar alcance.

En la angosta cabina del patrón, José García agonizaba.

Murió al anochecer del segundo día de viaje. Una hora antes de acabar pareció recobrar el conocimiento y cogió una mano de Ficiello entre las suyas.

-Eres un buen chico -le dijo. (En sus ojos brillaba una sonrisa húmeda). Pero ahora tiene que terminar tu buena obra. Quiero que me echéis al mar, ¿me entiendes?, envuelto en la bandera del barco.

Y ante un gesto de Ficiello interrumpió:

-Yo soy un hombre, no un niño. Esto se acabó; lo sé. Agradezco esa mentira piadosa que ibas a decirme, pero no la necesito.

Luego volvió a perder el conocimiento. Durante un rato pronunció palabras inglesas, soñando. Se despertó sobresaltado a la media hora escasa.

-¿Qué hora es?... No llegaremos nunca... ¡Nunca! Este mar tan grande... ¡Es terrible! Echadme al mar...

Resoplaba tenuemente, apagándose.

-¡Quilo! -dijo en voz baja, como suspirando.

Horas después lo sacaron a cubierta. Conforme a sus deseos lo envolvieron en la sucia y rota bandera del barco. Le amarraron dos trípodes de ametralladora a las piernas. Lo volcaron al mar.

Al atardecer de la tercera singladura, entraba el barco en la rada de Douarnenez. Alegres campanas cantaban en las blancas iglesias de las lomas. Eran ochenta y cuatro hombres que huían.

Lunes de Revolución, La Habana (6 de abril de 1959), pp. 19-21.

Pedro Antón García

Cárcel de Segovia y Torrecaballeros

El viajero que partiendo de tierra de Aragón o de Soria coge la línea de Ariza a Valladolid, y desde la ciudad del Pisuerga se encamina a la arcaica y levítica capital de Segovia, lo primero que le sorprende de una manera inesperada es el macizo enorme del Guadarrama cubierto con una espesa capa de nieve todavía en el mes de mayo. «Por los santos las nieve en los altos», dice un refrán segoviano y allí están todavía aquellas crestas y estribaciones de los Siete Picos y la Mujer Muerta, para demostrar que a primeros de mayo es tan verdad el proverbio como a primeros de noviembre.

Otra de las curiosidades arqueológicas de la ciudad es la mole de su acueducto romano. Ahí está atravesando el Azoguejo, donde bulle y se agita el comercio y la vida de Segovia, tendido a horcajadas entre la Academia de Artillería y la plazuela de Colmenares, desde los tiempos remotos de Augusto o de Trajano, con sus arcos intactos y sus graníticos pilares, a manera de esfinge gigantesca que contempla imperturbable a sus pies, como las aguas de un río, el fluir de las generaciones.

En la parte opuesta y en escollera eminente, cabe la corriente del Eresma, cuyas aguas lamen las rocas de sus firmes cimientos, se yergue altivo el Alcázar con sus almenas y muros ciclópeos a la manera del señor feudal que mira orgulloso desde lo alto de su castillo la extensión de su señorío y la muchedumbre de sus vasallos.

Y en el centro, visible desde varias leguas a la redonda y marcando con su esbelto cimborrio el carácter de una ciudad teocrática, se levanta el grandioso templo que por su estilo gótico florido armonizado con la inspiración del Renacimiento le ha merecido el nombre de «dama de las catedrales».

Segovia, en efecto, es una ciudad donde hay por lo menos veinte conventos y no tendrá arriba de 20000 habitantes. Aquí vine yo a parar después de tanto correr por islas y península el 5 de mayo de 1937.

Me hospedé en una fonda junto a la estación, en casa de Fausta Lobo, conocida vulgarmente por el remoquete de Las Revivas. Llené la hoja que debía presentarse inmediatamente en la Comisaría de Vigilancia, ajeno e ignorando por completo el febril ardor inquisitorial con que cumplían su misión aquellos sabuesos.

En efecto, no tardó en presentarse uno, que ya le había mareado a preguntas a la fondista acerca de mis cualidades, y me intimó la orden que traía de proceder a un registro minucioso. Era la segunda vez que tenía que abrir mis maletas a la investigación de la autoridad.

-138-

La primera me aconteció en un lugar de la provincia de Guadalajara, Vilhel de Mesa, insignificante y escondido, el 15 de marzo de ese mismo año. Era la fecha de los estrepitosos avances italianos y tal vez me creyeron aquellos ignorantes vecinos un espía de los rojos. Lo cierto es que el alcalde reunió su concejo en el Ayuntamiento; que allí tuve que presentar mi documentación, que fue leída y remirada por esos concejales pueblerinos, y no contentos con eso, se encaminaron a la casa en que me hospedaba y ante sus ojos llenos de curiosidad abrí la maleta y el maletín de viaje, quedando ellos algo desconcertados, cuando en vez de alguna bomba de mano que acaso esperaban descubrir, se encontraron con escritos, libros y papeles en lengua extranjera para ellos incomprensible. Se deshicieron luego en excusas que yo decliné alabando su celo en el cumplimiento del deber y me ausenté aquel mismo día.

Aquella investigación fue superficial y sin consecuencias. Ésta otra ya no fue así. Carta por carta, papel por papel y libro por libro se estuvo registrando el policía hasta no quedar rincón ni doblez que no escudriñase con un afán de encontrar algo, que a mí me daba mala espina, sobre todo por las preguntas con que pretendía informarse acerca de mi actividad literaria y del contenido de las obras que yo había publicado. El registro duraría dos horas poco menos.

El sueño aquella noche ya no fue tan tranquilo y reparador. Mis paseos a la Fuencisla y al pinar estaban ensombrecidos con tristes presentimientos. Si se le ocurría al comisario telegrafiar a Monforte, estaba perdido. Bien veía yo el peligro. Sobre todo que cuando volvía a acostarme, casi no había día que no hubiera ido a preguntar por mí la policía, no sé para qué. En mi certero presentimiento, fuime un día a la estación y cogí billete para Valladolid, pero en el andén me obligaron los falangistas a volver atrás por no llevar pase. Intenté coger el auto de línea en el Azoguejo, pero tropecé con la misma dificultad. El pase era imprescindible. Estaba copado.

Aún fui llamado otro día a la comisaría, donde hube de contestar a un interrogatorio sobre mi vida, familia, carrera, etc., que se hizo prolongado hasta el exceso a partir del 18 de julio. Una hora me tendrían declarando y anotando ellos fecha por fecha, sitios y personas con quienes me había rozado. Uno de ellos me cogió la cartera y como en ella viese una tarjeta de una pensión de Lisboa, me dijo con cierto retintín:

-Ah, ¿con que ha estado usted también en Portugal?

Confieso que esa noche dormí menos tranquilo aún, por más que algunas personas trataban de sosegar me diciendo que «eran cosas de la policía de Segovia», que a todos más o menos importunaba de igual manera.

Era el 14 de mayo. Apenas acababa de meterme en la cama, oigo llamar a la puerta de mi habitación.

-¿Quién va? -pregunto.

-Un caballero que quiere hablarle -responde aduladora la voz de la dueña.

-139-

-¿Quién es, qué desea? Dígale que estoy acostado.

Entonces la voz recia de un hombre malhumorado hirió mis oídos como si fuera un tiro de pistola.

-La policía; levántese inmediatamente y véngase conmigo.

No había remedio sino resignarse. A prisa y corriendo me vestí otra vez con el disgusto que es de suponer, pero dispuesto a morir, si llegaba el caso, con la actitud digna de los hombres libres.

Me meten en un coche y me llevan a la Comisaría. Otro policía que allí estaba sentado, como pasara el tiempo y yo le preguntase que «a qué había venido», con una glacial despreocupación, entre una bocanada y otra de humo de su cigarro, me dice fríamente:

-Está usted detenido.

-¿Me puede usted decir el porqué?

-La orden viene de Monforte -contesta.

Entonces me dirijo hacia el comisario que tenía un telegrama encima de la mesa, lo coge y lee:

-Pedro Antón García ha hecho propaganda socialista por pueblos de la provincia de Orense. Amplió datos.

Como yo quisiera hacer alguna objeción, me ataja el comisario y me dice entre despótico y despectivo:

-La policía no se equivoca y no tengo que darle a usted explicaciones.

De este comisario sólo recuerdo que se llamaba Romualdo y que fue trasladado en octubre de aquel año a Vitoria.

Acto seguido ingresé en uno de los calabozos del Gobierno. Estancia horrible, estrecha y lóbrega, subterránea, sin luz y casi sin aire, donde se han cometido los primeros meses crueldades horribles. Yo no estuve sino una hora y de noche y no pude ver por mis ojos las manchas de sangre y cabellos en el suelo, en las paredes y hasta en el techo, como después supe por mis compañeros de prisión, que al principio las veían como testimonios espeluznantes de las palizas sufridas.

En esos calabozos se daban purgas de aceite pesado, gasolina y ricino, y los guardias de seguridad con vergajos azotaban a los pobres obreros una y varias veces hasta hacerles

saltar la sangre, salpicando el suelo y las paredes y hasta ponerles el cuerpo amoratado y negro como el carbón.

De entre todos los compañeros de la prisión de Segovia cogidos al principio es muy raro el que se ha escapado sin una soberana paliza. Algunos los llevaban en estado lamentable y casi agónico al hospital, donde les volvían a la vida a fuerza de inyecciones.

Entre éstos son de mencionar Basilio López, alias Pinarillo, Santiago Hernán e Isidoro José, a quienes costó mucho tiempo poder curar de las heridas. Merece también citarse el maestro Antonio Serrano, a quien no sólo le apalearon hasta ennegrecerle -140- el cuerpo, sino que le retorcieron los testículos con salvaje ferocidad. A algunos de los azotados, cuando los ingresaban en la cárcel, al quitarles la camisa se les arrancaba con ella la piel envuelta en cuajarones de sangre. A otros les instaban a que dieran vivas a Franco y que gritasen «Arriba España», y como no lo hiciesen, llovían sobre ellos bofetadas, palos y golpes.

Las palizas cesaron el 21 de octubre en la capital. En La Granja todavía se administraban en noviembre y a mujeres en el cuartel de Falange, desde donde las llevaban heridas y maltrechas a la cárcel. A una de setenta años de La Granja, llamada María Pérez, la arrastraron y la llevaron así un gran trecho.

Hice mi ingreso en la Cárcel Nueva de Segovia el 15 de mayo a las doce y media de la noche. Allí me esperaba un cautiverio de seis meses y una semana. Sin él hubiera ignorado muchas cosas que es conveniente saber para apreciar en su valor tanto el heroico comportamiento de las víctimas inmoladas, como la barbarie inaudita desencadenada desde las mismas alturas del poder faccioso.

Allí había hombres de carrera como don José Antón Oneca, magistrado del tribunal Supremo, a quien dieron a beber el ricino mezclado con gasolina; don Fernando la Calle, jefe de un departamento de Hacienda, a quien igualmente purgaron y que enfermó y murió de resultas de los malos tratos recibidos. Había abogados como Juan Velasco, inspectores del trabajo como Benildo García, funcionarios de obras públicas, como José Ródenas, de correos como Juan Sánchez, secretarios de Ayuntamiento como Luis López, todos estos canjeados, amén de maestros, médicos, alcaldes, etc., aunque la masa principal la componían obreros y gente del campo.

Una cárcel donde no había más que 17 celdas, estábamos en ella unos 300 hombres. Todo estaba convertido en dormitorios: la escuela, el botiquín, y hasta en los pasillos se tendían malamente las sacas o colchones para pasar la noche.

Yo conversaba con unos y con otros, animando a éstos, consolando a aquéllos, y de todos aprendiendo algo. Lo primero que eché de ver era la cantidad de presos de los pueblos, en número muy superior a los de la capital. Por cada uno de Segovia, había diez o más de los distintos lugares de la provincia. El mayor contingente lo daba el pueblo de La Granja.

Otra de las cosas que más me sorprendieron fue cómo una ciudad como Segovia, que desde un principio se entregó en brazos de los militares sin disparar un solo tiro, cómo se castigó tan duramente y tan sin piedad a los elementos de izquierdas.

Era gobernador el malogrado Adolfo Chacón de la Mata, quien los primeros días llamó a los coroneles, los cuales le prometieron que Segovia permanecería fiel al Gobierno. Fiado en su palabra, en la seguridad del falso secretario José Moreno y en la blandura condescendiente del comisario, el 20 de julio quedó tomada sin esfuerzo la plaza de Segovia por los facciosos. El único sitio donde hubo un asomo de resistencia fue en La Granja y en Bernardos.

En aquella cortaron unos árboles del pinar y los echaron en la carretera para -141- interceptar el paso de los coches, y en éste, el 18 de julio, mientras varios elementos de izquierda, autorizados por el alcalde, hacían la guardia para garantizar el orden, otros, con la oposición terminante de la Gestora del Ayuntamiento, fueron a la estación e hicieron pequeños desperfectos en la vía.

Caro pagaron ambos pueblos ese conato de resistencia. En La Granja se fusilaron 110, y se condenó a muchos otros a penas de 12, 20 y 30 años, y en Bernardos se condenó a muerte y fusiló a 19 y se condenaron a 35 a reclusión de 20 y 30 años.

En el Consejo de guerra celebrado por los sucesos de este pueblo, para que se vea la arbitrariedad con que procedían estos tribunales, que disfrazaban con la máscara de la ley lo que eran inicuos asesinatos, voy a mencionar el caso notable de Isidro Sánchez.

Este sujeto, cuatro o cinco días antes del 18 de julio (por tanto, antes de los sucesos), se marchó a un pueblo que distaba de Bernardos más de 40 kilómetros por carretera, que es la única comunicación. Allí estuvo empleado en la faena de la siega a las órdenes de un propietario. Isidro Sánchez no estaba en el pueblo el día de los sucesos, como quedó atestiguado en el propio sumario, según los testimonios del alcalde, del cura y hasta del propietario mismo a cuyas órdenes estuvo segando, el cual atestiguaba que para nada se había ausentado del pueblo hasta el 27 de julio, en que fue allí detenido por la Guardia Civil.

Pues bien: a pesar de ello, fue encausado en el proceso y se le fusiló porque -se decía- «que, aunque no había estado allí, había instigado a la gente antes de ausentarse». A los siete que componían la Gestora los fusilaron también, a pesar de que, de una manera fehaciente y con irrefutables testimonios, se opusieron a que fueran a producir desperfectos en la estación. Es de notar que éstos fueron tan insignificantes que en ningún momento se paralizó el tráfico.

En La Granja fusilaron al médico Trillo y al administrador del Patrimonio de la República, Cordero. El caso de éste es otra prueba de la arbitrariedad y el apasionamiento con que procedían los tribunales militares.

Como según las leyes no apareciese contra él acusación de gravedad, le fue retirada la pena de muerte en el Consejo de guerra. Pues bien, se impusieron unos cuantos caciques de

derechas, se revisó la causa y se arrancó la sentencia de pena de muerte, que fue ejecutada poco después.

No hubo manera de evitar ese atropello y monstruosidad jurídica. Más aún: dos amigos suyos venidos de Madrid para verle, fueron también ejecutados, y la madre de éstos condenada a reclusión perpetua.

Quiero llamar la atención del lector acerca de estos y otros crímenes cometidos en la España franquista, que todos se han llevado a cabo con el beneplácito y aprobación de las autoridades. Es más: ellas mismas desde el primer momento los han amparado, sugerido e inspirado como en las sacas o fusilamientos de prisioneros, martirios y apaleamientos por ellas realizados.

-142-

En la España mal llamada nacional ni era posible, debido al terror impuesto desde el principio, el que las turbas se desmandasen asaltando cárceles o domicilios y cometiendo impunemente toda clase de tropelías. Esto, que hubiera sido una excusa o atenuante de los crímenes cometidos, no pueden alegar en su descargo las autoridades franquistas. Cogidos desde el primer momento todos los resortes del poder, cuanto sucedía en la España de Franco era controlado con rigurosa y férrea disciplina por las respectivas autoridades.

He ahí un aspecto que conviene tener muy en cuenta para apreciar la fisonomía moral de la España nacionalista. ¿Qué garantías puede tener un ciudadano dentro de un Estado donde se condenan y castigan con la máxima severidad ideas y actuaciones políticas anteriores al 18 de julio? ¿Qué derecho, qué ley se puede invocar en esos tribunales arbitrarios que con cinismo irritante juzgan y sentencian y condenan a muerte por rebeldía, por auxilio a la rebelión, por traidores a la patria, a hombres que no se han levantado en armas, que no se han movido y que no han desacatado con actos contrarios el poder que ellos detentan y facciosamente han usurpado?

Las leyes, sobre todo las penales, no tienen efecto retroactivo. Pues entonces, ¿en virtud de qué ley se condena a esos hombres? La rebeldía y el desacato al poder ¿dónde está si antes del 18 de julio no existía y esos procesados, después de esa fecha, no hicieron acto alguno de insubordinación? Sin embargo, los consejos de guerra condenaron en Segovia y fusilaron a más de 200, y con penas de 20 y 30 años hay más de 1000. El funcionamiento de estos consejos se efectuó desde el primer día de una manera implacable y con una arbitrariedad rayana en la demencia.

Tal es el caso de Pedro Berzal, anciano de 63 años de Villanueva de Iscar, condenado a 30 años por decir que en Madrid había muchos rusos; el de Mariano Romero, de Segovia, penado con 25 años por decir que eran rojos unos aviones que pasaban por encima de la capital; el de unos muchachos que trabajaban en una fábrica de cerámica, a 20 y 14 años, por haber aparecido en una teja una inscripción que decía «U. H. P.». Hasta hubo a quien condenaron a muerte por decir que la «pelota estaba en el tejado».

A Patrocinio Merino y a otros cuatro se les condenó a la última pena y se les fusiló en Segovia porque se decía de ellos que habían dicho a unos soldados que depusieran las

armas. Si se le encontraba a alguien en su domicilio un arma, aunque fuera inservible o aunque no tuviera municiones, el Consejo de guerra lo condenaba a muerte y, desde luego, era ejecutada la sentencia.

Es algo que asusta y estremece la barbarie inaudita que se esconde bajo esas apariencias legales. Para que se vea esto en toda su magnitud voy a relatar un caso típico extractando del sumario los mismos términos en que fue redactada la sentencia.

Al iniciarse el movimiento, Edmundo Díez de Fuente, del Olmo de Fuentidueño, tuvo que ausentarse de su pueblo porque los falangistas le buscaban para -143- matarle. Anduvo errante bastante tiempo, hasta que lejos de su país lo detuvieron. En la cárcel vieja de Segovia estuvo mucho tiempo como gubernativo, hasta que sus paisanos se enteraron que se hallaba en dicha cárcel en el mes de julio del 37. Como en esa fecha no había ya «sacas» en Segovia, no pudiendo saciar su venganza de una manera tan expedita, lo denunciaron. La denuncia motivó un Consejo de guerra, que dictó sentencia de muerte concebida en estos términos:

«Resultando que el acusado en ciertas ocasiones impuso, por mediación de los Jurados mixtos, a los patronos de su pueblo a que pagaran jornales abusivos; resultando que en otra ocasión insultó a unas señoras que salían de la iglesia; resultando que cuando se inició el glorioso movimiento de alzamiento nacional se ausentó de su pueblo; resultando que estando en la cárcel manifestó, cuando la toma de Málaga, que eso no tenía importancia, que Málaga la habían tomado, pero que Bilbao no la tomarían y que Largo Caballero era el hombre que había de salvar a España. Hechos probados.

Considerando que todo implica por parte del acusado una identificación con los elementos que se rebelaron en armas contra el poder legítimo encarnado en el generalísimo Franco, lo que supone una adhesión a la rebelión; fallamos que debemos condenar y condenamos al acusado Edmundo Díez a la pena de muerte.»

Otro aspecto que presentan los crímenes o ejecuciones llevados a cabo en la España franquista es que casi siempre los cometían personas de viso, de orden, por decirlo así, de cierto relieve social, y si muchos de ellos no eran los autores materiales del atropello, siempre aplaudían en silencio y aun a veces descaradamente cuanto los otros ejecutaban, complaciéndose visiblemente en el mal del prójimo con un regodeo sádico e insano.

Es decir, que esas personas, devotas inclusive, asistían con feroz regocijo a las ejecuciones de los infelices como a un espectáculo de honesto placer y el gesto siempre digno de lástima y de respeto del moribundo era para ellos y para ellas motivo de frívolo esparcimiento, a la manera que el populacho romano asistía en el Coliseo a las luchas de los gladiadores o al sacrificio de los cristianos. Creemos ciertamente que los que hoy se llaman católicos en España hay que medirlos por el mismo rasero que a aquellos degenerados que pululaban por la fangosa Suburra.

Otro síntoma de la inaudita corrupción y podredumbre moral es la manera arbitraria como se practicó la justicia en las sacas de presos en las cárceles, porque estos asesinatos en masa se han hecho sin forma alguna de proceso y exclusivamente con presos gubernativos.

Es decir, que estos individuos, inmunes de todo delito político o social y común, fueron encarcelados por su modo de pensar distinto, por simples sospechas y en muchos casos ni siquiera por sospechas, sino por venganzas personales de gentes que aprovecharon la ocasión para satisfacer impunemente sus malas pasiones o desahogar antiguas rencillas con quienes nunca se atrevieron a hacerlo cara a cara, -144- contentándose las mismas autoridades venales, para consolar a las familias de detenidos, con decirles que «estaban presos por un mal querer».

Ahora bien: estas personas eran las que sacaban de las cárceles con la orden dada de los gobernadores a los jefes de las Prisiones. ¡Ah, si se corriera un poco el velo y descubriésemos a todos esos directores de prisiones, cuya punible debilidad vileza de ánimo e infame cobardía dejó abrir las puertas de las cárceles siempre y cuando unos señoritos vestidos con camisa azul reclamaban la entrega de determinados presos! La depuración del personal de prisiones es una obra de justicia social que la República debería acometer inaplazablemente.

En La Granja habilitaron para cárcel las caballerizas del palacio. Allí amontonaron, de muchas partes de la provincia, innumerables detenidos a las órdenes y bajo la vigilancia de César Bernal, que, para darse tono, se hacía retratar delante de los presos puestos en formación, con el uniforme de Falange y con un cuchillo a la cintura.

Era terrible la aparición de los falangistas a altas horas de la noche. Una de éstas vinieron beodos y sedientos de sangre con ánimos de vengar la calumniosa mutilación que los rojos habían hecho con el doctor Gómez Ulla.

-Por cada mano diez presos lo han de pagar -decían en el paroxismo de su ira.

-A ver, que se levanten todos ahora mismo.

Y el oficial César los mandaba formar, así como estaban, en ropas menores, mientras el falangista furibundo, con mirada centelleante y voz aguardentosa, los iba enumerando. Todo el que hizo el número diez lo sacaron aquella noche para fusilar, por la falsedad de que los rojos habían cortado las manos al doctor Gómez Ulla.

Para que se aprecie el insano furor homicida de estos esbirros, citaré el caso de un falangista de Vigo, que llegó a La Granja en los primeros días y que era uno de los jefes de los almacenes Simeón, el cual se jactaba de haber matado él solo en un día a 34, y decía que él no andaba con estupideces de respetar a mujeres y niños; que los había formado en un grupo a todos, incluso a niños y mujeres, y que después «ras, ras», se los había «cargado», y añadía con espantosa fruición, relamiéndose los labios:

-Daba gusto verlos caer.

Antonio Alonso, electricista de Madrid, llegó por primera vez a La Granja el 18 de julio, con la idea de estar allí dos días con su novia, con quien se iba a casar en breve. Por haberse cortado las comunicaciones, no pudo marcharse. Como no tenía por qué temer, no se fugó a

campo traviesa. Cuando llegaron las fuerzas del regimiento de Transmisiones a La Granja, procedentes de El Pardo, creyendo que se trataba de fuerzas gubernamentales, dio un viva a Azaña. Un brigada de la Guardia Civil le disparó varios tiros y, por esconderse detrás de un camión, no le alcanzaron las balas. Aquel mismo día le llevaron a la Academia de Segovia, donde le dieron tan -145- formidable paliza, que estuvo sin poder moverse varios días. El coronel de la Academia un día le dijo que podía marcharse. Como él le replicase que tenía miedo de que, al llegar a La Granja, lo volvieran a detener, le dio un salvoconducto para que lo presentase al teniente de La Granja, como así lo hizo. Entonces éste le dijo que estuviera tranquilo, que nadie se metería con él, que él respondía.

El confiado se alojó en la fonda donde paraba y cayó enfermo de resultas de la paliza. Estando en la cama, se lo llevaron a Caballerizas y a los once días, una noche, lo sacaron y lo mataron.

A veces, en estas sacas se daban casos enteramente novelescos. Uno de éstos, compañero mío de prisión en Segovia, pasó de la manera siguiente.

Junto con otros, fue conducido a las tapias y recibió la descarga como los demás. Al pasar el requeté dándoles el tiro de gracia, a éste lo dejó por creerlo, sin duda, muerto. Cuando se alejaron los asesinos, este obrero de La Granja, Agustín Puente, que se había desangrado por haberle pasado la bala por el cuello y salido por la mejilla derecha, pudo recoger fuerzas y arrastrarse hasta su casa, donde le curó su mujer. Después fue encarcelado en Segovia y más tarde puesto en libertad.

Las tenebrosas sacas empezaron en la capital el 15 de agosto y se continuaron hasta octubre. La causa que motivó la primera fue haber caído una bomba en el Azoguejo y dado muerte a un capitán de la Guardia Civil. Es de notar que venían falangistas de Valladolid, exacerbados por la muerte de su jefe Onésimo Redondo y éstos fueron los que acicatearon a los de Segovia.

La primera noche mataron a 40 de las dos cárceles, la nueva y la vieja. Cayeron como valientes, despidiéndose afectuosamente de sus compañeros y entonando vivas a la República y a la libertad.

La complicidad de los directores de prisión, Antonio Gálvez, en la nueva, y Salustiano Martínez, en la vieja, era culpablemente manifiesta. Pues si hubieran hecho lo que en su honor hay que decir de Primitivo Gallego Delgado, director del Hospital-Asilo, muchas muertes se hubieran evitado en Segovia. No es que yo esté conforme con la actuación de ese director, pero al menos su conciencia, justamente sobresaltada, le dio la energía suficiente para oponerse a que los falangistas entraran a saco, como pretendieron hacerlo, en el Asilo. Estos casos eran rarísimos, y la excepción confirma la regla.

No hay que decir que los mejores elementos republicanos y de la Casa del Pueblo eran los que perecían en estas nocturnas y clandestinas ejecuciones. Imposible enumerarlos a todos. Vaya un recuerdo, tributo de admiración y justo homenaje a algunos de aquellos invictos héroes: el chófer Ramiro, los maestros Julio Fuster y Pedro Natalías, Eliodoro Hernández, secretario de Carbonero, y el médico de Espirido.

La fiera cuanto más sangre ve, más se ceba, y eso acontecía a los chacales y hienas de la Falange y requetés. Cuando aún no estaban repuestos del pánico producido -146- por estos fusilamientos, el 29 de agosto se repiten sacando otros 30, entre ellos al compañero Ángel Gracia. El ritmo después se hacía más acelerado, acortándose el tiempo entre una saca y otra.

La siguiente se efectuó el 4 de septiembre, en la que murió Juan Marco Elorriaga, delegado del Trabajo, cinco milicianos de Madrid y una mujer. El primero, que quería disponer de sus bienes, ni siquiera le dejaron hacer testamento.

Hay que consignar que las partidas de falangistas y de requetés, entre ellas la célebre «banda negra», se dedicaban por los pueblos de la provincia al pillaje, violación y asesinato. Uno de los que formaban parte de dicha banda es el falangista Diego Mora, de Jaén, detenido en la cárcel de Segovia por varias estafas, tipo cínico y grosero, de instintos perversos y criminales, osado, ladrón y cobarde, cuya repugnante y odiosa compañía hemos padecido todos los presos de las cárceles de Segovia.

Esa banda negra cometía algunas de las fechorías que voy a reseñar. En Navas de la Asunción fueron a buscar a su casa, para matarlo, a Agripino Martín. Temiéndolo, él se fugó momentos antes por la puerta trasera. Hicieron un registro en la casa, no habiendo en ella más que su mujer y el único hijo que tenía de doce años. ¿Qué hicieron aquellos forajidos?

-Bueno -dijeron- ya que no podemos matar al padre, mataremos al hijo.

Y allí mismo, delante de su madre, sacrificaron a la inocente criatura.

Al secretario de Casla y a un hermano los mataron por el mero hecho de ser parientes del candidato a diputado Martín de Antonio. En Montuenga, como quisieran apoderarse del maestro Mariano Herranz y éste se defendiese, lo mataron a machetazos, y al de Fuentepelayo, Jesús Gil Martín, lo asesinaron los falangistas dirigidos por el hijo del secretario de Cantalejo.

A varios de Turégano, entre ellos el caminero de la carretera, los colgaron del cuello del tal manera que tenían que permanecer de puntillas, pues si descansaban sobre el suelo las plantas y los talones, el nudo corredizo se apretaba y entonces se verían estrangulados.

Es digno de mencionar el caso de un joven leñador, conocido por El Pira, un infeliz que se pasaba toda la vida en el monte trabajando para poder atender a la manutención de su mujer y de sus dos hijos. No sabía nada de política, ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba en aquellos instantes, pues manifestaba la mayor sorpresa ante los sucesos que ocurrían. Nunca se le vio ni en tabernas ni en reuniones. Apenas si se trataba con nadie. Un día llegó a una casa donde servía leña, diciendo:

-Me han dicho que esta noche me van a matar.

-A ti, ¿por qué? -le dijeron sus clientes y se echaron a reír.

-No sé -respondió-, pero me lo han dicho.

Cuál no sería el estupor que se produjo en aquella casa cuando, al día siguiente, se supo que El Pira había sido asesinado y con él un hermano de catorce años, el -147- cual rogaba y suplicaba a los verdugos que mataran a él tan sólo, que respetasen a su hermano, que era un padre de familia y que siempre había sido muy bueno.

A estas súplicas de un inocente, capaces de ablandar las piedras, ved lo que respondieron:

-Para que no os peleéis, os mataremos a los dos.

Y le descerrajaron un tiro, estando así, suplicando de rodillas.

Con este feroz ensañamiento, increíble aun entre salvajes, hacían sus razzias los requetés en Sepúlveda y en Riaza. En Nava Fría mataron a 6; en Coca, 11; en Navas de la Asunción, 9; en el Espinar, 120; y en Cuéllar, 15. En este último pueblo, uno de los más podridos de Segovia, cogieron a 200 mujeres cuyos maridos o familiares estaban en la cárcel, las raparon al cero la cabeza y las paseaban por las principales calles, para befa y ludibrio del vecindario.

En la capital también se hacían esos escarnios con las mujeres, a tal punto que se reunieron en consulta los prohombres de derechas, entre ellos el marqués de Lozoya y Antonio Sanz, presidente de la Diputación, los cuales censuraron tales vejaciones; pero se opuso tenazmente el obispo Platero y la burla se prosiguió.

Aún he visto yo sacar a fusilar de la cárcel, y a otros, después de tenerlos más de un año como gubernativos, por denuncias posteriores, someterlos a proceso, pedirles el fiscal la pena de muerte y, pasados algunos meses, cuando menos se lo esperaban, sacarlos de madrugada para el cementerio.

Qué triste era ver a esos pobres arrastrando como invisible cadena esa sentencia inexorable, verlos enflaquecer sin poder conciliar un sueño tranquilo.

He aquí otro de los aspectos que revelan la crueldad fría que impera en los que gobiernan la España franquista. ¿Por qué tener sufriendo a los penados a muerte meses y meses? Casi nunca se ha ejecutado ninguna antes de los tres meses de firmada la sentencia. En muchos casos han transcurrido 6, 8, 10 y hasta 14 meses, como ha sucedido en Ávila.

La última ejecución, que yo recuerdo haber visto en la cárcel nueva de Segovia, recayó en un maestro del Espinar, Hermenegildo Domínguez. Los dos hermanos de éste, el uno de Nieva, Mariano, el otro de La Granja, Aniano, habían sido ya fusilados mucho antes. Se trataba de un chico joven, de buenas prendas y que había logrado el número uno en los cursillos. El pueblo de Espinar, otro de los burgos podridos de Segovia, se echó encima acumulando cargos sobre él que le tachaban de comunista. Sus padres, viejecitos, acuden al

general Varela y le imploran de rodillas les conserve ese hijo que les queda, ya que los otros dos se los habían matado.

Por cumplir, les da una vaga promesa el general; pero, al cabo de unos meses, el 28 de noviembre del 37, por la mañana, lo sacaron, le tuvieron en capilla en el Asilo y luego lo fusilaron.

Como la mayoría de los presos eran obreros, hacíaese de mal a las autoridades tener que alimentarlos así, sin sacar provecho de ellos. Por eso se organizaron enseguida -148- obras de carácter público en las que se empleaban a guisa de esclavos los pobres presos. Al principio se los alistaba en las brigadas del trabajo a los que libremente querían ganar algunas pesetas para ayudar a sus pobres familias; pero después se fue haciendo obligatorio y sin más remuneración, en la mayoría de los casos, que una cajetilla a la semana, y aun ésta se les regateaba.

Esa explotación de los obreros para ahorrarse unos jornales el Ayuntamiento o el contratista de obras es de lo más inicuo que yo he visto en las cárceles de Segovia. Hay dos nombres que para estos obreros serán de triste recordación: el del contratista Pulido y el del administrador de la cárcel, José González.

Este mal asturiano, antes de Izquierda Republicana y después falangista, es el que, junto con el director, Antonio Gálvez, son reos de las muertes de tantos indefensos obreros. Este falangista de última hora, hipócrita redomado, es el que, por congraciarse con los que mandaban en Segovia, les ofrecía gratuitamente los obreros, como si él fuera dueño de su trabajo, tratándolos exactamente como miserables esclavos. Y luego venía los domingos el padre José, religioso del Corazón de María, para explicarles que la Iglesia había abolido la esclavitud y que había mejorado la clase trabajadora y que no se dejasen engañar por las ideas marxistas.

Esto de salir al trabajo se llevaba con tanto rigor que siempre se estaban ideando obras para tener a los presos ocupados. Hasta el mes de noviembre nos fuimos librando de esa esclavitud los que por nuestra profesión o carrera éramos considerados intelectuales.

Pero sucedió un hecho en Segovia (y creo que también en otras provincias) que nos condenó a todos sin excepción a trabajos forzados. Se creó la Delegación de Orden Público; de la que empezaron a depender los detenidos en las cárceles. Por desgracia tocole a Segovia de delegado un capitán de la Guardia Civil, Antonio de Reparaz, tipo de una inmundicia, despotismo y crueldad como quizá no se ha presentado otro en Segovia. En particular tenía ojeriza a los intelectuales, a los que de ningún modo pondría en libertad.

Por entonces se estaba construyendo una carretera a costa de los presos, desde Torrecaballeros hasta una posición al pie de la sierra, cerca del campamento de las tropas leales. Como la obra urgía, era menester acabarla antes que vinieran las lluvias y las nieves.

Fue con tal ocasión que vino la orden terminante del delegado de movilizar a todos los gubernativos, incluso los intelectuales. Quedaban excluidos tan sólo los que pasaran de los setenta años.

El 24 de noviembre, con media hora de preparación, se nos comunica la orden de partir. Se nos dio el tiempo preciso para arreglar los colchones y equipaje, y a la puerta estaban ya esperando dos camiones que nos debían transportar unos kilómetros arriba de Segovia, al pueblo de Torrecaballeros. «Por los santos, la nieve en los altos -dice el refrán segoviano- y por San Andrés en los pies». Esto quería decir -149- que nos llevaban a esos trabajos rudos de pico y pala en la peor estación del año que se avecinaba.

Allí nos encaminamos médicos como Pedro Gaona, abogados como Pedro García, delegados del Trabajo como Desiderio Estepa, magistrados, secretarios de Ayuntamiento, profesores y algunos obreros que, por débiles y enfermizos, no habían sido aún movilizados. ¿Dónde creará el lector que nos alojaron? Mentira parece que los que mandan en esa zona provean tan mal y tan sin tino tratándose de personas que les habían de rendir un trabajo útil. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa, cuando vemos una mísera choza o barraca de tablas tan delgadas como un centímetro de espesor, larga de menos de diez metros y ancha de unos cuatro, cubierta por encima de unas planchas finísimas de zinc con un entarimado en el suelo, suficiente para que no se mojasen los colchones al extenderlos por la noche!

Ésa había de ser la morada de los improvisados trabajadores que en número de unos treinta nos aposentamos en ella. Gracias al buen espíritu y humor que siempre teníamos, sobrellevábamos estas penalidades con creciente optimismo. De noche, sobre todo, había que hacer miles de combinaciones para poder dormir cada cual sobre su saco o colchón dejando al vecino espacio suficiente para que hiciera lo mismo. Como estábamos a mucha altura y zumbaba el viento, se colaba por los resquicios y hendiduras de las paredes de madera un frío tan sutil que sólo los que tenían buenas mantas podían defenderse. Por eso cada día se multiplicaban los catarros y enfermedades que no permitían a muchos salir al trabajo.

Sin embargo, la orden era rigurosa y, sin autorizarlo el médico, nadie podía permanecer en la cama. Nos levantaban antes de la salida del sol y, después de un ligerísimo desayuno que decían que era café con leche, montábamos en un camión que nos trasladaba al tajo, distante unos tres kilómetros del pueblo.

Allí empezaba la faena intensa, sin interrupción, unos cargando carretillas, otros desmenuzando piedra, éstos acarreando espueñas de arena y aquellos derribando una pared y volcando la piedra en carros tirados por bueyes.

El capataz iba y venía a todos lados y no nos daba punto de reposo. El único momento de descanso era el de la comida, a la una de la tarde, terminada la cual había que reanudar la tarea hasta la noche, en que venía el camión a trasladarnos al chamizo a cenar un mal rancho y a dormir. El jornal asignado era de un real diario más una ligerísima mejora del rancho si se le compara con el que nos daban en la cárcel.

El trabajo era verdaderamente intensivo. A los pocos días nos hacían levantar una hora antes y había que trabajar bajo la continua vigilancia de los soldados y oficiales, que no permitían un minuto de respiro.

Había uno en particular, jovencito, de unos 18 años, que no hacía sino pasearse a caballo arriba y abajo de la carretera en construcción y, en cuanto veía a alguno parado, le amonestaba severamente. No me olvidaré nunca del siguiente caso.

-150-

Uno de mis compañeros, el veterinario de Fuentepelayo, Juan Sánchez, se estaba hacía rato con las manos en los bolsillos. En esto vemos que viene al galope ese sargento imberbe, se para ante él y le dice:

-¿Qué hace usted con las manos en los bolsillos todo este tiempo? Si le vuelvo a ver otra vez así, va usted con la carretilla a la cuneta.

¿Qué significaba esta amenaza? Ese joven bisoño hacía pocos días había disparado el arma y la bala fue a herir mortalmente a uno de los infelices obreros, que a las pocas horas murió en el Hospital de Segovia. Así teníamos que trabajar amedrentados bajo las petulantes amenazas de capataces analfabetos y militares sin entrañas.

Es de advertir que, como la carretera corría prisa de terminarse, no descansábamos ni los domingos. Es decir, que la misa que nos obligaban a oír en la cárcel con las exhortaciones del padre José, una vez que fuimos a Torrecaballeros, ya no sólo estábamos dispensados de guardar las fiestas, pero ni siquiera teníamos necesidad de oír misa. Aquel celo devorador de la casa de Dios se había extinguido de repente como por ensalmo con los fríos y nieves de la sierra.

Yo tuve la inmensa suerte de enfermar, pues, debido al amontonamiento en que yacíamos, contraí una infección cutánea por la que tuvieron que llevarme al hospital enseguida.

Poco tiempo después, con las incesantes lluvias, y más que nada con las nevadas intensas y crecidas, aquel mísero tugurio de madera se hundió, quedando por completo inutilizable para dar albergue a nadie, si no era para calentarse al fuego de las tablas, que se aprovecharon al efecto en aquellas noches húmedas, largas y frías al pie de Somosierra.

La barbarie franquista (Memorias de un preso), La Habana, Imprenta Barea, 1940, pp. 163-185.

-151-

José Cid Rodríguez

La postguerra

«Pero hay algo en mi conciencia que me avisa de nuevos peligros, de interminables horas de sufrimiento que el reloj no ha marcado todavía y que adivino incubándose como larvas en la oscuridad de la noche fascista que acaba de descender sobre mi patria. Y ahora, mi querida y lejana amiga, disponte a acompañarme en el largo viaje de que te hablé: a penetrar conmigo en la etapa que acaba de empezar para la España traicionada y vencida cuyos mejores hijos, de no sobrevenir algún milagro, habrán de alimentarse hasta la cuarta generación con la corteza de los árboles.»

Es el fragmento de una carta que no llegué a escribir. Y una visión profética del futuro inmediato que me esperaba. A partir de ese instante, los acontecimientos se precipitan sobre mí con tal violencia, que sólo gracias a mi juventud y a mi fe, evito que me aplasten. Es cierto que dependió de mí cambiar el curso de las cosas, al menos en lo que se refería a mi propio destino. Pero el precio de este privilegio me pareció tan alto que no quise pagarlo. La respuesta a esta negativa no se hizo esperar. Primero fue el registro y la quema de libros. Luego, el despertar a media noche, con la brocha y el cubo de cal, para limpiar los muros de consignas republicanas. A continuación la cárcel, el destierro, el campo de concentración. De todas estas experiencias, la más dura fue la prisión. Comencé a sufrirla a los veinte años, y a ella debo, en mayor grado que a la guerra, la percepción de un mundo de violencia y miserias que, aunque tan viejo como la historia misma del hombre, yo había ignorado siempre, o, a lo sumo, entrevisto de manera vaga e impersonal, como una simple referencia literaria ajena por completo a mi propio mundo. Fue una revelación brutal que sacudió mi espíritu hasta la raíz y arrasó definitivamente con los últimos vestigios de felicidad salvados de la guerra. Si hay en el fondo de mi literatura un poso amargo, una sombra de escepticismo, una mueca de humor negro, se deben a este choque.

-Entonces... ¿niegas que durante todo ese tiempo tuviste una pistola?

-Lo niego.

Era la escena clásica, sin otra variante que el cuarto personaje. La recuerdo muy bien, a pesar de los años.

Al fondo, ellos tres: Villena y los dos agentes. El primero, sentado frente a mí, con los brazos desnudos apoyados sobre la reluciente superficie de la mesa, sin otros objetos que el cenicero de cristal lleno de colillas, inexpediente abierto por el acta de la declaración, y la pistola al alcance de su mano.

Los agentes, de pie, a ambos lados del jefe: rígidos, atentos, vigilándome. A la derecha, el falangista; a la izquierda, el requeté. Uniformados. Con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, armados con las temibles porras. Las piernas abiertas. El rostro impassible. Dos estatuas.

-152-

Recuerdo bien ese momento.

Era la escena clásica.

Navarro me había hablado de ella con terror, lo mismo que Prado, Soler, Villamil, y tantos otros. Pero en ese momento decisivo me acordé solamente de Navarro. Su testimonio era el más válido. El más fuerte. No en vano se apoyaba en sus costillas rotas, en su recia voz de marinero reducida a un sonido apagado y sibilante, y en el final que todos conocíamos: la despedida a media noche.

Para ti, el cinturón: sé que te gusta. La petaca, para Garcés, pero no lo despierten ahora. Tú, muchacho, quédate con la comida; no hay mucho, pero te vendrá bien: estás muy flaco. Mi manta para ti, que eres el más friolento... (Y así, cosa a cosa, hasta el más miserable de sus objetos personales. Había querido darle sus botas, nuevecitas, a Durán, que llevaba dos años en alpargatas y tenía los pies reventados de sabañones. Pero el cabo de escolta se había opuesto), los paseos en círculo en el siniestro «segundo patio», durante todo el día siguiente; y, por último, también a media noche, la arrancada del camión, cargado hasta los topes, rumbo a la madrugada fría y sin regreso del Arsenal. Nuestra nave se enteró de esta «saca» por el grito salvaje de Vivanco, que despertó a todo el mundo y nos hizo mantenernos un largo rato incorporados sobre los petates, esperando algo más:

«¡Viva la República!»

Las dos estatuas se animaron. Su estatura, disminuida por la penumbra del fondo, cobró, de repente, proporciones desmesuradas. Luego razoné que no había sido la penumbra, sino el miedo, el autor del súbito agigantamiento de los dos sicarios. Mi propio miedo.

Se detuvieron a dos pasos de mí, franqueándome. Observé que sus brazos armados pendían aún, flácidos, descansando sobre sus piernas.

-¿Quieres decir que no vas a firmar?

Es la voz del jefe.

«No puedo firmar una mentira», contestó mi cerebro maquinalmente, a través de la bruma que empezaba a invadirlo. Pero mis labios continuaban cerrados, apretados convulsivamente para que ellos no descubrieran su temblor.

Fue entonces cuando recordé las palabras de Navarro, aconsejándome, enseguida que supo que el camión de Villena iba a venir a recogerlos para llevarnos al Castillo de Mestre.

-Hazme caso, muchacho. Firma lo que ellos quieran.

Lo miré con asombro.

-¿Y si me acusan de algo falso; algo grave que yo no hice?

Me puso trabajosamente una mano sobre el hombro, haciendo una mueca de dolor.

-Firma lo que sea: que usabas armas, que fuiste del Partido... que mataste a tu padre.
¡Firma! Ya luego verás por dónde sales.

-153-

Recuerdo sus palabras.

-Está bien -dije-. Firmaré.

Y me acerqué a la mesa.

La pistola se movió sobre el papel y señaló un lugar en blanco bajo un compacto bloque mecanografiado.

-¡Aquí!

Cogí la pluma y miré de soslayo a los mastines. Luego, al jefe.

-¿Puedo leerlo?

Las dos porras negras se alzaron a la altura de mi cabeza.

-Después. Primero, firme.

Media hora más tarde, la puerta de la Tercera Nave se cerraba protectoramente a mis espaldas. Todos ellos me estaban esperando. Los míos. Todavía recuerdo la expresión de sus rostros. Hay momentos así que la memoria defiende a sangre y fuego del olvido. Son como oasis en el desierto: nos ayudan a seguir avanzando, contra viento y marea.

Guardiola fue el primero en hablar, desde la cama. Lo habían traído del Castillo el día anterior, descoyuntado, pero aún no lo habíamos oído quejarse una sola vez. Era un tipo estupendo, estalinista furibundo.

Los otros me rodearon enseguida.

-¿Firmaste?

-Sí, claro. Aunque estuve a punto de negarme. Pero me acordé del consejo.

-¿Algo gordo? -preguntó Guardiola.

-No sé... Sólo me dio tiempo a echar una ojeada. Eran bastantes cargos.

-¿Por ejemplo?

-Filiación al Partido. Propaganda. Uso de armas. Ingreso en las milicias... ¡Ah!, y los dos famosos artículos en Cartagena Nueva.

-Escapaste muy bien -dijo Prado.

Desde la cama, llegó la sentencia de Guardiola:

-Auxilio a la rebelión. Doce años y un día.

-¿Tú crees? -preguntó Soler.

-¡Felicidades! -dijo Villamil.

Todos me dieron la mano.

-Esto hay que celebrarlo -fue la propuesta del comandante-. La guitarra, Gafitas.

Tomás descolgó el instrumento.

-¿Qué va a ser? -preguntó.

-Un tango, desde luego -propuso el comandante-. ¿Te acuerdas de Yira?

-¡Vete a hacer puñetas! -gritó Soler-. Esto pide algo fuerte.

-Creí que te gustaban los tangos -se excusó el otro.

-154-

-Claro que me gustan; pero me hacen soñar con mi mujer. Y no me conviene. Siempre acabo corriéndome.

Guardiola cortó la discusión.

-Yo estoy con Soler. Esto pide algo más violento.

Tomás templaba la guitarra. Preguntó:

-¿Se deciden, o qué?

Villamil se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros, con ademán conspirativo.

-¿Te atreverías con La Marsellesa?

Lo dijo en un susurro, pero todos lo oímos. Soler se le encaró, hecho un basilisco.

-¡A la mierda tus franceses! -gritó-. Todavía no se han cansado de jodernos.

-No me negarás que es un gran himno.

-Cierto; pero yo conozco otro mejor -hizo una pausa y todos lo miramos con expectación un tanto burlona-. Quiero oír A las barricadas. Es mucho más solemne.

Tomás dejó de rasgurar las cuerdas.

-¡Estás loco! ¡Si nos oyen nos pelan!

El abucheo fue general. El único que no lo insultó fue Guardiola.

-El Gafitas tiene razón, camaradas -dijo-. Si nos oyen, nos fríen.

Guardiola se acomodó con cuidado en el petate, ayudado por el comandante. Luego nos hizo señas de que nos acercáramos a él. Sonrió.

-A las barricadas -dijo-. Pero bien bajito, para que no se entere ni Dios.

Guardiola acaba de regresar del juicio. Pena de muerte. Tiene la cara cenicienta, y el pelo, lacio, se le pega a la frente sudorosa.

Nos acercamos a él y tratamos de animarlo como buenamente podemos.

Esta tarde no come. Yo me encargo de su ración.

Por la noche, ya más tranquilo, nos cuenta cómo fue la cosa. Oyéndole hablar de los cargos acumulados contra él, me asalta una sospecha terrible. Sin embargo, no digo nada por el momento. Espero a que Guardiola se acueste y me acerco al rincón donde duermen Villamil y Soler,

Los dos están despiertos, fumando. Me siento en el suelo, entre los dos petates.

-Oye, Soler...

-Dime, muchacho. ¿No tienes sueño?

-No puedo dormir. Estaba pensando...

-¿Qué cosa?

-En lo de ése... -y señalé hacia Guardiola-. ¿Tú crees que lo maten también, como a Navarro?

-¿Y si a mí me imputaron algo por el estilo? -insistí-. Después de todo, yo no vi bien la acusación.

-No creo que tengas más de lo que viste -me tranquiliza Villamil, pasándome la colilla encendida. Pero es tan chiquita que me quemo los dedos y tengo que tirarla-. Lo de Estalin es cosa aparte.

-¿Por qué? ¿Quieres decir que él... que Guardiola... mató a alguien?

-No hace falta. Bastó con que montara aquella guardia en la patana.

-¿Qué patana?

-Siempre estás en las nubes. La poesía te tiene medio lelo. ¿Cuál tiene que ser? La que hundieron en la bocana del puerto.

-¿Y eso es algo tan grave?

-Parece que sí. La patana estaba cargada hasta los topes.

-¿Qué clase de carga?

Villamil y Soler intercambiaron gestos de extrañeza. Luego, el primero se encogió de hombros y se volvió a mirarme. Dijo:

-Peces gordos. Varias toneladas de peces gordos. Tú tienes que acordarte del asunto, porque estabas aquí. Fue por el treinta y seis. La gente se negó a comer pescado durante mucho tiempo.

-Sigo sin entender.

-Este chico es estúpido -comentó Soler.

Villamil sonrió con indulgencia y terminó su explicación sobre la patana:

-Verás... La gente se abstuvo de comer pescado por temor a tragarse unas estrellas de oficial del ejército, los entorchados de un marino, o las credenciales de un político. ¿Comprendiste por fin?

Ahora sí había comprendido.

Señalé a Guardiola con un gesto.

-¿Y él, qué hizo?

-Nada. Custodiar la carga. Le tocó guardia a bordo esa noche. ¡El pobre!

Ese día no pude dormir. Ni el siguiente. Esta vez por la saca. Lo que nadie sabía era que Guardiola, al que ni siquiera se habían molestado en llevar al «segundo patio», formaba parte de ella.

Nos enteramos cuando los camiones arrancaron. Su grito fue el más fuerte de todos:

«¡Viva Rusia!»

Fragmento de «La casa de las pulgas», Revista de la Biblioteca Nacional «José Martí», La Habana, 3.^a época, vol. III, 3 (septiembre-diciembre de 1970), pp. 70-76.

-156-

Domingo Fernández Suárez

Sentenciado a muerte en la España franquista (Experiencias)

Bajo el régimen franquista

Así estaban para nosotros las cosas cuando empezó el 17 de julio de 1936 la guerra civil en España. Asturias quedó, menos la capital, en poder del Gobierno. Pero la parte occidental, donde yo residía, pasó enseguida a poder de las tropas de Franco que, procedentes de Galicia, avanzaban hacia Oviedo. Los pacíficos vecinos de las aldeas vivían los primeros días de la guerra sin saber apenas lo que sucedía en España y constantemente alarmados.

Un pequeño incidente, rigurosamente cierto, ilustra esto. Se estaba construyendo una casa en un pueblo y los obreros pertenecían a otras aldeas. La esposa de uno de los obreros, para calmar su ansiedad, envió al hijo a ver cómo estaba su padre. Un joven, de no mucho sentido común, vecino de mi Pueblo, vio venir al desconocido y dio la voz de alarma como si un ejército invasor se acercase. Los vecinos del pueblo huyeron, inclusive los que construían la casa, en dirección al bosque y dando gritos alarmantes. Una vez lejos del pueblo y en la quietud del bosque, un tanto serenados, le preguntaron al que había dado la voz de alarma que cuántos venían. Cuando él dijo que solamente había visto a uno, no sabían si reírse o avergonzarse de lo que acababan de hacer.

El primer paso del ejército franquista fue cambiar las autoridades locales y seguidamente nombrar las milicias de Falange y empezar a actuar. Llamaron a los alcaldes de las aldeas y les dieron ciertas órdenes terminantes. Cuando el alcalde de mi Pueblo (Lendequintana), regresó de aquel tético conciliábulo, reunió al pueblo y le dijo así. «Señores, tengo órdenes de quemarlos a todos si no acatan las disposiciones de las autoridades actuales». Se implantó un régimen de terror y los fusilamientos en masa estaban a la orden del día.

Desde los primeros momentos era del dominio público que yo estaba en la lista de los que serían «eliminados». Los señores curas y sus amigos empezaron a decir que mi vida tocaba a su fin. Efectivamente, comprendí que la muerte se cernía amenazadora sobre mí. Mis padres comenzaron a temer por mi suerte, esperando el día cuando los falangistas llegarían a buscarme y ya sabíamos lo que esto significaba. En cuanto a mí me dije: «Si Dios ha tenido misericordia de mí cuando yo estaba hundido en la perdición, allá en Cuba, no puede ser que se olvide de mí ahora. Si Él quiere es poderoso para salvarme de las garras enemigas; y si por otra parte fuese el designio de mi Señor que yo le glorifique con la muerte, será hecha su voluntad. Por esto no debo angustiarme hasta desesperar». Mi relativa tranquilidad descansaba en la seguridad de que Dios estaba conmigo en aquellas terribles circunstancias. Las semanas pasaban y vi que Dios me estaba protegiendo.

-157-

En el mes de octubre nació nuestro primogénito. Esto complicó los problemas ya existentes. En contra de la voluntad de mis padres, le puse por nombre Samuel. El cura, mis padres y el pueblo, todos esperaban que el niño sería llevado al cura para su bautismo. Cuando vieron que no estaba dispuesto a que el niño fuera rociado, el cura llamó a mi padre y le dijo que no se podía permitir una familia «protestante» en el seno de la otra católico-romana; que era menester que mi padre me obligara a bautizar al niño, o de lo contrario echarme de casa. Mi padre le contestó al cura que no podía complacerle, por cuanto yo era mayor de edad y además era su hijo. Pero mis padres tenían miedo y querían que yo cediese. Pero yo sabía que el cura se valía de las circunstancias para obligarme y yo tenía fuerza de voluntad para no dejarme vencer en aquel caso, aunque me costase la vida.

Por aquellos días surgió otra terrible amenaza, la más seria de todas. El lector recordará al maestro de escuela del pueblo de Serandinas. Este joven se alistó voluntario, desde el primer momento, a las tropas franquistas que procedían de Galicia. Llegó a ser hombre de confianza del teniente coronel Teijeiro y éste le concedió «carta blanca» para regresar a Serandinas y sus términos e imponer su propia justicia. Una de las medidas que tomó fue sujetar a trabajos forzados a todos los hombres que habían ido a oír el Evangelio en las dos ocasiones que se había predicado en Serandinas. Debo aclarar que estos hombres casi en su totalidad eran de ideas republicanas. El joven maestro colocó a los condenados bajo el cuidado de una escuadra de falangistas y él regresó al frente; pero cada quince días venía a inspeccionar las obras que realizaban los padres de los que habían sido sus discípulos.

En una de estas visitas concibió la idea de poner a aquellos hombres a construirle una casa para su amigo, el cura del pueblo. Se fue a ver a éste para ver dónde y cómo quería la casa. En el transcurso de la entrevista el cura le habló de mí y le dijo que aún no me habían fusilado. El maestro casi no podía dar crédito a lo que oía; pero cuando el sacerdote le aseguró que era cierto, le dijo: «Pues yo le juro a usted por mi honor, que si no hay quien haga justicia en su Ayuntamiento yo mismo la voy a hacer por mi mano». Seguidamente llamó desde su cuartel general a un tío mío que residía en Serandinas y le preguntó por mí. Mi tío estaba muy nervioso y se le ocurrió decir que desconocía mi paradero. «Bueno, pues le voy a dar quince días de término para que lo averigüe, y entonces usted subirá conmigo a mi máquina y me llevará a donde está su sobrino. De lo contrario lo quitaré del medio a usted».

Al día siguiente mi tío vino a ver a mi padre y le contó el terrible problema. Todos sabíamos de cuánto era capaz aquel joven exaltado y soberbio. Mi tío dijo a mi padre que no tenía más remedio que traerle a mi casa. El lector podrá comprender cómo quedarían los corazones de mis padres, los que ni siquiera tenían la confianza en Dios que yo disfrutaba. A consecuencia de aquellos prolongados días de angustias, mi padre murió antes de tres años.

Yo comprendí que solamente la intervención de Dios me podía librar de la ira -158- de aquel joven maestro. Pero, ¿no era evidente que Dios me estaba protegiendo? Indudablemente que para mí era manifiesta la protección de mi Padre Celestial. Confiando en mi Señor esperaba que llegase el día señalado para mi muerte. El día llegó, y pasó, y el verdugo no vino. Pasaron las semanas, los meses y los años y aquel hombre no volvió más a Serandinas ni nadie ha podido decir qué fue de él. El joven estaba resuelto a matarme y uno mayor que él no quiso permitírselo y me parece que en su visita al frente de batalla alguna granada lo destrozó.

Algunas semanas más tarde recibí un aviso del juez para que me presentase en su casa particular. Desde mi pueblo al juzgado había como diez kilómetros. Una vez en presencia del juez, éste me dijo: «Acabo de venir de Oneta (un pueblo cercano). Allí se reunieron ocho curas (me dijo quiénes eran) y han estado considerando tu caso. Tomaron el acuerdo de ir una comisión a pedirle al comandante militar de Navia que te fusile. Te aconsejo que huyas o te escondas porque ahora te van a matar». El juez sabía bien lo que representaba una denuncia del clero en masa.

Por mi parte, después de darle las gracias al juez, le dije que no estaba dispuesto ni a huir ni a esconderme. «Usted sabe -le dije- que yo no tengo delito de ninguna índole, y no voy a darle el gusto de que me cacen huyendo; si me quieren matar me hallarán en mi casa.» Regresé a mi hogar con cierta angustiada preocupación, pensando en lo que iba a pasar cuando la Falange llegase a buscarme y yo tuviera que ver, quizá por última vez, a mi hijito Samuel y despedirme de mi esposa y de mis padres y hermanos.

Al siguiente día cuatro falangistas de la Comandancia de Navia recibieron orden de detenerme. Cuando les faltaba cinco kilómetros escasos para llegar a mi pueblo se encontraron con dos carteros rurales, ambos amigos míos y simpatizadores del Evangelio. Los amigos se ven cuando hacen falta. Estos dos carteros me hicieron una defensa que no podría mejorarla ningún abogado. Más o menos dijeron a los falangistas: «Creemos que es injusto lo que se va a cometer con ese joven. Nosotros hemos sido testigos de las conferencias que él ha dado y podemos afirmarles que él solamente habla del Evangelio de Jesucristo, exhortando a los hombres a arrepentirse y ser mejores de lo que son actualmente. ¿Creen ustedes que hay algo de malo en exhortar a los hombres a ser mejores ante Dios y ante sus semejantes?» Los falangistas contestaron: «Hombre, por supuesto que en eso no vemos delito». A lo que respondieron los carteros: «Bueno, pues si ustedes matan a Domingo Fernández sepan que será sin otro motivo y su muerte será injusta».

Con estos informes los falangistas regresaron a informarse con el juez, el que tampoco informó nada comprometedor contra mí, pues sabía bien que aquello no era sino la intriga del clero. Los falangistas en vez de prenderme rindieron informe al comandante militar, el cual decidió dejar las cosas así. Pero esto fue lo que asombró aun al mismo juez, que el comandante no obedeciese el deseo de ocho sacerdotes. El mismo juez, comentando un día el caso con unos amigos, dijo: «Domingo Fernández -159- creará lo que quiera, pero no cabe duda que Dios está de su parte y que lo está protegiendo».

Frente a la muerte

Después de unas semanas de relativa tranquilidad, me avisaron que tendría que ir a la guerra. Esto representaba un grave problema de conciencia para mí. Siempre había predicado que el cristiano no debe matar. Lo creía así. Ahora me llegaba a mí el turno. Si me negaba a ir a la guerra, sería tomado como causa más que justificada para que me matasen. Además, entre los soldados en España existía el robo como cosa corriente. La defensa del robado era robar. ¿Cómo me las iba a arreglar yo? Después de mucha oración sentí que era voluntad de Dios que yo no me negase a ir a la guerra.

Me ordenaron incorporarme a La Coruña en julio de 1937. Allí estuve veinte días. Los hermanos en la fe, de La Coruña, me ayudaron y consolaron en aquellos días difíciles. No olvidaré su hospitalidad. El día que me dieron el uniforme recuerdo que Benito Mayorbe me dijo: «Domingo, no has nacido para esto».

Los primeros días de agosto nos trasladaron de La Coruña a Zamora. Ésta es una ciudad antigua que da la impresión que está compuesta, en su mayor parte, de iglesias y conventos. En Zamora se llevaba a cabo una concentración de reclutas para formar batallones. El cuartel estaba abarrotado de soldados. El primer día que fui al comedor nos dieron una comida con una clase de picante que parecía fuego. A la mayoría nos empezaba a gotear sangre por la nariz apenas comíamos unas cucharadas. Esto se repitió todos los pocos días que nos tuvieron allí.

El agua, que venía del río Duero, por tuberías, estaba sucia, llena de arena y caliente bajo los rayos solares de agosto. Para dormir nos entregaron unas colchonetas viejas que debíamos tirar en el suelo. La primera noche, apenas me acosté y se apagaron las luces de la nave, sentí algo que caminaba por mi cuerpo. Me levanté y encendía la luz; era una nube de chinches que bajaban del techo. Dormir en aquellas condiciones no era fácil para mí.

Los sargentos que nos mandaban nos daban órdenes con una correa en la mano. Yo no estaba acostumbrado a un trato así. El segundo día en Zamora leí el Salmo 25 y hallé estas palabras que expresaban mi situación: «Mírame y ten misericordia de mí: porque estoy solo y afligido».

Al tercer día nos leyeron un papelito que contenía la fórmula para la ceremonia del acto de jurar bandera. Decía así: «Juras defender esta bandera y si necesario fuese dar por ella hasta la última gota de tu sangre». La respuesta debía ser: «Sí, lo juro». ¿Debía yo jurar lo que no sentía en lo más mínimo? Aquello era para mí un atropello y una humillación a mi conciencia. ¡Qué días aquellos!

Afortunadamente, pasados seis días nos sacaron de allí, nos embarcaron en trenes y llegamos a Segovia, de donde nos condujeron en camiones a un pueblo de la -160- misma provincia llamado Matabuena. ¡Nunca podré olvidar aquel pueblo situado al pie del Puerto de Navafría y cerca del Puerto de Somosierra!

Al llegar a Matabuena, la tarde del 11 de agosto de 1937, las autoridades obligaron a los vecinos a sacar las vacas de los establos para alojarnos a nosotros allí. Cuando vi que nos metían en un establo de vacas sentí bastante humillación, pero es que ignoraba lo que me esperaba en los campos de batalla. Al día siguiente empezamos la instrucción militar.

El día 15 de agosto era domingo. A las siete y media ante meridiano tocaron la corneta. ¿Para qué aquel toque? Un grave presentimiento pasó por mi mente. ¿No sería para ir a misa? Pregunté a los sargentos y ellos me dijeron que todos teníamos que ir a misa. Entonces les dije: «Yo soy evangélico y no creo que sea un medio de rendir culto a Dios y quisiera que se me eximiese de ir a ella».

Después de un intercambio de preguntas y respuestas, uno de los sargentos se fue a presentar mi caso al teniente jefe de la compañía a la cual yo pertenecía. Cuando regresó me dijo: «¡Oye! ¿Sabes lo que dice el teniente? Que tú debes ser un loco; que el negarse a ir a misa es como declararse enemigo de Franco y causa suficiente para pegarte dos tiros. Aquí estamos luchando por España, por Franco y por la religión católica-romana, y si quieres bien, y de lo contrario lo mismo, tienes que ir a misa».

Le respondí: «Tenga la bondad de decirle al teniente que no voy a misa ni por la buena ni por la mala. Ni el teniente ni Franco ni nadie me puede obligar a creer lo que yo no quiero creer».

«Entonces, ¿te niegas terminantemente a obedecer las órdenes superiores que te ordenan ir a misa?», me contestó el sargento, y le dije: «Sí, señor, en asuntos que competen a mi fe no obedezco más órdenes que las de Dios».

El sargento se fue nuevamente a ver al teniente y pronto aparecieron ambos. El teniente venía iracundo. Aquello era para él una insubordinación de un soldado a las órdenes de una superioridad. Tan pronto me vio de lejos me llamó con voz de ira. Una vez cerca, me ordenó cuadrarme al tiempo que me decía:

-¿Es usted protestante?

-Evangélico, sí, señor.

-¿Se niega usted terminantemente a ir a misa?

-Sí, señor.

-Pues sígame.

Me llevó a cincuenta metros y me ordenó cuadrarme ante el muro de piedra de una era. Entonces el teniente llevó su mano derecha a la pistola al mismo tiempo que con la izquierda comprimía fuertemente la frente como si alguna nueva idea le asaltase de pronto. Fue una cosa rápida. Quitó la izquierda de la frente y la derecha de la pistola y me ordenó permanecer allí, mientras él se marchaba. Volvió pronto. Me ordenó retirarme al establo, pero había tanta ira en su mirada y en su orden que comprendí -161- lo serio de mi situación. Tratando de ganarme la simpatía de él me ofrecí voluntario para hacer la guardia por el soldado que le correspondía para que éste fuese a misa y se me aceptó.

¿Adónde fue el teniente durante los cinco minutos que me dejó cuadrado ante el muro?
¿Por qué no me mató? Yo no lo supe entonces; pero seis meses después me lo dijo el propio teniente. El lector lo sabrá más adelante.

El problema de conciencia para mí no estaba en ir a la iglesia, sino que una vez allí tenía que hacer lo que hacían mis compañeros. ¿Debía yo arrodillarme ante una oblea de harina como si la misma fuese Dios? No debía hacerlo.

Aquel día, en medio del ambiente caldeado, sentí la presencia de Dios y sentí que Dios estaba satisfecho con mi actuación. Parecía que oía una voz interna que me decía: «Glorifícame y yo te defenderé». Después de aquella prueba estaba dispuesto a ser fiel a mi fe y a no avergonzarme de mi Dios jamás. Debo añadir que cuando pensé que en aquella era de Matabuena había llegado el último segundo de mi peregrinación por este mundo, sólo una cosa me preocupaba: mi hijito Samuel, que sólo contaba diez meses. Por lo demás, confieso que moría tranquilo y seguro de que me esperaba una vida llena de felicidad eterna. Mi conciencia estaba tranquila y creo que otras veces me angustié más por cosas de poca importancia.

La noticia de lo que había ocurrido con un soldado de la Tercera Compañía corrió como un reguero de pólvora entre civiles y militares. Por dondequiera que iba, en las horas libres, me señalaban con el dedo. Entre mis compañeros los más atrevidos me preguntaban qué cosa era lo que yo creía. Esto me daba oportunidades para hablarles del Evangelio. Entre los soldados había unos pocos que me admiraban, los que no simpatizaban con Franco. En el fondo ellos se alegraban de que yo no hubiese obedecido las órdenes de ir a misa, pero se guardaban de manifestarlo en público por temor.

El soldado que hacía de secretario del teniente, que allí se le denominaba «escribiente», era miembro activo de Acción Católica. Aquel joven se molestó tanto porque no me obligaron a ir a misa, que no sólo me perseguía él, sino que procuraba poner a todos los soldados en contra mía. Cuando alguno me preguntaba acerca de mi fe, si el escribiente me veía contestando se ponía furioso. Un día fue ante el propio capitán y le dijo que yo estaba infiltrando mi doctrina entre los demás soldados; que era indigno del ejército de Franco que un hombre se negase a ir a misa y se saliese con la suya. Que estaba bien que en mi casa o fuera de España yo creyese lo que me pareciera, pero no allí. El capitán no le hizo caso. Mi situación era en verdad muy crítica.

Aquellos días les puse fecha a varios versículos como éstos, de los Salmos: «Ten misericordia de mí, oh Dios... porque en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas

me ampararé hasta que pasen los quebrantos» (Salmo 57: 1). «Librame de mis enemigos, oh Dios mío: ponme a salvo de los que contra mí se levantan» -162- (Salmo 59: 1). «Yo estoy afligido y menesteroso; apresúrate a mí, oh Dios, ayuda mía y mi libertador» (Salmo 70: 5). «Salva tú, oh Dios mío, a tu siervo que en ti confía. Ten misericordia de mí, oh Dios: porque a ti clamo todo el día. Alegra el alma de tu siervo» (Salmo 86: 2-4). «Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar. Éste es mi consuelo en mi aflicción... los soberbios se burlaron mucho de mí» (Salmo 119: 49-51). «¿Cuándo me consolarás?» (Salmo 119: 82). «Mírame y ten misericordia de mí, como acostumbras con los que aman tu nombre» (Salmo 119: 132).

Todos los días de doce a una y media teníamos tiempo libre. Yo me iba a uno de los potreros (prados) que abundan mucho en Matabuena y allí leía mi Biblia y repasaba mi himnario; a la sombra de viejos robles. El día 2 de septiembre leí el Salmo 137 y subrayé el verso 1, que dice: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y aun llorábamos acordándonos de Sión». Yo también lloraba dentro de mi corazón pensando en América y considerando que «mi vida estaba entre leones», decía: «Quién me diera alas como de paloma, volaría yo y descansaría».

Uno de los medios de que se valían para amargarme era el desprecio y la burla. Nunca me llamaban por mi nombre, a excepción de los pases de lista. Entre los sargentos había uno de apellido Flores, natural de Trujillo (Cáceres), la tierra de Pizarro. Cada vez que le correspondía a él la formación de la compañía procuraba llamarme la atención por algo, pero ¿saben cómo? Exclamando: «El que no quiere ir a misa». Él pensaba que me hería con eso, pero se equivocaba. Para mí era un triunfo el que me dijese tal cosa. El sargento comprendió que no me molestaban sus burlas y desprecios, y un día, mientras estábamos en un bosque en ejercicios de maniobras, él me dijo: «Fernández, dígame qué cree usted. Porque he estado tratando de mortificarlo y me parece que no he logrado mi objetivo». «Efectivamente -le dije- usted no lo ha logrado». Entonces tuve oportunidad de explicarle lo que yo creo. Finalmente me dijo que si tal cosa creía yo, él no podía decir nada en contra. Comprendí que ignoraba lo que creíamos los evangélicos.

No me volvió a mortificar más. Al contrario, poco tiempo después tuvo él un disgusto con unos cabos y éstos le amenazaron con darle un tiro a traición en la primera batalla. No se lo dijeron con todas las letras pero él lo entendió. Entonces Flores me llamó y me dijo: «Mire, Fernández, me han amenazado de muerte y quisiera que usted me cuide de lo que esté de su parte el día que tengamos la primera batalla». Éste es un hecho significativo. Allí había en nuestra compañía ciento cincuenta hombres. Solamente yo era evangélico, y este sargento, católico fanático, venía a mí buscando protección; no confiaba en los de su misma religión.

No digo esto para mi gloria, sino para la gloria de Dios. El mismo sargento me concedió la oportunidad en otra ocasión de predicarles durante una hora a tres sargentos. Ellos convinieron en que lo que yo les decía era bueno y era la verdad.

Cierta vez que me enfermé fui al botiquín, pero con la mala suerte de que no -163- estaba el médico, y el enfermero de mi compañía me ordenó marcharme hasta nueva orden. Después de la comida fue adonde yo permanecía acostado y me dijo: «Fernández, esta noche tienes cuatro horas de guardia, desde las doce hasta las cuatro de la madrugada». Le

pregunté que cuál era el motivo y me dijo: «Porque te has apuntado al reconocimiento sin estar enfermo». Aquello era una venganza porque yo no iba a misa y era una injusticia. Traté de defenderme y me amenazó con doblarme el castigo.

Cuando vino mi cabo y le conté lo que me sucedía con el enfermero, se indignó. Mi cabo sabía que yo estaba enfermo y sabía que no me hacía el enfermo para evitar la instrucción. Éste se dispuso a defenderme. Llamó a sus compañeros y les presentó el caso. Todos convinieron en que era una venganza que no se debía tolerar. Presentaron el caso a la compañía y nadie alzó la voz en contra mía. Entonces se fueron a buscar al enfermero y en presencia de todos los soldados mi cabo le dijo: «¿Por qué has puesto a Fernández cuatro horas de guardia?»

-Porque no está enfermo -contestó.

-¿Y quién te ha dicho a ti que no está enfermo? Si tú eres el que nos vas a curar a nosotros y empiezas así, vas a terminar muy mal y tienes que saber que Fernández no hará las cuatro horas de guardia porque toda la compañía está dispuesta a que no se consume esa pobre venganza con un enfermo.

Y no tuve que hacer la guardia aquella madrugada.

Sentenciado a muerte en la España franquista (Experiencias), La Habana, Imprenta Agramonte, 1946, pp. 29-42.

-164- -165-

Ensayo

Herminio Almendros

Martí, innovador en el idioma

De la riqueza, el arte y el dominio del idioma que en Martí admiramos, se han dicho elogios en tonos y modos distintos según el mérito que han dado en resaltar quienes le han elogiado: «auténtico renovador de la prosa castellana»; «artista supremo»; «de estilo original inconfundible»; «gran artista de la palabra»; «el de más deslumbrante don de frase»; «creador de propios medios de expresión, de lengua y estilo»; «supremo varón literario»... Sería largo apuntar tanta alabanza; pero he aquí, por fin y resumen, aquello del escritor español Díaz Plaja, reproducido en libros distintos y que copio del suyo El poema en prosa en España: «Pero el enlace con el modernismo no nos lo da Montalvo, sino Martí, ese gigantesco fenómeno de la lengua hispánica, raíz segura de la prosa de Rubén y, desde luego, el primer 'creador' de prosa que ha tenido el castellano». Muy parco se ha sido en España en reconocer los altísimos méritos de Martí, pero el elogio de Díaz Plaja nos parece nacido de un auténtico e irrefrenable entusiasmo. No osaría uno ni tocarlo; sin embargo, no puede menos que pensar: ¿Raíz segura «sólo» de la prosa de Rubén? ¿Cómo habría sido también el verso del gran poeta sin Martí? ¿Por qué el primer «creador» de prosa, y no de idioma? ¿Y por qué las comillas en lo de creador?

No son por cierto iguales, ni lo han sido sin duda en cualquier tiempo, la prosa escrita y la lengua hablada, pero aquella es reflejo de ésta, como arte derivado de ella. Hoy sentimos que la diferencia entre una y otra se va achicando cada día más. Leyendo escritos de los tiempos preclásicos tenemos la impresión como de una expresión renqueante, y así, tarda y tropicada caminaría y progresaría la lengua hablada común. En inmediatos tiempos anteriores a Martí la prosa era, en general, aunque correcta, ordinaria, invertebrada, bien avenida con el descuido y el desaliño, como sería el hablar corriente. ¿Qué cambios, qué germinar poderoso, qué vientos removieron y empujaron para que tiempos de castellano indeciso y moroso se abrieran floridos en arte literario de época clásica? ¿Qué hubo de pasar para que el castellano común escrito -y el hablado-, reumático y sin distinción, cobrara en América en el último cuarto del siglo XIX una agilidad y un vigor nuevos, se orea y se llenara de luz, se preciara de parecer bien, decoroso y noble, y creciera y se ensanchara como para poder abarcar un mundo nuevo? Ese crecimiento y ese florecer del -166- idioma, cambio constante que a veces fuerza el paso, ¿no es en sí un proceso de creación? ¿Espontánea creación del idioma? ¿O quién crea en él y lo transforma? ¿Y cómo? Cosas son ésas que uno trata siempre de explicarse.

Uno concibe el idioma como una entidad sui generis, un curioso organismo que, claro está, no funciona y vive por sí, sino que vive y funciona en la mente y en el comportamiento de los que lo usan y ejercitan, que son los que insensiblemente lo amoldan de continuo, lo fuerzan y ensanchan y lo van creando con el uso. ¿No hubo creación patente del idioma en aquel final de siglo en que floreció el llamado modernismo? ¿No fue creador de lengua Martí, «gigantesco fenómeno» de aquel proceso? ¿Quedó tan sólo como algo mudo e inerte, en las páginas de su prosa y de sus versos, lo que él dijo de manera original y nueva? ¿Quién de los cultivados de América que han hablado y escrito después no ha consumido con algún elemento, algún giro, algún eco de aquel vigoroso y galano modo de decir que sembraron por estas tierras Martí y otros innovadores en la prosa y en el verso? Además de la colectividad en general que se sirve del idioma y lo maneja, adapta y cambia, ¿no hay individuos especialmente dotados que innovan en él con artes personales? Del idioma hablamos como si él fuese algo concreto o manifiestamente definido, y, sin embargo, luego nos damos cuenta de que apenas lo podemos concebir como una entidad vaga, sin

contornos, sin sostén radical. Los elementos están ahí como los ha ordenado y clasificado el hombre en los diccionarios y en las gramáticas; pero las palabras mismas no dicen en sí nada concreto y definido; son posibilidades de significado, y sólo lo adquieren cuando alguien las dice para comunicar algo a alguien en una situación determinada. ¿Cuál es la realidad del idioma? ¿Dónde está y aparece realmente como nacido y vivo, si no es cuando toma forma y se actualiza en el acto de hablar? El decir de un individuo, el habla, es, por tanto, la radical realidad idiomática. Para manifestar lo que piensa, lo que quiere, lo que siente, el hombre utiliza formas del idioma que son como patrones o moldes expresivos que encuentra ya hechos y establecidos en el uso general de la lengua. Personas hay a quienes esos patrones verbales les sirven y aún les vienen holgados para decir su intimidad, sin más perentorias exigencias; pero las hay que aspiran a manifestar modos de pensar y sentir hondamente personales, que no encuentran apropiada expresión en las formas verbales usuales. Entonces violentan las habituales maneras de decir, asignan metafóricamente nuevo sentido a palabras comunes, procuran el encuentro insólito de tales otras, aventuran la originalidad de tal giro sintáctico, el uso novedoso de un término, la modificación de otros, la invención de nuevas locuciones... Claro está que, junto a esta acción individual, y muchas veces dirigiéndola, hay factores de orden general que influyen en el funcionamiento y en la organización de la lengua. No hay que olvidar que ella es un instrumento social, creación colectiva, en relación con los estados y cambios y necesidades de la sociedad, influido por superestructuras culturales dependientes de infraestructuras básicas.

-167-

Los trances y aspiraciones de cambios políticos y sociales en la vida de su tiempo, los progresos técnicos de entonces, los crecimientos culturales percibidos en el pensamiento y en el estilo de distintos países y distintas lenguas, fueron sin duda factores que promovieron en Martí su actitud de innovador en el idioma; pero sus mismas condiciones personales, su singular y gran memoria, su mente tan firme y bien guarnida, su capacidad verbal prodigiosa, las raíces bien seguras con que se basó y creció su lengua materna, hicieron posible aquella gran aventura expresiva. Era él, su tesón, su sentido de la libertad, su pensamiento abundante de intrépido curso jalonado de refuerzos emocionales, su formidable dominio del idioma y su gusto en hacerle adquirir cadencias, sonidos, ritmos nunca sentidos, el ejemplo del inglés, idioma intrépido que llegó a conocer bien, el apoyo en el conocimiento de otras lenguas: francés, latín, griego...; era su singular personalidad lo que determinó, en definitiva, aquella sorprendente obra suya de escritor, «gigantesco fenómeno» de nuestra lengua.

Quienes se dediquen -envidiable empresa- a hacer el estudio amplio y a fondo -aún sólo iniciado- de los recursos, caracteres y casos estilísticos de Martí, hallarán un mundo sorprendente de originalidades felices en su sistema expresivo. Es cierto que el individuo encuentra la lengua ya hecha, y que, con aprender a usarla, expresa las ideas establecidas que las voces y giros llevan a su mente. Parece así como si el que habla, al decir lo que le mueve, estuviera reducido a expresar, con las voces y locuciones adquiridas, meros clisés mostrencos de ideas que la lengua impone, cuando lo cierto es que, en el acto de hablar hay, en unos más, en otros menos, la voluntad de decir no siempre como dicen todos, o como se dice, sino de esforzarse en disponer de palabras, de sintagmas complejos, de giros y estructuras, y de manejarlos y ordenarlos de modo que expresen con carácter personal

matices del sentimiento, de la idea o del gusto. El acto de hablar es así un acto de expresión original, un momento artístico, legítimo en cuanto los demás puedan entender. Ese acto puede llegar a peculiares aciertos de auténtica creación: Martí.

Al margen del manuscrito de Versos libres, Martí escribe: «Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje».

«No se adapta, se innova», dice en otra ocasión; «la medianía copia; la originalidad se atreve».

Quienes se han resuelto hasta ahora a estudiar el arte de la obra escrita de Martí, se habrán tenido que disponer a entrar como en una selva. No les habrán servido de mucho en ella los cartabones de la antigua teoría retórica; por el contrario, cuando hayan intentado recoger y ordenar y sistematizar datos y hechos estilísticos, se habrán hallado como ante una formidable construcción barroca en que los múltiples elementos de la composición rompen de pronto con la norma del conjunto e imponen un sello particular, como obra de la inspiración del momento.

-168-

No es sólo, por ejemplo, que salte a cada paso el adjetivo justo que ilumina con la más viva luz el objeto a que va derecho; es la feliz disposición de ellos, el hallazgo sorprendente de alguno con el que se cierra al final de la cláusula el ritmo y la armonía del conjunto, como en pincelada maestra. De tantísimos casos, no hay ni que escoger, sino echar mano del que se presenta:

El que habla es bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados.

El amo, de espaldas, me cubre con los ojos redondos desde su sillón, de botín y saco negro, y reloj bueno de plata, y la conversación pesada y espantadiza.

Cogemos flores, para Rafaela, la mujer de Ramírez, con sus manos callosas del trabajo, y en el rostro luminoso el alma augusta.

Ya está hueca, y sin lumbré, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde.

De carnes seco, dulce de sonrisa; la camisa azul y negro el pantalón....

¿Será posible distinguir y precisar no ya una norma, sino sólo un asomo de tendencia y regla que expliquen ese feliz acierto en disponer las palabras con el gusto de que vayan

unas antes o después, o la admirable construcción de frases y periodos con la distribución de acentos en una armonía que ilumina la idea y da gozo sentirla?

Es -va también de mera sugerencia al paso- aquella propensión, cada vez más acentuada, a aprovechar la fuerza expresiva de la elipsis, y de ella se encuentran sembrados en los escritos de Martí aciertos sin cuento, como si no fueran, además, intencionados artificios, sino congénitas economías de la lengua, y gusto propio. Natural es que se prescindiera de expresar el sujeto de oraciones en cuyo verbo la desinencia -169- lo revela y manifiesta, y es propio del español el prescindir de él, si no hace falta. He aquí:

Fue (don Jacinto) prohombre, y general de fuego: dejó en una huida confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel.

Sólo hay un pronombre para personificar al protagonista de ese drama en tres líneas. Pero... ahora habla del cura Hidalgo:

Al otro día juntó al Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. El devolvió sus tierras a los indios. Él publicó un periódico que llamó El Despertador Americano.

Cinco pronombres iguales, innecesarios, repetidos uno después de otro. Y, sin embargo, qué vigor de encarecimiento y qué gracia da esa repetición a la cláusula. O véase esta repetición de forma verbal, con igual propósito ponderativo y de sugestión:

Ésta es máquina de hacer seda; ved el hilo, ved la trama, ved el coloreo, ved el estampado, ved ya el pañuelo, que a nuestros ojos hacen, y os dan por unos reales.

No sería mucho tampoco volver sobre la elegante soltura con que Martí construye como nadie frases adverbiales de singular gracia expresiva: ir a millas; llegar a marcha y a galope; cruzar a paso de ansia; subir la loma a zapatos nuevos; ir acercándose a monte puro; andar a paso de monte; llevar a látigo; echar abajo a garfio y a saeta; avanzar a grata sombra...

¡Oh! sí; son inacabables y sorprenden gozosamente, como aquellos menudos caprichos de lengua expedita y graciosa: el diminutivo riíllo; los así formados poetillo y diosillo; el precioso arbolón del cuento «Meñique»...

Gabriela Mistral dice que la originalidad de Martí tiene estos tres trazos: originalidad de tono, originalidad de vocabulario y originalidad de sintaxis.

Aparte el tono, que es como la fuerza y la vibración afectiva del decir, extraordinaria es y libre la sintaxis de Martí; más libre no quiere decir anárquica e infiel al sistema de la lengua; por el contrario, la libertad de la construcción nace como de un -170- arte y donaire, en el que no queda frustrado y manco el significado, sino por virtud realzado. En la sintaxis de vuelos originales está quizás la más firme fuerza creadora del estilo de Martí, y el inspirado hipérbaton, las elipsis, las repeticiones, las cesuras en el ritmo de la frase, «los grupos de acentos, dispuestos vagamente o apiñados de súbito», las inversiones a que lleva el gusto del oído, el refuerzo de una parte de la cláusula a costa de las demás, el traer la luz y rodearla de matices...; todo eso que constituye la dinámica arquitectura original en la prosa martiana, es, creemos, novedad y creación. El idioma aumenta así su capacidad de cambio, se hace más rico en formas, más ágil y mejor servidor; deja en el sistema de la lengua virtudes contra la demasiada rigidez y ejemplos de giros nuevos y de nuevas alas. ¿No es eso auténtica creación en el idioma?

Mas esa sintaxis de vuelos originales en la que reside el mayor mérito del estilo de Martí, se completa con el vocabulario, en el que también amplía y crea. «Usaré lo antiguo -dijo- cuando sea bueno y crearé lo nuevo cuando sea necesario.» «No hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.» Sí, palabras nuevas; y no hay cuidado de que traicione al crearlas el genio de la lengua; su lenguaje se mantiene siempre fiel a un firme sentido idiomático. Ya lo dijo del idioma que había que crear en América: «Lenguaje que del propio materno reciba el molde, y de las lenguas que hoy influyen en América soporte el necesario influjo». Está bien claro.

Martí conocía muy bien su idioma, que era firme sostén de su pensamiento e instrumento de que podía servirse y se servía como de brazo fiel. Lo había aprendido de sus padres, españoles; lo había pulido y le había sentido el gusto con su maestro Mendive; vino a afirmarlo luego en el habla de España, sobre todo en la de Aragón, en su germinal estancia en Zaragoza; lo enriqueció hasta lo increíble con sus lecturas de clásicos y modernos, ayudado de su prodigiosa memoria, y lo hizo mutable con moldes legítimos del castellano y de lenguas clásicas y con el ejemplo de otras modernas. Además del genio revolucionario, era también suya una inteligencia verbal privilegiada. Con aquella firme y amplia base, la formación de palabras era en su ánimo cuestión de ruptura con trabas escolásticas, y de decidido impulso de libertad junto a su profundo sentido de la lengua.

En el prólogo al Poema de Niágara, de J. A. Pérez Bonalde, escribe: «Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia y la castiga; que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor o de pintor».

Y en sus cuadernos de apuntes se leen notas como ésta: «En las palabras hay una capa que las envuelve, que es el uso: es necesario ir hasta el cuerpo de ellas. Se siente en este examen que algo se quiebra, y se ve lo hondo. Han de usarse las palabras -171- como se ven en lo

hondo, en su significación real, etimológica y primitiva, que es la única robusta que asegura duración a la idea expresada en ella».

Con ese sentido reverencial del idioma, su aventura de nuevas construcciones sintácticas, como de formación de palabras, no obedecía, claro está, al capricho, sino al trance de decir algo o destacar algún matiz, y a la precisión de hacerlo con giros y voces que mantuvieran fidelidad a la estirpe de la lengua. ¿Normas? No, no es cuestión de reglas pensadas y obedecidas, que tienen poco que ver con la naturaleza y el funcionamiento del idioma. La lengua no es, por cierto -permítasenos esta leve digresión-, un sistema que la mente hace funcionar por los patrones demasiado formales y rígidos que ha logrado aislar en él, con mayor o menor fortuna, la gramática; la lengua es un hecho exterior al individuo, creación social que se impone a éste por la fuerza del uso colectivo y que ha de aprender en lo que oye decir, y ha de usar en trato e intercambio con los demás. Sería mucho pretender que ese complejo instrumento de creación y uso colectivo, que cada cual ha de emplear en servicio del pensamiento y de la vida, fuese un tejido verbal sometido a pautas uniformes, a las que cada uno hubiera de atenerse al hablar. La verdad es quizás otra, que nos muestra una realidad más dinámica y viva, menos dirigida por reglas previstas que impulsada por mecanismo en gran medida inconsciente.

Es la lengua un sistema cuyos elementos se presentan relacionados por afinidades y repulsiones; se acercan y convienen unos con conformidad de los que hablan, como si hubiesen acordado dar por buena esa unión, y se rechazan otros en un enlace imposible. En el sistema del habla existen entre las palabras como afinidades electivas, así como repugnancias que las hacen incompatibles. Y esa dinámica interna de atracción y de repulsión en que se sustenta el andamiaje del idioma, la siente y la percibe el que habla como sensibilidad lingüística que ha ido penetrando y germinando en él conforme ha ido apropiándose del idioma en la imitación y la práctica y no con el aprendizaje de reglas. Con la lengua materna, aprendida como la aprende el niño antes de ir a la escuela, penetra ya en él como un sistema de reflejos verbales organizados, mucho más seguros y fieles que los que pretenden imponer artificiosos métodos gramaticales. El que habla responde de manera automática a ese acuerdo entre las palabras y esquivo con seguridad el aparcar las que se repelen; complicada y sutil relación de las formas verbales que se efectúa de manera desembarazada y admirable en el acto de hablar.

En el sistema de la lengua las relaciones entre las palabras exigen en ellas adecuadas estructuras sintácticas y variaciones morfológicas, relaciones que resultan de concordancias y oposiciones en lo que las palabras designan o significan. Y el que habla emplea esta compleja y sutil trama sin que de ordinario se dé cuenta del admirable artificio de construcción que hay en ella; sin percibir conscientemente más que los sonidos, con una especie de instinto analógico o espíritu de la lengua, llámese -172- como se quiera, capacidad al fin, adquirida a la manera como se fijan en el comportamiento los usos: por la práctica de lo convenido y aceptado por todos.

Ese espíritu de la lengua, que se adquiere aprendiéndola y usándola; ese mecanismo asociativo o virtud analógica, es lo que permite que almacenemos en la memoria un caudal considerable de voces con las que decimos lo que es necesario o lo que se nos antoja; pero además hace posible que contemos también con un amplísimo vocabulario potencial, de

palabras que no usamos, e inclusive que no se usan, y cuyo significado nos es claro. Por ese sentido idiomático de analogía puedo entender el significado de la voz gordez, referida al atambor de la conseja del Rey Sabio, por asociación a delgadez, vejez, rojez... o de la voz perecear, si haraganear es hacer el haragán, y holgazanear es hacer el holgazán, puedo inducir, ayudado también por el contexto de la frase en que la palabra está usada, que perecear será hacer el perezoso...

Ese sentido idiomático de la analogía uno percibe que lo poseía Martí tan lozano y rico como íntimamente conocido y riquísimo poseía su idioma, y lo manifestaba vivo y pronto, a flor de su portentosa capacidad expresiva de verba justa a la vez que libre y lujosa, en la que saltaban voces nuevas, construidas cuando hacía falta. Al final de su libro Vida de don Quijote y Sancho, pone Unamuno un vocabulario con unas cuantas voces -dos docenas- que, según él, no se encuentran en la última edición del Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española -la que él manejaba en 1905 cuando escribió su libro-, y que tampoco son de uso corriente entre escritores. De esas voces sacamos como ejemplos estas dos: pedernoso y sotorreírse. De ellas dice Unamuno:

PEDERNOSO: «Ésta es la otra voz que he inventado, por analogía con pedernal y empedernido. Equivale a pétreo, que no me gusta, y es muy fácil que haya sido usada».

SOTORREÍRSE: «Es voz que he formado yo para decir reírse so capa, reírse entre dientes».

Amplia y laboriosa tarea habría sido para Martí, de haber podido hacerla, el haber reunido y expuesto, como Unamuno, las voces que inventaba; las que, igual que Unamuno, usaba por haberlas oído al pueblo, o sacaba a luz nueva con avivadas significaciones, o construía y creaba con fino sentido analógico, y que no se encontraban en los diccionarios de la lengua. Habría sido, sí, labor amplia, pues Martí se servía bien del idioma hecho, pero lo obligaba a la vez a no ser rígido, a hacerse, como el hierro al fuego, capaz de adquirir nuevas formas, y en eso era de una decisión de ánimo ejemplar y de una fenomenal abundancia.

He aquí una serie de voces, apuntadas de aquí y de allá en la lectura de páginas de Martí. Son voces poco usadas, o voces nuevas formadas por el escritor; voces que -173- no están en los diccionarios de la lengua, y que son muestras de nuevos vocablos con que contribuía a la innovación en la lengua como creador ejemplar. Juan Marinello ha señalado ya la abundancia de palabras como recién acuñadas que sorprenden, audaces, en las páginas de Martí. Nosotros no hemos incluido en este vocabulario muchas de las que hemos ido apuntando, que si son de muy escaso uso, han tenido vida en pasadas épocas, o la tienen tan sólo en regiones restringidas de América. Asimismo hemos eliminado las usadas con original sentido figurado -en verdad numerosas-, pues habría sido quehacer de nunca acabar el intentar registrarlas, y también palabras usadas en su prístino sentido, como, por ejemplo, rebañar, en la frase... «un arzobispo galán, que viene de Londres a rebañar damas...» (T. 9, p. 455).

En la amplia relación de voces que en parciales lecturas hemos ido apuntando, reducida a la que viene a continuación, hemos advertido la abundancia de las derivadas con función adjetiva, y, en ellas, como una preferencia por las formadas con el sufijo -oso/a. A veces

porque el adjetivo terminado en -oso, -osa determina con más precisión que los demás adjetivos ya formados. Se fija Martí en una caja sucia de una capa de polvo, que hay sobre una consola, y dice que hay una caja ¿polvorosa?, ¿Polvorienta? No; una caja polvosa, o con polvo por encima, como una caja con moho sería una caja mohosa. Aparte casos así, de precisión semántica, los demás con ese sufijo los consideramos como preferidos por mero gusto: amarilloso, haraposo, alborotosos, cienoso, invernosos, perfumoso, festosa, marginosa...

FESTOSA: «...la festosa muchedumbre que llenaba las calles...» (T. 10, p. 78).

CIENOSO: «...ese color cienoso que Meissonier emplea en sus cuadros...» (T. 19, p. 318).

PERFUMOSOS: «...la vaga columna de humo de su tabaco permuso» (T. 9, p. 362).

MOMENTOSA: «...para la comida del mediodía, que era la momentosa, ¡qué pavo y con qué adornos!» (T. 10, p. 128). Importante, sustancial. «...se entran (los alumnos) en su discurso por las más severas cuestiones del momento y por otras de física y de psicología, momentosas siempre» (T. 8, p. 441).

TORTUGOSOS: «...alemanes cuadrados y tortugosos...» (T. 10, p. 144). Tardos, pesados, como tortugas.

AJARIOSO: «Vinieron aquellos días en que la tristeza prestó la hermosura que casualmente falta a este pueblo ajarioso de los Estados Unidos» (T. 13, p. 164). Agitado y discordante.

INVERNOSOS: «Como se dan a la libertad los pueblos oprimidos, así a la luz los pueblos invernosos» (T. 9, p. 458).

CUIDOSAS: «Como se lleva un niño tierno en las cuidosas manos...» (T. 16, p. 134). Cuidadosas (siglos XVI y XVII).

-174-

ASPOSA: «...unos músicos pálidos entonaban una Lucía asposa y famélica» (T. 11, p. 123). Maltratada, quejumbrosa.

TAMAÑUDO: «...y lo más numeroso y tamañudo es lo que les parece más eficaz» (T. 10, p. 108).

SENUDA: «...al ver pasar senuda moza...» (T. 15, p. 143). Como cabezuda, de cabeza grande, senuda, de seno grande.

SELVUDOS: «...árboles selvudos a que se abrazaban...» (T. 9, p. 354). Selvosos, propios de la selva.

OGRESCAS: «Hay naturalezas ogrescas, que necesitan ver la sangre» (T. 19, p. 317). De ogro.

IDOLESCO: «...de rostro idolesco» (T. 19, p. 52).

NIÑESCOS: «...niñescos y colosales a la par...» (T. 10, p. 144). Como niños.

SERMONÍACAS/CATECISMALES: «...que no les enojen con pláticas sermoníacas de virtudes catecismales...» (T. 10, p. 60). Por analogía con voces como demoníaco (de demonio), y bautismal (del bautismo) se forman sermoníaco (de sermón) y catecismal (de catecismo).

VOCÍFEROS: «...alegre el cielo parece lleno de espíritus vocíferos que invitan a la animación...» (T. 9, p. 300). De vociferar, o hablar a grandes voces.

TERRÍVOROS: «...como los terrívoros, los que acaparan, para mera especulación la tierra pública...» (T. 9, p. 359). Como carnívoros, comedores de carne, terrívoros, en sentido figurado, comedores de tierras, acaparadores de tierras.

ANTIÁTICA: «...entre la muchedumbre antiática de las calles...» (T. 16, p. 237). Falta de delicadeza.

REGÍMANOS/TEÓLATRAS: «...que vino a defender de regímanos o teólatras al hombre libre...» (T. 12, p. 257). Fanáticos del gobierno y el poder y adoradores de dioses.

MANDARIEGA: «...las libertades racionales sujetas a conveniencias y caprichos de gente mandariega...» (T. 14, p. 502). Mandona, dada a mandar.

AFINOJADA: «...era el obispo que se entraba caballero en un caballo negro por entre la grey afinojada...» (T. 9, p. 456). Afinojada, ahinojada, puesta de hinojos, arrodillada. Voz usada del siglo XV al XVII.

BLANDÍLOCUO: «...no había en Guatemala un hombre más bello, cortés y blandílocuo que el ministro de la Guerra...» (T. 8, p. 105). De blando hablar o hablar suave.

PROCLAMARIA: «...no la libertad nominal, y proclamaria, que en ciertos labios parece lo que la cruz de Jesús bueno en los estandartes inquisitoriales...» (T. 2, p. 318). De proclama tan sólo.

ETERNADOR: «...estudiantes nobles roídos del apetito eternador de la verdad...» (T. 15, p. 372). Que hace eterno, eternizador.

-175-

FESTUAL: «Y cuando se reúnen los hombres en torno a una mesa festual...» (T. 12, p. 376). Por analogía con voces como ritual, anual, se forma jestual, de fiesta.

POÉMICO: «...la excelente escuela de indios de Carlyle, en que se están fundiendo las dos civilizaciones con cierto color poémico...» (T. 11, p. 153).

AURIALADO: «...el armonioso y aurialado poeta inglés Keats...» (T. 13, p. 433). De auri, forma prefija del latín aurum: oro, y alado: de ala de oro.

OMNICURANTES: «...vendedor de baratijas, piedras mágicas y medicinas omnicurantes...» (T. 9, p. 90). De omni, todo, y curante, que cura. Curalotodo.

AURITENIENTE: «...y esta nueva realeza de que todo hombre vivo, guitón o auriteniente, forma parte...» (T. 10, p. 184). Vagabundo o adinerado.

GANSESCAS: «...lo que deja a estas gentes gansescas muy llenas de halago...» (T. 10, p. 109). Que se manifiesta con gansadas o sandeces.

REYECÍA: «...han dejado de ser esclavos de la reyecía...» (T. 7, p. 237). Monarquía, realeza.

HOJERÍO: «...se ve en los poetas verbosos, en cuyo hojerío lo ideal se diluye...» (T. 10, p. 63). Hojarasca.

FRIVOLEOS: «...estos reboses de júbilo, y desperezos y alborotos del cuerpo en el invierno entumecido, y frivoleos y son de amores...» (T. 9, p. 461). Aunque derivado de frívolo, no son frivolidades.

COLEGIAJE: «...era Henry Garnet, que vuelto de trabajoso colegiaje lucía por vez primera en público sus facultades oratorias» (T. 13, p. 235). Como coloniaje, período de tiempo en situación colonial, colegiaje, período de tiempo colegial, en el college o universidad.

PEPISABIDILLO: «...como los hombres que saben no son por el hecho de saber, pepisabidillos» (T. 8, p. 444). Si hay marisabidilla, mujer presumida de sabia, puede haber también pepisabidillo, hombre presumido de sabio.

BLOQUEADAS: «...un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes bloqueadas» (T. 13, p. 140). Por bloques enteros.

NONENTE: «No es Harrison el presidente libre, sino el nonente tímido a quien llevará Blaine por sus pasiones, que son muchas, a la política sin escrúpulos» (T. 12, p. 134). De non y ente. Persona poco firme; de poco espíritu.

NATIVEZ: «Tiene los desdenes, la penetración, la ingenuidad, la audacia, la dureza, la nativez del pueblo en que ha nacido» (T. 10, p. 187). Condición nativa.

ENVOLVIMIENTO: «De la rudeza patriarcal por despacioso envolvimiento, los pueblos del mundo han venido espiritualizándose y puliéndose» (T. 8, p. 187). Del mismo origen que evolución.

-176-

CRIAVIRTUD: «...la comedia nueva Little Ford Fauntleroy que es un gusto del alma, una dedada de miel, una criavirtud...» (T. 12, p. 139). Que hace virtuoso, que es edificante,

DEGREGACIÓN: «...con degregación de los republicanos deshechos entre sí...» (T. 12, p. 132). Degregar: apartar de la grey. Usado en el siglo XV, Cancionero de Baena.

MENUDEZ: «Jamás sufrimientos del hombre honrado, ni celestiales dolores de mártir, fueron contados con mayor menudez que las palabras y actos de este reo...» (T. 9, p. 319). Minuciosamente, o por lo menudo.

DUEÑEZ: «...los republicanos, que lo ofenden con sus alardes de dueñez...», (T. 9, p. 349). Condición de amos o dueños.

LECTURISTAS: «...a los lectores que bien pudieran por cuanto a cosa tan nueva como ésta, y tan especial y genuina, llamarse lecturistas, debe llamarse con palabra nueva. Y lector es el que lee, y principalmente lee lo ajeno, en tanto que el letrista no lee generalmente más que lo suyo» (T. 9, p. 47). Del inglés letrist: conferenciante que lee.

ESTATUADOR: «Como un estatuador un Cristo roto» (T. 16, p. 218). Que hace estatuas, estatuario.

HONDEZA: «Hablo de esa fuerza de la doctrina, de esa hondeza de pensamiento...» (T. 19, p. 449). Si hay alteza por altura, ¿por qué no hondeza por hondura?

PRIMERÍAS: «Y así se mezclan aquí... las primerías feroces de la vida virgen...» (T. 9, p. 457). Lo opuesto a Postrimerías. Usado del siglo XII al XV y por Fray Luis de León. Primer período de algo.

PUGILADOR: «Funerales excesivos de un Pugilador» (T. 13, p. 246). «Portero hay de ayuntamiento que fue pugilador de fama» (T. 9, p. 415). Púgil o pugilista.

TIGRAL: «para vivir en un tigral...» (T. 16, p. 223). Lugar de tigres.

ANTAÑERÍAS: «Se dan clases de Geografía Antigua, de reglas de Retórica y de antañerías semejantes en los colegios...» (T. 8, p. 298). Antiguallas, cosas de antaño.

BERBEDERÍA/SEDENTALES: «Iba de bebedería en bebedería, pagando de beber a todos los sedentales» (T. 10, p. 41). Bebedería, taberna; sedentales, sedentes, o que están sentados.

VERBAJES: «Ni partículas ni verbajes...» (T. 10, p. 327). Se refiere a que no hay que enseñar minucias gramaticales ni metas palabras: palabrería.

CUELLIPARADOS: «...magníficos cuelliparados del patriotismo...» (T. 4, p. 303). En sentido figurado, gallardos, valerosos dignos. Cervantes, en el Viaje al Parnaso, usa cuellierguido, por tieso y levantado de cuello.

CAZANUBES: «...en nuestro tamaño real que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni - 177- de salmodista, ni de melómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero» (T. 4, p. 278). Quimerista.

ALZACOLAS: «...a lindoros, a olimpos, y alzacolas, les diremos» (T. 4, p. 278). Aduladores, servilones.

FILOCLASTAS: «...esa generación pueril de filoclastas que anda, por esclavitud de la moda, con traje de cinismo» (T. 11, p. 235). Dados a negar y destruir.

TRENODIA: «...la mística trenodia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln» (T. 13, p. 134). Como salmodia es canto para los salmos, trenodia es composición de trenos o lamentaciones.

VINERÍA: «La vid crece allí de manera, y de tan ricas uvas, que, con poca labor de vinería, van a obtenerse sólidos y gratos vinos» (T. 8, p. 297). Arte de hacer vino.

SUBSERVIENCIA: «...que mantenían la política gamonal, de disciplina, acometimiento y despojos, de subserviencia de sus adversarios...» (T. 10, p. 205). Del inglés subservience: sumisión, subordinación.

COMEDIFICAR: «...pero no sabe todavía esta obra lastimante y dolorosa de comedificar un alto espíritu» (T. 15, p. 40). Puede significar moderar, contener, comedir, significación que tuvo comediarse desde el siglo XVIII.

ENFORMAN: «...y la idea humana misma, que ellos enforman y manejan» (T. 10, p. 87). Del latín informare: informar. Usado desde el siglo XIII en el sentido de dar forma.

ACORALAN: «...esas gotas de sangre que acoralan los dedos afanados de la madrebuena...» (T. 9, p. 98). Acoralarse, ponerse como el coral. En los siglos XVII y XVIII se usó también como transitivo.

TRASTOJADO/AMALA: «...el verso que no ha sido sajado ni trastrojado. Porque el trigo es más fuerte que el verso, y se quiebra y se amala cuando lo cambian muchas veces de troje» (T. 7, p. 235). Trastrojar: mudar o cambiar de troje. Amalar: hacer mala una cosa (Siglos XVI y XVII).

PARADEAN: «...que paradean por las calles los procesionarios» (T. 10, p. 108). Exhibir en parada o desfile.

CAMAREOS: «La virtud no liga a los hombres tan estrechamente como estos compadrazgos y camareos ocultos...» (T. 13, p. 161). Tratos y componendas de cámara o antesala.

ESPASMAN: «Con él los americanos se espasman...» (T. 9, p. 99). Pasmarse, usado del siglo XV al XVIII.

RETACEA: «...de esas fuerzas del espíritu que la vida moderna ofusca y retacea...» (T. 9, p. 269). Retacear o retazar: hacer pedazos, dividir. «Retaceándole la pena, como si no hallaran manera de imponérsela...» (T. 8, p. 144).

-178-

VELOCEARON: «Jamás manadas de potros, arremolinadas por vientos de tormenta, velocearon con cascos alados y ardientes por las hondas pampas...» (T. 9, p. 353). Corrieron veloces.

CODEA: «El que vive de la infamia o la codea en paz, es un infame» (T. 5, p. 168). Usado aquí como transitivo.

ENMONTAÑAN: «...los frutos se enmontañan en las estaciones de embarque» (T. 9, p. 323). Enmontañarse: acumularse en montañas. No se amontonan; se enmontañan.

DEPLETA: «En la armonía universal inmensa, el que acapara y abusa, depleta luego y no tiene qué usar» (T. 9, p. 491). Depletar, del latín *deplere*: expulsar, desocupar.

INERMIZA: «...que el valor humano obedece a una influencia física, que lo inermiza...» (T. 19, p. 46). Inermizar: dejar sin arma, o desarmado.

ANDANTEAR: «¡...dan deseos de salir de nuevo por la tierra a andantear hazañas!» (T. 9, p. 369). Hacer como los caballeros andantes.

COLOQUIAR: «...se sienta a ver hervir los mares y a colouquiar con el espacio vasto» (T. 8, p. 168). Conversar platicar.

CRONICAN: «...cronican las amistades y enemistades de los pretendientes...» (T. 14, p. 315). Refieren o cuentan en sus crónicas.

BUITREAN: «...con miradas ávidas, y tacto seguro, buitrean los 'trabajadores' de los bandos contendientes...» (T. 10, p. 110). Ir como buitres.

ESPADEANDO: «...echan abajo, royendo como gusanos o espadeando como guerreros, las fortalezas...» (T. 13, p. 47). A golpes de espada.

Fue Martí innovador, remozador, renovador del idioma. Ya desde joven se le veía en la audacia, la intrepidez y vuelo de su estilo. No tuvo par en su generación ni en nuestra época.

El atuendo y el acervo idiomáticos cambian de generación en generación, y ello es natural a las novedades del mundo y a la función de la lengua. Parece que, de tiempo en tiempo, se adelantan con ambición de nuevo estilo escritores que aspiran a usar el idioma con modificaciones, podas y aditamentos de instrumento nuevo. Aquí, en los países de América, como en España, se han manifestado tanto nobles y perdurables esfuerzos, como pujos de vanos «ultraísmos». Lo noble y útil se ha hecho cuando el intento ha respondido a aquella actitud ejemplar con que Martí trabajaba: «Usaré lo antiguo cuando sea bueno y

crearé lo nuevo cuando sea necesario». Que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza, y nada hay mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje.» Ante esa noble, ejemplar actitud «del primer creador de prosa que ha tenido el castellano», viene al ánimo, al cerrar estas notas, el deseo de transcribir unas líneas que Manuel Azaña, -179- gran conocedor del idioma y notable estilista, escribió en elogio de Pérez de Ayala, otro escritor admirable:

Pérez de Ayala es uno de los pocos (poquísimos) escritores contemporáneos que pueden dar razón cabal de los vocablos y giros que emplean. Es todo lo contrario del alarido, de la arbitrariedad, de las piruetas, del descoco, en suma, de la barbarie. Me parece que una cosa es renovar el idioma, y otra escribir mal, a secas; y está uno harto de ver que, no sólo jóvenes principiantes, sino gente madura, y hasta viejos maestros, rivalizan en humillar el castellano a la baja de los medios de expresión de una mente cerril, encubriendo con pretendidas ansias de remozamiento lo que no es sino brutalidad natural o dominio insuficiente del habla. Pérez de Ayala apura la capacidad expresiva del idioma al servicio de una sensibilidad y una cultura modernas, sin romper su estructura clásica.

Creemos que a eso Martí no habría puesto ningún reparo.

Revista Casa de las Américas, La Habana, VII, 41 (marzo-abril de 1967), pp. 31-44.

-180-

Juan Chabás

Vives y el pensamiento español de la paz

A Europa, «que necesita de grande y casi total reparación ninguna cosa le es tan necesaria como una paz y concordia que se extienda a todo el linaje humano».

Los tristes restos de las grandes cosas en ruinas esparcidas por las naciones de Europa están pidiendo a gritos reparación; «pero cuando todas esas cosas se repongan al estado de esplendor de donde cayeron, de seguro que no podrán conservarse mucho tiempo si no se basan en la paz y concordia». «No hay nada tan necesario hoy para conservar el mundo en

su equilibrio y no perecer del todo, como la concordia. Ésta sólo basta por sí para reparar lo quebrantado.»

Estas palabras fueron escritas hace más de cuatro siglos. Al releerlas nos estremece la patética actualidad de su advertencia. Con ellas comenzaba Juan Luis Vives la carta que desde Brujas, la quieta ciudad de Rodenbach, escribía al César Carlos V para dedicarle, en instantes en que su política de guerras parecía «arrancar a España de sus raíces», mes de julio de 1529, la obra *De Concordia et discordia in humano genere*.

No ignora Luis Vives el gran poder del César y no le desafía sin rebozo. Se desliza a veces en la prosa de su dedicatoria el escorzo verbal de alguna lisonja; pero no es difícil para cualquier lector que conozca los giros de la cortesanía seiscentista para esquivar iras de monarcas y sevicias del Santo Oficio, comprender que los halagos no son rendimiento, sino hábil juego de malicias y cautelas para que entre ellas pasen sin sanción las verdades que Juan Luis Vives no quiere dejar sin voz. Al exponer el plan de su obra el acento de la epístola se ennoblece orgullosamente: el humanista escribe al emperador «sin mirar a la adulación de la vanidad o al temor del poderío». «Escribo sobre lo único que todos desean y por lo que suspiran; por lo que algunos hasta lloran; a saber, sobre la concordia del género humano». Y como no hay mejor modo de estimar los bienes de la paz que conocer y haber sufrido los estragos de la guerra, Vives anuncia que en los cuatro libros de su obra añadirá algunas ideas sobre la discordia para que por comparación «deduzca cuál es la fuerza y el valor de la paz».

La obra no se consagrará únicamente a la advertencia del monarca español; «no escribo para ti sólo -dice Vives-: me dirijo a todos, hombres públicos y privados, a fin de que todos concurren a reparar lo perdido antes que (Dios no lo permita) no puedan conseguirlo aunque lo intenten de veras».

Lejos de su patria, este español compone su libro con la vehemente efusión de quien tiene el convencimiento de hablar a sus contemporáneos, de hombre a hombre y ejerciendo una misión. Sus palabras son recias. Si en la dedicatoria tienen alguna -181- vez dejes de prudencia, en el texto las enciende sin desmayos la pasión de la verdad y ese aliento que empuja al alma cuando se mueve rumbo al cumplimiento de grandes deberes históricos.

Aceptando la etimología de Festo (*bellum*, de *bellua*, bestia), Vives afirma: «La guerra es más propia de bestias que de hombres, ya que éstos fueron conformados por la naturaleza para la bondad, para la humanidad, y las fieras para la lucha. Pero nuestros delitos han conseguido que el mal, propio de las bestias, ellas no lo hagan y que nosotros hagamos lo más ajeno y más contrario a nuestra naturaleza».

Vives opone la paz a la guerra y vitupera de ésta la bestialidad, en defensa de la dignidad del hombre. Esa dignidad, concepto tan renacentista, es para el filósofo español la verdadera hombría, la condición esencial del ser hombre. Si éste comete actos por los cuales la pierde, negará su naturaleza, la suplantarán por la inferior de la bestia -*natura bellua inferior*, inhumana natura, barbarie homine indigna. La guerra, concluye Vives, supone «una caída tremenda del hombre, que se sale de su órbita, sucediéndole lo que a los frutos, que cuando cambian degeneran».

Conviene que nos detengamos un momento a considerar cómo fue posible que en una época tan contenciosa, en momentos de tan poderoso auge imperial, pudiera un filósofo español cumplir con entusiasmo tan sostenido el deber de denunciar la guerra como un crimen contra el hombre. ¡Y con qué plenitud de conciencia! «Mi obra no va a ser una filosofía simulada con materiales de las circunstancias; sino una obra para los hombres y por consiguiente, duradera, como los hombres; ello me obliga a ser como la voluntad: imparcial y valiente».

Habremos de preguntarnos qué raíz vital le infundía a Vives savia tan generosa y filantrópica para alimento de su pensar y, cuando hayamos encontrado esa raíz, todavía será necesario que nos interroguemos si la condenación viviana de la guerra era una hazaña excepcional de su filosofía o, por el contrario, se nutría de tradición española y formaba parte de esa dirección del pensamiento español que cristaliza legándonos la teoría de la sociedad de pueblos en la construcción filosófica que levanta Suárez, y el fundamento de la imaginada sociedad internacional, de Vitoria. Buscar la respuesta a esas cuestiones será el objeto de estas líneas.

Nació Vives en año portentoso e inolvidable: 1492. El viento de utopía y renovación que sopla sobre el siglo XV, ha hinchado las velas descubridoras de un nuevo mundo. El humanismo renacentista ha comenzado a liberar a la filosofía de su papel de criada de la teología. La tierra en la cual Vives nace es una de las más penetradas por el espíritu del humanismo. Croce afirmará, acopiando testimonios, que Valencia es en el siglo XV una gran capital de cultura. En el Mediterráneo valenciano ve la luz nueva de la vida nuestro filósofo. Sus padres son de una bella tierra apacible, rica de huertas y abierta a los caminos marineros del nuevo comercio. El padre es labrador y mercader, buen comerciante. La madre descende de uno de los más ilustres linajes literarios en la poesía española: Ausiàs March, de quien aprenderá dulzuras del sentimiento la lírica del XVI. Paisajes de claridades contemplan los ojos del futuro maestro; pueblos asomados al mar, desde las montañas cuyas ásperas rocas suaviza la escalonada verdura de los bancales: Jávea, Denia, Vergel, Gandía. En la casa de los Vives no hay discordias ni miserias. Se vive allí aprendiendo a amar la vida. Lo recordará Juan Luis en sus cartas a Erasmo, quien con menos fortuna de hogar, no se complace mucho en esas evocaciones familiares. «Blanca, mi madre -cuenta Vives- llevando quince años de matrimonio, nunca vi que diese enojo ni recuerdo que riefese con mi padre». Y éste, que gustaba de las lecturas históricas y tomaba muchas veces a Tácito o Tito Livio entre las manos, solía según su hijo disgustarse de las breves paces que sucedían a las guerras y comentaba: «Yo de tal manera estoy con mi mujer, que no me acuerdo haber hecho las paces y amistad, porque no se halla que en ningún tiempo riefésemos».

Este modo de vivir su infancia había de influir en su estilo de ser hombre tanto como su educación humanística de adolescente y de joven. La cultura humanística del gran pensador hispánico no fue sólo una formación letrada, sino un entendimiento de la vida humana. La sabiduría, para Vives, es prudencia, sensatez, cordura, y, sobre todo, solidaridad entre los hombres. De ahí su desprecio por los sabios turriebúrnicos, que miden su grandeza por el grado de su desprecio de los demás. «Cómo se conducen -se pregunta Vives con indignación- aquellos a quienes su ciencia separó del vulgo, y que son tenidos como seres

superiores. Me da vergüenza decirlo... pero la cosa es demasiado sabida para que se pueda disimular. En todas sus disputas, la soberbia se crece, se hincha, se enciende la bilis... Y no siempre la disputa de estos sabios es por cuestión de ciencias; se discute por dinero, o por captar un alumno; es decir; por lo que es materia y lucro».

Palabras actualísimas, en las cuales se descubre la raíz egoísta de toda posición intelectual aristocratizante y la bajeza de sobornados de quienes piensan, como afirma Ortega y Gasset, que «la masa cocea y no entiende». Como a esos sabios, dice en otro lugar Vives, les ocurre a los teólogos: «se atacan unos a otros con encono de gladiadores, mientras están discutiendo sobre la caridad. ¡Deben haber aprendido tanta moderación en las obras de Sócrates y tanta 'humanidad' en los estudios de las 'humanidades'!» Y del mismo modo que acontece así a los individuos que se creen o se fingen superiores y de esa superioridad hacen privilegio y negocio, acontece a los pueblos que se consideran señalados por un providencial destino histórico que les autoriza a la depredación de los demás: «ciertos pueblos, que alardean de estar educados humanamente y viven en plena inhumanidad». Cuando leemos hoy estas palabras, ciertas persecuciones ideológicas, ciertos crímenes racistas, nos hacen oír en ellas el bisbiseo de una alusión contemporánea.

Concibiendo así al hombre y lo humano, Vives había de considerar la guerra -183- como negación de su esencia. Pero el hombre no está solo ni vale en su soledad. Es el mismo por su destino y por su alrededor. Contra su destino va también la guerra, que hace de él, animal santo como dijo Séneca, un animal llorable, como Cervantes lo llama en el Persiles, Vives recuerda la definición senequista al decir: «Si analizamos profundamente al hombre, ese animal santo, hallaremos que no sólo ha nacido capaz de una religión y una sociedad, sino que está hecho, conformado, dotado para ella». La guerra, pues, según Vives, atenta a la dignidad del hombre y destruye su destino social.

Miden el alcance de ese atentado contra la naturaleza humana estas preguntas del filósofo: «¿Puede haber algo más bárbaro que deleitarse con las riñas, las luchas, y los espectáculos destinados a demostrar crueldad? Libre el espíritu de estas grandes enfermedades, se forma para la mansedumbre y humanidad, puesto que los antiguos llamaron humanidades a la educación de las buenas gentes... ¿Puede ser digno de llamarse humano aquel espectáculo donde los hombres exhiben cualidades propias de fieras y no de hombres?»

Vives no se contenta con afirmar la naturaleza sociable del hombre para concluir que la guerra, vulnerándola, desnaturaliza al ser humano. Pone gran empeño en demostrarla. Y de esa voluntaria y tenaz paciencia con la cual saca a la luz de su razonamiento nuestras virtudes sociables, va naciendo el fruto de su concepto de humanidad y su condenación de la discordia, que es el descorazonamiento de la vida. La guerra es un medio de arrancarle al hombre su entraña más viviente: el corazón.

Los dones más altos del espíritu, las facultades mejores hacen al hombre ser sociable. Por la memoria se distingue de las bestias; mas ese don preclaro de la evocación y el recuerdo constituye un vínculo social. Los brutos no poseen memoria afectiva; «no recuerdan a sus padres, ni guardan la imagen de lo mejor, ni se afectan con el deseo de la patria, o con el amor a ella; por eso viven salvajes, sin leyes, guiados por la inclinación y el instinto; adaptándose sólo al momento presente. El hombre, en cambio, guarda memoria de todo

ello». La memoria da al hombre sentido histórico: le hace vivir en su presente el pasado y el futuro; en todo tiempo, los recuerdos le animan la solidaridad de los afectos y le afirman en la vida social.

Del mismo lenguaje, por el cual también nos diferenciamos de las bestias, puede decirse que no se nos dio para comunicarnos con Dios o para hablar a solas. «El lenguaje se le dio al hombre en atención a los hombres», dice Vives, adelantándose así a las concepciones modernas de la lingüística, ya se orienten en la dirección de Cassirer o Saussure, de estirpe positivista, ya hacia los rumbos idealistas de un Vossler.

La inteligencia, propiedad tan privada de cada ser, es también patrimonio social. Por la inteligencia es llevado el hombre a realizar inventos; pero éstos no los restringe a sí exclusivamente, sino que ha de comunicarlos a todos los demás, y darles -184- valor social, aun cuando sin pensar en la sociedad los hubiese realizado. «De donde se deduce que el hombre -insiste Vives- aun cuando no obre como ser social, por signos que surgen espontáneamente manifiesta su clarísima naturaleza social».

El amor a la libertad, que es el más alto signo del ser humano, es igualmente ansia particular y necesidad de comunicación. Con la guerra, afirma Vives, se pierde la libertad; como en la cárcel, donde «la falta de comunicación la hace más odiosa, puesto que muchos reclusos prefieren a la cárcel el suicidio».

Del amor individual a sí mismo y del amor social a sus semejantes, está hecha la naturaleza social del hombre. «Empiece éste a conocerse a sí y las cosas que le afectan y como por una ventana abierta al mediodía, entrará la luz que le hará ver la claridad en todo». Contra esa claridad, necesaria para el espíritu, la guerra, ceguedad enfurecida, arroja la mortal oscuridad de sus crueldades.

La consecuencia de ese carácter sociable del hombre, no lobo de su semejante como dirá más tarde el filósofo inglés, sino su hermano, pone entre las cualidades de la guerra una que para Vives es sobre todas odiosa. «Todas las guerras son civiles, porque todas son entre hermanos».

He ahí la suprema razón ética de la defensa de la paz, de la concordia: «porque así como un ciudadano no puede ofender a otro ciudadano sin ofender a la patria, madre común de ambos, así un hombre no puede perjudicar a otro, sin perjudicar a la naturaleza humana, madre común de todos».

Tras la alabanza de los beneficios de la concordia o la paz, y el vituperio de la discordia o la guerra, Juan Luis Vives comienza a estudiar cuáles son los motivos de las guerras y quiénes sus promotores. Al llegar a este punto, su obra adquiere a veces violencia condenatoria que hace vibrar su prosa latina con acentos de anatema. Vives se alza contra el logrero afán de lucro de los príncipes, que quieren ensanchar sus imperios a costa de los demás pueblos y de los propios. Frente a las grandes conquistas de Alejandro, ante las cuales la admiración de los historiadores a las fronteras holladas hace exclamar «Hasta aquí llegó Alejandro», él siente deseos de escribir: «Hasta aquí llegó robando». Por un instante Vives parece esquivar la condenación de la política imperial de Carlos V cargando sobre Alejandro sus denuosos.

Pero recuerda su promesa: ser imparcial y valiente. Y aunque no cita a su emperador escribe sin rebozo: «Hoy dos reyes poseen lo que ayer tenían veinte. Pues compara estos dos poderosos con aquellos régulos: aquellos levantaban obras maravillosas, hermoseaban edificios sagrados, profanos, dotaban espléndidamente a los centros de artes y de industrias, sostenían muchas familias, hacían magníficos donativos, se contentaban con impuestos módicos, no pensaban en contribuciones extraordinarias, en una palabra: vivían en la abundancia y eran felices, ellos y los súbditos. Éstos de hoy, no sólo no edifican, sino que destruyen, no dotan a las asociaciones -185- sino que las saquean, no sostienen sino a pocos, inútiles o vagos, por no llamarlos otra cosa. QUITAN a todos y no dan a nadie; los impuestos cada día son más altos; las contribuciones extraordinarias, cada vez más y mayores. No se sacian nunca, ni con nada; siempre hambrientos a pesar de lo que comen; siempre sedientos a pesar de lo que beben. ¡Es curioso! ¡Los reyes no quieren ceder a otros reyes, amigos antiguos y en atención a la paz de los pueblos, un pedazo de tierra y ceden gran parte de sus reinos a los rufianes embusteros! Porque los reyes suelen ser muy espléndidos con esa clase de gentes!»

Bastaría sustituir en estos párrafos algunas palabras (reyes por monopolios, industriales y financieros, por ejemplo) y tendríamos un cuadro exacto de las consecuencias de miseria económica y moral que lleva, ahora como entonces, aparejada una política de guerra.

Pero los reyes que de esa manera proceden no tienen muy segura su corona y las tempestades que ellos desencadenan pueden volver los vientos contra sus imperios. ¡Que cuiden muy bien los reyes aventureros de arrojar a sus pueblos a las hogueras de la guerra! Lo advierte Vives, esta vez como hablando de tú a tú con el César: «Hay quien cree que es lo mismo reinar que llamarse Rey. Pero también se llama rey en las comedias a quien hace el papel de Agamenón, o de Príamo, y no de otro modo es rey el que ignora lo que es reinar. Ser rey es mirar por muchos, o tutelarlos. Si es lo que buscas cuando piensas ampliar los reinados, buscas una cosa hermosa y sublime. Pero yo te pido que antes te mires y te estudies, a ver si sabes gobernar a los reinos que hoy posees. Si has conseguido esto, con razón puedes aspirar a gobernar fuera de tus dominios. Pero si no aciertas a gobernarte, ni a gobernar tu sola casa, ni a administrar un pequeño reino, ¿qué locura es esa de pedir que se te entreguen los reinos de muchas naciones y ciudades?»

Cuando admite que el emperador pueda tener derecho a la tutela de otros pueblos para protegerlos, Vives, como lo hará más tarde Sepúlveda, parece dejar un resquicio para justificar las guerras de conquista. Pero inmediatamente da un golpazo a la entreabierto mampara y condena toda guerra por injusta, cualquiera que sea la intención esgrimida por quien la declare.

Otro motivo de discordias y guerras entre pueblos es el fanatismo religioso. Contra él se levanta también el pensador valenciano. «Un cristiano -escribirá sin vacilación- no puede desear para los que están separados de la Comunión de Cristo una desgracia, ni un infortunio, ni la muerte. ¿Qué barbarie es esa de creer que es propio de un cristiano odiar a los turcos, o a los agarenos y calificarse de mártir por haber dado muerte a muchos de ellos? ¡Como si esto no pudiera hacerlo mejor un indigno y cruelísimo ladrón! Hay que amar a los turcos. Sí. Tienen que amar unos hombres a otros hombres, si quieren obedecer aquel precepto: amad a vuestros enemigos».

Este sentido de la coexistencia pacífica en el mundo de ideologías diferentes es una de las grandes aportaciones de Vives al pensamiento de la paz y ya veremos luego, hasta que se afinca así en la tradición española, que la estructura entrañable de la de la nuestra historia no es la de una pendenciera y fanática intransigencia, sino la de la humana y concordante tolerancia.

Pero esa tradición no podía regir la política imperial de Carlos V, no sólo porque se hallaba contrariada, precisamente, por la idea del imperio, sino porque la Iglesia alentaba esa política. Vives observa muy claramente la raíz catastrófica de esa conducta de la Iglesia española, que él considera furor vesánico. «¿Vimos alguna vez -se pregunta- que los agarenos lucharan contra su pueblo mandados por jefes cristianos? Pues nosotros estamos tan dominados por el furor vesánico, que llamamos a los infieles para que nos auxilien contra otras naciones cristianas. Y vivimos y dormimos con ellos, en los mismos campamentos, en guerras con los que preparan y llevan a cabo la ruina y exterminio del nombre de Cristo [se refiere a las guerras de Italia]. Es tanta la rabia de nuestros odios, que consentimos en quedar tuertos con tal de ver ciego a nuestro enemigo. Más aún: con frecuencia aceptamos gustosos el perder ambos ojos con tal que nuestro enemigo quede tuerto».

De tan vesánicas empresas no le cabía duda a Vives que la responsabilidad descargaba sobre el alto clero y los instrumentos de persecución de la Iglesia, como el Santo Oficio. Contra quienes ejercían la represión terrorista e inquisitorial arremete Vives: «esos que se llaman profesores de la Fe y de la Caridad absoluta, pero tan crueles que quienes se sienten perseguidos por ellos llegan a pensar en el turco y prefieren ser súbditos de éste antes que de los turcos disfrazados de cristianos».

Claro está -lo estaba para Vives- que el Santo Oficio no hubiese podido ejercer sus persecuciones con esa crueldad si no hubiese tenido el sostén del emperador de un lado y de otro el apoyo de todo el clero. Pero el filósofo español, que se ha prometido a sí mismo decir toda la verdad al escribir su *De Concordia*, no calla la denuncia justiciera: «hoy el clero tiene su jurisdicción, su procedimiento, sus fórmulas acusatorias, sus testigos, sus jueces, su policía, sus cárceles, sus verdugos, su espada, su fuego y su veneno. ¡Y este clero es el sacerdocio de aquel Cristo que siendo juez de vivos y muertos, a alguien que pedía que aconsejara a un hermano que partiera la herencia, contestó: ¡Oh, hombre!, ¿quién me ha nombrado juez entre vosotros?»

El espanto de que el Imperio y la Iglesia puedan hipócritamente hacer la guerra en nombre de Dios, le conturba a Vives el alma. Largamente trata de esa abenación injuriosa para la piedad y la religión. Imagina hasta qué punto puede llegar la audacia de esa farsa, poniendo en boca de capitanes, aventureros de esas guerras, palabras pronunciadas de rodillas ante Dios: «Me ordenas amar a mi hermano como a mí mismo, por amor a ti; me mandas amar también, por lo menos con voluntad, a -187- mi enemigo, y hacer bien a quien me haga mal. Pues bien: yo he determinado contra todas tus leyes, contra tus mandamientos y ejemplos, perseguir con hierro y fuego a mi hermano, o porque pienso apoderarme de algo o porque veo un camino de extender mi reino, o porque así doy satisfacción a mis pasiones.

He determinado llevarle la desgracia a él y a sus bienes como sea. Exterminarle por cualquier camino, por mar y por tierra [hoy diríamos por aire, con bombas atómicas bendecidas por monseñor Spelmann y por Pacelli], de hecho y de palabra, como pueda. Te ruego Padre clementísimo, que para ello me des fuerzas, me abras el camino con tus inspiraciones, con tus consejos, y me des éxito en la lucha; si vuelvo vencedor, adornaré tu templo con las banderas capturadas, con el botín robado; yo y mis soldados después de triunfar, chorreando aún de sangre y sin lavarnos de las muertes hechas, iremos en procesión alrededor de tu templo, dándote gracias y celebrando tu poder, porque dejamos en el campo de batalla, tendidos y muertos, a tus hijos y hermanos nuestros».

Si es posible que tal crimen se cometa y que un pueblo pueda ser arrastrado a cometerlo no por ello puede concluirse que esté en la condición de los hombres ni de las naciones esa fanática bestialidad. Por el contrario (una y otra vez lo repetirá Vives y no sólo en esta obra sobre la concordia y la discordia en el género humano sino en otros libros), la tolerancia es necesaria a la sociabilidad y ésta es consustancial a la condición humana. ¿Cómo tal condición puede ser contrariada y pervertida con tanto daño? Vives nos lo dice con un brío acusatorio que no alcanzó nunca la mordacidad quemante y burlona de un Erasmo ni logró la apasionada indignación elocuente de un Valdés. Parece su pluma un escarpelo diseccionando la plaga: «La divergencia en opiniones y en la conducta, y lo que es peor en religión, han prevenido de los vicios y desvergüenzas de los sacerdotes, de su avaricia, de su lujo, de su fausto, de su soberbia, de su lujuria, de su infinita ansia de todo». Ante esta degeneración moral del clero, se consideraron bienes principales el dinero y las glorias. Y por ese dinero y esas glorias, en vez de amor se predicó el odio, en vez de la conciliación de las opiniones, la guerra ideológica.

Creo que no sea necesario espigar en el texto ejemplar de Vives otras citas, para que podamos decir que el gran moralista español llegó a estructurar, mucho más orgánicamente de lo que suelen sistematizar su pensamiento los filósofos españoles, una ética política de la paz y la guerra. No sería difícil tampoco, encontrar los hilos que van tramando esa ética a toda la filosofía renacentista viviana. Mas si esa tarea está más allá del límite que el tiempo y el propósito nos señalan en esta ocasión, no podemos, sin embargo, olvidar ahora una pregunta que antes nos hemos hecho. Y es ésta: el pensamiento de Vives sobre la guerra y la paz, ¿es la excepcional postura intelectual de un hombre insigne o está trabado a una tradición española, a un modo de ser hispánico y es, además, parte de lo que ya hemos llamado pensamiento español de la paz?

-188-

Para contestarnos a esta pregunta habríamos de revisar sobre este punto la obra de numerosos teólogos y juristas de los siglos XVI y XVII: los Cano y los Vergara, los Valdés y los Carranza, los Lerina y los Virués, los Suárez... Y no se podría, en modo alguno, prescindir de algunos testimonios literarios que derraman su luz, esparciendo la claridad estética trascendente de sus textos insignes, sobre el pensamiento moral español. De la necesidad de tan dilatado examen puede ahora excusarnos el recuerdo, que ante doctas memorias será apenas preciso apuntar, de la obra de tres varones ilustres. Uno, Luis de Molina. Su libro *De justitia et jure* es, entre los compuestos por los tratadistas de derecho natural del siglo XVI, uno de los construidos con mayor rigor teórico. No podía faltar en él el planteamiento de la licitud de la guerra; y lo hallamos en efecto, de manera muy parecida

al más complejo de Ginés de Sepúlveda, del cual no he de hablar siquiera porque es más que conocido, familiar para los lectores y estudiosos de la historia colonial de América, ya que su polémica con el padre Las Casas llena de interés la teoría sobre las guerras justas e injustas. Lo notable de la doctrina del autor de *De justitia et jure* es que, establecida la licitud de las guerras defensivas contra la agresión invasora o depredativa, afirma ser también justa la guerra solidaria de otros pueblos para ayudar al agredido. Más que lícita, para Luis de Molina la guerra solidaria y defensiva de los pueblos contra los agresores injustos es obligada, constituye un deber. Acaso hoy no nos causará gran extrañeza ese postulado, cuando nuestra conciencia, al lado de la de todos los pueblos libres del mundo, se yergue combatiente contra todo provocador de guerra y al defender frente a ella la paz, considera que habrían de ser justos y patrióticos los levantamientos populares contra el agresor, al lado de las armas que le hicieran frente. Pero piensen ustedes que Molina escribía cuatro siglos antes de que tanta sangre tan reciente y el escarmiento de las invasiones nazis y fascistas, hubiesen enseñado a todos a diferenciar sin confusiones los imperialismos guerreros de las democracias pacíficas. Las palabras de Molina son sencillas, casi aforísticas: «El pueblo que no quiere intervenir auxiliando a otro pueblo agredido injustamente, comete un delito de derecho natural». Este deber es la dimensión colectiva de una obligación individual, por la cual se afirma la condición del hombre como ser social; como hermano del hombre, según Molina, por ser todos los humanos igualmente criaturas de Dios. Esta vez, la sentencia de Molina nos trae al recuerdo aquella en que Martí califica de cómplice del delito a quien lo ve cometer sin protesta. «El hombre -dice el jurista español- no puede eludir la ocasión de beneficiar a los demás, pues sabe que la omisión no puede tener lugar sin violar las leyes de la naturaleza».

-189-

Otro gran pensador español, casi contemporáneo de Vives, que dedicó lo mejor de su pasión intelectual a reflexionar sobre los bienes de la paz y los daños de la guerra, es Vitoria. A pesar de su ordenación y profesión religiosas y su formación teológica, a pesar de respirar el aire antierasmista de la Universidad salmantina y de su orden, Vitoria, como Vives, es un espíritu renacentista.

Vitoria considera la guerra como una gran calamidad. Ni la más afortunada para los vencedores es mejor que la paz. Nunca se conquistarán por ella más bienes que males. De todos modos, y malaventuradamente, puede llegar el caso, admite Vitoria, en que un pueblo se vea forzado a hacer la guerra y sea de justicia mantenerla. El filósofo advierte inmediatamente el grave peligro que implica considerar que en algún caso pueda ser lícita la guerra. Y para hacerle frente a ese peligro, con circunstanciado rigor establece normas severas. En primer lugar, distingue entre quiénes hacen las guerras y quiénes las declaran y dirigen. Las hacen los pueblos; pues bien: ningún pueblo podrá hacer con justicia una guerra si no es en extrema ocasión de legítima defensa, contra una agresión injusta que no pueda rechazarse por otro medio. Esa agresión puede ser una invasión territorial o una injuria grave a la soberanía. No admite más casos Vitoria.

¿Y quién ha de declarar la guerra, quién decidir si es lícita o no y dirigirla? El príncipe. Pero el príncipe, según Vitoria, no puede lanzar a su pueblo a esa calamidad que es una guerra sin más ni más. Primero, el príncipe ha de ser un buen príncipe, con autoridad conquistada por su buen gobierno y con mando sobre una república organizada. «Carecen

del derecho a declarar ni hacer la guerra los potentados que no gobiernan república perfecta», afirma Vitoria.

Pero el buen príncipe, el que reúne esas condiciones por él y por el objeto de su gobierno tampoco puede decidir por sí mismo si es justa o no la guerra que se propone y a la cual llevará a su pueblo. De esa licitud no puede decidir el príncipe «ni aun pesando los motivos, sin oír y discutir ex aequo et bono, con los varones de ciencia y conciencia libres de ira, codicia y odio».

La advertencia de Vitoria, y su minuciosa casuística, no son una construcción intelectual, filosófica y política, elaborada como un bello silogismo escolástico, en puro ejercicio del pensamiento. Vitoria siente la necesidad de ese rigor ante las crueles realidades que vive. Le duelen al profesor salmantino las guerras de su tiempo, en las cuales España se desangra y arruina, aunque para el sol de su imperio no tenga la tierra horizontes de tramonto. Ni para España, ni para las naciones con las cuales ella se encuentra en guerra, es éste justo quehacer de pueblos sino negocio de príncipes. He ahí lo que a Vitoria le hiere; al tratar sobre la guerra habla por esa herida. Por eso la voz, a pesar de los riesgos que al levantarla le amenazan, se le robustece de indignación y se le hace tan firme para exclamar verdades; por eso puede decir: «Las guerras no se inventaron para bien de los príncipes, sino de los pueblos, y si esto es así, -190- como es, ¡véanlo, buenos hombres, si nuestras guerras son para bien de España, o Francia, o Italia o Alemania! Son para destrucción de todas ellas. Ándense ahí jurando que nosotros no tenemos ninguna culpa. Dios se lo perdone a los príncipes, que no se lo perdonará».

Las que él veía pelear eran guerras injustas. Por mucho que los emperadores y príncipes y sus poetas de corte y los prelados afirmaran otra cosa, y buscaran en la religión o en los conceptos de honor la razón de la cual carecían. ¿Qué juicio han de merecer quienes tal hacen? «El príncipe que obliga a sus súbditos a derramar su sangre cuando no lo exige el bien público, es un tirano y los trata cual a míseros siervos», ésa es la sentencia de Vitoria. Pero ahí estaban ante él, a pesar de todas sus condenaciones, las guerras constantes e ilícitas, sembrando destrucción, esparciendo males y muerte. Por eso Vitoria, al lado de su construcción filosófica y jurídica en torno a la licitud de las guerras, procura reglamentar éstas, en general. Todas sus ordenaciones pueden resumirse en algunas normas concisas; la primera: ni los niños, ni las mujeres, ni los no beligerantes deben ser alcanzados por los daños de la guerra, ni siquiera per accidens y praeter intentiones. Y seguidamente: a nadie se le puede privar de la libertad ni de la vida por pecado futuro, ni recelo de mal. Ni en caso de extrema necesidad han de producirse mayores males que los que amenazan a los beligerantes. Vitoria crea así un derecho humano de la conducta de la guerra, que él, como Vives, considera de todos modos contraria a la naturaleza humana.

Este pensamiento de Vitoria es una anticipación notable, en muchos extremos, del de Mariana, que vive y escribe un siglo más tarde. La aportación más notable de Mariana es su concepto del tirano, que perfecciona el del mal príncipe de Vitoria. El libro fundamental, *De rege et regis institutiones*, comienza con estas solemnes palabras: «No hay más que abrir la historia para comprender lo que es un tirano. Trastorna un tirano toda la República, se apodera de todo sin respeto a las leyes, condena a sus ciudadanos a vivir una vida miserable, despoja de sus posesiones a los súbditos para dominar solo y señor en la fortuna

de todos. Arrebatados al pueblo todos los bienes, ningún mal puede imaginarse que no sea una calamidad»...

Los tiranos, que arrastran a sus pueblos a la miseria, los lanzan también a las guerras. Éstas traen aquella, pero intercausalmente, cuando la ambición de los menos produce el despojo de los más, caminan los príncipes hacia la guerra. Como no puede comprenderse el pensamiento de Vives sobre la concordia y discordia del género humano sin tener en cuenta su pensamiento económico y sociológico -De subventionem pauperum y De comunione rerum- tampoco sería fácil entender del modo mejor a Mariana si se descarta de su obra la preocupación por el reajuste de la propiedad, principalmente de la tierra. «Arrebatados al pueblo todos los bienes...» Esa frase que acabamos de citar, con la cual Mariana señala que el peligro de guerra nace de toda política que atente contra el bienestar popular, no es en él ocurrencia episódica. -191- En muchas de sus páginas aparece todavía con más alcance y rigor el mismo pensamiento, hasta precisarse a veces con claridad tan nítida como en estas palabras: «La primera razón que debe tener un príncipe para aliviar la miseria y socorrer la plebe, consiste en que si los ricos se viesan obligados a derramar lo que sin medida alguna acumularon, pertenecerían aquellas riquezas a muchos y no faltarían a nadie alimentos que para todos nacen». Este concepto tiene importancia capital en el pensamiento de Mariana porque de él va a desprenderse, de una parte, su famosa teoría del tiranicismo justo y, de otra, la consideración de la injusticia social como causa de guerra. Y en una y otra hallaríase como fundamento la legitimidad de la voluntad del pueblo y la ilicitud de cualquier autoridad que la contradiga. «La autoridad real -afirma Mariana- tiene su origen en la voluntad de la República». Cuando el príncipe, convertido en tirano, va contra ese origen y «se hace intolerable por sus vicios y por sus delitos, está sujeto a ser asesinado no sólo con derecho sino hasta con aplauso y gloria de las generaciones». Si esa teoría nos parece justa en el siglo XVI, ¿por qué ha de parecer hoy injusto y antipatriótico el levantamiento de los pueblos contra las guerras injustas?

La teoría de Mariana, que suscitó la protesta de los príncipes extranjeros y dentro de España le valió persecuciones y vejámenes, obtuvo, en cambio, la más alta confirmación de su vigencia popular. El dramático levantamiento de Fuenteovejuna contra el comendador, aquella sublevación de todo un pueblo -todos a una- contra su tirano, que inmortalizó la tragedia de Lope, elevándola a símbolo de rebeldía nacional, punto por punto se justifica en los versos del poeta con las razones de Mariana.

Esto nos indica que el pensamiento de los filósofos españoles del siglo XVI y de la primera mitad del XVII no era una construcción ideológica que se levantara sin apoyarse sobre un pueblo, sino que éste le imprimía rumbo y le prestaba savia para su raíz nacional. Por eso hablamos de un pensamiento español, no de algunas teorías de españoles.

Pensamiento español es el de Mariana sobre la guerra. ¿Acaso no nos parece estar oyendo a Unamuno cuando leemos estas palabras?: «No estoy tan destituido de razón, que pueda preferir la guerra a la paz, sabiendo como sé que sólo se hace con razón la guerra cuando tiene esa misma paz por objeto, y sé que se ha de buscar no la guerra en la paz, sino la paz en la guerra».

Por esto, y a pesar de algunas contradicciones del pensamiento de Mariana, cuando el gran historiador habla de los Ejércitos, que él considera necesidad del Estado de su época, escribe estas palabras, dirigidas contra el imperialismo militar de -192- su tiempo: «Es preciso que tanto el Ejército como la Armada, y todos los utensilios militares, puedan mantenerse en tiempo de paz sin necesidad de arrancar un suspiro a los ciudadanos, pues de otro modo han de surgir grandes peligros». ¿No vuelve a sorprendernos ahora, como al leer las primeras palabras de la dedicatoria de Vives a Carlos V, la dramática actualidad de ese consejo? ¿No sentimos hoy los grandes peligros que Mariana avisa, y no están costándonos suspiros los utensilios sin tasa con que algunos ejércitos se arman y el dinero que más y más se pide para poner en pie de guerra, en pueblos que apenas pueden vivir en su pobreza, armadas con que adelantarse a la muerte?

Es indudable que las referencias de Vives, de Molina, de Mariana y de Vitoria que hemos leído, apenas bastan para conocer este que venimos llamando pensamiento español de la paz. Sirven tan sólo para indicarnos que ese pensamiento existe, que tiene entidad filosófica indiscutible y que por haber llegado a expresión tan alta en el instante histórico en que España aparecía en el mundo como una nación guerrera, puede sorprender a muchos como una contradicción vital. A ese pensamiento español de paz podría oponerse, por quienes pretendiesen oscurecerlo o torcerle la significación, una literatura con el acento de jactancia del célebre soneto carolingio de Acuña: «un monarca, un imperio y una espada». Tal hacen hoy los historiadores y los ideólogos del fascismo español.

Pero cuando se contempla a España vivir en su historia, ese pensamiento, que significa profunda fe en la dignidad y la personalidad del hombre, espíritu de tolerancia, crecimiento popular, se aparece como verdadera voz de la tradición española.

No lo entenderá así quien ignore que las contradicciones del pensamiento como de la expresión literaria hispánicos, reflejan la dramática torsión de la historia nacional a partir del siglo XV. Quiso encubrirlo el gran Marcelino Menéndez Pelayo y la evidencia vital de la verdad le venció su voluntad reaccionaria en libros como *Los Heterodoxos* y *La ciencia española*. Después de él se han hecho otros muchos ensayos más perversos de intención, en los cuales, como en los trabajos de Vossler, Pfandl, y sus falangistas discípulos Montoliú y Díaz Plaja, se han querido mostrar como expresión del verdadero espíritu nacional el fanatismo religioso, la voluntad de imperio, el encumbramiento aristocratizante. No han podido negar la dislocación agónica de la historia de España. Pero han considerado que la salvación estaba representada por Felipe II, ocultando cómo se desgarraban las entrañas de nuestra patria desde Lepanto a la Invencible. Se ha invocado la grandeza de nuestra literatura del siglo de oro para demostrar que se correspondían la magnitud de las empresas imperiales y el esplendor de las letras; se ha pretendido establecer una igualdad existencial, producto del venturoso cumplimiento de un destino histórico perfecto, entre el poderío de las armas y las letras. Pero bien claro está que si a tan encumbrada cima -193- se elevó desde el siglo XV al XVII nuestra expresión literaria, no fue porque buscara sus temas en las empresas imperiales de la monarquía española desde los Reyes Católicos a Carlos III. Si nuestra literatura de esos siglos es una de las más ricas y fértiles del mundo, es porque su teatro encontró más vitales temas en la epopeya nacional anterior a los monarcas citados y en la cantera de los romances, porque la poesía reflejó la angustia del hombre español en una tierra herida por la desgarradura de su historia -jese tremenda agonía de Quevedo, ese

quejido en fuga de nuestra mística!- y nuestra novela arañó la pobreza y le buscó el sabor amargo y desdichado a la vida miserable de una nación arruinada por las guerras, y nuestro drama en sus mejores y culminantes piezas supo hallar la grandeza poética de la rebeldía popular -piénsese en Peribáñez, en Fuenteovejuna, en El mejor alcalde-, frente a la depredación feudal. Está por hacer, todavía, sistemáticamente, una historia de España que sea la historia verdadera de su pueblo y del espíritu de grandeza que en él reside. Cuando esa historia se haga, el capítulo más dramático, el que explique la torcedura del destino hispánico al final del siglo XV podrá ilustrarse con una fotografía del sepulcro del infante don Juan, el hijo de don Fernando y doña Isabel, las católicas majestades que comenzaron a destruir las conquistas democráticas de Castilla y a avivar el fanatismo religioso. El infante don Juan, el hermano de doña Juana la Loca, loca no sólo de amor, sino de vigilancia y sevicia del Santo Oficio, que la receló de hereje. Sobre el sepulcro del infante, que se conserva en la Iglesia de los dominicos de Ávila, no hay ninguna imagen suya. En el mármol, cruzados, unos guantes. Las manos que ellos cubrían hubiesen tenido que empuñar el cetro de España; ellas quedaron guardando un destino vacío. Y la corona de España fue a parar a Carlos I, de Alemania.

Los Reyes Católicos ya habían comenzado el gran viraje que realizó el Emperador de los Fúcar. Antes de la conquista de Granada, las luchas de la Corona con la nobleza habían necesitado el apoyo de la villanía, de los pequeños hidalgos, de los labradores. Ahí está el ejemplo de los payeses catalanes y de las sublevaciones rurales de Aragón. Pero con la conquista de Granada se fortaleció la riqueza de los nobles, y los Reyes Católicos pudieron aliarse a éstos contra los villanos, contra los concejos... Necesitaron dineros para las guerras, sin embargo; y lo buscaron en la bolsa de los judíos, para apoderarse de la cual lo mejor fue expulsarlos. ¿Era antisemita el pueblo español? ¿Era ésa su tradición? ¿Cómo había de serlo, si España, que inicia su historia verdaderamente nacional en el siglo VII, se encuentra entre dos mundos, el islámico y el romano germano cristiano, y emprende su reconquista territorial, que ha de convertirse en una guerra de independencia de siglos, penetrándose culturalmente a la vez que aquellos dos grandes mundos de cultura? Ahí está la Ley de Partidas: «Por buenas palabras, y convencibles predicaciones, deben tratar los cristianos de convencer a los moros, para hacerles creer nuestra fe. Non por la fuerza ni por premia, ca si voluntad de nuestro señor fuese de los aducir a ella, e de gelafacer -194- creer por fuerza, él los apremiaría, si quisiese. Mas él non se paga del servicio que facen los homes a miedo, mas de aquel que se face de grado».

No fue contra los judíos verdaderos, sino contra los renegados enriquecidos, aliados de los reyes, contra quienes se encendió a veces la ira popular española. El antisemitismo fanático fue creado por los Reyes Católicos como un arma económica.

El sentido de tolerancia que nutre el pensamiento de Vives o el de Vitoria tiene, pues, raíz nacional, es de tradición española. Tradición que persiste en nuestro pensamiento más allá todavía de Felipe III, a pesar de otra gran campaña de fanatización, también levantada por necesidades económicas, cuando ese monarca, de quien Velázquez nos ha dejado en testimonio de su torva degeneración retratos tan patéticos, necesitó apoderarse del dinero de los moriscos y los expulsó cruelmente para continuar la guerra de Flandes, cuando rompióse la tregua alcanzada por su padre.

El otro gran valor tradicional que hemos visto latir con fuerza en el pensamiento español es el sentido de la dignidad del hombre. Ya sabemos todos que ese sentido -nos lo está diciendo el título de un libro de Pico de la Mirandola- es de carácter bien renacentista. Pero en el pensamiento hispánico tiene raíz más honda. Esa dignidad del hombre es lo que en Castilla se llama hombredad, hombría, esas palabras que no tienen par en ningún romance, ni en ninguna otra lengua. ¡Ser hombre! Hombría de bien: ser por sus propias obras. No valer por la riqueza, ni por el linaje, sino por virtud de varón, como dice Alonso de Cartagena, el traductor de Séneca, mucho antes de que escriban Vives, o Mariana, o Vitoria. Son sus palabras a los ingleses en el Concilio de Basilea: «Los castellanos no acostumbraron a tener en mucho las riquezas, mas la virtud; nin miden la honor por la cantidad del dinero, mas por la cualidad de las obras fermosas. Por ende, las riquezas no son de allegar en estas materias, ca por si las riquezas mediésemos los asentamientos, Cosme de Medicis, u otro muy rico mercadero, precedería por ventura a algún duque. Non quise alegar fortuna de tierra porque me pareció alegación baja, e muy apartada de nuestro propósito. Non la fartura del campo, mas la virtud del varón, es el honor debido».

Tanto en nuestra poesía, como en nuestra literatura de ficción, como en la de pensamiento, si alcanzan su mayor temperatura, encontramos esa presencia de varonía, esa hombredad pareada con el sentido democrático castellano. Es cabal el hombre cuando es a par de otro, igualándose por la virtud de varón chicos y grandes. Los siglos de guerra de independencia que dura la reconquista, fueron formando ese concepto del hombre que respiramos desde el Poema de Fernán González:

Venían los castellanos a su señor ver;
avien chicos e grandes, todos con gran placer.
Fabló con sus vasallos en que se acordarían:
quería oír a todos qu'el consejo le darían.

-195-

Cuando Carlos V quiere prescindir de ese consejo, desoyendo y ultrajando a las Cortes, se alza Castilla, con aquel ímpetu de rebeldía que ya está también patente en el Poema:

mantuvo siempre guerra con los reyes de España;
non dava más por ellos que por una castaña.

No será fácil comprender las querellas internas entre los reinos castellanos y los de León, sin ver en ellas la lucha entre ese espíritu castellano y el orden visigótico de los leoneses. Triunfó el espíritu de Castilla. Y ese triunfo, y las condiciones en la tierra hispánica de las

fuerzas sociales que en el siglo XVII en Inglaterra, y en el XVIII en Francia, hicieron posibles las dos grandes revoluciones democrático-burguesas de la historia de Europa. Del siglo XII al XIV la artesanía española es una de las más desarrolladas. Aún quedan en la lengua de Francia vestigios. Ahí está ese cordonnier, que no es, como podría imaginarse, quien cose zapatos con cordón, sino el courdonnier, el que hace zapatos tan bien elaborados como en Cordoue, Córdoba. Las papelerías de Játiva fueron las mejores en la Edad Media. Las forjas de hierro, la imaginería, la ebanistería más artística, las de España. Las organizaciones gremiales de oficios, en Valencia, las más progresivas. Los telares de Cataluña hasta Alcoy, los más adelantados. Cuando la monarquía absoluta española aplasta sangrientamente las Germanías de Valencia, le cercena a España su ímpetu mejor de progreso. Es inútil querer ocultarle al movimiento rebelde ese carácter. Basta con recordar sus capitanes: Juan Caro, oficial de un obrador de confitería; Estellés, carpintero; Sorolla, un tejedor; Lorenzo, un cardador; Onofre Perís, alpargatero; Vicent Mocholí, campesino. Ayora caracteriza bien las fuerzas sociales del movimiento cuando, refiriéndose a su condición trabajadora y pidiendo justicia para sus demandas, dice: un estado de cuya industria y trabajo todos se sustentan. Y expresa la virtud revolucionaria y progresiva de ese estado con estas palabras que le caracteriza: descubridor de las cosas.

La otra fuerza progresiva cercenada por la monarquía absoluta fue la de los caballeros, los pequeños nobles y los labradores medios castellanos. Eran las fuerzas de las comunas y ayuntamientos, representadas por Juan Bravo, Padilla y Maldonado. En Villalar quedó aplastada la primera revolución democrático-burguesa de Europa. Desde entonces, la historia de España es la historia de la frustración de los nuevos intentos revolucionarios de la misma índole que no acaban de triunfar. Ahí está ese siglo XIX turbulentamente exasperado, con sus carlistadas y sus guerras civiles. El alma de Villalar empuja el ansia hispánica. Y mientras tanto el poder real absoluto, lanzado a la aventura de su dominio imperial, destrozándose en ella, hunde a España en miseria, ciega las fuentes de su cultura, pero no puede cortarle al pueblo español el ímpetu de su heroísmo creador.

Me parece que si se cierran los ojos a esta dramática y notable realidad histórica -196- española, o torcidamente se la interpreta, no es posible comprender que nuestra cultura y nuestro pensamiento, más que cultura alguna, como ningún otro pensamiento, estén acentuados, escorzados a veces violentamente por esa angustia, esa contradicción íntima y a la vez clamante, que se queja en Fray Luis, rechina a veces en Quevedo, centellea en Gracián, se desgarran en Larra, arde en Ganivet, nos tortura en Unamuno, y alcanza esa culminante serenidad llena de melancolía que representa la obra de Cervantes o adquiere esa violenta presencia popular que nos conmueve, por encima de las burlas y las veras del enredado episodio, en la obra de Lope de Vega.

Así podremos explicarnos que coexistan en el barroco la refulgencia de la más estilizada adivinación verbal lujosa y la suprema contorsión sintáctica, al lado de la lenguaraz llaneza chispeante de las letrillas que dualizan la personalidad de Góngora o del gran don Francisco.

Así también llegaremos, y esto es lo que yo deseo ahora, a explicarnos la contradicción que entraña en un Estado imperial y guerrero lanzado a las guerras de depredación o de conquista, la rebeldía del pensamiento español de la paz.

Todos sabemos que si una cultura -con sus representaciones más expresivas, la literatura y la filosofía-, es principalmente el índice ideológico y el latido de sensibilidad de las clases dominantes, también, y a veces por sus más vibrantes signos, expresa las corrientes de rebeldía que manan desde otras clases que se elevan con ímpetu vital a su conciencia revolucionaria. Esto es lo que acontecía en España. Frente a las formas vitales coaguladas en el poder del nuevo Estado, y su expresión literaria y filosófica, se levantaban las voces, cargadas de tradición, de las fuerzas nacionales desviadas y vencidas, pero latentemente vigorosas, representadas históricamente por las guerras de las Germanías y las Comunidades, por las luchas de las nacionalidades catalana y portuguesa, por la actitud de tolerancia entre las creencias, que se había hecho conciencia popular a través de la interviviencia de las culturas islámica y cristiana, de la coexistencia laboriosa y la fusión familiar de judíos y moriscos. La miseria acentuó esas contradicciones culturales; la política de represión religiosa las exasperó; el temor al derrumbe nacional les infundió patetismo. Nuestros pensadores comprendieron que las guerras destrozaban a España. En 1645 escribía Quevedo: «Muy malas noticias escriben de todas partes, y muy rematadas. Y lo peor es que todos las esperaban así. Hay muchas cosas que, pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura». Mariana advierte la caída de España y grita: «Parece a los prudentes y avisados que, mal pecado, nos amenazan graves daños y desventuras». En el Chitón de las maravillas -citamos otra vez al autor de los Sueños- se refleja el estado de miseria que esas desventuras causaron desde los Reyes Católicos: «Dice el real de plata que él valía cuatro reales en tiempo de don Fernando el Católico; que vino el glorioso emperador Carlos V y -197- las necesidades, o las revueltas, o la desorden (que no afirman cuál de estas cosas fue) le quitaron un real y quedó valiendo tres. Vino don Felipe II y quitáronle otro real y valió el real de plata un real de cuartos».

Contra las protestas que esta miseria hacía fermentar, las persecuciones de signo religioso se convertían en formas de terror político. Se prohibían los estudios en universidades extranjeras, se disolvían en territorio español las asambleas de erasmistas, se empobrecía el pensamiento científico. Se vivía a par de muerte. No es mía la frase de agonía. Es de Mariana, comentando el proceso inquisitorial contra Fray Luis de León: «El Santo Oficio nos hace a todos vivir a par de muerte».

Pues en ese vivir a par de muerte, en ese vivir muriendo sobre las ansias que se tienen siempre de vivir más -«vivo sobre las ansias que tengo de vivir», dirá Cervantes en ocasión solemne- se levanta el pensamiento español de la paz. Ese pensamiento, lleno de tradición en un pueblo que hasta el siglo XV no ha hecho más guerras que las justas de independencia -las guerras entre monarcas cristianos no fueron nunca verdaderamente populares- es genuinamente nacional, como era nacional y popular la protesta contra el Santo Oficio que ascendía hasta las capas cultas, resentidas de que la persecución religiosa atentara contra la libertad del espíritu. Sólo dos testimonios insignes para probarlo: uno de Góngora, poeta tan cortesano y de sentido tan aristocrático, pero al mismo tiempo de voz frescamente popular en gran parte de su poesía. Cuando se le reprocha su escasa cultura teológica replica: «He tenido por mejor ser condenado por liviano que por hereje». Otro, el del Buen Humillos, el personaje cervantino que replica a Algarrobos cuando le pregunta si sabe leer:

No, por cierto
ni tal se probará que en mi linaje
haya persona tan de poco asiento
que se ponga a aprender esas quimeras
que llevan a los hombres al brasero
y a las mujeres a la casa llana...

Ahora creo que nos será fácil concluir que ese pensamiento español de la paz, que nace en medio de tantas guerras, y crece entre patéticas contradicciones de la historia de España y de su cultura renacentista, es el que verdaderamente se alimenta «de las mismas vivas aguas», como diría Santa Teresa, de la misma viviente sangre, que podríamos decir hoy, del pueblo español.

España sólo tiene una tradición guerrera: es el pueblo que no ahorró jamás esa sangre para defender su independencia y que la dio siempre para ganar su libertad. Pero de esa tradición guerrera es de la que nace el odio a la guerra injusta y el amor a la paz. Por la libertad y la paz, ese pueblo de Vives y de Mariana, de Juan Bravo y de Estellés, -198- el pueblo de Villalar en el siglo XVI y del Ebro, en nuestros días, ha dado al mundo entero un nombre para la táctica de la lucha armada contra la tiranía: las guerrillas.

El pueblo de las guerrillas odia la guerra y ama la paz. Creo que tal odio y tal amor constituyen las pasiones creadoras de todos los pueblos, pero permitidme el orgullo de creer que ninguna nación ha dado ejemplo de vivir esas pasiones con más alta temperatura. En la lucha por la paz, que es hoy la lucha de todos los pueblos, el de Vives, el de Las Casas, el de Vitoria y Suárez, sabrá ser hermano leal de los demás pueblos. Que nadie, por millones que entregue a Franco, piense que podrá conducirlo a una guerra injusta de agresión. Mi pueblo sabe que sólo tiene que hacer una guerra: la de su liberación.

Con los mismos ojos, La Habana, Editorial Lex, 1956, pp. 11-41.

Los afeites y los clásicos españoles

Ni la sabihonda latiniparla ni la dama discreta ni la alegre tapada ni la dueña buscona hacían caso alguno de los encendidos sermones, de las duras sátiras y de las mesuradas recomendaciones que les dirigían frailes devotos y sesudos estadistas. Las mujeres del siglo XVII, como las mujeres de todos los siglos que en el mundo han sido, hacían caso tan sólo a los poetas y quizás por escucharles demasiado extraviaron algunos de los rectos senderos. Ser poeta en el Siglo de Oro representaba algo más que hacer versos; por la escala de la poesía se alcanzaban cumbres escarpadas y se forzaba la entrada de secretos recintos. Un soneto oportuno abría las rejas de la cárcel o mandaba un hombre a galeras. No es extraño, pues, que estos cuasi extraordinarios seres fuesen oráculos para los oídos femeninos, harto propensos a escuchar siempre el rumor de lo maravilloso.

Clorinda, Estrella o Isabel, vivían atentas a la estrofa y trataban de acomodar sus vidas y sentimientos al último patrón dictado por los poetas en las largas tiradas de los dramas y comedias, en los madrigales y hasta en las coplillas populares que saltaban decidoras y alegres por las calles y mentideros de la Villa y Corte. ¡Patrón para la vida! ¡Patrón para los sentimientos! No era difícil acomodarse a él por lo elástico y vario. En el terreno espiritual los tipos eran tan diversos y seductores que la recatada y la frívola, la ardiente y la discreta, la intrépida y la tímida podían elegir sin titubeos su modelo. Pero si bien era fácil estar a la moda, encajar el propio sentir, dentro del ideal literario espiritual, no sucedía otro tanto en el terreno del ideal físico. Por un extraño fenómeno, en el que jugaban ocultos impulsos raciales, los poetas del siglo XVII crean, para su uso particular, un tipo de belleza femenina diametralmente opuesta y distante de la realidad española.

A poco que se espigue en la literatura, nos encontraremos con que los cabellos rubios eran los más preciados. El oro se desparramaba a manos llenas sobre las fingidas damas de sus pensamientos y los rayos del sol se transformaban en sutiles guedejas. Los ojos negros estaban poco menos que proscritos, y en cambio ocupaban los verdes un primer plano, con la condición precisa de ser rasgados o como entonces se decía «adormecidos». Lope de Vega en su comedia *El desprecio agradecido* señala el feliz contraste de ojos y pestañas:

¿Qué piensas, Mendo, que son
aquellas negras pestañas?
Lanzas que guardan las niñas
que en dos camas de esmeraldas
están durmiendo, que como
son reinas, duermen con guarda.

La piel había de ser tan blanca que compitiese y aun eclipsase a la nieve. Mil y mil ejemplos se podrían citar, acaso de los más expresivos sea este elogio que Francisco de Rojas hace en *Del rey abajo*, ninguno:

Ésta es blanca como el sol,
que la nieve, no.
Ésta es hermosa y lozana
como el sol
que parece a la mañana;
como el sol
con quien es la nieve negra
y del almendro la flor.
Ésta es blanca como el sol,
que la nieve, no.

En contraste con esta nivea blancura las mejillas de las bellas necesitaban vivos colores y en *El mejor alcalde, el rey*, Lope lo afirma en un momento dramático con estas inspiradas estrofas:

Paréceme que su rostro
lleno de aljófares veo,
por las mejillas de grana
su honestidad defendiendo.

El dibujo de la boca rasgada o menuda no podía conformarse con el pálido tono natural:

Mirad el sangriento labio
que fino coral vertiendo,
parece que se ha teñido
en la herida que me ha hecho.

Así ve Moreto la boca de Cintia, en un delicioso pasaje de *El desdén con el desdén*.

Tales encomios cantados hasta la saciedad despertaron en el mundo femenino un deseo irreprimible de transformar sus naturales encantos para acomodarse al gusto de los escritores. Y así, pelo, ojos, labio y piel, hubieron de transformarse, de donde las damas verdaderas tuvieron que imitar a las fingidas por vías de artificio, cayendo de lleno en el uso y hasta el abuso de afeites.

-201-

No existía en la época un arte de la cosmética más o menos científicamente desarrollado como ahora, y por tanto los resultados del postizo embellecimiento no podían ser ni medianamente perfectos. Todos los viajeros de Europa se hacían lenguas de la exageración con que se pintaba y barnizaba la mujer española. Si hemos de creer al pie de la letra el relato de Madame D'Aulnoy -y en este capítulo conviene tratarla como testigo veraz, pues hasta el duque de Maura y González de Amezua lo admiten- las damas más linajudas se embadurnaban materialmente de colorete, que extendían con un pincel sobre el rostro, cuello y orejas por lo menos dos veces al día.

La ceremonia de pintarse, o como entonces se decía «afeitarse» una dama, era tarea prolija. En el «tocado» o gabinete dedicado a las abluciones diarias -por cierto ligerísimas desde un punto de vista higiénico- se acumulaban en bufetes y escaparates, de maderas preciosas, gran cantidad de pomitos de fino cristal, arquetas marfileñas y búcaros de barro, conteniendo agua de rosas, aceite de violetas, jaboncillo de Venecia, pasta de albayalde, tuétano de corzo, pastillas de alcózar para perfumar el aliento, «blanduras» o unguentos para blanquear la tez, y «mudas» para colorearla. Entre las «mudas» que más citan los escritores figura el «color de Granada», tinto rojizo de indudable origen árabe que poseía magníficas cualidades de impregnación, siendo preferido en forma líquida para la base de las uñas, y extendido en papelillos se aplicaba también a las mejillas. Las pestañas y cejas se ennegrecían o «alcoholaban» con una solución de antimonio, sistema bastante peligroso pero que no detenía a las intrépidas beldades.

Como la moda poética exigía «finos arcos en la frente» entraba en juego la depilación de las cejas para luego trazarlas a capricho, casi siempre exagerando la línea hacia las sienas. Volvió a renacer, entonces, la clásica ocupación de depiladoras a domicilio, oficio que ejercían por lo general mujeres viejas, dueñas y celestinas que en el va y viene por las casas principales arrancaban vellos y honras en su doble función de correveidiles. El uso del peine ya se había hecho popular, y las españolas desplegaban espléndidas cabelleras que de endrinas se hacían rubias a la fuerza de lejías y sahumerios. Para realzar el falso colorido colocaban plumas rizadas en la cabeza, con un arte tan peculiar que daba envidia a las francesas. El escaso uso del sombrero en España compensaba con la profusión de lazos, flores, joyeles y graciosos prendidos de los mantos, habilidad característicamente española que ha pasado y perdurado en la mujer hispanoamericana.

Si el rostro y el cabello se componían, no quedaban atrás las manos:

Dadme a besar vuestra mano,
en cuya copa de nieve

el aura candores bebe.

-202-

No era, don Pedro Calderón, muy dado a frivolidades y, sin embargo, señala, como antecedente, la delicada hermosura de las manos femeninas. Sólo cándidas palomas se posan sobre el halda y la sayuela. Para conseguir la nitidez no se recurría al agua y el jabón. Los untos y sebillos contaban en primer término, y para que surtiera efectos más duraderos se recomendaba -igual que ahora- el uso de guantes por la noche, impregnados de pastas embellecedoras (?) que las mantenían en largo y prolongado contacto con la piel. Cuando se repasan los comentarios de la época se encuentran recetas tan pintorescas como la siguiente: «Tomaréis tocino como un huevo, que sea todo grueso, y ponadlo con vinagre fuerte, que esté nueve días. Tomaréis sain de culebra...», etc., etc. De más está el decir que tocino, vinagre y sebo de culebra servirían, en el mejor de los casos, para componer un aderezo poco atractivo y más que repugnante, dándole la razón al satírico:

La leche con jabón verás cocida,
y de varios aceites composturas
que no sabré nombrarlos en mi vida.
Aceite de lagartos y rasuras,
de ajonjolí, jazmín y adormideras;
de almendras, matá y huevo mil mixturas
[...] Otros afeites hay que no los sumo,
porque en imaginallos tanto hieden
que de congoja y rabia me consume;
ni ser nombrados todos aquí pueden
porque, como se inventa cada día,
en infinito número proceden.

Y como nunca se sabe a ciencia cierta cuál es el primer punto de una circunferencia, héteme aquí que los instigadores e inductores al pecado del afeite, se convirtieron en sus máximos jueces. Los poetas más severamente que los moralistas, dieron en fustigar el desmesurado uso del artificio que ellos mismos habían propiciado al crear en sus heroínas un tipo falso y físicamente opuesto a la castiza belleza española, más morena que rubia, más pálida que arrebolada, y más ojinegra que esmeraldina. Y lo que habían alcanzado los predicadores, lo consiguieron los literatos. La mujer comenzó a moderar el uso de los afeites y, sobre todo, el abuso de los mejunjes y ungüentos malolientes, por muy mágicos que fuesen. El castigo de la sátira fue duro. Quevedo utilizó prosa y verso sin duelo, y tras de admitir en Las capitulaciones matrimoniales: «Ítem, se le permite que se afeite y barnice

con tal que no sea de -203- calidad que su marido la desconozca por la mañana», vuelve al ataque en La hora de todos y la fortuna con seso del modo siguiente:

Estábase afeitando una mujer casada y rica. Cubría con hopalandas de solimán unas arrugas jaspeadas de pecas; jabelgaba como puerta de alojería lo rancio de la tez; estábase guisando las cejas con humo, como chorizos; acompañaba lo mortecino de sus labios con munición de lanternas a poder de cerillas; iluminábase de vergüenza postiza con dedadas de salserilla de color...

Acaso más severo aún en verso, afirma:

Tu mayo es bote, unguentos chorreando,
y esa tez, en que brota primavera,
al sol está y al cielo estercolando.

Mas si Clorinda, Estrella e Isabel se afeitaron para agradar a su merced el poeta, y por lo excesivo agrado hallaron cruel castigo, no faltaban tampoco en el Siglo de Oro mesuradas mujeres que por sí mismas supieron apreciar el valor de una belleza natural, fuese cual fuese el colorido, coincidiese o no con los cánones de la moda reinante. Moreto lo reconoce así al poner en boca de dos damas el siguiente diálogo, lleno de sutil gracia y donaire, cuando pretenden desilusionar a dos galanes no gratos:

DOÑA INÉS -¡Ay Leonor! ¿Cómo podremos
hallar las dos un camino
de parecerlos muy mal?

DOÑA LEONOR -¡Apelar al artificio!:
Mucho moño y arracadas
valona de cañutillos,
mucho color, mucho afeite,
mucho lazo, mucho rizo,
y verán que mala estás;
porque yo, según me he visto,
nunca saco peor cara
que con muchos atavíos.

DOÑA INÉS -Tienes buen gusto, Leonora;
que es el demasiado aliño,

confusión de la hermosura,
y embarazo para el brío.

De donde se colige que con afeites o sin ellos, el eterno fin de las transitorias modas consiste en mantener encendido el atractivo entre los sexos, única necesidad perdurable.

Lyceum, La Habana, vol. VIII, 26 (mayo de 1951), pp. 75-81.

-204-

Eduardo Ortega y Gasset

Diálogo de la Mezquita de Córdoba y de la Catedral de Santiago de Compostela

Paseábame con Benarque por el campo de La Merced y nos dirigimos hacia el río atravesando el dédalo de callejuelas de la Córdoba musulmana. Benarque, con su gran ropón que semejaba albornoz y su rostro, notoriamente árabe, tomaba parte de aquel ambiente y me hacía pensar en que acaso estábamos en la época de los califas.

La fe, decía Benarque, entre musulmanes y cristianos del siglo IX al XII era de una plenitud, de una profunda realidad de la cual nuestro horizonte mental de hoy no puede formarse idea. La gente creía en los dogmas religiosos como en la luz que veía y aun acaso con mayor firmeza. ¡Cuántos musulmanes deseaban morir en la batalla para ir inmediatamente al paraíso de las huríes! ¡Cuántos cristianos también deseaban la muerte para entrar en los cielos con la palma del martirio! Es éste uno de los elementos que hemos de tener en cuenta para comprender los acontecimientos pasados. Esta fe luego va decreciendo y transformándose lentamente. Hoy hasta las personas más sinceramente creyentes podríamos decir que se hacen la ilusión, o se imponen el deber, por razones sociales o morales, de creer y practicar la religión. Mas la creencia de hoy es muy diversa de la antigua. Ni el musulmán ni el cristiano vacilaban en aquellos tiempos en morir para ir derechos al paraíso de las bellas mujeres de ojos rasgados y de virginidad perpetua, o al cielo del Dios trino para disfrutar de la bienaventuranza, también muy apetecible, aunque acaso no tan claramente prometedor como la del paraíso de Mahoma.

-Es muy exacta su observación, Benarque -dije yo-, hay que colocarse en este ángulo de contemplación para entender la vida antigua. En las calles que nos ayudan a evocarla

resonaron las predicaciones de los mozárabes. Perfecto y Álvaro que insultaban al Profeta para obtener el inmediato martirio que les abría las puertas del cielo. La hija de Ibn Hafsum, es decapitada porque habiendo sido musulmana, renegó haciéndose cristiana. La apostasía tiene en el Corán pena de muerte. Entonces no había nacido la fe en la ciencia, ni en la razón, que es la que nos embarga a nosotros y que posiblemente será tan inocente como la otra. Ya empieza a nacer otra nueva fe, la de la intuición, en cierto modo emparentada con el instinto.

-La cultura de nuestro tiempo exige no considerar como antítesis, ni aun como oposición, la religiosidad cristiana y la musulmana. Eran el mismo fanatismo con dos caras de siluetas bastante parecidas. La España de la Edad Media musulmana ha sido la que más libros admirables ha escrito, en ese período. Andando los tiempos también los escribió la España cristiana, pero en parte alguna se han hecho más hogueras que llamaremos literarias. En cuanto alfaquíes o curas se inquietaban en su bien guardada fe, empezaban a arder los libros. Almanzor para bienquistarse con los -205- fanáticos permite quemar la biblioteca de Al-Akan II con más de cuatrocientos mil volúmenes que contenían las maravillas de la ciencia y la poesía antiguas. Lo mismo hace unos siglos después -lo cual por ello es más grave- el cardenal Jiménez de Cisneros en la plaza de Bibarrambla de Granada. Ya verá, Ortega, hasta dónde llega este paralelismo fanático que produce en la sociedad española los mismos efectos de atraso, de paralización del progreso, de quietismo que en las sociedades islámicas. Esta cerrazón de alfaquíes y de curas vulgares, aleja a nuestras sociedades de lo que Jaspard ha llamado tiempo eje actual.

-En realidad, amigo Benarque, el engranaje, más que lucha, del islamismo y del cristianismo, lo materializo en dos gigantes construcciones religiosas que estaban frente a frente y que posiblemente aún lo están. Me refiero a nuestra Mezquita de Córdoba, hoy convertida en catedral con arabescos en los que aún cantan las suras del Corán y la también gigante por la piedra y por el espíritu Catedral de Santiago de Compostela. En ellas, se ha cultivado el fanatismo con hombres diversos y con fórmulas, en su fondo, nada distintas. Los sacerdotes católicos han logrado producir en el mundo cristiano una concepción de radical alejamiento entre el islamismo y el cristianismo de honda repulsión, casi como si aquel fuese una extraviada abominación idólatra. Son, por el contrario, los musulmanes, cultivadores de una religión depuradamente espiritual, los que motejan a los cristianos de trinitarios y de idólatras. Y así se han alejado sentimentalmente olvidando que, unos y otros, han creado sectas religiosas que tienen su origen común en la Biblia. Mahoma se presenta como el último profeta, pero acepta a Cristo por ser el sublime profeta que le precedió. San Juan Damaseno, que fue obispo entre los musulmanes de Damasco, y que los conocía bien, afirmaba que el islamismo era como una de tantas herejías del cristianismo, apenas discrepante en su doctrina y absolutamente identificada en su moral. El misticismo cristiano y el musulmán han nacido en la misma cuna y han sido forjados en la misma espiritualidad religiosa. Este aspecto fundamental ha de ser objeto en esta obra de un análisis más directo y minucioso. Por lo pronto y para seguir el hilo de nuestro razonamiento, diremos, de manera sintética, que el islamismo adoptó, de los primitivos anacoretas cristianos, de los monjes de la Tebaida, las nociones fundamentales de su mística. Mas ésta se desenvuelve muy largamente con prodigiosa sutileza. Un testigo de mayor excepción, el sabio sacerdote e insigne arabista Miguel Asín Palacios, nos muestra en un erudito trabajo que un místico musulmán español, Abu Abd Allan, que nació en

Ronda en el año 1371 de nuestra era, fue el creador del genuino misticismo que solemos llamar español. Ronda es una ciudad colgada en las alturas de la sierra malagueña que, por su aislamiento, gozó de un ambiente pacífico en el que los musulmanes pudieron desenvolver su vida religiosa. Pertenece este santo varón musulmán a una de las más nobles y antiguas familias rondeñas, en la que siempre se había cultivado una acendrada piedad. El padre de Abu Abd Allan fue un jurisconsulto eminente y un orador sagrado de altos valores. Recibió Abu Abd -206- Allan una enseñanza religiosa que fomentó su profundo fervor siempre bajo la dirección de algunos sabios sufíes. No podemos ahora detenernos en la exposición de la vida de este místico rondeño. Nos limitaremos a decir que es él quien, ochenta años antes de San Juan de la Cruz, crea lo que llamaríamos el vocabulario místico que flamea en el amor de Dios del Santo, así como en la clara ternura castellana de Teresa de Ávila. En la dirección espiritual de los novicios y en las clases de ascética que daba los viernes en la Mezquita, se adelantó Ibn Abd, más de un siglo, al maestro Juan de Ávila. La biblioteca de El Escorial conserva un precioso manuscrito del epistolario de Ibn Abd en el que campean los mismos conceptos místicos de amor a Dios, de humildad y reverencia, de gratitud por los sinsabores y desgracias, los carismas, con los que Dios prueba a sus elegidos. Sus palabras de «estrechura», de «nada te turbe», «sólo Dios hasta», son las mismas que esmaltan los escritos místicos de Santa Teresa.

De suerte que si el islamismo, menor de edad respecto de la doctrina de Jesús, recibió las primeras inspiraciones de los primitivos monjes y ascetas de la Tebaida y del monte Athos, fue luego el maestro de los místicos cristianos en España dado el desarrollo que permitió la mayor cultura arábiga en aquella época.

El estudio de los fenómenos de mutua penetración, de ósmosis y exósmosis, alcanza trascendencia muy grande para poder penetrar en la médula y en la comprensión de la Historia de España. Incluso para explicar esta análoga parálisis de la España actual, sometida a un cristianismo de Estado, a un gobierno teocrático, y el retardo también de las sociedades musulmanas en las que, asimismo, la política y la religión están fundidas. Para la mentalidad de este cristianismo peculiar que se ha impuesto en España frente a una mayoría progresiva, es tan necesaria la unión del poder religioso y del político como entre los musulmanes, en los que el califa es el pontífice y el gobernante. El mundo islámico empieza a avanzar también. Estos ligamentos son ya un trasunto arcaico. Mas sobre todo en la península ibérica asistimos durante el pasado siglo y lo que va del presente a la disputa de dos Españas, unas veces de dos titánicas Españas, otras de una siempre grande, iluminada por la libertad y la cultura y, otra, pequeña y mezquina, ensotanada, con un miope fanatismo de alfaquies, de tribus que confunden los ideales y aun las más elevadas tradiciones de la historia peninsular, con sus feroces manías retrógradas.

-Buckle ha dicho que de todas las naciones civilizadas la crónica más aleccionadora, que nunca debe ser olvidada, es la del pueblo español.

«Entre nosotros -dice Rogelio Pérez Olivares en su libro La mezquita de Córdoba-, han nacido todas las civilizaciones, pero cuando comenzaron a desenvolverse, súbitamente, ha surgido una atmósfera asfixiante y empobrecida que las ha derrumbado. La tradición que un torbellino de pasiones y de sufrimientos ha envuelto siempre, no ha sido respetada y, en

consecuencia, no ha podido ser transmitida como base sólida de las modernas instituciones para consolidar nuestro porvenir».

-207-

Y, sin embargo, como orienta Hegel, para estudiar propiamente la Historia, para contrastar lo que es positiva tradición hay que inquirir los eternos documentos del pasado.

Esta luminosa norma, faro de hechos históricos, nos permite comprobar que, en España, se han falseado las tradiciones. Tradición arraigadísima es la de las diversas nacionalidades ibéricas, cada una viviendo con fuerte personalidad dentro de sus fronteras y de sus ambientes históricos, con sus parlamentos y sus instituciones de vieja democracia que han debido ser la base de la actual. Por el contrario, teniendo nuestra entraña, por un esnobismo que más bien debe ser llamado ignorancia, los actuales reaccionarios españoles, los que se llaman tradicionalistas, han olvidado esas profundas, arraigadas y verdaderas tradiciones ibéricas. Llamen tradición al absolutismo que importaron los Borbones, dinastía francesa que impuso el uniformismo contrario a la estructura fundamental de Iberia y que sus seguidores de hoy llaman unitarismo.

Además, los sectores que se llaman de izquierda, no sólo en España, sino en las repúblicas hispanoamericanas, han incurrido en el mismo error de intentar asimilar instituciones exóticas. Nuestras democracias han imitado a Francia y a Inglaterra. Buenos son los consejos del exterior, las elevadas líneas de algunas estructuras fundamentales. Pero cada pueblo dispone de una pequeña capacidad para asimilar cosas extrañas. Sólo son fecundas, sólo reverdecen, cuando el injerto está hecho en el tronco de las viejas tradiciones. El gran error que ha desviado la política ibérica ha sido el de imitar a los demás cuando debiéramos imitarnos a nosotros mismos o, mejor dicho, continuar nuestra propia evolución. Tenemos ejemplos tan altos como los de Inglaterra. El parlamento aragonés es setenta años anterior al de Leicester, al cual también precedió el parlamento castellano. Asimismo, las arcaicas tradiciones democráticas de los consellers de Cataluña y de Valencia nos ofrecían un ejemplo de instituciones internas populares y representativas. Yo vislumbro la esterilidad de nuestros sistemas políticos en que hemos querido hacer una democracia de estilo francés. También nos dieron una postiza monarquía de Versalles. Aunque no es completo el paralelismo de lo material y lo social o político sí diremos, a título comparativo, que de la misma manera que los olivos andaluces no dan aceitunas en París, tampoco las instituciones parlamentarias de la gran capital francesa florecen en el clima social de Castilla.

-Nos hemos desviado hacia problemas que parecen muy lejanos de nuestra Córdoba. Son, sin embargo, los mismos, aunque diversos los elementos por originarse en distintas épocas también. Hemos olvidado estas ascendencias culturales de la luminosa Córdoba musulmana de la misma manera que las tradiciones de los reinos ibéricos, únicas que pueden guiarnos hacia la estructura política que demanda el cuerpo nacional.

-208-

Tiempo es de que enfilemos el rumbo hacia esa cuestión trascendente de la compenetración del islamismo y del cristianismo ibérico como llave interpretativa de los que sin ella parecen desconcertantes fenómenos históricos.

El problema es de una complejidad que merece ser desarrollada en obra de extensa erudición y de análisis científico que, con escrupulosidad y exactitud, elimine los deformativos contagios pasionales. Nadie ha formulado esta preocupación como nosotros lo hacemos ahora. Creemos ser los primeros en percibir que el catolicismo islamizado por el contacto histórico de nueve siglos puede ser la causa de este retardo y anquilosis de las sociedades ibéricas actuales en que se ha impuesto el teocratismo islámico. El título de una obra, de desarrollo luminoso en este sentido, del ya citado Asín Palacios nos impulsa hacia esta vía de comprensión y la enriquece con enorme suma de datos. La obra a la que aludimos es la de El Islam cristianizado. Su lectura apasionante funda la convicción de este complicado embridamiento de las dos religiones que para luchar, más que teológica, políticamente, se abrazan y se confunden. Citemos además los admirables estudios de Menéndez Pidal y los del insigne arabista francés Levi-Provençal. A este último debemos el que se haya completado la Historia de España, no sólo en el sector de los musulmanes españoles, sino en la vida del Cid contada por sus enemigos con odio y admiración.

Vamos a expresar esta que llamaré la identificación forjada por la lucha, de la que ya antes hablamos de la Mezquita de Córdoba y de la Catedral de Santiago de Compostela. Bajo sus lámparas latía un fanatismo que, siendo enemigo, era el mismo. Y tenía que serlo para trabar el combate. Los adversarios se imitan para vencerse. Ésta es la grieta por la que se produce la compenetración religiosa. Las invasiones, las ideas habrán en parte venido de fuera, serán más o menos exóticas, pero el fanatismo de Santiago o de Mahoma era perfectamente nuestro, ibero o berebere, no importado. Él ha sido la causa de la serie de desintegraciones, de las continuas sangrías de este doctor Sangredo del que habla Ganivet y que nos ha conducido a practicar un cristianismo cruento anticristiano y un islamismo antimahometano. Su deformación pasa, entre musulmanes como entre cristianos, las cuentas del mismo rosario, que no suele ser el de las magnas creencias del heroísmo hispánico sino el de una vida ramplona, de un rosario en el que las cuentas son garbanzos representando oraciones mecánicas y fanatizadas.

Desde el siglo IX una antiquísima tradición hacía venerar en la vieja ciudad romana de Iria Flavia (actual Padrón, en Galicia) un sepulcro que se decía guardaba el cuerpo del apóstol Santiago. La opinión eclesiástica admitía que el apóstol era Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo. Mas la verdadera leyenda popular mezclaba a ambos Santiagos en el llamado Evangelio de San Mateo, hermano del Señor. Esta tradición existía desde la época visigoda. Según ella el Apóstol había predicado la buena nueva en Iberia y cuando fue degollado en Palestina, su cuerpo, metido en un -209- saco, fue milagrosamente transportado a España por sus discípulos amparados por un ángel. Añade la leyenda que querían enterrarlo en España por ser donde comenzó sus predicaciones o el lugar más lejano al que habían llegado.

Sería de una inocencia absurda el discutir la posibilidad de tal hecho. Cuando se trata de leyendas y creencias populares su fuerza y su fecundidad no estriban la verdad histórica. San Julián, Arzobispo de Toledo en 686, antes de la invasión árabe, conocía esta leyenda y en manera alguna la aceptaba. Hasta la impugnó por herética. De no haber sido España sumergida en el Islam, si no hubiera necesitado reforzar con acero sus creencias religiosas para neutralizar el ímpetu enemigo, el culto a Santiago no habría prosperado. Por eso vemos cómo la España cristiana tuvo genialmente que hacerse una religión capaz de

enfrentarse con el Islam. El contacto de la lucha, el instinto colectivo de defensa, empezó a minar lo que los conceptos cristianos tienen de humanitario, de serenidad y persuasión, para convencer a los neófitos. La violencia es anticristiana. Sin darse cuenta, este instinto de defensa colectivo imitó los impulsos militares del Corán. El guerrero es un mártir. El campo de batalla es la antesala del paraíso. Mahoma combate sobre un caballo blanco con las huestes sarracenas; Santiago, también con su caballo y su estandarte, blande la espada al lado de los cristianos, frente al alfanje musulmán.

Esta prodigiosa adaptación que señalamos ahora con un trazo, pero que está saturada de innumerables y expresivos pormenores, marca una profunda desviación religiosa que llega hasta nuestros días. Lo sorprendente es que aún no se haya penetrado el sentido trascendental ni se haya aislado en el laboratorio de la ciencia histórica este morboso matiz del cristianismo fanático de la península ibérica. Hemos dicho y debemos repetir que su trascendencia estriba en que ha teñido el fanatismo español de las mismas taras que históricamente han paralizado el avance de las sociedades musulmanas. ¡Oh!, sorprendente paradoja del analista. ¡Resulta que los guerreros que aún tienen que luchar con ese «fanático catolicismo islamizado» son los hombres progresivos de España, los que han practicado el humanitarismo que mana de la doctrina de Jesús, y pasan por anticristianos!

La última victoria contra los musulmanes no será la conquista de Granada, sino la de volver al positivo y depurado cristianismo, o al menos al cristianismo civilizador aunque no sea religioso, cordial, humano y comprensivo. Que el rosario de garbanzos sea un rosario de perlas y de corales engarzados en el oro de modernas aspiraciones.

Otra paradoja: los que han tomado del islamismo lo que tenía de peor, lo que su espíritu fanático podía asimilar, repugnan en cambio cuanto ha iluminado con admirable esplendor a la civilización árabe de España. Hasta en eso continúan las semejanzas. Hubo dos Españas musulmanas como ha habido y aún perduran dos Españas cristianas. Estas calles que contemplamos, este patio de los naranjos que -210- hoy parece dormido, estas ilustres torres que han cantado casi con las mismas palabras aunque en distinto idioma si bien con el mismo amor, Aben Hazam y Góngora, han sido marco de una de las más grandes y sutiles civilizaciones de la tierra, cuando en Europa aún reinaban las tinieblas y la ignorancia.

Mas volvamos a nuestro paralelo: entre los musulmanes, el califa, el imán, el alfaquí, el mismo soldado son, esencialmente, más que militares, religiosos, sacerdotes monjes, que luchan por imponer la verdadera fe con sus alfanjes y sus gumías. Los cristianos del norte de España convierten también a sus sacerdotes en guerreros. Los arzobispos van armados con corazas y con espadas nada evangélicas. Recordemos que Jesús en el huerto de Los Olivos quitó su espada a Pedro y pegó milagrosamente la oreja que éste había cortado.

Las órdenes religiosas de Santiago de Calatrava, de Alcántara, fueron imitación de las Rábidas árabes, compuestas asimismo de monjes guerreros que guardaban las fronteras.

Y sobre todo Santiago surge como coloso para pelear frente al coloso Mahoma. Esta tradición procede de remotos tiempos. Menéndez Pidal ha revelado sagazmente que la leyenda de Sandago viene del culto pagano de las divinidades gemelas de Cástor y Pólux,

hijos de Júpiter, o sea, Dióscuros, uno de los cuales ascendía del cielo mientras el otro permanecía en la tierra para proteger a los hombres. Ya los romanos han ganado batallas en Iberia apareciéndose en su caballo Cástor, el hijo del trueno. Por eso la creencia popular, hábilmente aguzada por los obispos, sumaba a los dos apóstoles Santiago el Zebedeo y Juan, hermano de Jacobo el Justo, el mismo después de todo que en la leyenda romana aparecía en las batallas también precedido del trueno. La Catedral de Santiago se hace así apostólica. Con nuestra mentalidad de hoy no podemos comprender la trascendencia nacional de disponer de un apóstol, de poseer una sede apostólica pontifical. Por eso el Poema de Fernán González refiriéndose a España dice:

De Inglaterra y de Francia quísola mejorar:
Ved que non yaz apóstol en todo aquel lugar

Por tener el cuerpo de un apóstol en aquella Edad Media de tradiciones, de ingenua fe, la Catedral de Compostela logra jerarquía de pontificado y atrae a las peregrinaciones de Europa. El obispo Sisnando se llama Pontífice. El obispo Cerescomio en 1049 fue excomulgado por el Concilio de Reims «porque contra todo el derecho divino escalaba la cúspide del nombre apostólico». Mas el Pontificado de Roma aún no tenía de hecho la autoridad suprema. En 1140 el magnífico arzobispo Diego Gelmires instauró en su Corte honores pontificales, nombró cardenales que se vestían de púrpura y recibía a los peregrinos como si fuera el Papa.

-211-

Sólo así pudo proteger al mundo cristiano Santiago Matamoros, fodando una creencia análoga en la fuerza de la fe y del sacrificio a la de los mártires mahometanos. Y tal fue el motivo de haber hecho a Santiago hermano gemelo de Jesús. A punto estuvo de nacer en Compostela una nueva religión o un cisma que adorase al hermano gemelo de Cristo y que modificase el dogma de la concepción. En la prodigiosa iconografía medieval se le representa con las facciones de Jesús y hasta se llega a formular un Evangelio de su pasión y muerte. Un paso más y surge un nuevo profeta; Jesús primero, Mahoma que se dijo el último y postrer ladrillo de la Aljama, y Santiago que, gemelo de Jesús y con el mismo rostro, monta en el caballo, flamea el estandarte blanco, truena, fulgura y empuña en la batalla de Clavijo la espada que destruye a la morisma.

Por eso es admirable la epopeya en la que viven, con vida tan real y aun acaso más vigorosa que los soldados de uno y otro lado, estos dos grandes héroes fantasmales que traban singular batalla, Mahoma y Santiago sobre las cabezas de sus respectivos mártires, los cuales combatían con una fe apenas discrepante.

En el análisis de Asín Palacios que tituló Ibn Masarra y su escuela nos había del contenido que él llama paupérrimo del dogma musulmán: el que, por su misma sencillez, se propaga rápidamente. De ahí su sublime elevación espiritual. Todo el dogma se encierra en afirmar

que Dios es uno. Bastó eso a Maimónides, el filósofo hebreo cordobés, cuando los intolerantes almohades le quisieron matar, para que tal declaración de fe que en nada se oponía a su dogma hebraico, le salvase la vida. Sólo se sabe que Dios existe. Que es Uno y que premia y castiga. Fueron los no árabes, los persas, como en el cristianismo los hombres de cultura helénica, San Pablo, los que dieron a estas religiones su fuerza de expansión, de amplia humanidad.

Los musulmanes andaluces tuvieron claro concepto de esta imitación que llamaremos táctica de los cristianos del norte. El famoso historiador cordobés Ibn Hayyan, merced al cual han podido reconstruir Levi-Provençal y Menéndez Pidal hechos esenciales de la vida del Cid y que había sido secretario de Almanzor, Aben Ami, Al Mansur, dice respecto de Santiago de Compostela: «Es una ciudad en la región más apartada de Galicia y uno de los santuarios más visitados, no sólo por los cristianos de España, sino de Europa; para ellos, Santiago es tan venerable como para los musulmanes las Kaaba de la Meca pues, en el centro de su Kaaba, se encuentra también el objeto de su suprema adoración. Juran en su nombre y van allá desde los lugares más apartados de la cristiandad. Pretenden que el sepulcro colocado en aquella iglesia es el de Santiago, uno de los apóstoles y el más amigo de Jesús porque no se separaba de él. Dicen que fue obispo de Jerusalén y que anduvo predicando la religión y haciendo prosélitos hasta llegar a aquel remoto lugar de España. Volvió luego a Siria donde murió a la edad de ciento veinte años solares. Pretenden igualmente que después de su muerte, sus discípulos lo trajeron y lo enterraron en aquella iglesia por ser el lugar más lejano donde había dejado la huella de su predicación. Ningún rey musulmán pensó nunca en penetrar hasta allá para someter a la ciudad al Islam, a causa de lo inaccesible de la posición y de los peligros del camino. Esta empresa estaba reservada a Almanzor».

Sobre estas tradiciones como cimiento, más que sobre cimiento de piedra y de tierra, construye Alfonso III en los años del 866 al 906 la Basílica. «Et fizo la egleſia de Sant Yague toda de piedra taiada con pilares de marmol, ca antes de eso de tierra era fecha».

Y así Santiago el Mayor y Santiago el Justo o el Menor y los Cástor y Pólux que en el 445 antes de Jesucristo decidieron con sus blancos caballos y sus petulantes truenos la victoria del dictador Postumio, tuvieron en una secuencia de tradiciones que son como viejísimas raíces que atraviesan las capas de la tradición, de la creencia o de los siglos, una gran catedral. ¡Lo viejas que son las cosas y el tesoro que significa a pesar de los descreídos (que son más ilusos que los creyentes) el contar con la alianza de una fe, de una grande y bella ficción que arrastre a las muchedumbres a la realidad de una victoria!

A veces se han asociado también San Millán y Santiago. Y así nos canta Gonzalo de Berceo:

Vieron dues personas fermosas y lucientes
mucho eran más blancos que las nieves recientes
vinien en dos cavallos plus blancos que cristal
descendien por el aire a una gran presura
espadas sobre mano, un signo de pavura...

En el Evangelio de San Marcos se dice que Jacobo, el hijo del Zebedeo, y Juan, hermano de Jacobo, se apellidaban «Bonaerges», que viene a significar «hijos del trueno», raíz hebrea, vocablo de expresión análoga a la de Dios-Kouroi, o sea, Dióscuros, es decir, hijos de Júpiter. Juan Ramón Mélida comprobó la existencia de esta relación de tradiciones en las monedas ibéricas representando a Cástor y Pólux los que, al aparecer en ellas, revelan algo semejante al patronato cristiano de Santiago.

Para definir estas opiniones vamos a fijar algunos de los puntos fundamentales del mutuo influjo de ambas religiones de que derivamos consecuencias políticas y sociales que hasta nosotros llegan:

- a) Identidad de fuentes religiosas entre el cristianismo y el mahometismo, lo que explica una medular semejanza estética y moral.
- b) Oposición del mundo musulmán y del cristiano, lo que provoca, de una parte, mutua repulsión que se hace fanática en la palabra de alfaqués y obispos, pero -213- que, paradójicamente, suscita una corriente imitativa inspirada por la misma lucha que intenta superarse absorbiendo las armas materiales y morales del adversario.
- c) Teorías sobre las asimilaciones mutuas de los grupos en pugna que muchas veces, luchando, se funden en el calor de la pelea.
- d) Esta pugna dista mucho de ser continua: tiene largos periodos de pacífica convivencia en los cuales, respectos de los reinos cristianos, domina la atracción de la superior cultura que en aquellos tiempos poseían los musulmanes de Córdoba.
- e) Necesidad de defenderse con armas que se neutralicen o se superen.
- f) Origen de la deformación jacobea: las cruzadas son imitación de la guerra santa. Los cristianos son declarados mártires cuando luchan en la cruzada, lo que es imitación del martirio de los musulmanes luchando contra los infieles.
- g) Estos factores fundamentales, a los que habría que sumar otros muchos en un análisis más completo, han producido en el mundo cristiano peninsular la identificación de la religión con la política. Los demás países europeos y cristianos no han sufrido el peso muerto del teocratismo gubernamental. Los sistemas teocráticos de musulmanes y cristianos españoles han sido causa de su retardo.

Son ya varios los escritores que se han entregado a la pintoresca descripción de los paralelismos cristiano-islámicos. Casi todos ellos y especialmente Américo Castro en su libro *La realidad histórica de España* copian al orientalista Asín Palacios, mas ninguno alcanza la positiva trascendencia de la cuestión. La identidad de las fórmulas religiosas, la

casi literalidad de las palabras piadosas de cristianos y árabes en España ha sido puesta en relieve por Asín Palacios, distinguido investigador, el cual ha alcanzado meritisimas alturas en su análisis, si bien y como ahora veremos, en ocasiones no ha sostenido su elevación. En un pequeño trabajo circunstancial y en el que tuvo la flaqueza el ilustre presbítero de servir conveniencias de una política inferior, encontramos un ramillete de estos paralelismos y la autorizada confirmación de nuestras opiniones sobre esta, en cierto modo lamentable, concentración de fanatismos islámico-cristianos. Ese ramillete de paralelismos se encuentra esparcido a lo largo de los importantísimos estudios de Asín Palacios en sus libros *Ibn Masarra y su escuela* y *El islamismo cristianizado*. Sin necesidad de espigarlos en tan largo camino de lectura, Asín Palacios nos los presenta reunidos en un curioso panfleto publicado en el *Boletín de la Universidad Central* del año de 1940.

«De los elementos que integran una cultura, el más típico es la religión; su influjo penetra hasta el fondo del alma entera haciéndole gustar las emociones puras». Así nos prepara el cultísimo presbítero para formular sus observaciones encaminadas a demostrar (tal es el título de su trabajo) Por qué lucharon con los falangistas los musulmanes marroquíes.

«El Islam no es, como el vulgo indocto supone -dice-, una superstición idolátrica -214- y un grosero sensualismo en cuanto a la moral. Hijo verdadero y real, aunque espurio del judaísmo y del cristianismo, su credo, su liturgia y su código ético deben a la revelación divina del Antiguo y del Nuevo Testamento, la porción mayor y más típica de sus elementos integrantes. Un santo padre de la Iglesia oriental, San Juan Damasceno, que había sido ministro de un califa de Damasco, consideraba el islamismo como una simple herejía cristiana que niega la Trinidad y la Encarnación. Fuera de estos dos artículos de la fe católica todo el resto de su teología dogmática y moral y una gran parte de las ceremonias de su culto son, en efecto, un calco más o menos fiel, del credo y la liturgia cristiano-judaica».

Asín Palacios desenvuelve el paralelismo de ambas religiones que, en su mayor parte, es identidad y comunidad. Hace el cuadro esquemático muy autorizado, no sólo por tratarse de un hombre de gran cultura específica sino de un sacerdote, de las típicas analogías entre la dogmática cristiana y la musulmana. La religión islámica se preocupa mucho de simplificar su credo para que llegue a los fieles más ignorantes que no puedan alcanzar la precisión teológica. Mas esta dificultad ha llevado también a la Iglesia cristiana a aproximarse a la mentalidad del vulgo y nos dice el padre Asín: «Trátase del labriego castellano o del toco soldado marroquí no pueden ni necesitan razonar y analizar los dogmas para que éstos influyan en su conducta: basta para ello la raíz de la fe, la adhesión sincera, ciega y humilde a las verdades reveladas. Porque no es -añade en sincera confesión muy rara en un sacerdote- el espíritu crítico que analiza y discute, resorte eficaz para la acción sino frecuentemente lo contrario: freno que la paraliza. En cambio la fe del carbonero es la que transporta más fácilmente las montañas y levanta las almas a las sublimes cimas de la santidad o a las heroicas decisiones del sacrificio y la abnegación». «Ahora bien -continúa- para el problema que aquí discutimos, esto es lo que nos interesa, pues basta y sobra con las analogías demostradas entre el fondo de nuestro credo y el islamismo. Sin la demostración minuciosa de sus respectivos dogmas para que, unos y otros, produzcan sus efectos en la conducta y creen así una estrecha hermandad espiritual entre las almas de los fieles que profesan ambas religiones».

Si Jesús para un musulmán no es Dios, ni hijo de Dios, es en cambio el modelo supremo de santidad humana, además de Profeta inspirado directamente por Dios, el Mesías anunciado en la Biblia y el Verbo en palabra divina. El famoso místico Ibn Arabi de Murcia afirma el carácter sobrehumano de Jesús, creado directamente por Dios como Adán, nacido de la Virgen María, Virgen y Madre también para los musulmanes. Esta definición es la de uno de los grandes místicos del Islam español, Ibn Arabi de Murcia, la memoria del cual es aún venerada en Oriente. Él atribuía su propia conversión a la vida religiosa a la inspiración y guía del Corazón de Jesús. Y a esta similitud se acoge el padre Asín para «disipar la extrañeza que al observador desprevenido» le producía la imagen del Sagrado Corazón prendida al pecho de los -215- soldados regulares de Marruecos. ¡Llega a decir que es una supervivencia, un concierto de esta veneración religiosa que los musulmanes todos profesan a Jesucristo!

He aquí sintetizadas analogías ceremoniales: la oración ritual obligatoria y la limosna o azaque; las cinco horas canónicas equivalen a las cinco que tenía el oficio divino entre los monjes de Siria y Mesopotamia en el siglo V y otros en ritos análogos en las plegarias judías. El ayuno del Ramadán es copia de las austeras privaciones de la primitiva Cuaresma cristiana. El Alcorán no hizo más que dar valor oficial a aquellas creencias y prácticas que los árabes ante-islámicos aprendieron en los cenobios cristianos.

Santones musulmanes que fundan verdaderas órdenes terceras o cofradías; conventos en el Egipto musulmán de la Edad Media; cofradía marroquí de los saidiles.

El ángulo desde el que estamos examinando la vida de España, guiados por el hábito sacerdotal lleno de cultura y de altas concepciones históricas del presbítero Asín Palacios es de trascendental importancia ya que supone una rectificación esencial en los rumbos que han predominado durante la Reconquista y hasta el momento presente. ¿Cambiarán estos rumbos porque han cambiado los intereses? Se crea un Santiago, patrón de España, mientras el buen apóstol con toda su milagrosa tradición es útil a la causa. Luego se le jubila y hasta se pretende suplantarlo con otros santos. Santiago sólo recibe ya la ofrenda anual, que viene a ser como su pensión de santo jubilado. ¿Por qué, durante ocho siglos que duró la Reconquista hasta lograr la brutal expulsión de los moriscos se ha sostenido por los obispos y sacerdotes cristianos el carácter satánico, repelente del islamismo para que, al cabo de los tiempos y cuando los regulares musulmanes ayudan a la causa de la reacción española, un sacerdote, ilustre y culto, nos pruebe con elementos teológicos históricos y eruditos que ambas religiones tienen un sentido idéntico de moral y de doctrina en lo esencial?

«El Alcorán -nos dice Asín Palacios- no hizo más que dar valor oficial a aquellas creencias y prácticas que los árabes ante-islámicos aprendieron en los cenobios cristianos». Casi todas las fórmulas piadosas que a cada momento repetimos son o traducción exacta del árabe andaluz o repetición de la palabra árabe apenas deformada y que repetimos sin saber lo que significa. ¿Cabe nada más familiar en nuestro lenguaje que decir «olé» al encontrar una persona y «olé» como interjección entusiasta? Pues bien, son transcripción exacta de la palabra árabe «wa Allah» que significa «por Dios»; o «ya Allah» que significa «oh Dios» y que nosotros repetimos al decir «ala ala» para acelerar la marcha; «ojalá» «was-sa a Allah»

que significa «quíralo Dios», que es también el significado de nuestro «ojalá». Por eso los españoles cristianos hablan muchas veces en árabe musulmán sin que lo hayan sabido hasta que ahora uno de los más cultos y eminentes sacerdotes cristianos nos hace pensar en que no fue justo ni conveniente el que españoles de uno y otro bando, musulmanes o cristianos se hayan estado entre-matando durante ocho siglos. «Los marroquíes piadosos -216- de hoy siguen teniendo exactamente ideas iguales a las nuestras sobre los hábitos morales, el vicio, la virtud, el pecado, la tentación y la gracia y emplean métodos semejantes a nuestros ascéticos para corregirse y frenar la sensualidad, la gula, los vicios de la lengua, la envidia, la pereza, la avaricia, la soberbia, la hipocresía y la vanidad».

Triste experiencia que al final de la vida me llega. Sin embargo, desde hace muchos años estaba convencido de que, en España, tanto en la cristiana como en la musulmana y de ahí esta disputa y pugnanza ecuestre de Santiago y de Mahoma, la religión es sólo un instrumento político. Es lógico que así ocurra. Los gobiernos teocráticos son trasunto de estadios primitivos de la conciencia de la colectividad. Por desdicha perduran en pueblos que, aunque extremadamente aptos para el progreso y los grandes hechos, como lo han demostrado en la Edad Media y principios de la moderna árabes y españoles, se encuentran hoy desplazados de los cauces progresivos modernos por este apego a la semejante doctrina que hemos venido exponiendo en el diálogo de la Catedral de Santiago de Compostela y de la ilustre Mezquita de Córdoba. Y seguimos diciendo, cuando vamos a emprender un acto importante, «en el nombre de Dios» de la misma manera que los marroquíes dicen «pi-isi Allah». «Dios me haya perdonado», «rahina-hu Allah»; o también «Allah alam», «sábelo Dios»; o «sea lo que Dios quiera»; más allá a un pobre, «Dios te ampare», «Allah ira hmecca», lo cual se dice también entre los árabes cuando alguien estornuda así como nosotros en tal caso «Jesús». La comida la bendicen en nombre de Dios.

Pero después de esta copia pintoresca, curiosa y erudita, y de la inmensa labor del gran orientalista Asín Palacios, de su obra ingente que a mí me inspira admiración, me causa inmenso dolor, desolada angustia, decepción mortal, el comprobar que, desde tan elevadas alturas como un ícaro de alas pegadas con cera, Asín Palacios se derrumba en una tan tosca y vulgar apreciación sobre el porqué los semisalvajes marroquíes de la tribu de Beni Aros han ayudado a la obra de reacción española. Según Asín estos moros decían a los hombres de izquierda españoles: «Tú no estar de Mahoma», «Tú no estar de derecha». A juicio del cura-alfaquí, del en otros momentos insigne orientalista, esta fórmula grosera sintetiza el alcance de la pasada contienda en la que, según él, se ventilaba, para los musulmanes como para los cristianos, la suerte de lo máspreciado de ambas religiones: la fe en un solo Dios remunerador y en una vida futura. Qué amarga experiencia la que se deriva del paralelismo que este sacerdote al cual su gran conocimiento no impide ejercitar un fanatismo más político que religioso. Trasunto del Santo Oficio de la Inquisición. En ésta ardía el rencor político, también disfrazado de fe católica en las hogueras que quemaban rebeldes y no herejes.

En el presbítero Asín al cabo de los siglos vemos cómo canta su sabia sotana la ingenua palinodia en la que se invierten los términos. Ahora, los feroces musulmanes -217- rústicos y semisalvajes de la tribu de Beni Aros le ayudan a mantener su fanatismo españoles que él cree enemigos. Entonces ya son para este sacerdote, musulmanes y cristianos, casi iguales. Esta doctrina, mantenida en los siglos X al XIV y aun

posteriormente cuando fueron expulsados los moriscos, preciosos elementos integrantes de la cultura hispánica, habría sido salvadora. Ahora la consignamos con dolor y vergüenza de sus tardías e interesadas confesiones. Toda la historia de España que se ha escrito se halla tachada de esas hipócritas evoluciones. Aquí se disfraza de tolerancia, de «comprensión» para sumar a islamitas y cristianos en una nueva intolerancia. Cuando el fanatismo ha hecho todo su daño, cuando ha impreso la huella irreparable en surcos seculares, se rectifica confirmándose sin que sirva más que para aumentar la desolación de los españoles que contemplan con amor y libre espíritu a su tierra. Precisamente esos mismos bereberes a los que el padre Asín coloca el escapulario del corazón de Jesús fueron los mismos que destruyeron Córdoba y en sucesivas avalanchas de fanática barbarie la gran civilización del andaluz omeya.

Una de las angustias de nuestro tiempo es la de dudar de que la ciencia y la cultura sean bastante para alejarnos de la animalidad y de las ínfimas pasiones. Nuestro ingenio humano, ¿es algo más que una pirueta espiritual, tiene o no una profunda raíz ese matiz que llamamos humanidad? ¿Es algo más trascendente que el trabajo de las abejas o de la convivencia de sociabilidad de las hormigas? ¿De qué le sirve toda su ciencia histórica, lingüística, teológica al cura Asín? Sólo para proceder como un ser primitivo de instintos de tribu, con una positiva barbarie a cuyo servicio están hipócritamente adheridos y no asimilados los conocimientos más sutiles y especializados. ¿Qué tipo de hombres son éstos en los que la cultura no excluye la barbarie y que diríamos son incivilizables? Dominan las ciencias y las artes y... ¡siguen siendo salvajes!

Nos hemos detenido en este episodio de la actitud del insigne presbítero arabista porque significa una de las pruebas más autorizadas y palpitantes del punto de vista que tratamos de esclarecer. Lo estimamos de inmensa trascendencia. Es como una nueva llave de comprensión histórica que hasta el presente no había encontrado cerradura.

La contaminación del cristianismo de la Reconquista con el islamismo merece un análisis exhaustivo. La consecuencia es lamentable: en ese fondo de mestizaje religioso es en donde vemos -de ahí su trascendencia- la causa del atraso de la esterilidad de los elementos reaccionarios que vienen tradicionalmente dominando España. ¡El cura Palacios nos lo dice aunque solo sea para aplaudir a los rifeños!

Contemplamos un problema complejísimo muy dado a confusiones. Hay que cortar finamente con el escalpelo capas delicadísimas para evitar sensibles confusiones. Lo cierto es que esa misma realidad de religión y cultura, que generalmente se -218- colocan en antítesis, ha existido, paralelamente en el mundo musulmán, como en el cristiano. En la época de la Reconquista era tan elemental y primaria la cultura de los reinos cristianos que apenas se advertía ese dualismo. Mas en la Córdoba de altísima cultura de los musulmanes se contempla esa contienda, así como periodos de oscilación de la tolerancia y el fanatismo. Los sabios Ibn Roch, Aben Hazan, Ibn Tofail, tienen que envolver sus ideas en el artificio de los dogmas coránicos. Pero, en realidad, la civilización musulmana, prodigiosamente compleja y delicada, ha estado siempre rodeada por la amenaza del salvajismo. En esto se asemejan también las sociedades cristianas, que llegan hasta nuestros días con esas duales tendencias que, queman la gran biblioteca de Alakan y, en los sectores cristianos, no sólo

quemar los libros, sino también a sus autores en las «purificadoras» hogueras de la Inquisición.

Cuadernos Americanos, México, año XV, vol. LXXXIX, 5 (septiembre-octubre de 1956), pp. 131-148.

-219-

Gustavo Pittaluga

Todos los muertos

Por vez primera, desde la cruenta y efímera victoria, la representación diplomática de la España del general Franco ha convocado a los fieles a una misa por el alma de todos los muertos de la guerra civil, el 18 de julio de este año. De «todos los muertos».

El gesto tiene su importancia, y merece ser comentado.

Hace aproximadamente un par de años, cuando pasaron por aquí tres poetas de la joven generación española -que ellos llaman, si no me equivoco, «generación del 38»-, publiqué yo en esta misma revista un artículo intitulado «Poesía del arrepentimiento». «Este drama de España -decía yo entonces- no se resolverá jamás, ni la paz será posible para una alta empresa renovadora, mientras no surja en España la voz de un hombre de Estado que grite a los españoles» todos los muertos de la guerra civil son sagrados. Todos. No sólo 'nuestros muertos', como ellos dicen. Pues España vive de sus muertos. De todos. Los pueblos creadores de Historia perviven de esa memoria hecha carne, de esa muerte hecha vida». Y en efecto, en estos últimos años, en el recato de una libertad cercenada, han comenzado a revivir en el alma de los jóvenes los nobles valores espirituales de la España de los primeros treinta y cinco años del siglo. Ya no es solamente Federico García Lorca -sangre demasiado roja y ardiente de la vieja España para ser envuelto en los denuestos contra los «rojos»-; ya es Machado, y otros que han muerto en el exilio con la herida de España en el corazón; ya son los no es los nombres y los ejemplos de los maestros que en la ciencia, en las artes, en las letras, nutrieron la mente de las generaciones anteriores a la guerra civil; ya es todo ese mundo cuyo ensueño reverdece ahora, asoma en el pensamiento de los que frisan ahora, por tierras de España, en los veinte, en los veinticinco años, como si quisieran apoderarse de él, enlazarlo nuevamente con su propia vida, con la vida espiritual de España. Las señales son muchas; y no se escapan ciertamente al juicio ojoavizor de los censores oficiales y extra-oficiales, que quieren sofocarlos, reducirlos al silencio. No pueden. Dentro de poco, ya no podrán. Tendrán que ceder.

Porque no tienen nada que oponerles. Ni una doctrina de Estado; ni una teoría de la Sociedad; ni un programa valedero para el futuro de la Nación; ni una conducta ejemplar en la honestidad de la Administración; ni una continuidad en el criterio de una Política internacional. Todo ha sido, desde la aparente victoria de la facción, un tortuoso manejo para sostenerse, sobre un país tan dolorido y maltrecho que ha perdido, por fuerza, la sensibilidad para su propia dolencia y la voluntad indispensable para curarla.

Pero con tales manejos no se fragua la historia; no se prepara el porvenir. Sólo -220- se sobrevive. Con la perenne zozobra de un guardián de cementerio, que nunca puede sustraerse a la visión pavorosa de los fantasmas.

Y ya que estamos en trance de sinceridad -trance peligroso para el régimen, que deja entrever sus grietas; y para mí y otros como yo, que no tenemos mucho tiempo por delante-, seamos leales en la crítica y en los propósitos. Hablo sub specie aeternitatis; porque entre aquellos muertos por los cuales se ha ofrecido una misa el 18 de julio hay algunos que me tocan de cerca.

Más, mucho más que la guerra civil, aborrecemos estos trece o catorce años que han pasado desde que ellos la ganaron; y durante los cuales no han sabido ni formular un pensamiento, ni pronunciar una palabra, ni hacer un gesto que expresara la intención de restablecer la cordialidad entre los españoles. Otras guerras civiles ha habido, en otras partes. ¿Para qué recordar a Lincoln? Y la guerra civil de los Estados Unidos fue tan dura, quizás, como la nuestra. No tuvieron, desde luego, los del Norte la ayuda de alemanes, italianos y moros, que contaminaron la victoria del general Franco. Pero esto ya es lo de menos. Una guerra civil puede ser, históricamente, justificable. Una dictadura, también. En el derecho público romano, estaban en cierto modo previstas las condiciones de una eventual dictadura. Algunos la emplearon rectamente. Otros abusaron de ella. Todo eso está juzgado. Pues ha llegado el momento también de que se juzgue el modo como ha sido empleada la dictadura de que fuera investido el general Franco por sus compañeros de armas; único título en virtud del cual la obtuvo y la detenta.

Y el «modo», la «manera», lo son todo. Ni siquiera los fundamentos jurídicos -en este caso la carencia de toda legitimidad y de toda legalidad- importan tanto para el común de las gentes como la forma con que se ejerce el poder. Por no haberlo ejercido en forma -con la moderación debida, pues «moderación» es condición de «modo»-, se perdieron irremisiblemente en otros países hombres que tenían grandes cualidades de mando. Aludo a historias bien recientes. No necesito citar los nombres. Pero «mandar» es función pasajera, solamente «actual»; y el hombre de Estado es el que debe «dirigir»; no sólo «mandar»... Y dirigir es mirar hacia el futuro; no ejercer una acción coactiva sobre los hombres; sino una acción persuasiva, coordinación del pensamiento, de los sentimientos, de los intereses y de la voluntad de todos, de la «comunidad»; no de un grupo privilegiado que cobije bajo su bandera de partido el lastre de los forajidos dispuestos siempre a la violencia.

No se puede ganar una guerra civil, y luego continuarla con ofensas reiteradas cada día, durante años y años, contra los vencidos. Los vencidos en una guerra no son los vencidos ante la Historia. Nunca jamás lo son. La Historia exige, impone fatalmente la asimilación

de los vencedores por los vencidos. Es un sino dramático que no falla. Porque el vencedor representa el presente, cargado y auxiliado por todas las fuerzas preexistentes del pasado. Anhela, sin duda, un porvenir. Proclama sus propósitos -221- renovadores, inventa fórmulas ficticias para una nueva organización de la comunidad nacional. Inútiles esfuerzos -aunque se intente afincarlos sobre una inaudita coacción de las conciencias y una inhumana sanción contra los adversarios. Inútiles. Porque el vencido, desintegradas en su alma, por la derrota, las tradiciones de ese pasado -que eran y son las suyas también-, representa en verdad el porvenir, cargado de esperanzas y exaltado por el rencor.

No se puede ganar una guerra civil -ni otra guerra cualquiera, por supuesto- sin respetar el alma del vencido. Mas en una guerra civil, este menosprecio ostentado del vencedor es una afrenta a la historia y al destino del país. ¿Quién ha renovado y levantado el crédito espiritual de España en América durante estos últimos diez años? No ciertamente la vana retórica de los preconizadores de la Hispanidad desde el viejo solar de los conquistadores, empequeñecidos ahora por la ingrata imagen de los victoriosos de la guerra civil. No. De esa retórica se ríen -cuando no se indignan- todos los americanos, desde las cataratas del Niágara hasta la Patagonia. No. Los que han reconquistado espiritualmente América, los que han logrado su respeto y su estimación para España, somos nosotros: los millares de obreros, agricultores, técnicos, ingenieros, médicos, pedagogos, poetas, literatos, artistas y hombres de ciencia exiliados de España, emigrados por fuerza o por propio designio de una España que no ha dedicado siquiera un recuerdo a los que entre ellos se han muerto en el exilio. Muchos de los mejores, no sólo de los más viejos, los que habían sido maestros de generaciones de españoles, sino de los jóvenes, que habían llegado apenas a la madurez y no pudieron darnos los frutos que prometían. Son docenas y docenas, centenares. No quiero nombrarlos. No quiero responder con esta afrenta a la ofensa que ellos -los del régimen, los de la «victoria»- han hecho con su conducta, con su olvido, a la historia de España.

Ahora procuran, por lo visto, enmendarse de sus errores. Comienza a actuar -junto con otros motivos menos cristianos- ese sentimiento depresivo del remordimiento que acaba por achicar, en su propia conciencia, la personalidad del vencedor. También hay una obsesión del enemigo, que sigue y persigue al vencedor, sobre todo cuando se apoya sobre la evidencia biológica de la convivencia, de la inexorable comunidad natural.

Y aquí asoma el tema. El tema que desde España, desde los rectores del régimen, se insinúa y sugiere a todos los de fuera, amigos y adversarios. La tesis de la «reconciliación». La misa para «todos los muertos».

En el alma de los vencidos -de esa «otra media España» de que ahora hablan ellos mismos, los vencedores-, sobreviven, modificándose paulatinamente en varias proporciones, cinco sentimientos igualmente penosos, no sólo por el peligro que entrañan, sino por la triste influencia que pueden ejercer sobre el porvenir inmediato de España: la venganza; el odio, el rencor; la repugnancia; la indiferencia. No -222- quisiera caer en la pedantería del psicólogo capaz de valorar la eficacia de estos estados de ánimo sobre las actitudes colectivas. La indiferencia, desde luego -el más extendido extendido entre ellos-, es el peor de todos. Porque en los momentos decisivos se vuelca hacia la pasión más desenfrenada. Pero también podría ser diluida, llevada hacia una aceptación de un estado de cosas que, habiéndose declarado transitorio y provisional, se resolviera a dar las pruebas de esta

autodefinición. Cuanto más tiempo pierda en hacerlo, tanto más se le escapará la adhesión de los indiferentes. La indiferencia se transformará en repugnancia. Porque la causa especial de una repugnancia consiste en una antítesis moral frente a alguien que quiere disimularla. Y un día dijo Juan Ramón Jiménez -de quien sé que se acuerdan mucho los de allá- que «no hay odios irreconciliables, sino repugnancias invencibles». La venganza, el odio, el rencor, pueden aplacarse. La indiferencia y la repugnancia no admiten cambios de grado en su calidad intrínseca. Tienen que «resolverse» en algo, por algo, en virtud de algo. Exigen, en suma, el «cambio» objetivo de la situación.

Y éste es el problema central. La tesis de la reconciliación no puede sostenerse, ni proponerse siquiera, si no mudan radicalmente, en sus representaciones cimeras, los que viven, prosperan y mandan en España como consecuencia de una guerra civil.

Yo podría evocar aquí una anécdota -de las muchas que me guardo, con cierta reserva y dignidad de médico, que procura abstenerse de toda referencia a las personas con quien ha tratado, o a quien ha tratado-; una anécdota de los días dramáticos del armisticio firmado en Burdeos entre Francia y Alemania, la Alemania victoriosa de Hitler, en junio del año 1940. Podría apelar, por más seña, al testimonio del embajador don José de Lequerica, con quien me une una vieja amistad personal. Podría demostrar cómo en aquella fecha hubiera sido posible, y hasta qué punto hubiera sido posible, la reconciliación. Pues en aquellas circunstancias, que no hay por qué recordar, yo traté -en nombre de otros, en un mismo día, en la angustia de las horas históricas- con Azaña y con Lequerica. Y después, al día siguiente, hube de hacerle decir a Azaña, personalmente, por uno de mis hijos -pues él no vivía en Burdeos-, que se marchara a otro sitio más seguro, al interior de Francia; y que no había nada que hacer.

Me he ceñido estrictamente a lo esencial. Me abruma, me duele en el alma el hablar de ello. Han pasado doce años. Y al frente de los destinos de España siguen los mismos nombres, con el mismo jefe, que rehusaron entonces, desdeñosamente, la reconciliación. La política, en medio de muchas frivolidades y pequeñeces, tiene esta ineludible condición de severidad (hablo de alta y noble política): que las mudanzas en los principios, los programas y los métodos exigen el cambio de las personas. En la escena, el personaje, con su máscara, puede variar de actitudes momentáneas; pero no puede cambiar el estilo. Para cambiar el estilo tiene que quitarse la máscara, -223- ponerse otra; otra indumentaria, otro atavío; ofrecer otra imagen; ser otro; pensar y sentir de otro modo. Tener en verdad otra alma.

Y estas sustituciones hay que aceptarlas y prepararlas con lealtad.

Me esfuerzo -mis lectores sin duda lo advierten- en adoptar un lenguaje mesurado y sereno. ¿Han pensado allá, lealmente, en las sustituciones? No formularé ningún juicio. La respuesta es hartamente evidente. Y no basta apoyarse en una sustitución de público. Las nuevas generaciones -el nuevo «público» en España- no se deja ya engañar. Sabe Dios por qué ocultos y profundos caminos, los valores de la España vieja y nueva, que hemos soñado, resurgen en su alma. Ya no cree nadie, entre los jóvenes, en la validez de esas grotescas ficciones, remedos del fascismo italiano y del nazismo alemán, con que se ha construido el castillo de naipes del falangismo trashumante.

Y ahora le pasa a los que todavía mandan en España lo que le pasaría a alguien que después de haber matado a disgustos al cónyuge -a su «mitad», a la «otra mitad» de España, como dicen ellos mismos ahora-; y después de haberse complacido durante quince años en maldecir de su memoria, viniera a darse cuenta de pronto de que el difunto le había dejado una herencia, una cuantiosa herencia, una herencia de valores inagotables; y entonces, por vez primera, a los quince años, encomendara una misa por su alma.

¿Qué diría la gente?

Que es tarde. O bien, que se preparan, arrepentidos, a bien morir. Lo más grave, es que, de momento, el gerente de la herencia es el Tío Sam.

Bohemia, La Habana, año 44, 34 (24 de agosto de 1952), pp. 4-5.

-224-

Mariano Ruiz Funes

Ocaso de la hispanidad

Antología

El que quiere caracterizar al actual régimen político español tiene que acudir a su única fuente que es el Generalísimo, que asume la totalidad de los poderes. Toda dictadura se nutre de la sustancia que quiere infundirle el dictador. Se dijo de don Juan de Austria, el que venció en nombre de la Cristiandad en la batalla de Lepanto a los pueblos infieles, que «era un hombre puesto por Dios». Así piensa de sí mismo el Generalísimo español, que se cree heredero de los grandes capitanes. Aunque defiende, como en su tiempo don Juan de Austria, la civilización occidental, gusta de serle infiel con los infieles, es decir, de pactar con los vencidos en la batalla de Lepanto. Sus coqueteos protestantes, panárabes y marroquíes constituyen una distorsión del mundo histórico que cree representar. Ese mundo es la hispanidad. Es ocioso que alegue como antecedente su condición de español universal. La universalidad es el rasgo característico e histórico de lo hispánico, que es a la hispanidad lo que lo italiano a la italianidad, neologismo creado por Mussolini con designios tiránicos y voluntad de Imperio, «o lo que es el vinagre al vino». Más afortunados los italianos que nosotros, han recuperado su carácter y su genio tradicional, después de unos años sombríos y paranoicos, precisamente por obra suya, no de las democracias.

Hispanidad es una palabra que adquiere carta de naturaleza en el código oficial de nuestros idioma, es decir, en el Diccionario de la Lengua, que construye, con afanes más eruditos que populares, la Real Academia Española. La Academia Francesa no incorporó jamás a su denominación el adjetivo correspondiente a la forma de gobierno predominante en su país, real o republicana. La española, que funda Felipe V, nació con la denominación de real, dejó de serlo durante la República, y lo vuelve a ser al triunfar el falangismo, por falta de decisión para titularse imperial, que era lo que procedía en un régimen que se llama a sí mismo el imperio nacional-sindicalista. La Academia de la Lengua del Imperio es simplemente real, lo que no le ocurre al régimen, que es un Imperio sin Emperador.

La decimosexta edición del Diccionario de la Lengua Española incorpora a su texto varias novedades, el escudo de la nueva España imperial, un prólogo injurioso, en el que afirma la existencia de ese imperio (prólogo que ha desaparecido posteriormente) y la palabra hispanidad, que se conserva en sucesivas ediciones. Esta palabra se incorpora a nuestro idioma exclusivamente a partir de esa edición. Lo español es lo hispánico; ¿pero qué es la hispanidad? «El carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura españolas». Los exégetas del régimen ofrecen diversas interpretaciones de este neologismo; constituye la expresión de un nuevo sistema político -225- que tiene fundamentos negativos, los contra, contra el Renacimiento y contra la Reforma; los antis: el imperio falangista es antidemocrático, antiliberal, anticapitalista, antisocialista, anticomunista, antisemita y antimasonico. ¿Cuál es su contenido positivo?

El jefe del Estado ha definido en diversas interpretaciones públicas, más o menos balbuceantes y contradictorias, los rasgos más relevantes de su monólogo imperial. He aquí algunos de los más dispares en apariencia: la fe antes que la paz y que el bienestar, como su fundamento espiritual; el traje negro y austero como su rango suntuario. No sería excesivo afirmar, sin ningún propósito humorístico, que es un Imperio sombrío, es decir, oscurantista.

En una ocasión, el jefe del Estado se irrita públicamente contra los Borbones, a los que obsequia o hace justicia con sus denuestos. Ellos interrumpieron la buena historia y sustituyeron ese símbolo del traje negro y austero por el raso, los dorados y los afeites, convirtiendo en muñecos a los que antes habían sido autores de la historia. Autor es todo el que causa una conducta y los autores de la historia crean a la vez lo malo y lo bueno, el heroísmo y el crimen; lo que sin duda olvida Su Excelencia. ¿Qué otros rasgos tiene la hispanidad? Es una continuación de la Casa de Austria. Giménez Caballero (un Malaparte de menor cuantía) afirma que Carlos V es un precursor de Hitler y del racismo, conceptos que actualmente no dejaría pasar la censura. Un ministro de Educación Pública, sustituido en su cargo, que además es profesor de Historia de España, sostuvo en un homenaje al gran rey católico Fernando de Aragón, que su obra eminente se agotaba en él y que después de cuatro siglos la había reanudado el Generalísimo, si bien, comentamos nosotros, no hay ahora Maquiavelos que lo elogien. Por su parte, el nuevo Fernando el Católico ha denostado con publicidad a los países liberales diciendo que se cubrían con una forma política podrida y en desuso; ha sostenido en público que había que utilizar la radiodifusión como instrumento al servicio exclusivo de una sola propaganda, cortando la lengua a los enemigos peligrosos, lo que no es sólo una metáfora, y ha elevado a institución modelo la cárcel, forma simbólica de cortar la lengua, o de reducir a un silencio forzado, proclamando

con una inscripción grabada en sus muros que debe tener «la disciplina de un Cuartel», «la seriedad de un Banco», «la caridad de un Convento». En una visita a Sevilla el protagonista del Imperio Español escribió en el libro de visitantes del Archivo de Indias estas aleccionadoras palabras: «ante las reliquias de nuestro Imperio con la promesa de otro». Después veremos en lo que ha quedado esta promesa.

Para no incurrir en anacronismos ni olvidos culpables, el nuevo Imperio Falangista ha realizado sus autos de fe, fusilando herejes y quemando libros y periódicos, y una asociación estudiantil, ante el crecimiento del protestantismo, ha abogado porque se resucite la Santa Inquisición.

-226-

Relaciones internacionales

Las vicisitudes de la política internacional del falangismo han sido graves quebrantos a su voluntad de Imperio. Esta voluntad nace del agradecimiento y de la imitación. En 1936, al comienzo de la sublevación española, hay dos imperios en Europa: el imperio fascista de Abisinia, agregado a la Corona de Italia después de la conquista de este territorio, y el Tercer Reich nazi, que es la voluntad de imperio, pero de ningún modo un imperio efectivo. Con ambos colaboradores se emprende la rebelión española a la que ayudan con armas, con hombres y con doctrinas. A estas doctrinas se vincula la imitación. El jefe del Estado español adula a Hitler y a Mussolini, acepta sus ideas, aplica sus métodos, logra una victoria sin derrota, piensa en la felicidad del subalterno, al que le basta obedecer las órdenes del jefe, ahorrándose la difícil tarea de crear y se deja penetrar por una imitación consciente o inconsciente, llena de comodidades, puesto que no exige ningún esfuerzo.

En esto viene la guerra. Su política internacional es la de los agresores y a ellos ha venido correspondiendo la iniciativa de esta política. La lucha bélica alcanza triunfos clamorosos. Parece que la Alemania nazi se va a asegurar en sus continuas victorias las riendas de un Imperio Universal. La Italia fascista marcha, en cambio, a la deriva, con las torpezas y con la timidez de una parienta pobre. No ofrece la menor duda que la guerra será ganada por Alemania y hay que asegurarse su amistad para gozar más tarde de su protección y del botín. Ahí está Gibraltar acusador y el África divisible, de la que pueden recogerse unos restos, gracias a la derrota francesa. El intuitivo genial, desaparecido en la Cancillería del Reich, declara un día la guerra al comunismo. Es la euforia. La lucha cambia de rumbo y el imperio naciente puede convertirse, por la dura ley de la necesidad, en un beligerante activo. Hasta entonces se ha contentado el tutor triunfante con pedirle al pupilo propaganda y ayuda económica y el sometido con llenar los ámbitos de un país dolorido y ensangrentado con el panegírico de Hitler. España tiene diversidad de instituciones nazis, más o menos exóticas, desde una Gestapo, apadrinada por Himmler, hasta una propaganda alemana, que lo penetra todo.

Cuando hay que ir a batirse en las estepas se crea la Legión Azul, que ofrece una doble colaboración de sangre y de cobardía: las adulaciones democráticas resbalan en la dura piel del imperio. La voz amistosa de Roosevelt («mi querido general»), la política flexible y desdeñosa de sir Samuel Hoare, toda ella concentrada en el tungsteno, la acción

diplomática del historiador Mr. Hayes, que llega con afanes de conversión democrática y que acaba por convertirse a la nueva ortodoxia totalitaria.

El imperio presta importantes servicios laterales. Ahí está el caso de Filipinas: el tratado secreto Franco-Tokio, por el que la Falange de Filipinas pasaba a depender directamente del Centro General de Falange en el Japón. Los deberes que imponía el jefe, vínculo político, y el odio común a Norteamérica, vínculo afectivo, acabaron -227- por hacer de esta Falange hispano-filipina la quinta columna de la guerra del Japón contra los Estados Unidos. Los españoles de Filipinas actuaron a las órdenes de los consejeros japoneses. El movimiento hispanista, entre los españoles de sangre, consistente en una profunda propaganda contra Norteamérica, obtuvo considerables ingresos, que se emplearon en la ayuda japonesa.

La política internacional del Imperio con respecto a Francia fue marcadamente germanófila. Por ella se despreció su independencia, se pensó en arrebatarle una parte de su imperio colonial, se pactó con Pétain, del que se obtuvo todo, incluso la entrega de españoles para fusilarlos, y acaba de descubrirse en estos días una inteligencia con Laval, que merece capítulo aparte.

Terminada la guerra, Laval se refugió en España. Por una complacencia con los aliados victoriosos fue hecho prisionero, de un modo ciertamente original. Recluido en una prisión militar de Barcelona, se le permitía diariamente la visita de su esposa, que acabó, ilegalmente, por hospedarse en la prisión, recibiendo del exterior incluso servicios de belleza. Los franceses reclamaron su entrega y se denegó la extradición, alegando que era un delincuente político. No obstante este alegato, fue privadamente librado a los norteamericanos, que lo pusieron en manos de los franceses para que lo ejecutaran. Lo que pudo ser un acto lícito de soberanía, se convirtió en una traición que recordaba los premios públicos ofrecidos para la denuncia y captura de los malhechores, que ya condenó Beccaria. El premio pudo ser una sonrisa del historiador converso: «Por una sonrisa un mundo» (Bécquer).

En este caso, por una sonrisa una vida. Pétain ha alcanzado en la propaganda falangista la jerarquía de héroe y por él han derramado lágrimas, en su vida y en su muerte, las plañideras del régimen, comenzando por el autor de La Malquerida. A Laval se le ha sepultado en el silencio. Su recuerdo serviría de acicate a un complejo de culpabilidad, sepultado en el inconsciente. Ahora acaba de descubrirse que a través de los representantes diplomáticos alemanes, pretendió concluir un convenio amistoso con Francia. Contaba con la colaboración de Pétain; se proponía instaurar en Francia un régimen autoritario y ofrecía el envío a España de periodistas de izquierda, que con su crédito desorientaran a la opinión, mostrando a favor de Franco veleidades que podrían dar a sus elogios una apariencia de justicia e instalar cerca de la frontera francesa una potente emisora de radio que propagara desde España las ventajas de un régimen autoritario. La propaganda desde el extranjero apoyada por el Generalísimo, en una palabra.

La última fase de la política internacional del Imperio de la hispanidad es norteamericana. Hitler y Mussolini quedan sepultados en un pasado inconfesable. Toda la propaganda actual, que penetra hasta la fatiga y los últimos repliegues del país, se hace en favor del jefe

de la nación norteamericana. El Generalísimo es flexible. Cuenta Samuel Hoare que cuando presentó sus cartas credenciales tenía sobre su -228- mesa, en dos marcos de plata repujada, para mayor honor, los retratos de Hitler y Mussolini y cuando fue a despedirse, a la entrada de los aliados en París, en los mismos marcos habían sustituido a los hombres, cuya estrella declinaba, por el presidente de la República Portuguesa (después fallecido) y su santidad el Papa. Seguramente hoy, junto al heredero del trono de San Pedro, se encontrará la efigie del presidente Truman. Es lo obligado en la estancia donde sonó estridente la voz de un senador de Texas, que gritaba: «Allo, Franco, estamos contigo». ¡Qué tuteo más simpático y qué tierna camaradería!

Antiamericanismo

Esta larga palabra tiene como fundamento unos textos. Los programas de la segunda enseñanza española son oficiales. No existe la libertad del catedrático para redactar el de su asignatura. La ciencia está vestida, por ministerio de la ley, con el uniforme falangista. Hay algunas ciencias que han merecido por parte del Estado una atención más escrupulosa. Tal era obligado que ocurriera con la historia que, como testigo de los tiempos, según la conocida expresión ciceroniana, puede ser testigo peligroso, que importa convertir en un testigo falso y amañado.

En el cuestionario del tercer curso de Historia de los centros de segunda enseñanza españoles, declarado oficial por Orden de 14 de abril de 1939, figura el tema que literalmente reproducimos:

II. Los Estados Unidos de Norteamérica. Sentido materialista inferior de la civilización norteamericana. Falta de fundamento y de unidad moral. Inmoralidad financiera. Su agresión injusta a España y a los países hispanoamericanos. Nicaragua. Haití. Superioridad moral de Hispanoamérica sobre Norteamérica.

No hay en la España falangista más que escritores oficiales. No escribe el hombre, escribe la censura. Cuanto se publica es la obra que la censura ha dejado sobrevivir en la obra del hombre. Uno de estos escritores oficiales, voz y ortodoxia de Falange, en cuyo pontificado intelectual ocupa un lugar de relevancia, es Pemartín. Pemartín es un enemigo personal de la Reforma y ha proclamado que el bolchevismo nació con Lutero, lo que implica la filiación bolchevique de las masas inmensas de protestantes norteamericanos.

Los ideales imperialistas de la hispanidad se han declarado incompatibles, por un nutrido coro de voces, entre las que figura la infalible del Caudillo, con el falso patriotismo democrático y con el iluminismo predominante en América. Hay que reconocer que Su Excelencia continúa clavado en su sitio. El falso pacifismo democrático le ha tendido la mano y el iluminismo ha pretendido incorporar el traje negro y austero, las joyas de un empréstito, no sabemos si con el designio de borbonzar a -229- la España de los Austrias, cuya continuidad se rompió durante siglos, para reanudarse con el Caudillo, nuevo Felipe II.

Estos sucesos contemporáneos, ¿son el ocaso de la hispanidad o el ocaso de la democracia? Parecen el primero, pero es lo cierto que, salvo la supuesta sustitución de retratos, la propaganda del presidente Truman que invade España y los dólares que se hayan incorporado al torrente circulatorio de la economía nacional, no nos consta que se hayan rectificado los fundamentos más o menos ideales de la hispanidad, ni cuanto se gestó por impulsos nazis-fascistas en sus entrañas más o menos fecundas, aniquilando la vida nacional.

Los hechos recientes abogan en pro del ocaso de la hispanidad, pero no se ha rectificado una tradición de once años, a pesar del oro que aspira a cubrir la sangre, ni aun en relación con el tema transcrito del programa oficial de historia. Lo que en todo caso se ha renovado es la historia misma.

Soy un español universal y libre que cuenta entre sus postulados de moral con este magnífico concepto de Kant: «no quiero violar en mi persona la dignidad del género humano». Con la distancia que separa a un hombre humilde y sin patria oficial, pero español por la sangre y por las entrañas, de una de las figuras señeras de la historia y de la democracia norteamericanas, tengo la satisfacción de declarar que me enorgullece este parecido con Lincoln.

Bohemia, La Habana, año 43, 49 (16 de diciembre de 1951), pp. 55, 219 y 220.

-230-

Jesús Vázquez Gayoso

Cultura y civilización

Se dice que vivimos una ingente crisis histórica de proyecciones incalculables, y que de nada vale tratar de esquivar lo que de modo inexorable está trazado en el destino del hombre de tal manera que sólo importaría dejarse llevar a lo desconocido, al incierto futuro. Pero no; en esa incertidumbre hay siempre un conjunto de circunstancias que, analizadas y puestas en la balanza, pueden inclinar el fiel según el querer humano, y así es fácil ver actuaciones que, si no pasaran a integrarse en la resultante final, hubieran ya cedido al peso de un «dejar hacer» equivalente a un agudo pesimismo dominando la razón. Y he ahí, en todos los trances de la Historia, intentos de salvar un cierto status en tal o cual medida, que se traduce en el momento presente en ese cúmulo de reuniones, conferencias, asambleas, en cuyo ambiente flotan anhelos, ansias de superar la crisis que agobia al mundo y salvarlo de

la encrucijada a que le empujó la bamboleante política de los últimos años, consecuencia de un hecho cuyas raíces calan muy hondo en el alma de la humanidad y que podemos definir como la inestabilidad de una época, de todo un complejo de ideas que se entrecruzan, discuten y chocan, de un modo de entender la vida que lucha desafortadamente contra lo inevitable, pues que tras de ello, surgiendo de sus escombros, se encuentra la nueva concepción a que camina el mundo, para afrontar la cual es preciso involucrarse en una paz espiritual que solamente en el análisis filosófico de los postulados esenciales de la sociedad puede dar como fruto la adecuada solución que podrá no estar en ninguna de las fórmulas a que llegaron por un lado Laski y los teóricos liberales y por otro Huxley y los filósofos del conservatismo religioso y «apolítico»; esto es, marxismo versus pacifismo de tono fundamentalmente anarquista, cuya divergencia indica la necesidad de hallar un cauce para esta peligrosa transición que nos lleva abiertamente a un mañana de características difíciles de esclarecer.

Todos los acontecimientos indican con claridad meridiana, y la historia lo constata, que las grandes crisis en que la depravación, el atropello y el delito se entremezclan con el progreso y la civilización en manifiesta pugna, son síntoma cierto de un avance en la evolución de la humanidad hacia su perfección. Es que, como indicara E. Benes: «La lucha entre los sistemas de gobierno imperantes, la democracia, el fascismo, el nacionalsocialismo, el comunismo -combinada con los conflictos políticos por el poder entre las grandes potencias y los intentos de esclavizar de nuevo a las naciones menores de Europa- es la fórmula que expresa fielmente la presente crisis europea y la tragedia de la postguerra» (nosotros generalizaríamos supuesto que ese estado abarca por igual a todos los pueblos del orbe); y sigue diciendo: «Buena parte de la política del periodo de guerra y de las consecuencias de la postguerra constituyen una ganancia para la humanidad, moral y políticamente, y un indudable progreso moral y político en la historia de la civilización».

-231-

Hace tiempo, en la propaganda electoral del año 1933, decía yo que se hallaba el mundo ante un magno acontecimiento: la rapidez con que se desenvuelven todas las manifestaciones del humano quehacer, el péndulo de la vida oscilando con acelerado ritmo describiendo un arco en el cual hay posiciones que adoptan posturas que no son otra cosa que su propia antítesis, son indicio evidente de la profunda y radical transformación en la que, tras el naufragio de lo existente, resurgirá, como el Ave Fénix, el potente sentido de la vida con una sociedad mejor, ansiada por los soñadores e idealistas, en la que, apagados los apetitos particulares, se piense en el servicio de los intereses de todos. Pues hoy, como ayer, seguimos en esa línea, pendientes de esa nueva aurora, de luz y de gloria, a que aboca el mundo. Y es que la Historia se valora en tanto la época y el hecho se corresponden, explicándose ambos por la trascendencia que marca su paso en el libro de Cronos.

En todos los momentos culminantes de la vida de los pueblos se presentó el fenómeno de sus mayores grandezas alternando con sus más grandes miserias: en el recorrido triunfal de su ciclo histórico, la cúspide de la romanización coincide con la desorbitación imperial tras de cuyas cenizas brota la Edad Media, época de grandes creaciones, en la que se perfilan ideas, modulan sistemas y busca concreción toda una gama cultural, que se convierte en legado para la posteridad, pero en cuyo álgido momento cede el paso a nuevas formas en el «desconcertante» desconcierto de una cultura renaciente, potentísima, que, renovando la

base de la sociedad, desbroza el camino de la lucha por las libertades civiles echando los cimientos a una concepción occidental del mundo, de que nace en Francia el movimiento comunal que dará el predominio al tiers état en los Estados Generales de 1355 y en la Asamblea de 1357; impulso que pasa a España, a Italia, a Escocia..., prendiendo el fuego del ideal en que se afianza el régimen parlamentario y democrático. Régimen que se erige en pleno furor de las persecuciones azuzadas por las luchas socialreligiosas en que se ventila la suerte de la ciencia, con las muertes de Wycliffe y de Huss, los reformadores cuyo antecedente está en Marsilio con su tesis de la soberanía del pueblo, de la mayoría, en el Estado; de Savonarola, el combativo sustentador de la tiranía religiosa florentina, del que se dijo que tendió el velo del medievalismo sobre el Renacimiento, ansioso de experiencia y lleno de amor a la belleza; el levantamiento de Lutero por la independización del pensamiento al elevar sobre el dogma el principio de la razón; de Enrique VIII o de Isabel, con sus reformas de trascendencia a todos los ámbitos de la organización en la Inglaterra tradicional; la lucha, en fin, entre la idea y la fuerza que durante cierto tiempo había de sentar sus reales, con leves alternativas.

Idea y fuerza; espíritu y materia; voluntad de vivir y realidad de cada momento histórico. ¡Cuántas reflexiones despiertan esos conceptos, tradicionalmente antagónicos cuando debieran complementarse para hacer posible el asentamiento de la -232- razón, la poderosa fuerza de la idea! Pero volvamos al tema: la lucha, dijimos, llevó al triunfo de la fuerza, con leves alternativas, organizándose a su socaire verdaderas compañías integradas por turbas sedientas de aventuras, sin ideología, vendidas al mejor postor, que hoy actuaban aquí, mañana acullá, y siempre pensando en el botín aunque para alcanzarlo haya que llegar al crimen. Eran tiempos de transición que se caracterizan por la destrucción, el saqueo, la devastación, el crimen, y, revolucionando todo lo existente, producen un shock inaudito capaz de paralizar la marcha de la civilización, no obstante lo cual sigue la progresiva evolución en el devenir histórico que abre la época moderna. Estamos, en cierto modo, frente al contraste que produce la propia reacción ante los hechos.

Y es en tal momento cuando se logra la unidad interna y el impulso que nunca antes se había alcanzado. Frente a la idea medieval, la estructura de un mundo nuevo: «El Estado, la teoría política, la ciencia, las relaciones legales, la economía, la concepción del hombre, fueron estudiados partiendo de la base de unas ideas directoras uniformes y moldeadas en una unidad nueva. El orden mundial universalista medieval que dirigía los pensamientos del hombre hacia el mundo futuro se encontraba ahora con la oposición del universalismo de este mundo. El mundo se había hecho, finalmente, mundano, y la razón, situada en un plano nuevo, se convirtió en su instrumento». La revolución gloriosa, de 1688, el nuevo racionalismo, la teoría del Estado absoluto, estaban en marcha; nuevamente los elementos en pugna chocarían; la filosofía política de la época, discutiendo entre los polos opuestos de unos conceptos que tratan de fundamentar un sistema adecuado al hombre, abre paso a las corrientes del espíritu que serán aventadas en la Gran Revolución. De nuevo la contradicción evidente, la pugna entre los elementos vitales que no han logrado su síntesis: cuerpo y alma siguen integrando una transitoria unidad, ficticia, por así decir; pareciera que la natural separación señala el permanente estado de vigía y lucha entre la materia y el espíritu, y la razón y la fuerza persisten en la búsqueda de solución que no sea, precisamente, la idea de la fuerza.

En efecto, en el momento actual sufrimos los impactos del mismo fenómeno de desintegración, en pro de un resurgir, cuyo origen está en el ominoso siglo XVIII con sus dudas, alimentadas por el descontento, que a su vez analiza lo propio en contraste con los signos de los tiempos nuevos que harán pasar el antiguo régimen al pozo del recuerdo, obligando a Francia a empuñar el látigo bienhechor en la enorme conmoción que propiciaron la Enciclopedia, la obra de Bentham y la filosofía política, inclinados del lado del pueblo, de las clases oprimidas por el absolutismo realista que había concentrado en sus manos el poderío antes compartido con la Iglesia y el feudalismo como entes con jurisdicción derrotados por el apoyo burgués a la monarquía que, por un momento, pretendió sojuzgar a su antiguo aliado destapando la fibra de la violencia contra lo que un día fue estimada institución permanente de la sociedad -233- política. La bancarrota estatal lleva a la revolución, cuyas fuentes tan variadas habían de producir sentimientos encontrados y su legado de Libertad, Igualdad y Fraternidad será bandera tremolada eternamente por cuantos aman la vida y suspiran por el universal imperio de la razón. Por eso la revolución, que abre la ruta de la moderna democracia, desata apetitos: Marat, Danton, Robespierre, sucumben a manos de la revolución misma, aureolados en sus principios, y los postulados que habían forjado el ambiente propicio se encarrilan por cauces utilitarios, de donde, si los comités de 1793 identificaron la soberanía nacional con el absolutismo de la mayoría, el fruto estaba tan maduro que se caía de su propio peso a la mano de quien asumió la responsabilidad ante la Historia de ser el vehículo de aquella conmoción; y en el caos, arrogándose la encarnación del ambiente nacional, Napoleón recoge el legado y si, efectivamente hizo posible que la Revolución llegara a dar la vuelta al mundo, la armazón de su régimen no resuelve nada porque fue la preponderancia falsa de un hombre que al someter las ideas a su dictado estaba negando los postulados que decía defender; no respondía, en suma, a la idea y proyecciones de la obra revolucionaria con su profundo sentido espiritual, con su acendrado fundamento humano, no obstante insistir él mismo, en su defensa, que las circunstancias lo llevaron a establecer la dictadura y a sostener un estado bélico no querido ni buscado: «¿Ambición? Sin duda se encuentre en todo ello, y mucha, pero de la más alta y de la más grande que se pueda concebir: la de establecer, de consagrar el imperio de la razón y el pleno ejercicio, el entero juego de las facultades humanas». El genio de la guerra, como antes los ideólogos y hombres de acción que hicieron posible las revoluciones francesa y americana, ofrendaba al «culto de la razón», que viene a ser el signo distintivo de la época, desarrollado, madurado y establecido tras cinco centurias de ensayos y esfuerzos intelectuales y políticos tratando de desterrar la escolástica para implantar la teoría universalista de la filosofía de la humanidad. Desde ese momento, libre el hombre para pensar, empieza una carrera de obstáculos empecinados en estrangular la razón. Sobre todo un proceso histórico se abre el capítulo de incertidumbres de nuevo signo: la calma, la paz, el sosiego tan ansiados siguen siendo concepciones utópicas; en vez de entendimiento, los celos cimentan sublevaciones y asonadas que se suceden sin descanso caracterizando una etapa de la Historia.

Revolución y contrarrevolución; avance y retroceso; la estructura social, económica, política que emerge de la Gran Revolución, prepara el cambio; y, cuando se vislumbra nuevo aporte de la democracia liberal, su propia esencia da vida al cuarto estado, cuya fuerza numérica supera a todos, recabando su intervención en el tinglado de la política activa. La democracia liberal burguesa se desintegra y el nuevo orden social perfila un sistema democrático que tiene su apoyo en los órdenes social y económico. Es un aspecto

de la lucha del hombre por la consecución de una auténtica democracia; es la aplicación a lo social, a lo económico, de las ideas luminaras -234- de la revolución; es la pugna por el respeto a la soberanía, que, a su vez, cede ante la fuerza hegemónica de las grandes potencias; es, en suma, un estado latente de incertidumbre, de desasosiego, en el que se suceden, como hemos apuntado, sublevaciones y asonadas que mantienen la inquietud en el ambiente político -nacional e internacional. Ya se dijo que «la revolución francesa fue universalista y pacifista; pero con las guerras napoleónicas creó por primera vez en Europa el ejército popular de masas, dando al mundo moderno el concepto de la guerra, no de ejércitos, sino de pueblos». Es que una conmoción tan grande no podía por menos que dejar como legado la pugna entre los principios y las realidades, venciendo éstas por su mayor fuerza de imposición, al menos en tanto no se haya logrado revisar todo el proceso histórico, purificando a los hombres y a los pueblos para una vida de relación fraterna y humana,

Lo cierto es que todo el siglo XIX es un vasto mar de pasiones encontradas que buscan un escollo donde batir con furia o una playa que acariciar. Lucha de ideas y regimentación política; se pretende poner en marcha el espíritu revolucionario, y, en sucesivos bandazos, se pasa del romanticismo político a la dictadura, y, a través del ambiente intelectual, se producen hechos de verdadera historia colectiva que culminan en el caso Dreyfus con la gallarda contrapartida de Emilio Zola; ofreciendo las enseñanzas del positivismo, y la oposición, el odio al intelecto que tan bien estudió Julián Benda en su obra *La trahison des clercs*. Todo ello como síntesis de un momento de la historia que busca afanosamente su destino y recoge, en cierto modo, el taciturno Thiers caracterizando la revolución como el triunfo del gran principio de la diferencia del voto de la mayoría de las cámaras, afirmándose su conciencia liberal y política, a pesar de todos los embates y de todas las vicisitudes, con fortaleza suficiente para superarlos y persistir, poniendo sus lacras al descubierto y fijando el antídoto adecuado. Las luchas, manifestándose por doquier en las más diversas formas, con prodigalidad suma, en el mundo de las ideas y en el de los hechos, mantienen la falta de estabilidad que cuaja en las masas y produce en toda Europa revoluciones que son acalladas por el férreo brazo de un Estado de dominantes que ha suplantado en la dirección de los negocios públicos las elevadas ideas que realizaron el movimiento liberal de fines del siglo XVIII. Pero el pueblo no cesa en la reclamación de sus privativos derechos, y el Manifiesto Comunista viene a echar más leña al fuego en que hierve la olla política que es la Europa de 1848; sus postulados prenden en las conciencias extendiéndose como reguero de pólvora, dando lugar a un cambio en la actitud burguesa por temor al socialismo después de la sublevación proletaria y las luchas en las calles parisinas entre obreros y soldados. Pensadores, filósofos, políticos y hombres de Estado se lanzan al análisis y a la diatriba. La discusión se entabla. La hidra pseudotradicionalista se defiende con todas sus fuerzas y lanza al mundo, en ocasiones varias, a la catástrofe, buscando la conservación de un status que se halla en descomposición y sólo en la tumba tiene su lógico acomodo.

-235-

La baraúnda se ceba en la tierra; ideas viejas, revestidas de llamativos colores, pretenden salvar la cultura spengleriana que representa. Son ensayos necesitados de una definición de principios que supere los viejos moldes, sin lo cual la base no tiene consistencia. Y esto no se encuentra en las formas políticas, que se imponen sin permitir la exteriorización de los

sentimientos y de las ideas, atezadas por el Estado, elevado a su más alta sublimación frente al individuo. Ya se ha dicho que «la sociedad contemporánea es una sociedad capitalista que, más o menos libre de adiciones medievales, más o menos modificada por el desarrollo histórico particular de cada país y más o menos desarrollada, existe en todos los países civilizados. El Estado contemporáneo, por otra parte, es distinto dentro de cada frontera. Es distinto en el Estado germano-prusiano y en Suiza, distinto en Inglaterra y en los Estados Unidos. El Estado contemporáneo es, pues, una ficción». Por su parte el hombre, que luchara en todos los tiempos por su liberación, ¿cómo podría soportar la nueva tiranía brutalitaria de las formas nazi-fascistas del Estado-gendarme? Qué razón tenía Goethe al profetizar sobre el carácter y los peligros del momento histórico al que se acercaba el mundo: «La riqueza y la velocidad es lo que el mundo admira y por lo que todo el mundo lucha. Ferrocarriles, correos expresos, barcos de vapor y todas las facilidades posibles de comunicación, constituyen la aspiración del mundo culto que se sobreeduca manteniéndose por ello en un nivel mediocre. Es un sigilo de hombres capaces, de hombres prácticos, despejados, que poseedores de una cierta agudeza, sienten su superioridad sobre la muchedumbre, aunque no estén bien dotados por lo que respecta a las cosas más altas. Aferrémonos todo lo posible a la tradición en la que hemos crecido; nosotros y acaso algunos más seremos el último vestigio de una época que tardará en volver». Por eso, quizá, la intuición de Mazzini que, como Nietzsche y Whitman, pensaron en una transformación de la naturaleza humana, sin exigir el cambio constitucional, lo que se corresponde, en cierto modo, con la filosofía política del «futurismo» desarrollada como sistema intelectual bajo la órbita de B. Croce.

¡No!; el despotismo que sale en defensa del falso tradicionalismo, condenado está a desaparecer para siempre arrastrando consigo hasta el recuerdo de sus trágicas experiencias; la marcha ascendente de la humanidad no la trunca ningún acontecimiento, por trascendental que parezca; equivaldría a pretender ponerle puertas al mar... No importan posturas arrogantes ni definiciones tratando de aparentar un movimiento espiritual. Hoy o mañana, más tarde o más temprano, el gran movimiento histórico se producirá y su orientación es hacia el hombre que, ente superior nacido para desplegar sus energías en beneficio y al servicio de la verdad, sufre, no obstante, los atropellos y las injusticias de un falso mesianismo.

Este movimiento histórico es de envergadura tal que ni aun pensándolo podemos alcanzar cuál será su trayectoria. De la experiencia pasada grandes enseñanzas -236- deparan postulados que el hombre se encargará de encajar en fórmulas adecuadas. Porque hemos sentido el galopar de la bestia cabalgando sobre un mundo en descomposición, actor y testigo del enorme cataclismo en el que ni campos, ni ciudades, ni el mar ni el espacio se han librado del crepitar violento de las máquinas destructoras vomitando fuego y sembrando la destrucción y la muerte aquí y allá, que no hay distingos en la catalogación cuando las pasiones se desbordan y la razón queda relegada a segundo término. Claro que ello tuvo su causa y motivo en la aspiración totalitaria cuyo lema, «todo por el Estado; nada contra el Estado; nada fuera del Estado», adoptaron los regímenes enrolados en el que se llamó Nuevo Orden, aun con diferencia de matices que no obstan la identidad de acción y cuyo pensamiento es acorde con el que A. Hitler sentó en Mein Kampf. «Si el pueblo alemán, en su desarrollo histórico, hubiera conseguido esa unidad gregaria que tienen otros pueblos, el Reich alemán sería hoy el amo del Orbe. El curso de la historia podría haber

sido diferente. Es posible que en tal caso se hubiera logrado lo que tantos pacifistas ciegos esperan conseguir hoy con sollozos y lamentaciones: una paz no apoyada por el ondear de palmas plañideras, lacrimosas y pacifistas, sino establecida por la espada victoriosa de un pueblo señor que hubiese conquistado el mundo en interés de una civilización superior», lo que, en cierto modo, es el pensar del Canciller de Hierro cuando, a las observaciones de la Comisión de Presupuestos del Landstag, replicó con acaloramiento: «Los grandes problemas del momento no se resolverán con discursos y resoluciones parlamentarias, sino con sangre y hierro». Tremenda consecuencia que, por fortuna, pudo ser conjurada, si bien de modo trágico, permitiendo que la Parca, con su guadaña siniestra, realice la obra de devolver a la tierra el fruto de un ciclo histórico cuyos coletazos últimos estamos sufriendo en propia carne. Guerra de máquinas y de ideas, destrucción y muerte en medio del confusionismo que produce la marcha ascendente de la humanidad, el progreso en todos los órdenes de la vida. Es el contraste por la reacción que se presenta de nuevo ante nosotros, produciendo el desconcierto de las grandes transiciones. Es el pasado que se resiste a llevar a su descanso eterno la experiencia macabra de sistemas y personas más macabras aún; es el anatema al cínico concepto de que «la política es el arte de lo posible» en la que se asienta la floración de los dictadores, los aventureros, los políticos ocasionales -que dijo E. Benes-, muchos de los cuales, que se consideran a sí mismos genios políticos, pertenecen a esa categoría: intuitiva, imaginativa, romántica, emocional. Toda su emotividad política está empapada de individualismo artístico y se caracteriza por una constante improvisación, por la experimentación, el emocionalismo y el egocentrismo que lleva con frecuencia a la catástrofe». Pero es, también, el futuro, un tanto incierto, en el que no caben ya ensayos a base de lo caduco y de lo muerto, pues gigante y poderoso, revivirá la esencia de la civilización para aplicarla con cariñoso empeño, en la medida precisa, a las nuevas formas de vida que la constitución del mañana entraña.

-237-

Trágico balance para nuestra generación; pero grandioso momento por lo que representa de impulso en la carrera emprendida por la Cultura en su noble tarea de aportar al mundo las bases de una vida mejor. Por eso, al lado del dolor, conviviendo con él, está nuestro emocionado entusiasmo por formar en las filas elegidas por la Historia para dar testimonio del trascendental hecho de abrir en el tiempo las puertas de una nueva era. Porque, tremenda experiencia la pasada y grandiosa esperanza la que vivimos: el imperio de la fuerza que desataron los nuevos bárbaros totalitarios, origen del desconcierto y la incompreensión, ha pasado ya, tras una rápida agonía en la que aún restan los últimos estertores del monstruo que se disfraza de atributos dispares en su empeño de mantener lo insostenible y aplazar la nueva aurora, y cuyo entierro definitivo no se hará esperar.

¿Habremos alcanzado la hora del renacer del espíritu? ¿Estaremos en el umbral de la nueva aurora? Dijimos que la inquietud se manifiesta en la ansiedad general de resolver la crisis en que estamos envueltos, y buen signo es la idea que movió a reunir a los ejecutivos del Continente en el cónclave de Panamá, el pasado año 1956, sobre cuyos resultados prácticos abrigamos grandes reservas. No obstante la Declaración parece responder a ese deseo de rasgar las sombras y abrir de par en par la era nueva, con postulados esenciales que beben en las fuentes de la Cultura de Occidente y mira al hombre y al Estado en armónica relación, pues «el destino de América es desarrollar una civilización que haga reales y efectivos el concepto de libertad humana, el principio de que el Estado existe para servir y

no para dominar al hombre, el anhelo de que la humanidad alcance niveles superiores en su evolución espiritual y material y el postulado de que todas las naciones puedan vivir en paz y con dignidad», bajo bases económicas y sociales que, además de elevar las condiciones de vida, permitan el juego de la libertad frente al totalitarismo de cualquier tono y condición, que es la negación de nuestro sentimiento, ya que «en un mundo en que la dignidad de la persona, sus derechos fundamentales y los valores espirituales de la humanidad están gravemente amenazados por fuerzas totalitarias, ajenas a la tradición de nuestros pueblos y sus instituciones, América mantiene el designio supremo de su historia: ser baluarte de la libertad del hombre y de la independencia de las naciones», lo que hace que «América unida, fuerte y generosa, no sólo ha de promover el bienestar del Continente, sino que habrá de contribuir a lograr para el mundo los beneficios de una paz fundada en la justicia y en la libertad, que permita a todos los pueblos, sin distinción de raza o credo, trabajar con honor y fe en el porvenir».

Ojalá que estos principios sean algún día, para lo cual, como ya dijimos en torno a la reunión, creemos «necesario que las fronteras sean mero alegato geográfico, que las trabas -leguleyescas y oficinescas- desaparezcan, que se integre la ciudadanía americana como paso obligado en la formación de la unidad espiritual que tanto está necesitando el mundo entero»; y añadíamos que es urgente «cambiar el -238- recelo por la confianza, la duda por la sinceridad, la mentira y el engaño por la verdad, para que los pueblos caloricen la empresa de ordenar las relaciones amistosas y fraternas que deben ser norma de nuestra convivencia. Suprímense los obstáculos a la libertad de movimiento y de asentamiento; unifíquese, nivélese la economía; desarróllese la unidad cultural, espiritual, y América será lo que el destino le tiene trazado en los anales de la Historia». Entonces, en ese instante, si esto se logra, quedará sepultada una época y nacerá la que se iniciara en el gran movimiento francés de fines del siglo XVIII y tuvo eslabones formidables en las revoluciones sociales y económicas que, jalonando el siglo XIX, traen nuevos aportes en el presente y habrán de imprimir su sello en la naciente era que se columbra. Y si el descubrimiento de nuestro Continente abrió cauces nuevos al aventurerismo decadente de los viejos condottieros, hoy marcará, con su antorcha de libertad, el camino a seguir por los pueblos todos del mundo, y, esencialmente, de Europa. Es así como el hijo aconsejará al padre, en esta comunión humana de la vida que no es de poder sino de comprensión. Y el ideal de Kant será realidad. Como el precepto bíblico, pues que la nueva era a cuyo parto asistimos avizorando en el abismo de lo eterno, es la de la democracia y en ésta sólo tienen cabida los hombres de buena voluntad para los cuales se ha hecho la paz espiritual, moral y material.

De ahí que nos hayamos forjado nuestro credo: creo en la fraternidad universal que surgirá como corolario de esta gran hecatombe a que se lanzó el mundo en su desenfadada orgía de apetitos imperialistas, de embriaguez y locura de poder; creo en el imperio del Derecho y de la Justicia como único modo de convivencia, después de las enseñanzas téticas de los regímenes de fuerza engarzados en el Eje, de que sólo puede salir un robustecimiento del espíritu de libertad; creo, por tanto, en la Libertad como colofón precioso de una sublime aspiración del espíritu humano, presto a rebelarse contra todas las fuerzas de opresión; creo en el triunfo de la Democracia, de una democracia social con un profundo contenido económico, que pugna por imponerse, a través de los siglos, como fórmula de superación política a que no había llegado todavía la conciencia de Europa, aferrada como estaba a los

viejos moldes de que derivan formas de vida social, ya superados -si bien no absolutamente sustituidos-, propios de pueblos de vida inferior y que se conjugan bajo el apelativo común de totalitarismos. Y sigo creyendo, con fe ciega, en los destinos de la Humanidad que son de hermandad, justicia y libertad, rindiendo culto a este sentimiento innato en individuos de conciencia limpia, en los que anida el deseo que hizo exclamar al Sabio Rey: «Aman y codician la libertad todas las criaturas del mundo; cuánto más los hombres que tienen entendimiento, principalmente los de noble corazón».

Libro jubilar de Emeterio S. Santovenia en su cincuentenario de escritor, La Habana, Impresores Úcar García, S. A., 1957, pp. 531-540.

-239-

María Zambrano

Sentido de la derrota

Siempre ha habido más religiones de las que se sabe. Porque el hombre tiende a convertir en absolutas sus creencias, aun las que se refieren a lo que se suele llamar la «práctica». Lo grave de estas religiones subrepticias, además de su ilegitimidad, es que se deslizan y aun se apoderan del ánimo sin ser notadas, que actúan como supuestos del pensamiento y... de la conducta.

Y así, no entendemos a nuestro prójimo, a los más inmediatos, ni a la mecánica de los sucesos políticos, ni... a nosotros mismos. Si el viejo Sócrates volviera a este mundo -donde se le haría ingerir su vaso de aceite de ricino cotidiano- prescribiría como medida de rigor para el logro del «conócete a ti mismo», la persecución y de manera implacable de los supuestos que dirigen ocultamente nuestra conducta. Los supuestos que, por estar ocultos y por actuar constantemente, vienen a participar del carácter de la fe religiosa; llegan a ser su sucedáneo.

Una de estas religiones no declaradas de nuestros días, de las más actuantes y difundidas, es la que pudiéramos llamar «Religión del éxito». El éxito elevado a rango de potencia máxima, de última instancia, ante la cual toda acción ha de justificarse. Toda acción y, lo más terrible, toda persona; la persona en su valor íntimo, esencial, con su historia tejida entre las circunstancias, de las que no se es responsable, con su intimidad y secreto, con sus razones y sinrazones que sólo ante la lógica divina podrían desvelarse. La persona humana, la realidad más valiosa de todas, portadora de un designio que la sobrepasa, tan inasequible

y tan cercana y frágil; lo más invulnerable y lo más conmovedor; el mayor prodigio del universo conocido: la persona humana...

A este prodigio se le hace comparecer a diario -y casi sin darse cuenta- ante un frío juez que ni siquiera pregunta, displicente, como aquel otro: «¿qué es la verdad?», sino «¿qué has conseguido?». Y si nada consigues, «¿a qué te obstinas?», «¿en qué?». Podría contestar el procesado: «En vivir quizá». Pues puede llamarse vida a esa tensión continua entre dos polos helados, el cálculo para lograr el éxito y el azar...; el azar que extravía una carta, equivoca un nombre o, más totalmente, nos ha hecho nacer en determinadas circunstancias de tiempo y de lugar que, por cierto, no hemos inventado.

Mas no hay que exagerar acerca del presente, que si nos resulta tan difícil es -240- porque, entre otras cosas, nos toca vivirlo. En todas las épocas de nuestra historia occidental ha existido este culto al éxito. Bajo su sombra han pasado, desconocidos y aun vejados, los valores de la persona humana. Ante él han tenido que comparecer algunos de los ejemplares más valiosos de la especie humana y frente a él se han levantado denunciándole, aun sin nombrarlo, cosas tales como la poesía, la ciencia y la ironía. Obras como Don Quijote, ¿acaso no se alzan para medir a esa opaca entidad que pretende medirlo todo?

Es la venganza del acusado; realizar algo que sobrepase la acusación, y la deje convertida en fantasma impotente. Pues el error máximo que puede cometerse frente a ciertas entidades, que ocupan plaza de jueces supremos, es el de contestar sus preguntas, el de aceptar el lugar que nos señalan en el banquillo de los acusados.

Siempre fue así... mas no tanto. La voz y la presencia del vencido -del que no alcanzó éxito- se hacía oír con más fuerza. Pero, ¿a qué comparar los tiempos? Lo cierto es que de la derrota y del fracaso han surgido las más bellas obras de la poesía y los más claros pensamientos de la mente humana.

La conciencia se ha ido afinando y esclareciendo a fuerza de fracasos. Y aun más, a cada paso realizado por la conciencia en su marcha inexorable, alguien ha pagado con el «fracaso» -aparente- de su vida.

La derrota es creadora en la historia como el fracaso individual lo es en el pensamiento, en el arte más perenne. ¿Qué sería de la historia si de ella se extrajesen las derrotas? Por ellas se da testimonio de la historia, tal como debería ser; de la conciencia que quiere corregir el simple acontecer ciego y casual, la fatalidad de la historia, según la necesidad elemental e inhumana. Y en ellas se esconde, a veces, el secreto del porvenir.

Y si no fuera tan sencilla la paradoja se podría decir que la derrota lleva consigo la victoria, como el triunfo arrastra la sombra del fracaso.

La paradoja es valedera a pesar de su simplicidad para toda nuestra historia de hombres occidentales. Mas, por razones no descifradas todavía, en ninguna historia parece verificarse tanto como en la de España. Quizá porque en el triunfo nace la obstinación, la

desmesura, el ahincamiento incapaz de renovarse. Los que triunfan se envuelven en su victoria y vienen a ser asfixiados por ella. Y mientras, el derrotado medita.

En las dos grandes coyunturas históricas, en las más decisivas de su vida, España vive la paradoja de derrota y victoria.

La primera es la que marca su entrada, su incorporación a ese vasto sistema de poder, el más amplio y duradero que el mundo haya conocido: el Imperio Romano. La segunda es la de la plenitud del poder de España en función del... Imperio Romano. Y diríase que la una es consecuencia de la otra, pues la historia se articula -como Ortega y Gasset ha mostrado- en sistema.

-241-

La conquista de España por los romanos ofrece todos los caracteres de una grande, inmensa y trágica derrota para sus rebeldes hijos. Roma se vio obligada a enviar a la áspera tierra española lo mejor de su genio militar; en parte alguna se halló tamaña resistencia llevada, como es tópico, hasta lo heroico más delirante, más increíble. Fue vencida, pues no se alcanza la categoría de vencido cuando se es simplemente allanado, atropellado o deshecho. Para ser vencido, digno de ese título, hay que haber mostrado que se merecía no serlo. Que hay una voluntad capaz de enfrentarse con la superioridad de medios, con el saber y la madurez histórica del adversario... con la adversidad misma. Y entonces, a fuerza de ser humanos, alcanzan a ser superhumanos, mitológicos. Entran a formar parte de esa historia permanente, que no pasa, que es la leyenda; engendran tradición y esperanza.

Y España fue romana. Y no sólo romana -incorporada al sistema de poder del Imperio- sino romanizada; es decir, transformada por el sistema de leyes, fecundada por el idioma y por el arte; vale decir: hecha universal.

Dos aspectos podemos sorprender en este proceso: la absorción de España por Roma y la absorción de Roma por España. Y hasta el intercambio en el nivel mismo de poder, ya que de España le llegaron a Roma algunos de sus mejores emperadores: Trajano, Adriano, Teodosio el Grande. Escritores como Lucano, Marcial, Quintiliano... y el filósofo de estampa más imperecedera: Séneca el de Córdoba.

Y estos emperadores y filósofos llegados del país vencido, fueron portadores de algo que en la derrota se aprende mejor que de modo alguno: una cierta moderación, un límite puesto voluntariamente; el de sentir, en suma, que nada humano es absoluto. El sentido de la relatividad de todo lo que el hombre hace o goza. Y hasta la ironía, esa ironía senequista que a los españoles ha sostenido en tanta derrota y vencimiento como la historia nos ha deparado: la que aflora en Cervantes y se agudiza en amargura en Quevedo, nacidos en la cumbre de tanta grandeza.

Pues esta sonrisa piadosa e irónica, nacida de la mirada que ve el conjunto de los asuntos humanos, es el tesoro que aportan los largamente vencidos de la historia. La mirada que descubre en la cumbre de la fortuna, la desgracia; y en el abismo de la derrota, la victoria y el triunfo. Porque la vida pasa y el arte queda.

«Reirá más quien ría el último», es el grito de la amargura que anticipa la venganza casi siempre destructora, ya que la venganza verdadera es arte, si no es solamente prolongación de la impiedad del vencedor. Mientras que la sonrisa, piedad e ironía del que ve la historia total y no el episodio inmediato por mucho que nos duela, anticipa el porvenir; un porvenir diferente en el que el presente quede superado. Quizá la historia entre en vía de razón cuando la conduzcan hombres dotados de larga memoria y hondo sentimiento, que conserven vivo, como si ellos lo hubiesen vivido, el recuerdo -la experiencia- de todas las derrotas.

-242-

Pues en la experiencia de la derrota se descubre más vívida y fuerte que nunca la esperanza. El soportarla es el antídoto infalible del pesimismo. Su cortejo de tribulaciones se transforma en un desfile novelesco de la historia humana. El horizonte no ocupado por el logro se ensancha y la libertad no empeñada permite ser espectador hasta de la propia vida. Es por lo que hay que pasar para alcanzar la madurez como persona y hasta como pueblo.

En verdad, las grandes culturas, las que aun «muertas» nos siguen alimentando, son aquellas que supieron atravesar derrotas. Morir de varias muertes y renacer en forma inesperada. Así, el Imperio Romano.

La grandeza de Roma viene de que supo pasar por diferentes formas de derrota, algunas muy sutiles, en pleno triunfo. Supo entregar algo de sí, lo más valioso, a los pueblos por ella subyugados. Su dominio, una vez logrado el triunfo militar, tuvo mucho de persuasión, de donación generosa, de voluntad pacificadora. La figura de Augusto Emperador simboliza -porque lo realizó- esta voluntad de paz desde el poder. Y no hay paz sin limitación de poder. Pues querer de verdad la paz y lograrla es, en cierto modo, darse por vencido... en el triunfo, que es lo más difícil. Lograrlo es alcanzar la máxima categoría de la historia.

En esa entrega de Roma en la paz se vertió la semilla de sus dones, la semilla creadora de su espíritu destinado -como todo espíritu- a proseguir más allá de la estructura material que le sirve de soporte. Se romanizó la espléndida y áspera provincia hispánica y todas las que más tarde serían el núcleo de Europa. La llegada de los «bárbaros» no pudo destruir aquella dádiva del espíritu que resistió, acrecentándose, al modo de los vencidos. Roma vencida en Hispania, en las Galias, en Italia se preparaba para vencer nuevamente y ya al modo puramente creador. El idioma, el derecho; una estructura de moral de la sociedad.

Y aun todavía más; lo inesperado, casi el milagro. La áspera provincia llegaría un día hasta las tierras ignoradas, traspasando el umbral que a Roma había permanecido inaccesible, aun en el conocimiento. Roma renacía en la acción de España en el Nuevo Mundo, como Grecia renacía en el arte de la Italia renacentista... (Grecia y ¿por qué no, también, los etruscos?). Pues que todo lo vencido y derrotado está llamado a renacer si ha sabido mantenerse fiel a sí mismo, si ha sabido entregarse... Por eso me arrepiento a medias de algo que un día dije a uno de los más grandes escritores que Francia tiene hoy día. Le había conocido hacía unas horas alrededor de una mesa a la que nos sentábamos ese número de personas que hace una conversación perfecta -raro gozo en esta época de reuniones multitudinarias y de soledad-; amaba a España con honda y un poco desesperada pasión, y

llevado de esa pasión llegó a decirme: «Porque, señora, usted sabe, yo también soy español». Y le dije: «No, no es posible; para ser español hace falta estar vencido». Pareció vacilar un momento y enseguida repitió en voz alta la frase para hacer partícipes a los demás de -243- lo que aceptaba como una especie de condena a la que no acababa de resignarse; pues, ¿no estaría él, acaso, un poco vencido?... Me arrepiento, porque no sólo para ser español, sino para ser hombre, hace falta estar vencido o... merecerlo; vencer, si se vence, con la sabiduría de los derrotados que han ganado su derrota.

Bohemia, La Habana, año 45, 43 (25 de octubre de 1953), pp. 3 y 135.

-244- -245-

Fichero de autores

ALMENDROS IBÁÑEZ, Herminio (Almansa, Albacete, 1898-La Habana, 1974). Pedagogo, ensayista y narrador. En 1918 se graduó de maestro de instrucción primaria en Alicante y en 1925 de doctor en Pedagogía en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid. A continuación dirigió la Escuela Comercial Agrícola de León y posteriormente, en Barcelona, se desempeñó como inspector jefe provincial de Enseñanza y como profesor de Pedagogía de la Universidad. Al desatarse la Guerra Civil Española tomó partido en favor de la causa republicana y al concluir la contienda se vio obligado a buscar refugio en Francia. A finales de 1939 llegó a Cuba y poco después ingresó como profesor de la Escuela Libre de La Habana, así como de asesor pedagógico del Instituto Cívico Militar de Ceiba del Agua. A partir de 1942 fue profesor de colegios privados. Junto con Ruth Robés Masses dirigió la revista para niños Ronda (1941-1942). En septiembre de 1943 tomó parte en la I Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, celebrada en la Universidad de La Habana. Al crearse, en 1944, la Alianza de Intelectuales Antifranquistas fue nombrado tesorero. En 1949 se le designó asesor técnico de la Inspección Escolar, cargo que conservó hasta 1952. En 1950 obtuvo el primer premio en el concurso convocado por la Sociedad Franco-Americana de Cuba para celebrar el tricentenario de Descartes con el ensayo La idea de la matemática universal en la obra de Descartes. En la Universidad de Oriente, de Santiago de Cuba, fue profesor de Pedagogía y más tarde director de la Escuela de Educación, cargos a los que renunció en 1956 al incrementarse la represión del dictador Batista. Por este tiempo redactó una sección semanal sobre temas pedagógicos en el diario Información y en 1958, a petición de la UNESCO, dictó en Caracas un curso para inspectores de educación del continente americano. Tras el triunfo revolucionario de 1959 asistió al Congreso Internacional de Educación celebrado en Ginebra y se le nombró director general de Educación Rural del Ministerio de Educación. Al año siguiente fue

designado director pedagógico de la Ciudad Escolar «Camilo Cienfuegos», de Oriente. En 1962 pasó a dirigir la Editorial Juvenil de la Editorial Nacional de Cuba. Desde 1970 y hasta sus últimos días presidió la Comisión de Español de la Dirección General de Formación del Personal Docente. Escribió numerosos libros de texto de español, algunos en colaboración con Francisco Alvero Francés, y se considera que fue quien introdujo en Cuba la escritura scrip en la década de los años cuarenta. Colaboró en Bohemia, Lyceum, Trimestre, Casa de las Américas, Revolución y Cultura, España Republicana y en otras publicaciones cubanas. También realizó selecciones de lecturas y adaptaciones literarias para los estudiantes, así como traducciones de textos pedagógicos.

-246-

Bibliografía: La escritura «scrip», 1945, 62 pp.; Oros viejos. Libro de lectura para los grados superiores de la escuela primaria, 1949, 156 pp. (prólogo de Luciano R. Martínez); La idea de la matemática universal en la obra de Descartes, 1950, 55 pp.; La inspección escolar Exposición crítica de su proceso en Cuba y sugerencias para una readaptación posible, Santiago de Cuba, 1952, 337 pp.; Lecturas ejemplares. Aventuras, realidades y fantasías, 1955, 328 pp. (prólogo de Alejandro Casona); A propósito de la Edad de Oro de José Martí. Notas sobre literatura infantil, Santiago de Cuba, 1956, 268 pp.; 30 escenas de animales, 1959, 70 pp.; En torno a la Edad de Oro de José Martí, 1959, 23 pp.; Carta a un maestro de una escuela rural, 1960, 24 pp.; Cuentos de animales, 1963, 31 pp.; Cosas curiosas de la vida de algunos animales, 1964, 26 pp.; Estupendas excursiones de los animales, 1964, 30 pp.; Nuestro Martí, 1965, 250 pp.; Oros viejos. Pueblos y leyendas, 1965, 217 pp.; Pasteur y Finlay, 1965, 27 pp.; Fiesta. Lecturas para niños, Barcelona, 1967, 110 pp.; Lecturas ejemplares 2, 1968, 138 pp.; Lecturas ejemplares 3, 1968, 169 pp.; Resumen de gramática española, 1968, 226 pp.; A la cumbre más alta y al fondo del mar, 1969, 30 pp.; Cosas curiosas de animales, 1969, 79 pp.; Martí, México, 1969, 250 pp.; El Príncipe de Mazapán, 1969, 35 pp.; Niños de la Sierra Maestra, 1972, 47 pp.; La escuela moderna: ¿reacción o progreso?, 1985, 163 pp.

ALTOLAGUIRRE, Manuel (Málaga, Andalucía, 1905-Burgos, Castilla, 1959). Poeta, impresor, conferencista y guionista de cine. Desde muy joven se entregó a la literatura y a los veinte años publicó el libro de versos Las islas invitadas, al que le sucedieron otros. Fue uno de los más jóvenes exponentes de la Generación del 27 y también se destacó como impresor. Al estallar la Guerra Civil Española se situó al lado del bando republicano, fue uno de los redactores de la revista Hora de España e imprimió textos de carácter antifranquista. Al derrumbarse la República escapó a Francia y en abril de 1939 arribó a Cuba junto con su esposa, la poetisa Concha Méndez, y la hija de ambos. Gracias a la ayuda monetaria de una adinerada amiga cubana, María Luisa Gómez Mena, quien pasaría después a ser su esposa, logró adquirir una imprenta que bautizó con el nombre de «La Verónica». Fundó y dirigió las revistas literarias Atentamente (1940) y La Verónica (1942), integró el consejo asesor de Escuela de Plata y colaboró en Nuestra España, Tiempo y en la revista Universidad de La Habana. En las colecciones El Ciervo Herido, Héroe y Libertad imprimió numerosos textos de autores cubanos. Ofreció conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura, en el Lyceum y Lawn Tennis Club y en la Universidad de La Habana. En 1943 se marchó rumbo a México.

Bibliografía: Nube temporal, 1939, 73 pp. (con un autógrafo de Jules Supervielle y un poema de Stephen Spender).

ÁLVAREZ-SANTULLANO, José (Badajoz, Extremadura, 1901-La Habana, 1965). Poeta, crítico de teatro, conferencista y bibliotecario. Se graduó de Derecho y -247- de Filosofía y Letras en España y respaldó al gobierno republicano durante la contienda española. Llegó a Cuba posiblemente en 1939 y al año siguiente ofreció una conferencia en la Institución Hispanocubana de Cultura. Durante algunos años ejerció el magisterio. Colaboró en Orígenes, La Verónica, Musicalia, Lyceum, Nosotros y España Republicana. En 1962 ofreció un curso de conferencias sobre teatro clásico en la Universidad de La Habana. Poco después ingresó en esta institución como responsable de referencia de la Biblioteca Central. Integró la directiva de la Sociedad de Amistad Cubano-Española (SACE). A veces firmó como José Santullano.

Bibliografía: Gibraltares; poemas en sonetos, 1954, 44 pp.

ALLOZA VILLAGRASA, Fernando (Zaragoza, Aragón, 1912). Periodista y cuentista. Por su respaldo al gobierno republicano tuvo que escapar de España al concluir la Guerra Civil. Tras una estancia en la República Dominicana, llegó a Cuba en 1944. Durante muchos años fue jefe de redacción de las ediciones dominicales del importante diario Información. También colaboró en la revista Bohemia, publicó cuentos en Carteles y escribió, a partir de 1947, la sección «Viejo Mundo» de la revista Tiempo en Cuba. En 1958 aún permanecía en La Habana.

Bibliografía: Noventa entrevistas políticas de Fernando Alloza, 1953, 278 pp.

AMADO BLANCO, Luis (Riberas de Pravia, Asturias, 1903-Roma, Italia, 1975). Poeta, narrador, periodista, diplomático y odontólogo. Cursó el bachillerato en institutos de Oviedo y de Gijón y después de iniciarse en el periodismo, siendo muy joven, realizó en 1930 un viaje de novios a la Unión Soviética que lo impulsó a escribir el libro Ocho días en Leningrado (Madrid, 1931). Tres años antes había publicado el libro de versos Norte. En el verano de 1934 fue enviado a Cuba por un diario madrileño para recoger informaciones sobre la Revolución de 1933. De nuevo en España, se graduó en la Escuela de Odontología de Madrid y en 1935 obtuvo la licenciatura en Medicina. Pocos meses después del inicio de la Guerra Civil Española buscó refugio en La Habana, donde se estableció como odontólogo. A través de numerosos artículos apoyó la causa republicana y ofreció conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura, el Centro Asturiano, el Lyceum y Lawn Tennis Club y el Círculo Republicano Español. Impartió clases en la Academia de Artes Dramáticas y, como integrante del Patronato del Teatro, dirigió varias puestas en escena. En el Concurso Nacional «Alfonso Hernández Catá» obtuvo primera mención (1945 y 1946) y premio (1951) por sus cuentos «Doña Velorio», «Sombra y compañía» y «Sola», respectivamente. Por su labor periodística recibió los premios «Enrique José Varona» y «Justo de Lara», entre otros. Durante muchos años escribió crónicas y críticas teatrales en el periódico Información. Colaboró en Carteles, Bohemia, Verbum, Lyceum, Mediodía, Grafos, El Progreso de Asturias y en otras publicaciones. En 1960 las autoridades revolucionarias lo nombraron embajador en Portugal y en 1962 pasó a ser representante permanente de Cuba ante la UNESCO y -248- embajador en el Vaticano.

Llegó a ser decano del Cuerpo Diplomático acreditado en la Santa Sede. Esposo de la escritora Isabel Fernández.

Bibliografía: Poema desesperado (A la muerte de Federico García Lorca), 1937, s/p; Claustro; poema, 1942, 43 pp.; Un pueblo y dos agonías; novela, México, 1955, 199 pp.; Doña Velorio. Nueve cuentos y una nivola, 1960, 263 pp.; Ciudad rebelde (Novela grande), Barcelona, 1967, 433 pp.; Tardío Nápoles, Madrid, 1970, s/p; Sombra y compañía, 1980, 37 pp.

ANTÓN GARCÍA, Pedro (Pontevedra, Galicia, ¿1890?). Ensayista, conferencista y profesor. Ingresó en la Compañía de Jesús y, tras ordenarse como sacerdote, ofició en distintos pueblos de Galicia. También se licenció en Filosofía y Letras. Más tarde rompió con el sacerdocio, escribió el libro de denuncia Los jesuitas desenmascarados o historia verídica y documentada de un jesuita (Orense, 1931) e ingresó como profesor en el Instituto de Monforte de Lemos, Lugo. Al iniciarse la Guerra Civil Española fue perseguido por los falangistas y se vio obligado a escapar. Tras un largo peregrinaje por Portugal, Islas Canarias, Burgos, Valladolid, Guipúzcoa y otras regiones ocupadas por los sublevados, fue detenido en Segovia. Preso durante más de un año, fue canjeado y logró llegar a Barcelona, donde el gobierno republicano lo nombró funcionario. Ante el avance de los franquistas pasó a Francia y en 1940 llegó a Cuba. Ofreció conferencias en la Casa de Cultura y pronunció discursos antifranquistas en actos organizados por esa institución. En 1941 se hallaba en una difícil situación económica, pues recibía ayuda monetaria de la Sociedad de Beneficencia «Naturales de Galicia». A partir de ese momento se nos pierde su rastro.

Bibliografía: La barbarie franquista (Memorias de un preso), 277 pp. (prólogo de Juan Marinello).

CID RODRÍGUEZ, José (Cartagena, Murcia, 1919-La Habana, 1979). Narrador, pintor y poeta. En su ciudad natal cursó estudios de perito mercantil y, siendo muy joven aún, colaboró en el periódico Cartagena Nueva. Tomó parte en la defensa de la República Española y tras la llegada del franquismo al poder conoció la cárcel, los campos de trabajo forzado, los batallones disciplinarios del ejército y, más tarde, el destierro en Valencia, donde trabajó durante ocho años en una fábrica siderometalúrgica. En 1950 logró viajar a Cuba y comenzó a trabajar en una compañía de seguros. Después pasó a desempeñarse como camarero en un barco mercante noruego y con posterioridad ingresó en una firma de contadores públicos. En 1957 marchó a México en busca de mejoras económicas, pero al poco tiempo se vio obligado a regresar a La Habana. Alrededor del año 1964 se entregó con seriedad a la creación literaria y a la pintura. Colaboró en la Revista de la Biblioteca Nacional «José Martí», Granma, Mensajes y en otras publicaciones. En 1970 ofreció una muestra de sus cuadros en la Galería del Retiro Médico. Durante sus últimos años trabajó como corrector de pruebas en La Gaceta de Cuba.

-249-

Bibliografía: El pasajero del autobús, 1969, 82 pp.; La casa, 1971, 154 pp.

CLARIANA PASCUAL, Bernardo (Carlet, Valencia, 1912-Costa Azul, Francia, 1962). Poeta, latinista y traductor. Después de cursar estudios de Filología Clásica, fue

colaborador del Centro de Estudios Históricos de Madrid y profesor de Latín en el Instituto de Enseñanza Media de Irún. Durante la Guerra Civil Española luchó en defensa de la República, colaboró en la revista Hora de España y participó en el II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. Ante la ofensiva final de los franquistas se refugió en Francia, después pasó a la República Dominicana y en 1940 llegó a Cuba. Fue redactor del diario Información, impartió clases de Latín y colaboró en Nadie Parecía, Universidad de La Habana, Nuestra España y Mirador Literario. Tradujo y escribió el prólogo de Epitalamios (1941), de Catulo. A fines de 1942 marchó rumbo a los Estados Unidos.

Bibliografía: Ardiente desnacer; testimonio poético, 1943, 143 pp. (prólogo de María Zambrano).

CHABÁS MARTÍ, Juan (Denia, Alicante, 1900-La Habana, 1954). Ensayista, historiador literario, poeta, narrador y profesor. Se graduó de doctor en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid en 1923 y obtuvo también en este centro la licenciatura en Derecho Civil y Canónico. Después cursó estudios de Filología en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. En 1927 publicó en Barcelona el libro Sin velas, desvelada. Al estallar la Guerra Civil colaboraba con frecuencia en la prensa e impartía Lengua y Literatura Francesas en el Instituto «Lope de Vega» de Madrid. Defendió con las armas al gobierno republicano y alcanzó el grado de capitán. Ante la ofensiva final de Franco escapó a territorio francés, donde fue internado en un campo de concentración. Logró pasar más tarde a la República Dominicana y de allí, en 1941, a Cuba. Incorporado ya por entonces a las filas comunistas, comenzó a desempeñarse como consejero de los dirigentes del Partido Socialista Popular (Comunista) y a colaborar en el diario de esta organización Noticias de Hoy. Logró impartir varios cursos en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana y también ofreció conferencias en la Casa de la Cultura y en el Lyceum y Lawn Tennis Club. En 1947 se trasladó a Venezuela e ingresó como profesor en la Universidad Central de Caracas, pero al año siguiente las circunstancias políticas lo obligaron a regresar a la isla. En 1949 fue nombrado catedrático de Literatura Española de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, pero tras el golpe de Estado de Batista, en 1952, tuvo que renunciar al cargo, retomar a La Habana y llevar una vida semiclandestina. Colaboró en la revista Universidad de La Habana, Nosotros, España Republicana, Tiempo en Cuba y Gaceta del Caribe.

Bibliografía: La literatura y el teatro durante la guerra, 1940, 22 pp.; Homenaje de la Universidad de La Habana a la memoria de Antonio Machado. Conferencias de Juan Chabás, Antonio Regalado y Raúl Roa, 1944, 55 pp.; Nueva -250- historia manual de la literatura española, 1944, 366 pp.; Vives y el pensamiento español de la paz, 1948, 31 pp.; Literatura española contemporánea 1898-1950, 1952, 702 pp.; Historia de la literatura española, 1953, 452 pp.; Elementos de gramática, ortografía y composición, 1954, 120 pp.; Antología general de la literatura española, 1955, 540 pp.; Fábula y vida; cuentos, Santiago de Cuba, 1955, 186 pp. (prólogo de José Antonio Portuondo); Árbol de ti nacido; poesías, 1956, 86 pp. (palabras iniciales de Aída Valls, viuda de Chabás, y de José Álvarez-Santullano); Con los mismos ojos, 1956, 122 pp.; Poetas de todos los tiempos: hispanos, hispanoamericanos, cubanos, 195?, 489 pp.

FERNÁNDEZ DE AMADO BLANCO, Isabel (La Ferrería, Soto del Barco, Asturias, 1910). Teatrística y periodista. En 1932 se graduó de licenciada en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid y a fines de 1936 llegó a La Habana con su esposo, el poeta Luis Amado Blanco, huyendo de la Guerra Civil. Durante el periodo 1945-1955 ocupó dos veces la presidencia del Lyceum y Lawn Tennis Club y dirigió algún tiempo la revista de esta institución, Lyceum. En el Patronato de Teatro dirigió varias puestas en escena y en colaboración con Cuqui Ponce de León escribió dos comedias de ambiente habanero, *Lo que no se dice*, estrenada en 1946, y *El qué dirán*. Fue profesora de la Academia Municipal de Teatro de La Habana. Escribió los ensayos *La guayabera y la bata* y *Medio siglo de moda*, así como el libro de recomendaciones para la mujer *Más belleza para ti* (1968). Entre 1962 y 1975 residió en Roma junto a su esposo, embajador ante la Santa Sede. En 1996 aún residía en La Habana.

FERNÁNDEZ SUÁREZ, Domingo (Lendequintana, Villayón, Asturias, 1909). Escritor religioso y pastor bautista. En 1923 llegó por primera vez a La Habana y tuvo que comenzar a trabajar como empleado de un comercio. Después logró cursar estudios evangélicos en el Instituto Bíblico de San José, Costa Rica, que concluyó en 1935. Regresó entonces a España y comenzó a cumplir su misión pastoral. El estallido de la Guerra Civil lo sorprendió en territorio dominado por los sublevados y se vio obligado a servir, en contra de su voluntad, en las fuerzas franquistas. En 1941 pudo volver a La Habana y comenzó entonces en Cuba su labor religiosa. Colaboró en *La Voz Bautista*, *Revista Evangélica*, *El Mensajero Bíblico* y *Mundo Masónico*. Entre 1947 y 1961 tuvo un espacio dominical llamado *La Hora Bautista* que se transmitió por la emisora CMQ Radio. Durante varios años fue profesor de Teología en el Seminario Bautista. En 1961 marchó a los Estados Unidos, donde aún residía en 1996.

Bibliografía: *El cristiano y la ley*, 1944, 142 pp.; *Sentenciado a muerte en la España franquista (Experiencias)*, 1946, 91 pp.; *Destino histórico del pueblo israelita*, 1947, 48 pp.; *Creo en Dios*, 1950, 29 pp.; *Historia de la idolatría*, 1951, 30 pp.; *El Génesis ante la crítica*, 1952, 45 pp.; *La santificación*, 1952, 41 pp.; *La caña cascada y otras conferencias*, Artemisa, 1953, 272 pp.; *Libertad de conciencia*, 1954, 17 -251- pp.; *Al cruzar la frontera*, 1955, 24 pp.; *El director de la «Hora Bautista» responde a algunos médicos que dudan de la inspiración de la Biblia y la existencia y divinidad de Jesucristo*, Artemisa, 1955, 45 pp.; *Jesucristo*, Artemisa, 1955; *Disfrazados por el impostor*, 1956, 14 pp.; *La santidad divina, ¿cuándo?*, 1956, 16 pp.; *Los libros llamados «apócrifos»; un estudio crítico-analítico*, El Paso, Texas, 1956, 21 pp.; *Respuesta a un católico*, 1960, 101 pp.

GALBE LOSHUERTOS, José Luis (Zaragoza, Aragón, 1904-La Habana, 1985). Ensayista, poeta, conferencista y jurista. En 1921 se inició en el periodismo y más tarde cursó estudios de jurisprudencia y se desempeñó como fiscal. De ideales republicanos, contribuyó a frustrar el alzamiento reaccionario del General Sanjurjo en 1932 y tras el inicio de la Guerra Civil participó en el sitio del Alcázar de Toledo y actuó como fiscal en el Tribunal Popular de Madrid en la causa contra los sublevados fascistas. En 1938 pasó a desempeñar esas funciones en el Tribunal Supremo de Madrid y en febrero de 1939, ante el derrumbe de la República, escapó a Francia, donde fue internado en un campo de concentración. Al año siguiente logró llegar a Cuba y se dedicó entonces al periodismo y trabajó también en algunas emisoras como escritor y locutor. Fue secretario de la Alianza de Intelectuales

Antifranquistas, fundada en 1944, así como representante de la Confederación de Españoles Antifranquistas y miembro de la Unión Democrática Española. En 1949 pasó a ser profesor titular de Criminología de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba. Realizó la compilación y el prólogo de Últimos estudios criminológicos (1955), de Mariano Ruiz Funes, y colaboró en Bohemia, Carteles, Gaceta del Caribe, Per Catalunya, Tiempo en Cuba y en otras publicaciones. Tomó parte en la resistencia contra la dictadura de Batista y fue secretario del Círculo Republicano Español en Santiago de Cuba. Después del triunfo revolucionario de 1959 se le nombró director de Prisiones y profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de La Habana. Más tarde desempeñó cargos diplomáticos en Italia, en Grecia y en Chipre. Publicó además algunos textos sobre derecho penal.

Bibliografía: El genio financiero de Balzac, Santiago de Cuba, 1951, 24 pp. (junto con Henry Blanchenay); Obras maestras de la literatura universal, 1951, 503 pp. Junto con Evelina Pujadas); Causas célebres y vidas extraordinarias, 1954, 387 pp.; El del espejo; poesía, 1967?, 102 pp.; Guión para el estudio de la historia de la diplomacia, 1969, 72 pp.

GONZÁLEZ-REGUERVAL VALDÉS, José Ramón (Gijón, Asturias, 1924). Cuentista y periodista. Después de haber presenciado los horrores de la Guerra Civil y la represión franquista llegó a La Habana aproximadamente en 1942. Su cuento «Arriba... abajo» obtuvo primera mención en el Premio Internacional «Alfonso Hernández Catá» en 1948. Junto con el camarógrafo y director de documentales Manolo Alonso realizó varios noticiarios y también trabajó como periodista en la -252- radio y la televisión. Colaboró en Carteles, Crónica, Germinal y en otras publicaciones. Mantuvo posiciones antifranquistas y tomó parte en la lucha contra la dictadura de Batista. Después del triunfo de la Revolución de 1959 se vinculó a agrupaciones opuestas al nuevo gobierno, por lo que fue encarcelado. Tras ser puesto en libertad, aproximadamente en 1963, se marchó de Cuba.

Bibliografía: La noche ancha, 1960, 239 pp.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (Moguer, Huelva, 1881-San Juan de Puerto Rico, 1958). Uno de los más importantes poetas de la lengua española en el siglo XX. Premio Nobel de Literatura en 1956. Ya disfrutaba de un alto prestigio cuando en noviembre de 1936 arribó a Cuba, tras escapar de los horrores de la Guerra Civil. Impartió conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura y en el Lyceum y Lawn Tennis Club. Por iniciativa suya se realizó un Festival de la Poesía Cubana que dio como resultado el volumen La poesía cubana en 1936 (Colección) Prólogo y apéndice de Juan Ramón Jiménez (1937). Durante su estancia en Cuba colaboró en Verbum, Grafos, Revista Cubana, Carteles, Bohemia, Universidad de La Habana, Mediodía, Pueblo y en otras publicaciones. También escribió el prólogo de varios poemarios y estableció estrechas relaciones con numerosos intelectuales cubanos. Tomó parte en actos de apoyo a la República Española y se marchó definitivamente de la isla en enero de 1939.

Bibliografía: Ciego ante ciegos, 1938, 23 pp. (introducción de José María Chacón y Calvo).

LÁZARO MACHADO, Ángel (Velle, Orense, Galicia, 1900-Madrid, 1985). Poeta, dramaturgo, periodista, ensayista y narrador. A los catorce años arribó a La Habana y

siendo aún muy joven comenzó a colaborar en la prensa. Más tarde publicó poemas en el Diario de la Marina, Galicia, El Eco de Galicia y en Chic. En 1924, aproximadamente, retornó a España y en Madrid cosechó éxitos como dramaturgo. El estallido de la Guerra Civil interrumpió su carrera artística en la capital española y en agosto de 1937 desembarcó nuevamente en el puerto de La Habana. Poco después ofreció varias conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura e inició una activa campaña en defensa de la causa republicana a través del diario Pueblo. En 1938 asumió la dirección del decenario antifranquista Revista de España y tiempo después ingresó como periodista en la revista Carteles. En 1947 el Patronato de Teatro presentó su pieza teatral Las bodas de Camacho y escribió, junto con Manuel Millares Vázquez, el programa radial Páginas de España. Aproximadamente en 1949 viajó a México, donde permaneció alrededor de un año, pero al cabo regresó a Cuba. Asiduo colaborador de la prensa, publicó textos en Bohemia, Social, La Verónica, Facetas de Actualidad Española y en otras revistas. Posiblemente en 1958 retornó a Madrid, donde lo sorprendió el triunfo de la Revolución Cubana. No volvió más a la isla.

-253-

Bibliografía: Cancionero español, 1937, 20 pp.; Romance de Cuba y otros poemas, 1937, 121 pp.; La verdad del pueblo español, Puerto Rico, 1939, 158 pp.; Antología poética, 1940, 204 pp. (prólogo de Manuel Altolaguirre); Sangre de España; elegía de un pueblo, 1941, 97 pp. (prólogo de Bernardo Clariana); Diálogo de Juan y Pedro, 1943, 28 pp.; Retratos familiares, 1945, 137 pp.; Epistolario y otros poemas, 1952, 148 pp. (prólogo de Jorge Mañach); Canción de Martí, 1953, 57 pp.; Español de dos riberas; poemas, Madrid, 1955, 64 pp.; Lejos; lonxe; poemas, 1957, 46 pp. (cartas de Ramón Otero Pedrayo y Antonio Rey Soto); Imagineros; tragicomedia en tres actos y en prosa, divididos en cinco jornadas, 1958, 88 pp.

LÓPEZ ALARCÓN, Enrique (Málaga, Andalucía, 1891-La Habana, 1963). Poeta, dramaturgo y periodista. Realizó estudios en la Universidad de Granada, sin llegar a graduarse, y más tarde se trasladó a Madrid, donde fue redactor de varios periódicos, llevó a escena algunas obras teatrales que le proporcionaron gran popularidad, como La tizona, y publicó el libro de crónicas Melilla en 1909 (1911). También llegó a ser director del Teatro Español de Madrid. Al iniciarse la Guerra Civil se situó al lado de la causa republicana, que defendió a través de numerosos artículos. Ante el derrumbe del gobierno legítimo se trasladó a Barcelona y en 1939 pasó como refugiado a Francia. En los meses finales de ese año llegó a La Habana y poco después comenzó a trabajar en la radio. También se desempeñó como profesor de varias escuelas privadas e impartió conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura. Colaboró en El Mundo, Bohemia, Diario de la Marina, El País, Combate, Mundo Masónico y Mañana, entre otras publicaciones. Perteneció a la Asociación de Ex-Combatientes Antifascistas Revolucionarios, al Círculo Republicano Español y a la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Dirigió algunas presentaciones teatrales y entre 1945 y 1947 residió en Panamá.

Bibliografía: Soy español. Madrigales y otros sonetos, 1940, 44 pp. (pórtico de Manuel Serafín Pichardo); Reflejos del sur, 1953, 44 pp.

MÉNDEZ, Concha (Madrid, 1898-México, 1986). Poetisa, teatrística y narradora. Después de haber publicado varios libros de versos en Madrid, entre ellos *Inquietudes* (1926) y *Vida a vida* (1932), llegó a Cuba en 1939 como exiliada republicana junto con su esposo, el poeta Manuel Altolaguirre, y la hija de ambos. Colaboró en las revistas *La Verónica* y *Lyceum*, ofreció una conferencia en el *Lyceum*, y *Lawn Tennis Club* y reimprimió su obra de teatro para niños *El carbón y la rosa*. En 1943 se trasladó a México.

Bibliografía: *Lluvias enlazadas*; poemas, 1939, 67 pp. (retrato lírico de Juan Ramón Jiménez); *El solitario*; misterio en un acto, 1941, 48 pp. (prólogo de María Zambrano).

NOVÁS CALVO, Lino (Parigueiro, As Grañas do Sor, Mañón, La Coruña, Galicia, 1905-Nueva York, 1983). Narrador, periodista y traductor. A los siete años -254- llegó a La Habana con un tío materno y pronto tuvo que comenzar a realizar disímiles trabajos: mandadero, dependiente de fonda, empleado de limpieza, carbonero. Más tarde pasó a ser chófer de alquiler. En 1926 marchó a Nueva York, donde realizó penosos trabajos durante un año. De nuevo en La Habana, logró publicar varios poemas en la importante *Revista de Avance* y meses más tarde ingresó como empleado en una librería. A partir de entonces comenzó a colaborar con frecuencia en la prensa. En 1931 fue enviado a Madrid como corresponsal de la revista *Orbe*, pero al desaparecer ésta pasó a desempeñarse como empleado de la Biblioteca del Ateneo de Madrid. Su novela *El negrero*; vida novelada de Pedro Blanco Fernández de Trava, publicada en 1933, fue saludada por la crítica. Al iniciarse la Guerra Civil se situó al lado del gobierno republicano, ingresó en el Quinto Regimiento, empuñó las armas y llegó a ser oficial de enlace de la Brigada de Valentín González (Campesino). Al mismo tiempo, publicó diversos artículos de propaganda republicana. Al terminar la contienda retornó a Cuba y trabajó algún tiempo como periodista en el diario *Noticias de Hoy*, órgano de los comunistas cubanos. Después pasó a ser subdirector de la revista *Ultra*. En 1942 su cuento «Un dedo encima» mereció el Premio Nacional «Alfonso Hernández Catá» y al año siguiente su libro *La luna nona y otros cuentos* (Buenos Aires, 1942) alcanzó el Premio Nacional de Cuento otorgado por el Ministerio de Educación. También obtuvo los premios periodísticos «Enrique José Varona» y «Eduardo Varela Zequeira». Durante un tiempo se desempeñó como profesor de francés en la Escuela Normal para Maestros de La Habana. Impartió conferencias en la Universidad del Aire y en el *Lyceum* y *Lawn Tennis Club*. En la década de los años cincuenta fue designado jefe de información de la revista *Bohemia*. Entre otras publicaciones, colaboró en *Orígenes*, *Social*, *Mediodía*, *Revista Bimestre Cubana*, *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua* y la *Gaceta del Caribe*. Tradujo al español obras de Hemingway, Faulkner, Balzac, Huxley y otros autores. Sus narraciones han sido incluidas en numerosas antologías. En 1960 participó como jurado en el Primer Concurso Casa de las Américas. Poco después, inconforme con el carácter comunista del gobierno revolucionario, se marchó de Cuba tras pedir protección a la Embajada de Colombia en La Habana.

Bibliografía: *La luna nona y otros cuentos*, Buenos Aires, 1945, 233 pp.; *La literatura americana en 1944. Un resumen*, 1945, 19 pp.; *No sé quién soy*, México, 1945, 48 pp.; *En los traspatios*, 1946, 72 pp.; *Cayo canas* (Cuentos cubanos), Buenos Aires, 1946, 152 pp.; *Cubano en tres mundos*, 1956, 9 pp.; *El otro cayo*, México, 1959, 184 pp.

ORTEGA FERNÁNDEZ, Antonio (Gijón, Asturias, 1903-Caracas, Venezuela, 1970). Narrador, periodista y profesor. En el Real Instituto «Jovellanos», de su ciudad natal, cursó el bachillerato y en la Universidad de Oviedo se graduó, en 1923, de licenciado en Ciencias Químicas. Durante un tiempo fue catedrático de Agricultura del Instituto de Oviedo y director del periódico local Avance. En 1931 su cuento -255- «Yemas de coco» mereció el premio del concurso convocado por la revista Nuevo Mundo y en 1936 con «Siete cartas a un hombre» recibió el premio del periódico Blanco y Negro. Tras el inicio de la Guerra Civil fue nombrado consejero de propaganda del Consejo de Asturias, con sede en Gijón, como representante del Partido izquierda Republicana. Poco después se le designó delegado del Ministerio de Instrucción Pública en la Junta de Beneficencia de Asturias. También integró el Comisariado General del Ejército de Tierra. A fines de 1937, después de la rendición de Asturias, pasó a Barcelona, donde fue nombrado catedrático del Instituto «Maragall». Al término de la contienda marchó al exilio y a fines de 1939 arribó a Cuba. Poco después fue designado jefe de información de la revista Bohemia y ofreció una serie de conferencias sobre temas de biología en la Institución Hispanocubana de Cultura, el Lyceum y Lawn Tennis Club y la Universidad de La Habana. Tomó parte en la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, efectuada en septiembre de 1943, y su cuento «Chino olvidado» recibió el primer premio en el Concurso Internacional «Alfonso Hernández Catá» del año 1945. También obtuvo varios premios periodísticos y, en colaboración con la escritora Anita Arroyo, compuso los diálogos del filme de Manolo Alonso Siete muertes a plazo fijo (1950). A partir de 1954 se hizo cargo de la dirección de la importante revista Carteles. En 1960 integró el jurado de cuento del Primer Concurso «Casa de las Américas». En desacuerdo con el rumbo comunista del gobierno revolucionario, poco después marchó al extranjero y se estableció en Venezuela.

Bibliografía: Alrededor de la tragedia, 1942, 39 pp.; Roosevelt; el hombre del destino, 1945, 27 pp.; Ready; novela, 1946, 214 pp.; El caballito verde. Cuentos para chicos y grandes, 1956, 116 pp. (junto con Anita Arroyo); Yemas de coco y otros cuentos, 1959, 183 pp.

ORTEGA Y GASSET, Eduardo (Madrid, 1882-La Habana, 1965). Ensayista, periodista y conferenciante. Tras obtener el título de abogado, tomó parte activa en la vida política española y propugnó la conveniencia de establecer un sistema republicano de gobierno. Como resultado de sus campañas tuvo que marchar al destierro en Francia, donde publicó el libro de denuncia La verdad sobre la dictadura (1925). Tras proclamarse la República Española fue nombrado gobernador civil de Madrid. También se le designó decano del Colegio de Abogados y colaboró con frecuencia en la prensa. En 1935 dio a conocer su ensayo Etiopía; el conflicto ítalo-abisinio. Ante el recrudecimiento de la Guerra Civil abandonó España y posiblemente en 1938 arribó a Cuba. En 1940 ingresó en el cuerpo de periodistas del diario El Mundo, donde permaneció más de veinte años. Impartió conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura, en la Universidad de La Habana, en la Universidad del Aire y en el Ateneo de Matanzas, así como un curso en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana. Presidió la Asociación Masónica «Fraternidad Española -256- en el Exilio» y colaboró en Crónica, Mundo Masónico, en la revista Universidad de La Habana y en Cuadernos Americanos (México). Hermano del destacado pensador José Ortega y Gasset.

Bibliografía: Monodialogos de don Miguel de Unamuno, Buenos Aires, 1958, 264pp.

PITTALUGA FATTORINI, Gustavo (Florencia, Italia, 1878-La Habana, 1956). Ensayista, investigador y famoso hematólogo. Se graduó de doctor en Medicina en la Universidad de Roma y en 1903 se estableció en España. Alcanzó un elevado prestigio profesional y fue nombrado director del Instituto Nacional de Higiene de Madrid. Al desencadenarse la Guerra Civil se declaró partidario del gobierno republicano y ante el recrudecimiento de la contienda pasó a Francia. En 1938 llegó a Cuba y ofreció en la Institución Hispanocubana de Cultura un ciclo de conferencias sobre la sangre. En septiembre de 1943 presidió la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, celebrada en la Universidad de La Habana. Por este tiempo logró revalidar su carrera e ingresó en el claustro de profesores de este centro docente. Formó parte de la Academia de la Historia de Cuba y de la Academia Nacional de Artes y Letras. Integró el consejo editor de la revista Trimestre y colaboró en la Revista Bimestre Cubana, la Revista Cubana, Crónica y Universidad de La Habana. En 1954 su ensayo Diálogos sobre el destino recibió el Premio «Veloso». Escribió además importantes obras de carácter científico.

Bibliografía: Seis ensayos sobre la conducta, Buenos Aires, 1939, 270 pp.; Grandeza y servidumbre de la mujer. La posición de la mujer en la historia, Buenos Aires, 1946, 803 pp.; Ensayo para una historia de los sentimientos, 1948, 38 pp.; Coloquios interplanetarios, 1952, 350 pp.; Diálogos sobre el destino, 1954, 426 pp. (prólogo de Jorge Mañach).

RUIZ FUNES, Mariano (Murcia, 1889-México, 1953). Penalista, jurisconsulto, ensayista y catedrático. Después de graduarse de doctor en Derecho fue profesor de la Universidad de Murcia. Más tarde pasó a ser profesor en el Instituto de Estudios Penales de Madrid y logró publicar varios textos importantes sobre criminología. Tomó parte en la Convención Constituyente Española de 1931 y durante el periodo republicano ocupó los ministerios de Agricultura y de Justicia. Poco después de iniciarse la Guerra Civil fue designado embajador en Polonia y, más tarde, en Bélgica. En 1939 llegó a Cuba y aunque al año siguiente se estableció en México, retornó a la isla en varias ocasiones para permanecer en ella largas temporadas. Ofreció cursos sobre criminología en la Universidad de La Habana, en el Lyceum y Lawn Tennis Club, en la Universidad de Oriente, de Santiago de Cuba, y en el Colegio de Abogados de La Habana. Tomó parte en la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, celebrada en septiembre de 1943. Colaboró con frecuencia en las revistas Bohemia y Carteles y publicó en La Habana varios textos -257- sobre jurisprudencia, entre ellos La peligrosidad y sus experiencias legales (1948) y La crisis de la prisión (1949). Tras su muerte, José Luis Galbe se encargó de reunir sus trabajos dispersos en el volumen Últimos estudios criminológicos (1955).

VÁZQUEZ GAYOSO, Jesús (Puente Nuevo, Vilaodríz, Lugo, Galicia, 1912-México, 1970). Ensayista, conferencista, jurisconsulto, profesor universitario y periodista. Se desempeñó como profesor de Historia del Derecho en la Universidad de Madrid y durante la Guerra Civil se situó al lado de la causa republicana. En 1939 logró llegar a Cuba y poco después fue nombrado director de la Sección de Estudios Jurídicos de la Escuela Libre de La Habana. Entre 1940 y 1942 ofreció conferencias en la Institución Hispanocubana de Cultura y en la Universidad de La Habana. Durante unos años integró el claustro de profesores de las universidades de Panamá y de Caracas y en 1947 fue designado cónsul

general del Gobierno Republicano Español en el Exilio, pero en 1950 volvió a fijar su residencia en Cuba. Impartió varios cursos en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana y colaboró en Nuestra España, Carteles, Revista Cubana, El Progreso de Asturias, Vida Universitaria y España Errante, entre otras publicaciones. En el diario Información escribió durante varios años la sección «Belvedere». En 1959 integró el Consejo Supremo de la organización España Errante. En marzo de 1960 aún permanecía en Cuba, pero según parece poco después se marchó de la isla.

Bibliografía: Visión de un mundo nuevo. Mensajes de España, 1941, 101 pp. (prólogo de Álvaro de Albornoz); Instituciones locales del mundo romano; nacimiento y transformaciones, 1943, 29 pp.

ZAMBRANO, María (Vélez Málaga, Andalucía, 1904-Madrid, 1991). Pensadora, ensayista, conferencista y profesora universitaria. Desde joven manifestó interés por el estudio de la filosofía y en la Universidad Central de Madrid fue discípula del pensador Ortega y Gasset. A partir de 1931 impartió clases de Metafísica en este centro docente. De ideales progresistas, fue partidaria del sistema republicano. Durante la Guerra Civil prestó sus servicios a la causa republicana como consejera de propaganda y fue redactora de la revista Hora de España. En 1939 se trasladó a Francia y meses después llegó a Cuba. A partir de entonces, y hasta 1953, permanecerá durante largos periodos en la isla, interrumpidos por sus viajes a Puerto Rico, Francia y México. Tomó parte activa en el Congreso internacional de intelectuales llamado Plática de La Habana, efectuado en 1941, y en la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, celebrada en 1943. Ofreció conferencias en la Universidad de La Habana, en la Institución Hispanocubana de Cultura, en el Lyceum y Lawn Tennis Club, en el Ateneo de La Habana, en la Universidad del Aire y en la Sociedad de Estudios Filosóficos. También ofreció cursos en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana. Colaboró en Orígenes, Espuela de Plata, Poeta, Ciclón, La Verónica, Carteles, Bohemia, Revista Cubana, Lyceum y -258- Universidad de La Habana, entre otras publicaciones. Estuvo muy ligada a José Lezama Lima y a otros poetas del grupo «Orígenes». En 1953 se marchó definitivamente de Cuba. Por la importancia de su obra recibió el Premio «Cervantes» en 1988.

Bibliografía: El freudismo: testimonio del hombre actual, 1940, 41 pp.; Isla de Puerto Rico; nostalgia y esperanza de un mundo mejor, 1940, 45 pp.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo